



LAS SOMBRAS DE LAS BRUJAS

MOONLIGHT TALES
KAREN A. MOON

LAS SOMBRAS DE LAS BRUJAS



KAREN A. MOON

ÍNDICE

[Aviso de activación](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Nota de contenido](#)

IMPRIMIR

Primera edición en alemán, junio de 2023

Karen A. Moon

Diseño de portada: Karen A. Moon

Edición y corrección: Sarah Kastens, Zeilenkarussell Verlag

Traducción: Monica Lopez

Todos los derechos reservados, incluidos los de propiedad total o parcial

Queda prohibida cualquier forma de reimpresión.

La trama y todos los personajes implicados son ficticios.

Las similitudes con personas vivas o reales son pura coincidencia.

c/o autorenglück.de

Franz-Mehring-Str. 15, 01237 Dresde

www.karenamoon.com

Instagram: karenamoon.author

Facebook: Karen A. Moon Autora

Diseño de la cubierta y del interior del libro:

© Karen A. Moon con istockphoto.com, Creative Fabrica y Canva

Imagen de portada: istockphoto.com / Carther, Stock Photo ID: 1353786614

Decoración del capítulo: © Karen A. Moon con Canva

Cartas del Tarot y Cuervo: © Karen A. Moon con Canva

En memoria de todas las víctimas de la caza de brujas.

&

Para todas las mujeres que son brujas de corazón.

AVISO DE ACTIVACIÓN

Aviso de activación

¡Querido lector!

¡Qué bien que te hayas decidido por este libro!

Antes de dejar que te sumerjas en estos mundos mágicos, me gustaría recomendarte lo siguiente:

Este libro contiene **temas potencialmente desencadenantes** y algunas escenas calientes. Encontrará más información en en la última página.

Espero que disfrute leyendo

Karen

CAPÍTULO 1



RAVEN

LA INMORTALIDAD, condenada a una vida eterna: cuántas veces no la había maldecido ya. Deseado, clamado a la diosa que me la arrebatará. Solo unos pocos momentos endulzaron mi eternidad sin fin. Uno de ellos fue sin duda la última noche con ese camarero buenorro, Cliff, al que ligué en el 230 Fifth Rooftop Bar. El mejor sexo en mucho tiempo.

Nueva York era la ciudad perfecta para una mujer con un oscuro secreto, mucho dinero y el deseo de vivir soltera para siempre. ¿Y el amor? Ya lo había descartado hacia más de cien años. En su lugar, me serví el bufé de la vida, sin remordimientos de conciencia y sin obligaciones.

Por eso, en mi ático del Upper West Side solo estábamos yo y mi gata blanca, tan blanca que parecía nieve: Coletta; mi única amiga leal desde mi huida de nuestro mundo. Por aquel entonces, hacia casi un siglo, ya no podía aguantar más en Brysalia, el mundo mágico. Apresurada y abrumada por mis sentimientos, me escondí en el mundo humano con tan solo una pequeña bolsa y Coletta, con la esperanza de que me olvidaran de vuelta a casa. Desde entonces, vivíamos bajo nombres falsos en la ciudad de los millones. Un lugar donde era fácil asumir una nueva identidad cada vez que mi aspecto juvenil se convertía en un problema y ganar suficiente dinero con mis talentos. En el mundo humano, me etiquetarían de *bruja*. En Brysalia, sin embargo, yo era una criatura de Annwyn que había dominado las llamas y el arte de la clarividencia en mis sueños. Era algo más que una simple visión del futuro que se me concedía mientras dormía.

Vestida solo con una camisa blanca de hombre —un pequeño recuerdo de Cliff—, caminé descalza por mi ático. Coletta seguía fuera y el sol acababa de salir. Bostezando, me pasé los dedos por mi larga melena pelirroja. No había dormido la noche anterior. Después de haber empujado al guapo camarero por la puerta poco antes de las cuatro, contra sus protestas y sin camisa, me había acurrucado en mi gran cama, que aún olía a perfume masculino y a sexo. Ese olor perduraría unos días más. Me haría sentir que no estaba sola. Me había prohibido pernoctar o tener una segunda cita con el mismo hombre. Demasiado peligroso para mi corazón y mi identidad secreta.

Menos de dos horas después, me sobresalté. El sueño que me perseguía desde hacía tiempo y que no me abandonaba me despertó.

No era una de las pesadillas que regularmente me perseguían del pasado. No, era más bien un mensaje que me perseguía gracias a mi linaje. Aún no podía descifrar el mensaje, pero mi

instinto me decía que algo grande, algo peligroso se acercaba.

Me senté con una taza grande de café en la mesa del comedor, que tenía una vista maravillosa de Central Park. Estuve enamorada de esta ciudad desde el primer día que llegué y no podía imaginarme viviendo en ningún otro sitio. Me acostumbré al lujo que me rodeaba aquí y, desde la invención del ordenador, era un poco la reina de la tecnología. Con mi don natural de vidente, me fue fácil hacer la fortuna necesaria en la bolsa para poder permitirme esta vida.

Las discotecas, las compras y las relaciones ocasionales de una noche con desconocidos me ayudaron a olvidar lo ocurrido entonces y lo duro que me golpeó el destino.

El resto del tiempo solía estar detrás del ordenador negociando con acciones. De vez en cuando pirateaba las cuentas de empresas y personajes dudosos para robarles los activos y donarlos a organizaciones benéficas. Coletta insistía en que al menos una de cada dos transferencias de dinero iba a parar a una organización para gatos.

Esta mañana, sin embargo, la sensación del sueño no me abandonaba y fui a buscar mis cartas del tarot. En mi tierra natal no las usábamos, pero como no se me permitía usar mi magia en el mundo humano, ya que era una violación de la regla más alta del mundo mágico, tuve que aprender a recurrir a las herramientas mágicas que habían introducido mis antepasados. Aquellas mujeres y hombres que fueron condenados como brujas y hechiceros y que habían sido quemados en la hoguera por ello en el pasado. Afortunadamente, los tiempos cambiaron y las cartas del tarot y similares eran ahora populares entre mucha gente. Sí, incluso una moda.

Sin embargo, las instrucciones de lectura e interpretación que venían con las cartas comerciales no se correspondían con la forma en que mis antepasados habían utilizado este tipo de adivinación. Me ceñí estrictamente a los escritos tradicionales que Coletta y yo pudimos conseguir por media fortuna de un coleccionista de arte hace décadas.

Como mi propio sentido de la previsión me impedía ver este sueño y su mensaje, dispuse las cartas en forma de estrella. Necesitaba saber qué esperar y si corríamos peligro de ser descubiertas. Si lo estábamos, tendríamos que despedirnos de Nueva York por un tiempo.

Con nerviosismo, di la vuelta a las cartas una a una. La *Rueda del Destino* estaba frente a la *gran sacerdotisa*. Me quedé mirando las cartas sorprendida. ¿*Cómo era posible?* La carta del Destino representaba a las diosas del destino, las Norns, y la Suma Sacerdotisa era Hekate, la diosa de la magia. En mi pueblo había dos linajes, uno seguía las leyes de las diosas del destino y el otro las de Hekate. Yo pertenecía a la línea de sangre de los seguidores de Hekate. Los dos grupos no eran enemigos, pero las dos escuelas de magia se mantenían separadas. Era raro que las diosas de ambas líneas compartieran un objetivo común.

Las siguientes cartas que me llamaron la atención fueron *Los amantes* y *La muerte*. Mi corazón se apretó dolorosamente al verlas y tuve un mal presentimiento.

En mi larga existencia, solo había amado a un hombre. El hombre al que ya estaba prometida y del que hui tras enterarme de que había matado a mi hermano. Mi hermano mayor, Markael, era mi modelo a seguir, mi maestro y mi ancla en la familia en la que crecí. Su mejor amigo Cade se convirtió en mi perdición.

Tras la marcha de Markael, perdí todo apoyo y la traición de Cade me había obligado finalmente a tomar la decisión de abandonar el hogar paterno y huir a este mundo.

Si la carta de los Amantes realmente apuntaba a Cade, significaría una reunión en conjunción con la carta de la Muerte. Algo que quería evitar a toda costa. Aunque no podía imaginármelo reclamándome, no confiaba en mi propia reacción si nos encontrábamos. El odio y el dolor eran demasiado profundos. Incluso después de tanto tiempo.

Todo esto no me gusta nada. Suspirando, junté las cartas en un montón. Las cartas del tarot

nunca mentían. Eso lo cambiaba todo, y en cuanto Coletta volviera a casa, nos iríamos. Dejar todo atrás y construir una nueva vida en otro lugar con identidades diferentes. Hasta que pudiera estar seguro de que el regreso a Nueva York era posible.

Corrí hacia nuestra biblioteca, donde guardábamos todos los objetos que tenían que ver con la magia y nuestro pasado. Era la habitación del piso en la que ni siquiera se permitía entrar a la asistente, cosa que se veía claramente por el desorden y el polvo. Ordenar y limpiar nunca había sido lo mío. Me describiría como una persona desordenada, aunque no lo dijera en voz alta.

Sin dudarlo, crucé la biblioteca y me detuve delante de un cuadro con una caja fuerte escondida detrás. Por fortuna, estábamos preparadas para una emergencia así. Habíamos pagado por adelantado un trastero para las próximas décadas y una empresa de mudanzas tenía todos los códigos de acceso necesarios para trasladar allí nuestras pertenencias. Bastaba una llamada y al día siguiente el piso estaría vacío. Yo era la propietaria, así que al menos no tenía que preocuparme de eso mientras pagara los gastos de funcionamiento.

Con rapidez revisé la pila de pasaportes falsos, buscando uno que aún no había utilizado. *Margret Hill. Tendría que acostumbrarme a ese nombre.* La última vez que cambié de identidad, finalmente me armé de valor y elegí el nombre por el que Markael siempre me había llamado. Raven. Mi verdadero nombre era Ravina, que significaba *el sol*, pero a pesar de mi pelo rojo fuego, esta estrella no me sentaba nada bien. Mi ropa era tan negra como mi humor y mi magia.

—¡Cuervo! —me dijo mi hermano un día después de que yo hubiera convertido una mariposa en un pequeño cuervo negro—. Cuervo, eso te queda mucho mejor que sol. —A partir de ese momento, siempre me había llamado Raven cuando nuestros padres no estaban y me había encantado. Él fue el único que me vio como realmente era y no como mis padres querían que fuera. Él... y Cade.

Me tragué el sabor amargo que me produjo pensar en ese hombre y busqué más papeles de la caja fuerte que necesitaríamos.

«¡Dímelo a mí! ¿Qué tal tu noche con ese camarero tan mono?». De repente oí a Coletta reírse entre mis pensamientos. Había conseguido acercarse sigilosamente por detrás gracias a mi distracción. Mi compañera de piso solo se comunicaba conmigo por telepatía, lo que facilitaba muchas cosas en el mundo humano, aunque a menudo me miraran raro cuando salíamos juntas por la ciudad y yo hablara con mi gato sin cesar.

Me volví hacia mi amiga y, sin decir palabra, me arranqué la camisa con una sonrisa.

«Muy bien, entonces», ronroneó la mujer gato en mi cabeza. «Pronto necesitaremos un armario extra para tu colección de camisas».

—No tendremos que preocuparnos de eso en las próximas décadas —repliqué contrita.

«¿Por qué?», preguntó Coletta con suspicacia y sus ojos se posaron en el pasaporte que tenía en la mano. Suspirando, saltó a la silla más cercana. «¿Ya es la hora? Déjame adivinar: ¿tu sueño?».

—Sí. Lo siento, Let. Es tan duro para mí decir adiós como lo es para ti, pero volveremos tan pronto como sea seguro. Te lo prometo.

Pasaporte en mano, pasé junto a ella en dirección al estudio. Aunque era mi única amiga, seguía sin poder expresarle emociones reales. Desde entonces, me había acostumbrado a evitarlas.

Coletta me siguió y observó en silencio cómo me conectaba a la página web de una aerolínea a través de un sistema seguro.

—Bueno, ¿adónde vamos esta vez? —pregunté alegremente—. ¿Al sol? ¿En la nieve? ¿Qué te apetece?

«Puedo prescindir de la nieve desde que me perdiste en la pista de esquí durante nuestras vacaciones en Espen, porque parezco un camaleón en ese entorno invernal. Blanco sobre blanco no pega», siseó la gata, y yo no pude evitar una risita al recordarlo.

—¿Entonces el sol? —intenté desviar la atención del tema.

«¿Qué tal Hawai?», sugirió mi amigo.

Introduje *Aeropuerto Internacional Daniel K.* Pinche en la opción de búsqueda y mientras el servidor buscaba vuelos adecuados, llamaron de repente a la puerta principal. Coletta y yo nos miramos asombradas.

—¿Esperas a alguien?

Coletta puso los ojos en blanco, molesta, y me *miró con cara de* «¿Hablas en serio?».

¿Quizás fue el portero con el correo? Si hubiera sido un huésped, nos habría llamado primero para preguntar si podía enviar a la persona arriba.

Con una última mirada a mi pantalla, me levanté y me dirigí a la puerta principal. Abrí las distintas cerraduras sin molestarme en mirar por la mirilla. Al abrir la puerta, saludé al amable anciano que vigilaba la entrada del edificio durante el día y se ocupaba del correo y los visitantes.

—¡Buenos días, Sidney! Pero estás... —Me quedé inmóvil, mirando unos iris azul turquesa que me eran familiares. Mi corazón se contrajo dolorosamente mientras un fuego desenfrenado corría por mis venas.

Cade estaba apoyado en la puerta, mirándome con los ojos entrecerrados.

CAPÍTULO 2



C ADE

RAVEN APENAS HABÍA CAMBIADO por fuera. Pero yo sabía que las apariencias engañan. Lo que había ocurrido entonces la había cambiado, y a mí también, para siempre.

Dejo que mi mirada recorra su cuerpo menudo pero muy femenino de la forma más discreta posible. Su pelo pelirrojo estaba más corto que antes, pero su fuego seguía ahí, imperturbable. Solo llevaba puesta una camisa de hombre, lo que casi me hizo correr junto a ella para ir a buscar al bastardo que había dejado entrar en su cama y matarlo.

Tragué saliva. *Ya no es tuya.* Solía serlo, pero eso se había acabado. Mi rostro se contorsionó en una máscara de desinterés, suprimí cualquier emoción que esta mujer desencadenara en mí.

—Veo que me incomoda —dije con frialdad, esta vez dejando que mi mirada se posara sin pudor en la camisa y en las piernas desnudas y torneadas que asomaban bajo la escasa ropa.

Sin responder, se agarró a la manilla de la puerta e intentó cerrármela en las narices. Pero no sabía con quién estaba tratando. Yo ya no era el joven educado que ella conocía. El mejor de mi curso en la academia de magia y contando chistes. Hacía años que no me reía.

No, el lado oscuro me tenía estrangulado, y en las últimas décadas había acabado con más vidas de las que mi alma era capaz de soportar. No podía quedarme fuera. Aunque no se me permitiera usar la magia en este patético mundo, era un asesino bien entrenado y una pequeña pelirroja me resultaba fácil.

Es solo un trabajo, como cualquier otro.

Como pude, introduje el pie en la rendija de la puerta y lancé el hombro contra ella al mismo tiempo. La puerta se abrió de golpe y descubrí a *mi presa* tendida en el suelo, gimiendo. La camisa se había desplazado ligeramente y uno de sus pechos asomaba. Un tirón de placer penetró en mi virilidad.

Sus ojos grises lanzaban fuego.

—¿Qué haces aquí, Cade? —siseó.

—No te preocupes, pequeña. No estoy aquí porque quiera. Tengo la misión de llevarte a Brysalia. —Sin dudar, entré en el piso y cerré la puerta tras de mí. Guardé la llave en el bolsillo del pantalón por precaución—. ¡Te garantizo que no volverás a verme después de esto!

—¡Definitivamente no voy a Brysalia contigo! —La pelirroja saltó y salió corriendo.

Debería haber sabido que este trabajo no sería fácil. Había intentado convencer a mis jefes de que al menos me permitieran sedar a Raven, pero se habían negado en redondo. Por desgracia.

Gimiendo, emprendí la persecución por el ático y la seguí a través de una enorme cocina hasta un espacioso salón, donde huyó por la puerta del patio a la zona exterior. Aquí, lo sabía, no había salida para ella, y aunque se hiciera llamar «Cuervo», no podía volar.

—Niñata, ríndete al fin. No puedes escapar de mí.

—¡No te atrevas a llamarme *niñata* una vez más! —gruñó desde el otro extremo de la terraza circundante.

—Si eres buena y vienes conmigo, incluso te dejaré cambiarte antes. ¿O de verdad quieres que te lleve a mis clientes en ese especto?

Mi generosidad me sorprendió a mí mismo. ¿O era más bien una sugerencia egoísta, ya que no quería que nadie más que yo la viera así?

Se apresuró a mirar a su alrededor y cogió el candelabro que estaba sobre la mesa a su lado. Lo balanceó en el aire mientras permanecía con las piernas separadas, casi como si se estuviera preparando para un ataque. En sus ojos se encendió una sed de acción.

—¡Esto es ridículo! —le grité, ya molesto. En realidad, no quería aceptar esta maldita orden, ya que hasta ahora había evitado todo lo que tuviera que ver con ella. Pero no se podía rechazar una orden real tan fácilmente. Pero ahora sabía que negarme me habría causado menos problemas que volver a verla.

Di unos pasos enérgicos hacia ella, pero no llegué lejos porque en ese mismo momento algo saltó sobre mi espalda y clavó sus afiladas garras profundamente en mi piel. Se oyó un siseo.

—Como puedo intuir, convenciste a Coletta para que te acompañara a este mundo —gruñí mientras intentaba quitarme al diablillo blanco de encima.

Raven aprovechó la oportunidad para abalanzarse sobre mí con el candelabro en alto, gritando. Conseguí esquivar su golpe en la cabeza justo a tiempo. El gatito me clavó aún más las garras. En vano, alargué la mano hacia atrás para agarrarlo por el pelaje.

—¡Deberías haber llamado o enviado un correo electrónico mejor, Cade! —se burló Raven, como si yo no supiera a qué se refería con esos logros tecnológicos de los humanos—. ¡Fue un error venir aquí!

Solo sentí el golpe cuando ya era demasiado tarde. ¡Esa maldita mujer! Me golpeó en la cabeza con el candelabro. Por mi frente corrió sangre caliente. ¿Cuánto tiempo hacía que un adversario no lograba herirme, y mucho menos hacerme sangrar? Una eternidad.

Mi mente no estaba en el trabajo, me había dejado distraer por ella. Un estúpido error de novato que no debería pasarle a un profesional como yo.

¡Basta ya!

Sin más preámbulos, arranqué a Coletta de mi espalda y sostuve el bulto que se retorció por el pelaje. Luego empujé el candelabro de la mano de Raven con el pie e hice un giro inesperado sobre mi propio eje hasta colocarme detrás de ella y hacerle una llave en la cabeza con el brazo libre.

Un grito airado siguió a su intento de liberarse de mis garras. Fue en vano. Para dejarle menos espacio para seguir retorciéndose, la apreté más contra mi cuerpo. Un gran error.

Su espalda se acurrucó cálidamente contra mi estómago. Sus cabellos rojos jugaron con mi cara y me acariciaron la mejilla. Mi brazo estaba justo debajo de sus pechos bien formados. Sentí su respiración entrecortada. El aroma de Raven flotaba seductoramente en el aire. Sin poder controlarlo, mi nariz rozó primero su pelo y luego su cuello, buscando lo familiar que había perdido hacía tanto tiempo.

El calor empezó a subir dentro de mí. Inconscientemente, frotó su trasero contra mi excitación, que ya palpitaba exigente contra la costura de mis pantalones. ¿Sentía ella también

ese deseo?

La lujuria. Flotaba en el aire entre nosotros como una mezcla tóxica y detuvo el tiempo. No, lo rebobiné hasta otro presente y otro lugar. Cuando todo aún estaba bien.

Mi pulgar acarició con suavidad su costado y provocó un ligero temblor en su cuerpo. Esta emoción estuvo a punto de alterarme y enroscué los dedos en la camisa que llevaba puesta. Sin embargo, fue la tela de la camisa del hombre la que me devolvió a la realidad. El hielo coaguló mis venas y toda emoción se borró. Excepto la que me había acompañado durante décadas: el odio.

—¿Dónde está el príncipe dueño de esta camisa? ¿No viene a rescatarte? ¿O es así como te ganas el dinero para este lujo de aquí? ¿Como puta? —siseé y no se me escapó que mis palabras cayeron sobre ella como agua fría. Bien podría haberle clavado un cuchillo en la espalda.

—¡Maldito! —gruñó—. ¡Te odio!

—Bueno, bueno, bueno, ¿qué clase de palabras feas son esas? Ninguna noble bien educada de Brysalia diría algo así. —Antes de que volviéramos a caer en una situación indeseable, abrí un portal y empujé a Raven delante de mí.

Puso todo su peso contra ella, clavando los talones en el suelo hasta que olí sangre que no era mía. Pero cualquier resistencia era inútil, ya nos esperaban al otro lado del portal.

Rodeados por una docena de guardias, al momento siguiente estábamos en los aposentos del rey de Ellyllia, uno de los reinos de Brysalia. En ese mismo momento, el rey Tibor entró por una discreta puerta lateral, acompañado por la princesa Elena y el príncipe Lucian.

Solté a Raven y la empujé hacia el rey con tanta fuerza que cayó de rodillas. Lancé a Coletta tras ella y aterrizó a cuatro patas, siseando.

—Aquí está mi pedido. Bonificación incluida. —Señalé con la barbilla al gato blanco, que me fulminó con la mirada—. Les estaría profundamente agradecido, Majestades, si pudierais pagarme mi salario ahora para que pueda seguir mi camino de nuevo. —Con una leve reverencia, esperé mi pago. Pero no ocurrió nada. En cambio, la princesa Elena se inclinó hacia Raven y la ayudó a ponerse de pie.

—Tráigale un abrigo, por favor. —La princesa se dirigió a una sirvienta que había estado esperando junto a la puerta. Poco después, regresó con la prenda solicitada y se la entregó a Raven. Un leve rubor se instaló en sus mejillas y se apresuró a envolver su cuerpo en la vaporosa tela verde mientras bajaba la mirada.

No había sido tan mojigata en Nueva York. Todo lo contrario.

—Ravina Delarosa y Cade Storm, tenemos un trabajo para los dos —habló el rey.

Raven levantó la cabeza y miró a su homóloga con la mandíbula apretada.

—¿Para los dos? —pregunté incrédulo. Debía de haber un malentendido.

—Sí, eso es. Para los dos. Juntos —confirmó el hombre mayor mientras se dirigía a una mesa junto a la ventana. Nos hizo un gesto para que le siguiéramos.

—Nunca trabajaré con él —dijo Raven sin inmutarse.

—Aunque odie admitirlo, comparto tu opinión sobre este asunto —intervine a su declaración.

—Desde luego, no voy a pasar más tiempo con este tipo, ni siquiera en este mundo. —Todo lo que necesitó fue pisar fuerte con su pequeño pie descalzo una vez. Era linda cuando se enojaba. Al menos así la encontraba yo.

—Pero no se trata de tu deseo ni del suyo —dijo el rey con impaciencia y su hija le acarició el brazo para calmarlo.

—Los dos fueron elegidos —nos informó con voz tranquila.

—¿Elegidos? —pregunté incrédulo.

El destino no puede ser tan cruel, ¿verdad?

—Sí, así es. Una hija del linaje de la diosa Hekate —señaló a Raven, que se limpiaba la cara con desesperación—. Y un hijo del linaje de las Norns. —Sus ojos se clavaron en mí.

—¿Por qué nosotros? Hay miles de otros seres ahí fuera que podrían significarse —traté de convencerme para salir de esta inquietante situación—. ¿Una fugitiva y un mercenario? No pueden hablar en serio.

Los ojos de Raven se desviaron hacia mí y me miró con el ceño fruncido.

—Sí, lo es —intervino el príncipe Lucian—. El oráculo dio sus nombres. ¡Y el oráculo nunca se equivoca!

CAPÍTULO 3



RAVEN

OÍ LAS PALABRAS DEL PRÍNCIPE, pero se me pasaron flotando como un insecto insignificante.

¿*Cade es un mercenario?* ¿Por qué había elegido un destino tan cruel? ¿Cuántas de sus misiones habían significado la muerte del objetivo?

Sí, le odiaba y quería desterrarle de mi vida. Sin embargo, esta información me había desorientado. Tampoco entendía mi consternación —si es que esa era la palabra adecuada para describir ese tirón en mi interior—. En realidad, no debería importarme lo que hacía para ganarse la vida, en su tiempo libre o en cualquier otro lugar.

Pero no dije nada. Mi arrebato no había sido planeado de esa manera y me molestó haber perdido el control. Decir lo menos posible, parecer una joven intimidada y huir en cuanto pudiera había sido mi lema.

«¿Qué te pasa?» Oí a Coletta sisear en mi cabeza. «¡Nunca saldremos de aquí así!».

Tenía toda la razón. Si no me reponía, la fuga estaba fuera de cuestión. Y después de todo, había un vuelo a Hawai en las próximas horas que se suponía que era nuestro. A una nueva vida como Miss Margret Hill. *Oh, cómo odio ese nombre ya.* Pero cualquier cosa era mejor que tener que volver a mi antigua vida con todos sus recuerdos.

Seguí obedientemente al rey Tibor hasta la gran mesa en la que había varios libros y papeles. Elena nos acompañó.

—Nuestros eruditos han descifrado el mensaje del oráculo hasta el más mínimo detalle y ya han informado a las diosas mencionadas. Hekate también debería llegar en cualquier momento. —La princesa nos tendió un documento en el que, al parecer, estaba grabada con letra ilegible la información que acabábamos de mencionar.

Mientras mi diosa no apareciera por aquí, de todos modos, no creería ni una palabra de lo que dijeran. El oráculo solo escupía una profecía una vez cada varios cientos de años, ¿y por qué íbamos a formar parte él y yo de esa probabilidad mínima? ¡Mentira total!

Una mirada de reojo a Cade me demostró que lo veía igual que yo. Estaba apoyado en la mesa con los brazos cruzados delante del pecho, mirando a su alrededor con una máscara de desinterés. Sí, parecía aburrido. Por completo.

El Cade que yo conocía se habría abalanzado sobre los libros y papeles. Su corazón académico se habría acelerado al ver todos esos tomos, que seguramente estaban bajo llave y no eran accesibles al público. Nada le habría impedido desentrañar el misterio por sí mismo.

Estaba claro que ese hombre ya no existía. Mientras tanto, incluso se había examinado las uñas para pulir una de ellas en su chaqueta. Esto superaba cualquier falta de respeto que pudiera mostrar a un rey y a un príncipe y princesa.

Molesta por él y su espectáculo, puse los ojos en blanco.

«¡En qué culo se ha convertido, Let!», me comuniqué telepáticamente con mi amiga, que soltó una risita al ver que Cade seguía limándose las uñas.

«No solo un culo normal, sino un culo egocéntrico y narcisista. Mira qué bonito le brilla el pelo negro. Eso no es normal en un hombre», replicó, cayendo en un tono arrebatador que no me gustó nada.

«Bueno, su pelo no está tan bien», dije un poco malhumorada, mientras dejaba que mi mirada se paseara por su pelo de la forma más discreta posible.

—¿Ravina? —La princesa Elena me sacó de mi observación y, como una colegiala pillada copiando, di un respingo.

—¿Sí? —respondí, intentando parecer lo más relajada posible.

Una sonrisa se dibujó en los labios de la joven princesa y miró brevemente a Cade, que ahora había centrado su atención en los adornos del techo.

—¿Te pregunté si conocías la leyenda del primer grimorio?

—¿Del primer grimorio? ¿Te refieres a la historia de la primera mujer brisalana en el mundo humano? Ida era su nombre y era vidente. Todo ser de nuestro pueblo aprende y conoce esta leyenda desde la infancia.

También me lo habían dicho una y otra vez.

Por aquel entonces, cuando entró en el mundo humano, todos los poderes y hechizos aún eran visibles en sus elementos. Ida entrelazó la magia que conocía de Brysalia con la que encontró allí. Poderes de dos mundos, combinados en pociones, ungüentos y tinturas.

Pero una noche, la vidente tuvo un sueño. En él, conoció a una diosa que le habló de otro poder. Una fuerza invisible, oculta en lo que los humanos llamaban el éter. Si combinaba este último elemento con la magia de Brysalia, la diosa le aseguró que la paz de ambos mundos estaría asegurada para siempre.

Ida emprendió una búsqueda y finalmente encontró este misterioso poder en el espacio y el tiempo que separaban nuestros mundos. Lo domó, lo hizo suyo y combinó hechizos del mundo mágico con esta energía.

Pero la diosa la había traicionado: solo quería esos poderes para ella, para apoderarse de los mundos y convertir a todos los seres en monstruos sin alma. Ida se dio cuenta de sus falsas intenciones y escribió todos sus conocimientos en un grimorio, que transmitió a su hija, que huyó con él.

Toda ayuda llegó demasiado tarde para Ida. No quedó nada de ella después de enfrentarse a la diosa desconocida.

En los milenios que siguieron, ambos linajes —el de las diosas del destino y el de Hekate— fueron maldecidos por tener entre ellos una hija que custodiaba el grimorio y, en el momento de peligro, transmitía esta tarea a su hija, junto con el legendario libro que la diosa tanto codiciaba.

Hace unos siglos, nadie supo exactamente cuándo ni cómo, se perdió el grimorio y se levantó la maldición que pesaba sobre las hijas de mi pueblo.

—El oráculo ha profetizado que la diosa que entonces visitó a Ida en sueños quiere apoderarse de nuevo del grimorio —dijo Elena, con evidente preocupación en la voz.

—Pero está perdido —intervino de repente Cade, situándose demasiado cerca de mí. ¿Cuándo se había unido a la conversación?

—Nadie sabe dónde está ahora, pero eso no se aplica al pasado. Hasta su desaparición, la ubicación del libro fue registrada con precisión por los eruditos de Brysalia —explicó la princesa.

—¿De qué sirve saber dónde estaba si ya no está en esos lugares?

¿Qué información se nos oculta?

—Porque las dos van a viajar en el tiempo, chicos —siseó una voz femenina desconocida detrás de mí.

Cade y yo nos volvimos hacia ella sorprendidos y se me cortó la respiración. La diosa Hekate salió flotando de un portal con un vaporoso vestido negro. Sus pies no tocaban el suelo mientras avanzaba hacia nosotros.

Unos iris plateados, en los que se ocultaban los vórtices de la eternidad, me escudraron primero a mí y luego a Cade.

—¿Son estos los dos elegidos por el oráculo? —preguntó escéptica—. Mejor nos pegamos un tiro.

Bueno, ¡gracias a ti también!

—Son ellos —confirmó Lucian, a quien le costaba contener una sonrisa.

¡Cabrón!

—Bueno, supongo que entonces lo haremos lo mejor posible —suspiró la diosa y se acercó.

Nunca me pongo nerviosa con facilidad ni dejo que nadie me intimide, pero estar delante de mi diosa hizo que me sudaran las palmas de las manos y que el corazón me latiera más deprisa.

—Mi diosa —la saludé, seguido de nuestro saludo sagrado. Un gesto que consistía en tocarse primero el corazón y luego los labios con dos dedos.

Incluso Cade se inclinó respetuosamente.

—¿Qué saben ya los elegidos sobre su misión? —quiso saber Hekate del rey Tibor.

—Todavía no hay detalles. Solo las líneas generales de lo que va a ocurrir —respondió el monarca tras darle la bienvenida con un movimiento de cabeza.

—Honorable diosa, debe haber un error aquí. No es posible que el oráculo se refiriera a nosotros dos —dije con voz temblorosa. Ir contra el oráculo y un rey ya era un acto imposible, pero ir contra Hekate sin duda no quedaría impune.

Pero la diosa de la magia apenas se percató de mi objeción, e incluso la apartó con una mano.

—Ella tiene razón —intervino Cade—. El oráculo está equivocado, nosotros...

—Ya basta de tonterías —dijo impaciente la diosa de la magia—. Realmente no tenemos más tiempo para discusiones innecesarias. Como no encontraste a la fugitiva en una semana, vamos retrasados, lo que puede tener consecuencias desastrosas al viajar en el tiempo.

—¿Y qué pasa si nos negamos? —pregunté, intentando no mostrar el temblor que me hacía flaquear las rodillas.

Hekate soltó una carcajada y luego me miró con un brillo en los ojos. Su sonrisa tenía un toque cruel.

—Entonces verás cómo, gracias a ti, nuestros pueblos y todos los mundos serán subyugados. Esclavizados, asesinados y obligados a ganarse la vida en una guerra eterna. Niña, dime, ¿puedes vivir con esta culpa?

No, no puedo hacer eso.

—Eso es lo que pensaba —dijo Hekate sin esperar mi respuesta—. ¿Y tú, muchacho? ¿Puedes reconciliar eso con tu conciencia?

Cade me miró. La desesperación brilló en sus ojos, pero luego sacudió la cabeza.

—Así que eso resuelve la cuestión de la participación —exclamó Hekate con satisfacción—.

Planeemos por fin cómo vamos a proceder exactamente.

Evité con fuerza la mirada de Cade mientras me volvía hacia los demás, que estaban inclinados sobre un mapa que Lucian había desenrollado.

—¿Es un mapa del mundo humano? —comenté sorprendida—. ¿América del Norte?

—Sí, así es —coincidió la princesa Elena—. La ubicación del Grimorio fue registrada allí por última vez a principios de 1692. El oráculo ha predeterminado exactamente una semana de enero de este año en la que deben viajar hasta allí para evitar que caiga en manos de la diosa desconocida.

—¿Adónde tenemos que ir con exactitud? —preguntó Cade dubitativo. Estaba claro que no le gustaba el asunto más que a mí.

—A un pequeño pueblo cerca de Boston. Solo tiene 500 habitantes. Se llama Salem. —Lucian señaló el punto del mapa que debía representar Salem.

—¿Salem? —grité con más que un poco de incomodidad. De repente se me revolvió el estómago—. ¿El Salem donde tuvieron lugar los juicios por brujería en 1692?

¡No pueden hablar en serio! ¿De verdad querían enviar a dos seres que personificaban la brujería a la época de la caza de brujas? Qué plan tan absurdamente estúpido.

El destino no parecía tener buenas intenciones con nosotros.

—Así es. Ese es el Salem que tenemos en mente —confirmó Hekate, y el brillo de sus iris plateados lo superó todo en crueldad—. Así que les aconsejo no llamar tanto la atención.

CAPÍTULO 4



C ADE

NO SABÍA si reír o gritar. El día no podía ir peor. Primero esta maldita misión y el encuentro con la mujer que tanto intentaba olvidar. Ahora una misión conjunta con la misma mujer y en una ciudad donde se estaban celebrando juicios por brujería.

Suspirando, me pasé la mano por la cara. Como mercenario, había visto muchas cosas terribles y hecho aún más, pero la idea de asistir a juicios de brujas me revolvía el estómago.

¿Cómo había acabado aquí?

—¿Y cómo es que esto *no está* planeado para destacar? —preguntó Raven, sorprendiéndome por lo insolente que suena su voz. De adolescente, siempre había soñado con conocer a su diosa Hekate y tal vez aprender de ella algún que otro truco mágico. Pero ahora parecía como si deseara que ese sueño no se hubiera hecho realidad.

—Tenemos un contacto en Salem de 1692 que posee una granja a las afueras de la ciudad y se hará pasar por el tío de Cade. Se mudarán con él como pareja de recién casados para *ayudarle* con las cosechas y el ganado —explicó Lucian el plan que podría ser nuestra perdición.

—¿Casados? —chilló Raven, con los ojos muy abiertos, y mi corazón se detuvo conmocionado.

—Sí, casados —respondió Lucian, frunciendo el ceño—. ¿Es eso un problema?

—¿Un problema? —pregunté con tono divertido—. Bueno, si quieres que la misión tenga éxito y no haya víctimas muertas, entonces yo lo llamaría un problema, sí.

Raven enseñó los dientes.

—¿Víctimas muertas? Asegúrate de que no eres tú quien visita Hades antes de tiempo. —Me escrutó con mirada despectiva—. Aunque dudo que Hades te deje entrar en su reino de los muertos. Probablemente tu destino sea la Estigia. El río donde son enviados aquellos cuyas almas no son lo suficiente puras. Si es que tienes una.

Solté un gruñido.

—Sé lo que es la Estigia. —Me hizo falta una fuerza increíble para no arremeter contra ella y azotarla por su descaro. En mi mente se formó una imagen de este pensamiento que hizo que mi virilidad se endureciera. *Oh, diosas mías, ella es mi perdición.*

—Entonces tendrán que recomponerse esta semana —rugió Hekate, con la plata de sus iris brillando aún más que antes—. Dejen a un lado sus peleas infantiles y egoístas. Cuando hayan salvado los mundos, podrán reventarse entre ustedes hasta la saciedad.

—Está bien —siseó Raven, mirándola enfadada—. No es como si tuviéramos alguna opción, después de todo.

—No, no la tienen —replicó el rey con severidad, con el rostro peligrosamente enrojecido por la ira—. Has sido elegida, y ese es un honor que no se puede rechazar.

—Todo está ya preparado y planeado. La ropa que usaran está preparada y nuestra persona de contacto ha anunciado la llegada de ambos a Salem. —Elena me miró con severidad y luego a Raven.

—¿Y qué debemos hacer una vez allí? Aparte de cultivar campos y ordeñar vacas, claro —quise saber.

—No olvides la parte del matrimonio —se rio Raven—. Esa va a ser la parte más difícil.

No pude evitar sonreír ante su broma. La chica siempre había tenido buen sentido del humor, lo que me había costado el corazón cuando nos conocimos.

—Tendrán que hacerse amigos de tantos habitantes como puedan en el poco tiempo disponible —respondió Lucian, saltándose la parte del matrimonio—. Alguien allí debe saber dónde está el grimorio

—Si sabes que estuvo en Salem, entonces también deberías saber de quién era la posesión en aquel momento. Creía que los eruditos lo habían anotado todo con tanta precisión —indagó Raven.

—Bueno, hay un nombre en la entrada para el año 1692 y el lugar Salem, pero tuvimos que darnos cuenta de que es información errónea. —El rey se sentía claramente incómodo al admitir este error.

Raven miró ahora con desconfianza a la familia real.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de que el grimorio estaba en Salem en primer lugar? —De algún modo, toda esta historia estaba más llena de agujeros que un queso suizo.

—Porque se encontró una página del grimorio entre las pertenencias del sacerdote local. —Lucian levantó un papel amarillento que solo se mantenía unido por arte de magia, así de viejo era.

—¿Así que crees que la persona que estaba en posesión del grimorio era una de las que fueron condenadas y ejecutadas como brujas? —Me acerqué para echar un vistazo al viejo documento. La fuerza de la costumbre de un antiguo académico.

—Tenemos esa suposición, sí —confirmó Hekate mi sospecha.

—En resumen —comenzó Raven—. Tenemos una semana para hacernos amigos de quinientas personas extrañas y extremadamente sospechosas, encontrar el grimorio, ponerlo a salvo y, al mismo tiempo, tenemos que evitar que nos descubran y nos ejecuten como brujas. ¿Y todo porque un oráculo escupió nuestros dos nombres para esta misión? —Miró a su alrededor expectante—. Bueno, si no es por otra cosa.

Sacudiendo la cabeza, se volvió hacia Coletta, con la que estaba teniendo una animada discusión interna.

—Hay una cosa más —dijo la princesa Elena—. El oráculo ha profetizado que la diosa desconocida también enviará a alguien para apoderarse del grimorio en esta línea temporal. Deben adelantarse a esa persona.

—Nos las arreglaremos con eso además de la vida en la granja. —Mis palabras destilaban ironía, que nadie pasó por alto. Menos mal, porque esta misión era suicida y estaba condenada al fracaso.

—Por supuesto, no vamos a enviarlos al pasado completamente indefensos —objetó Hekate, sacando una bolsa y un libro de entre los pliegues de su vestido.

—Como en el mundo humano no se permite usar la magia, aquí tengo un libro de recetas. Pueden usarlo para hacer mezclas de hierbas que funcionen sin magia ni hechizos. He puesto las hierbas poco comunes que necesitarán en la bolsa. —Nos tendió este precioso regalo, pero cuando iba a cogerlo, Raven se me adelantó. *¡Pequeña bruja!*

—El tiempo es esencial. Tu contacto ya te está esperando. —Lucian miró a Hekate, que musitó unas palabras. En el instante siguiente, mis ropas habían desaparecido y vestía pantalones, camisa, chaqueta y zapatos del siglo XVII. Incluso sentí la presencia de un sombrero en mi cabeza.

Mi mirada se desvió hacia Raven, que se miraba a sí misma con total asombro. También iba vestida de forma adecuada: un vestido marrón con un delantal blanco y una cofia del mismo color. Llevaba el pelo recogido y unos zapatos oscuros desgastados asomaban bajo la falda.

Fue entonces cuando descubrí el anillo de oro que llevaba en el dedo. Yo también tenía uno de esos, me di cuenta con horror. Verlo me ponía enfermo. *¡Anillos de boda!*

Coletta no había sido menos golpeada. El antes hermoso blanco de su pelaje era ahora de un marrón apagado y tenía un aspecto andrajoso, casi como si alguien hubiera intentado arrancarle hasta el último pelo. Hasta ahora no me había dado cuenta de que ella también estaría viajando en el tiempo. Para mí estaba muy bien. A lo mejor me quitaba a Raven de encima.

—Hay un consejo más que debo darles —interrumpió el rey las maldiciones de Raven, que parecía escrutar cada costura de su nuevo vestuario—. Tengan cuidado de no cambiar el curso del tiempo. Todo debe tener lugar y desarrollo exactamente como ya lo ha hecho. Por difícil que les resulte, intenten no salvar vidas, no interferir en los asuntos de la aldea ni emparejar a los amantes entre sí. —Al pronunciar las últimas palabras, su mirada se desvió hacia su hija. Por lo visto, le gustaba hacer de casamentera—. Eviten también hacer anotaciones en documentos oficiales y deberán conocer siempre las costumbres imperantes. Su contacto se las explicará. Y lo más importante: eviten los conflictos. Las cosas hierven en Salem, la ciudad es un polvorín. —Esta vez los ojos del rey se clavaron en mí y levanté las manos en señal de defensa.

—*¡No te preocupes! Sé que tengo cierta reputación como mercenario, pero si es necesario, puedo ser bastante dócil.*

Detrás de mí, Raven resopló antes de acercarse al rey.

—Tengo dos preguntas más —anunció como una reina que tuviera que dar la noticia de la escasez de agua a sus súbditos.

—*¿Sí?* —preguntó Hekate, empujándose delante del rey Tibor. Los ojos de Raven se abrieron solo por un momento, y un pequeño movimiento de su mano mostró que estaba luchando un poco consigo misma y su reverencia por esta diosa.

—Por un lado, ¿cuánto tiempo crees que seguiré viva con mi pelo rojo en el año 1692? Y, en segundo lugar, ¿cómo viajamos exactamente en el tiempo? He oído hablar de viajeros en el tiempo, pero utilizan su raro talento para estos saltos temporales. Pero él y yo no somos viajeras del tiempo. —Se señaló primero a sí misma y luego a mí. Su mirada se detuvo en mí. Se fijó en mi sombrero y fue evidente que en aquel momento su atuendo le parecía menos horrible que antes. Un tic en la comisura de los labios indicaba una risa burlona. Menos mal que aquí no había espejo. Probablemente solo podría mirar al monstruo que llevaba en la cabeza más tarde. Me parecía grande y pesado.

—He colocado un velo sobre tu cabello. La magia para esto es tan pequeña que no lo notarás. Y los anillos llevan la magia para viajar en el tiempo. En cuanto haya pronunciado la fórmula mágica, serán enviados al año 1692, para regresar exactamente siete días después, sin ninguna acción por tu parte ni por la mía. Siete días en tiempo humano, por supuesto —explicó la diosa

de la magia. El tiempo transcurría de forma diferente en Brysalia, por lo que sería casi imposible determinar la hora correcta desde el mundo mágico.

—Pero eso también significa que cuando vuelvan, deberán estar en un lugar donde puedan desaparecer sin llamar la atención. Es casi mediodía en el mundo humano. Así que también a mediodía, dentro de siete días, no importa lo que estén haciendo o dónde se encuentren, serán enviados de vuelta a nuestro tiempo. —Elena nos miró con urgencia—. ¡De verdad, se tienen que asegurar de que nadie se dé cuenta!

—No lo olvidaremos —prometí y al mismo tiempo volví a preguntarme si en realidad era tan buena idea enviarnos a los dos a esta misión—. ¿Qué pasa si fracasamos y no encontramos el grimorio a tiempo?

Lucian me miró con dureza.

—Entonces esta diosa hambrienta de poder pondrá sus manos en él. Eso la pondría en posesión de los hechizos más poderosos jamás lanzados. ¿Qué crees que hará con él?

—¡Está bien! —Me pasé la mano por la cara con frustración.

—¿Qué tendremos que hacer con el grimorio una vez lo hayamos encontrado? —quiso saber Raven.

—El oráculo ha profetizado que sabrán lo que tienen que hacer cuando ese momento llegue. Suponemos que tú, Raven, tienes una conexión con el Grimorio. Parece que eres una de las hijas de los guardianes del Grimorio. Pero todo eso no son más que conjeturas —respondió Hekate contrita. Estaba claro que no le gustaba esta parte del plan, al igual que a mí—. Sabemos que te estamos enviando a este viaje con muy poca información, pero eso es todo lo que nos ha dicho el oráculo. Solo nos queda esperar que consigan cumplir su cometido.

—Pero ahora sí que no tenemos más tiempo —instó Lucian y nos empujó hacia el centro de la sala. La princesa Elena apretó a la gruñona Coletta contra los brazos de Raven—. Sujétala fuerte mientras viajas en el tiempo.

Hekate sacó un librito del bolsillo de su falda. Se detuvo frente a nosotros. Luego cerró sus ojos de plata mientras susurraba un hechizo una y otra vez con la palma de la mano sobre la correa de cuero.

Por el rabillo del ojo, me di cuenta de que Raven se balanceaba un poco nerviosa de una pierna a otra. Yo también estaba inquieto por todo aquello y el poco tiempo que tenía para prepararme me inquietaba. Siempre planeaba mis trabajos hasta el más mínimo detalle. La última vez que me había sentido tan poco preparado fue en mi primer día de clase.

No, no era cierto. Había habido otro día en que me lancé a una aventura sin estar preparado y terminé cambiando mi vida para siempre. No para mejor. Al pensar en ello, empecé a sudar sin control y un ligero temblor recorrió todo mi cuerpo.

Ahora no es el momento adecuado para pensar en esto, me ordené a mí mismo y como pude empujé los recuerdos de vuelta a las profundidades de mi alma negra.

La voz de Hekate se hizo cada vez más fuerte y, cuando volvió a abrir los ojos, la plata brillaba tanto que no podía mirarla sin quedarme ciego.

De repente, se formó un vórtice luminoso alrededor de los tres. Raven se acercó inconscientemente a mí. ¿O me había acercado yo a ella?

Los velos de niebla giraban cada vez más rápido a nuestro alrededor y todo lo que había detrás se volvía borroso. Todo se volvía borroso. Los colores se convirtieron en motas y era difícil saber dónde estaba arriba o abajo.

Con un estruendo ensordecedor, todo quedó bañado en una brillante luz blanca. Con fuerza, cerré los ojos.

Cuando volví a abrirlos, seguía de pie junto a Raven, que sostenía a Coletta en brazos, pero el castillo del rey no estaba a nuestro alrededor. En su lugar, nos encontrábamos en el linde de un bosque, contemplando una pequeña casa de madera con un establo.

—Déjame adivinar —suspiré al ver la cabaña de madera con humo saliendo de la chimenea—. Este será nuestro hogar durante los próximos días.

Raven miró horrorizada la choza cubierta de paja, pero luego me sonrió con descarp.

—¡Hogar, dulce hogar! —balbuceó exuberante y echó a correr por el campo nevado hacia la cabaña.

¡Esto podría ser divertido!

CAPÍTULO 5



RAVEN

UNA COSA que me habían enseñado mis numerosas mudanzas y cambios de identidad era que había que entrar en algo así de forma positiva si querías que pareciera auténtico a los de fuera.

Cade puso mala cara. No ocultaba que no le gustaba la misión. Y sí, tampoco estaba convencida de que perteneciéramos a este lugar, pero aun así teníamos que adaptarnos al momento, a la situación y al entorno.

«¿Crees que sobreviviremos a esto?». Los pensamientos de Coletta revolotearon por mi cabeza. Con los ojos entrecerrados, miró con escepticismo la granja.

«Solo son siete días. ¿Qué tan malo puede ser? Siete días en el pasado, sin lujos, en busca de un grimorio perdido... podemos arreglárnoslas. Sería una ridiculez si no lo hiciéramos, Let!».

«¿Lo dices porque quieres demostrárselo a Cade o porque lo dices de verdad?», replicó mi amiga.

«Quizá un poco de las dos cosas», admití con sinceridad y no pude evitar sonreír. «Pero sigamos ahora, si no me moriré de frío aquí fuera. Hace un frío increíble para ser enero».

«¿Te refieres a un mes de enero en el que no estés sentada en un ático con la calefacción a tope, vestida solo con ropa interior, acurrucada en una manta en el sillón junto a la ventana, viendo caer la nieve invernal?», se burló Coletta.

Solo dejé escapar un breve bufido, pues ahora tenía demasiado frío para pensar en una respuesta. Apreté firmemente a Coletta contra la parte superior de mi cuerpo y corrí por el campo, tiritando. Las nubes abandonaban mi boca y mi nariz con cada respiración, que seguía a la siguiente cada vez más deprisa.

Al mismo tiempo, tenía la sensación de que el interior de mis vías respiratorias estaba congelándose.

El sonido de dientes chocando justo detrás de mí me hizo saber que Cade no se sentía mejor. Ese pensamiento me calentó por dentro al menos un poco.

Me di cuenta de que creía que esta misión solo podía fracasar gracias a mí. Bastardo desgraciado. *¡Se sorprendería!*

Apareció a mi derecha y me miró.

—Pequeña, he visto tu casa en Nueva York. No llegarás hasta dentro de veinticuatro horas —dijo con frases entrecortadas.

—Vuelve a llamarme *niña* y no aguantarás los próximos veinticuatro segundos —le respondí

siseando, molesta. Tenía una forma de ser enloquecedora.

«No dejes que te provoque así», me regañó Coletta. «¿No ves que disfruta mucho cuando te pones así?».

Por el rabillo del ojo, vi un tic en la comisura de sus labios, confirmando que mi amiga tenía razón. Le divertía. Aceleré de inmediato. La nieve bajo mis pies se levantó tanto que mis calcetines de lana se mojaron.

Pero Cade no me dejó quitármelo de encima, sino todo lo contrario. También aceleró y me adelantó. Otra vez con esa sonrisa que debería estar prohibida.

Así que también volví a ser más rápida. Corrimos hombro con hombro a través del campo. Fuimos aumentando la velocidad por turnos hasta que llegamos al último tramo.

«¡Son como niños chiquitos! Es casi como si estuviéramos de vuelta en Brysalia y aún fueran un par de adolescentes», retumbó en mi interior la voz de Coletta. Parecía un poco pálida por toda la agitación a la que la había sometido en mi brazo, si es que eso era posible.

«Pondremos fin a esto ahora», le prometí. Pero en lugar de ceder y no exponer el dobladillo de mi vestido, que ya estaba empapado, a más nieve, viré a la derecha y lancé todo el peso de mi cuerpo contra Cade.

Cayó en la nieve como un árbol derribado. Sin mirar atrás, seguí corriendo y fui la primera en llegar a la puerta de la cabaña, de la que salió un hombre alto con barba, cuyo físico no tenía nada que envidiar al de los culturistas de mi gimnasio de Nueva York.

Con una ceja levantada, me miró primero a mí y luego a Cade, que seguía tendido en la nieve. Se le escapó un suave gemido.

—Se tropezó —mentí como de pasada, sosteniendo su mirada cómplice.

—Sí, claro —me contestó, sacudiendo la cabeza, antes de abrirme la puerta. Sentí un calor acogedor procedente del interior. Coletta saltó de mi brazo y se sentó frente a la crepitante chimenea. La seguí sin vacilar. Mientras estiraba alternativamente las manos y el trasero hacia las llamas, un furioso Cade entró en la cabaña.

—¡Tú! —gritó, señalándome con el dedo índice y resoplando como un toro en la plaza. No pude evitar sonreírle con inocencia. Se quedó en la puerta como un caniche regado mientras se formaba un charco a sus pies.

—¡Chico, quítate la ropa! Si no, te vas a morir —refunfuñó el dueño de la cabaña, tendiéndole una manta de lana.

Cade, cuyos labios ya se estaban poniendo azules, se arrancó la chaqueta y la camisa con rabia. Debajo se veía una parte superior del cuerpo bien entrenada. Impecable. Nada que ver con los hombres que había dejado entrar en mi cama en los últimos cien años.

Sus bíceps se tensaban con cada movimiento y, mientras le observaba desnudarse, sentí un tirón de placer entre las piernas. Me di cuenta demasiado tarde de que ya se estaba bajando los pantalones y que no había tela que cubriera su mejor parte.

Se me secó la boca como el polvo al ver su virilidad. Sí, recordaba nuestro tiempo juntos. Demasiado bien. Por desgracia. Imágenes de pasión se presentaron ante mi ojo interno y luché por apartar la mirada. Un deseo innegable recorrió mi cuerpo. El deseo de su excitación en lo más profundo de mí. Por los mejores orgasmos que había experimentado en mi vida.

Cade se detuvo, congelado en su movimiento. Nuestras miradas se cruzaron un instante. Reconocí en los suyos el mismo deseo que se había apoderado de mí.

—¿Los dejo solos? —La voz grave de nuestro anfitrión interrumpió este momento de cierta intimidad entre nosotros.

Una carcajada recorrió mis pensamientos.

«¡Oh cariño, están condenados!». Coletta estaba divertida. «Acabarán juntos en la cama antes de que se seque mi pelaje».

«¿Yo con él? ¡De ninguna manera! ¡Lo odio!», repliqué rabiosa y rompí con brusquedad el contacto visual con Cade, mirándome las puntas de los zapatos. «Es el asesino de mi hermano. Prefiero matarlo a acostarme con él».

El dolor ahuyentó mi lujuria. Hizo sitio a la profunda tristeza que me había acompañado durante un siglo.

—No sé en qué estaba pensando el oráculo al enviaros a los dos aquí, pero bueno. Es lo que hay y tenemos que intentar llevarnos bien —comentó el desconocido y se sentó en una silla junto a la chimenea—. ¡Toma asiento! Así podremos hablar de lo esencial antes de que tengamos que seguir con nuestras tareas diarias.

Confundida, miré a mi alrededor. En la espartana cabaña solo había otras tres sillas de madera, además de esta, en la mesa de comedor, al otro lado de la habitación. Pero de ninguna manera iba a dejar mi sitio junto al fuego. El frío en el resto de la habitación era húmedo y sus garras se clavaban en mi carne hasta los huesos.

Sin pensármelo dos veces, me senté en el suelo de madera. Cade, que ahora estaba envuelto en la manta, acercó una de las sillas del comedor.

—Me llamo Nathan Weber. Al menos ese es mi nombre aquí en el mundo humano. Mi nombre en Brysalia no importa, ni tampoco mi naturaleza —se presentó sin revelar en sí ninguna información sobre sí mismo.

—Pero yo no lo veo así —intervino Cade.

Nathan se pasó los dedos por el pelo castaño que le llegaba hasta los hombros en un gesto de desesperación. Mientras tanto, sus ojos castaño-verdosos miraban con peligro al mercenario.

—Soy del pueblo Fianna —gruñó—. No te diré mi verdadero nombre, no sea que se te escape por accidente. Ya tendrán suficientes problemas intentando recordar sus propios nombres.

—Un cambiaformas, entonces —afirmó Cade sin impresionarse, lo que solo fue confirmado por un asentimiento de Nathan. Estaba claro que no haría más comentarios, pero su aspecto me hizo pensar que era un lobo o un oso.

—Viajaré mucho de noche. Estaré atento a las señales de la diosa que quiere hacerse con el grimorio. Así que no te sorprendas si oyes un aullido cerca de la casa de vez en cuando.

Un lobo, entonces. Interesante. Mechones dispersos de gris brillaban entre el castaño de su pelo. Si fuera humano, tendría unos cincuenta años.

Nathan señaló con su gran mano un rincón de la habitación que estaba a oscuras.

—Tendrán la cama para ustedes por la noche y yo dormiré en el día mientras ustedes cuidan de la granja. Y eso nos lleva a la primera de sus tareas diarias.

Mi mirada seguía fija en la zona sombría del fondo de la habitación, de la que emergía lentamente la silueta de una cama, solo la mitad de grande que la mía en Nueva York.

—Dormiré junto al fuego —interrumpí al cambiaformas. Ni diez caballos me meterían en esta cama. No junto a Cade.

—Si duermes en el suelo de madera, princesa, no podrás hacer las tareas de la granja al día siguiente. Así que ni hablar —respondió Nathan con una calma controlada, que contrastaba con el fuego de sus ojos.

—¿Qué son esas tareas? —Cade no me dio la oportunidad de seguir molestando a Nathan.

—Lo que se acostumbra. La mujer cocina, limpia, trae agua del arroyo que hay detrás de la cabaña. Lava la ropa, ayuda en el campo y cuida de su marido. —Con una sonrisa provocativa en la cara, el metamorfo me devolvió la mirada, y también se oyó una risita de Cade. *¡Hombres!*

Molesta, puse los ojos en blanco.

Sin responder, Nathan se volvió hacia mi supuesto marido.

—Cultivarás los campos, cuidarás de los animales, posiblemente los sacrificarás y saldrás de caza. Por la noche, iremos juntos a la fábrica de cerveza. Allí podrás socializar. La princesa se hará amiga de las otras mujeres del mercado.

—¿Y qué voy a hacer toda la tarde? —No había televisión y tampoco encontraba libros.

—Zurcir calcetines, bordar o calentarle la cama a tu marido. —Otra vez esa sonrisa insolente. Realmente había sido suficiente.

—¡No necesito que me hablen así! —rugí—. Qué falta de respeto. Soy tan parte de esta misión como ustedes dos. —La ira se me subió a la cabeza.

Nathan se inclinó hacia mí en un instante y me sujetó la barbilla, que yo había levantado desafiante, con sus grandes y gruesos dedos.

—¡Tendrás que acostumbrarte, princesa! Aquí estamos en una época diferente a la tuya. ¿Cómo lo sé? Mi mejor amigo es un viajero del tiempo. Me ha llevado con él varias veces. Así que he visto muchas cosas. Los derechos de las mujeres son todavía muy restringidos en este período de tiempo. Más bien inexistentes. No me importa lo que hagas en la cabaña, pero asegúrate de estar subordinada fuera de estos muros, de lo contrario estarás colgando de la horca antes de lo que nos gustaría.

Tuve que tragar saliva ante sus duras palabras, claramente adaptadas al lenguaje de mi época. Pero me di cuenta de que tenía razón. Si no me adaptaba a las costumbres, pondría en peligro la misión. Solo tendría que tragarme mi orgullo durante siete días, así que asentí.

—¿Vas a seguir llamándome princesa o también tengo un nombre de verdad? —pregunté entre mandíbulas apretadas.

—¡Increíble, ni siquiera cuando está de acuerdo contigo pierde su lengua afilada! —se rio el cambiaformas y me soltó la barbilla. Esta vez, sin embargo, pude ver que no se ofendía. Todo lo contrario.

—¡Bienvenidos a Salem, señor y señora Cayden Johnston! —Nathan nos sonrió como si nos hubiera tocado la lotería. Luego se volvió hacia mí—. Tu nombre de pila, princesa, es Rosa.

CAPÍTULO 6



CADE

¿ROSA? Casi me parto de risa, porque si había un nombre que no encajaba con esa rascadora, era sin duda ese.

Rosa: el sonido por sí solo implicaba elegancia, encanto y modestia. Todo lo que Raven no representaba. Era más bien de las que luchaban a brazo partido en el ring de boxeo, de las que decían lo que pensaban y utilizaban un arsenal de palabrotas. Su boca suelta se combinaba con sus labios sensuales para crear un atractivo sexual aterradoramente tentador que no parecía haber escapado a la atención de Nathan.

El metamorfo se burló de ella a lengua tendida y le gustó su lengua afilada.

Por suerte estaba en el bosque por la noche y no con nosotros en la única cama que había en la cabaña. No podía soportar la mera idea de su cuerpo acurrucado contra el «del musculitos». Por eso había interrumpido deliberadamente su discusión en algún momento. El brillo de sus ojos me hizo hervir la sangre.

¿Por qué demonios? Ella ya no era asunto mío. Ella me odiaba. No lo ocultaba. Raven no debería importarme en absoluto. Era mejor para mí y para mi alma negra evitarla. Al fin y al cabo, despertó en mí a los demonios que no me habían liberado de su dominio durante un siglo.

Me sacudí enérgicamente los pensamientos del pasado y me volví hacia Nathan.

—¿Qué puedes decirnos de la gente del pueblo? En Brysalia mencionaron que Salem era un polvorín. —A partir de ahora, solo me concentraría en nuestra misión y en su cumplimiento. *Nota para mí mismo: ¡Encontrar el grimorio e ignorar a Raven! No puede ser tan difícil.*

El metamorfo enarcó las cejas con preocupación. Una tristeza se apoderó de su rostro.

—Por desgracia, en Brysalia no se equivocan —refunfuñó—. La ciudad fue fundada hace casi 66 años como primer asentamiento permanente por colonos puritanos. Por aquel entonces, aún se llamaba Naumkeag y era un centro pesquero para los habitantes indígenas. Con la esperanza de escapar por fin de las influencias católicas romanas y limpiar la Iglesia de Inglaterra de ellas, cada vez llegaron más colonos a este lugar. Por eso se eligió el nombre de *Salem*, después de Jerusalén, la *ciudad de la paz*.

—Eso no suena como un barril de pólvora en absoluto —reflexionó Raven en voz alta.

—No, las intenciones eran de paz, pero la gente se quedó. Y cuantos más se asentaban aquí, más difícil resultaba mantener ese deseo. El equilibrio de poder cambió en términos de administración, propiedad de la tierra y religión. La relación entre la rural *Salem Village* y la rica

Salem Town se hizo más tensa. Cuando finalmente Salem Village fundó su propia iglesia y la ocupó con un reverendo controvertido, el retorno a la paz deseada apenas fue posible. A esto se sumaron escaramuzas con colonos franceses y sus aliados indígenas, una epidemia de viruela y condiciones climáticas extremas. La preocupación y el miedo parecen haber alcanzado su punto álgido. Los refugiados de las zonas de batalla y los asentamientos invadidos cuentan historias aterradoras sobre los indígenas desplazados. Los asocian con el diablo y la brujería. —Nathan se inclinó hacia delante—. Todo tonterías, por supuesto, pero el miedo a una incursión en Salem es grande.

—Va a empeorar —predijo Raven sombríamente—. En nuestra época, Salem es conocida por su horrible caza de brujas. Se dice que hay entre 200 y 300 residentes acusados de brujería y veinte personas serán ejecutadas entre junio y octubre de este año. Se avecinan tiempos terribles para Salem.

—¿Cómo sabes todo esto? —le pregunté con curiosidad.

—He viajado mucho por el mundo humano y he estudiado su historia. 1692 es una época oscura en la historia de Estados Unidos. —Raven no me miró mientras respondía. De algún modo, eso me molestó.

—Mi amigo, el viajero del tiempo, estuvo aquí hace poco para anunciarte. Mencionó algo parecido —confirmó Nathan—. ¿Qué sabes de los próximos eventos?

Raven miró al cambiaformas con incertidumbre.

—¿Se me permite decírtelo? Después de todo, nos han advertido sobre influir en el futuro.

—Me mantendré al margen de los asuntos de Salem. Tan pronto como hayas completado tu misión, seré convocado de vuelta a Brysalia de todos modos. Así que puedes confiármelo. Pero ten cuidado de no decir una sola palabra al respecto a la gente de Salem. Incluso si sabes que esa persona será ejecutada.

Raven asintió. Se puso pálida. El tema parecía preocuparla. ¿Conocía los nombres de las víctimas de aquel horror fatal?

—En enero de 1692, la hija del reverendo y su prima cayeron enfermas. Tuvieron síntomas extraños como convulsiones y alucinaciones que desconcertaron a los médicos —comenzó—. No pasó mucho antes de que se hablara de brujería y las niñas acusaron a las primeras de ser brujas y estar aliadas con Satanás. Una acusación siguió a otra hasta que medio pueblo fue finalmente acusado. Algunas murieron en prisión, otras fueron ejecutadas. La mayoría fueron ahorcadas. La mayoría eran mujeres, pero también había algunos hombres entre los acusados, así como una niña de cinco años. El asunto no terminó hasta octubre, pero los últimos detenidos no fueron liberados hasta la primavera de 1693. ¿O debería decir que no fueron liberados hasta la primavera del año siguiente? Aún no ha sucedido.

—Eso no es del todo cierto. —Nathan se pasó una mano enorme por la cara barbuda—. Hace unos días, uno de los granjeros vecinos me dijo que la niña del reverendo Parris estaba enferma y que no sabían qué le pasaba.

—Entonces ya ha empezado —gimió Raven con la respiración contenida.

—Supongo que sí. ¿Saben lo que sufren las chicas y cómo media ciudad puede acabar en el banquillo? —Nathan quería saber de Raven.

—No. Ni se sabe de dónde vinieron los síntomas de las chicas ni cómo pudo escalar así toda la situación en Salem. Es un misterio de la historia. Siempre se investigan especulaciones como el hongo del cornezuelo en el trigo o la histeria colectiva, pero son solo conjeturas.

—Eso hace que toda la misión sea un poco más difícil y peligrosa —admití con sinceridad mi preocupación—. Aunque en el futuro no aparezcamos en los libros de historia como víctimas de

esta caza de brujas, debemos tener mucho cuidado. Un paso en falso y cambiamos la historia. No quiero acabar en la horca.

—¡Créeme, ninguno de nosotros quiere eso! —replicó Raven, poniendo los ojos en blanco—. Tendremos cuidado y pasaremos desapercibidos. No tengas miedo.

—¿Puedes hacer eso? —le pregunté provocativo.

—¿Qué debería poder hacer?

—Mantener un perfil bajo. —Dejé que mis ojos vagaran sobre ella. ¿Cómo podía no destacar alguien que seguía siendo sexy y absolutamente divina incluso con el saco de patatas que llevaba puesto?

—¿Así que crees que soy demasiado estúpida, demasiado ingenua y demasiado «princesa para pasar desapercibida»? —me espetó, dirigiendo a Nathan una mirada acusadora al oír la palabra *princesa*. Si ahora estuviéramos solos y el pasado no se interpusiera entre nosotros: me habría abalanzado sobre ella en ese mismo instante, la habría tomado aquí y ahora. Mi hombría se estremeció al pensarlo. Pero solo se quedó en un *querer* y no *poder*. La realidad era otra.

—¡Ni siquiera pudiste mantener la compostura con Nathan! —gruñí y me interrumpió un sonoro suspiro del cambiaformas.

—No sé qué ha pasado entre ustedes, pero o lo hablan y hacen las paces o lo dejan de lado por los próximos siete días. —Nos miró a ambos con seriedad. Raven cruzó los brazos de forma arrogante frente a su pecho y yo, adopté una postura defensiva. Definitivamente, no tenía ningún interés en sacar a relucir el pasado después de que me hubiera costado décadas reprimirlo y olvidarlo.

Un silencio de hierro se apoderó de la cabaña.

—Bien, el segundo entonces —suspiró Nathan y se levantó—. Cayden y yo echaremos un vistazo a los campos y al ganado en cuanto se haya vestido. Rose, tú barrerás aquí y traerás agua. En la cena, les enseñaré las costumbres y tradiciones de Salem —distribuyó las tareas el metamorfo mientras utilizaba adrede nuestros nuevos nombres.

Los ojos de Raven se abrieron de par en par. Pero no se opuso, sino que se levantó, un poco congelada, y fue visiblemente en busca de un cubo y una escoba. Me dio la espalda mientras Nathan me lanzaba una de sus camisas y un par de pantalones. Me ahogaría en la ropa del gigante, pero cualquier cosa era mejor que tener que salir al frío desnudo.

Tiré la manta sobre la silla y me puse la ropa prestada. Una mirada a Raven me dijo que estaba barriendo la cama con la escoba mientras la miraba con recelo. Esta noche tendríamos que dormir juntos en ella. Mis emociones estaban a flor de piel. Por un lado, temía acostarme junto a la persona a la que tan violentamente había expulsado de mis recuerdos. Por otro, me moría de ganas de estar cerca de ella.

—Venga, luego puedes quedarte mirándola toda la noche si quieres —me susurró Nathan con una sonrisa y me apretó los zapatos aún empapados en la mano.

—Ella no me importa más que a ti —respondí con desgana y me puse los zapatos.

—Sí, claro. Y mi cabra puede volar a la luna.

Coletta se sentó junto a la puerta principal y me miró con sus ojos azules y blancos. Estaba agachada, casi fantasmal. Coletta se había mudado con la familia de Raven poco antes de los terribles sucesos, y aunque todos habíamos viajado mucho juntos por aquel entonces, no se había comunicado telepáticamente con nadie excepto con Raven. Ni siquiera conmigo cuando Raven y yo éramos pareja, incluso prometidos.

Una gata muy reservada, como muchas criaturas de Aitvara, la parte de Brysalia de donde era originaria. A menudo había aceptado trabajos como mercenario en el reino y, por lo tanto, tuve

mucho que ver con sus habitantes, pero nunca había conocido a una criatura con el pelaje tan blanco como el suyo. La mayoría de los otros gatos o *tomcats* de allí tenían un pelaje de color oscuro y se dedicaban al fuego. La magia de Coletta, sin embargo, era de hielo.

Antes de que pudiera seguir pensando en la gata de Raven, Nathan me empujó a través de la puerta, hacia el frío invernal de Salem.

Los campos por los que habíamos corrido antes se extendían frente a nosotros. Hasta que Raven me empujó a la nieve. *¡Esa pequeña bruja!* Pero mi rabia hacía tiempo que había desaparecido y pensar en ella me hizo sonreír. Estaba claro que había disfrutado de su triunfo. Así que la revancha no iba a tardar mucho en llegar.

—En invierno hay que preparar los campos para la primavera —refunfuñó Nathan a mi lado. Me superaba en casi dos cabezas y, en lugar de ponerse la chaqueta que llevaba en las manos, me la dio. Al parecer, él no tenía frío, pero yo sí. Así que me la puse con gratitud y caminé tras él hasta el pequeño establo situado a la derecha de la cabaña.

El fuerte cacareo de las gallinas nos saludó al entrar. En el aire se podía percibir el olor a heno y a estiércoles. Al menos aquí hacía más calor que fuera gracias a los cálidos cuerpos de las cuatro cabras.

—¿Quieres que limpie el establo? —pregunté esperanzado para no tener que volver a salir al frío glacial.

—No —respondió Nathan con sequedad y me entregó una azada—. Ahora estamos arando el campo para el surco de invierno. Pronto dejarás de congelarte en el proceso.

CAPÍTULO 7



RAVEN

ME HABÍA ESCONDIDO en el rincón más alejado de la habitación con la escoba. No quería caer en la tentación de volver a mirar a Cade desnudo. Aunque definitivamente no era una visión poco atractiva.

Así que había empezado a barrer la cama, si se podía llamar así a la zona de dormir. Temía tener que acostarme en ella esta noche, no solo porque estaría acostada junto a Cade, sino también por el colchón lleno de heno y las mantas sucias y de aspecto rasposo. No quería saber cuántas chinches u otros bichos vivían allí.

Nathan olía muy masculino, no pude evitar notarlo. Un penetrante olor a sudor le envolvía a él y, como por desgracia descubrí, también a nuestro dormitorio. ¿Quizá podría encontrar ropa de cama limpia en algún sitio?

Sin más preámbulos, apoyé la escoba contra la pared de arcilla donde la había encontrado y miré alrededor de la habitación.

Aparte de una estantería y una pequeña cómoda, solo había otro armario. Había utensilios de cocina en la estantería, así que miré primero en la cómoda. Pero no encontré más que velas, calcetines y unos cuantos libros que eran claramente de Brysalia.

«¿Qué buscas?», quiso saber Coletta, que se había unido a mí después de que los hombres abandonaran la cabaña.

—Ropa de cama lavada —dije secamente mientras cerraba el último cajón de la cómoda.

«No creo que tu búsqueda termine con éxito». Coletta me acompañó hasta el gran armario. «Por un lado, estamos en una época en la que un juego de sábanas era un lujo para muchos, y por otro, esta casita solo está habitada por un hombre que corretea como un lobo por las noches. No creo que necesite más de dos mantas y una sábana».

Por desgracia, tuve que admitir que las palabras de Coletta tenían sentido, pero la esperanza moría al final. Así que abrí las dos puertas del armario al mismo tiempo y descubrí... nada. Excepto un sombrero ridículamente grande, que también había recibido Cade. Ni siquiera ropa. ¿Significaba eso que Nathan solo poseía lo que él y ahora Cade llevaban puesto?

—Oh, no —susurré asustada al darme cuenta de algo aterrador.

«¿Qué has encontrado? ¿Has encontrado algo?», preguntó Coletta, tratando de atisbar más allá de mí en el armario.

—No. Y ese es exactamente el problema —chillé, bajando la mirada hacia mi falda todavía

mojada y un poco embarrada—. Lo que llevo puesto ahora mismo es la única ropa que tengo para los siete días enteros. Incluida la ropa interior. Si es que llevo algo. Aún no he mirado.

Quizá debería hacerlo alguna vez. Dejé que las puertas del armario se cerraran con una floritura y volví a mirar a mi alrededor. Esta vez buscaba el cuarto de baño. No quería arriesgarme a que los hombres entraran en la choza en el preciso momento en que yo comprobaba si llevaba bragas.

Aparte de la puerta principal, no descubrí ninguna otra puerta que pudiera indicar una habitación vecina. De nuevo me sentí decepcionada.

¿Puede ir a peor?

Sí, podía, porque, como me di cuenta, estábamos en el año 1692, una época en la que la mayoría de la gente solo tenía un lavabo y una letrina fuera de casa. Una bañera era tan rara como lavarse.

Respiré hondo y exhalé lentamente. Qué suerte que llevaba años practicando el arte del yoga y la meditación.

—Bien —dije con toda la confianza que pude encontrar en mí—. ¡Puedo arreglármelas! Y si tengo cuidado con la ropa, no será un problema llevarla siete días seguidos. ¿Y qué tan malo puede ser un retrete?

Coletta me miró con los ojos muy abiertos, pero no dijo nada.

¡Mierda! ¿Tan mal?

Antes de cambiar de opinión, cogí el único cubo que encontré y salí de la casa de madera, esta vez mejor armada contra el frío. Estaba claro que mi ropa no era adecuada para estas temperaturas. ¿Por qué no nos habían dado más ropa? Una chaqueta abrigada habría sido lo mínimo.

Temblando, miré hacia el campo. No tardé en encontrar a los hombres. Cade parecía diminuto junto a Nathan. Ambos tenían picos y golpeaban el suelo con ellos. Estaba claro que era un trabajo físicamente duro. Nathan llevaba el torso desnudo, desafiando el frío, e incluso Cade no llevaba chaqueta, de pie en la nieve con las mangas arremangadas.

Clavó el pico en el suelo helado con vigor. Mantenía un ritmo constante. Ninguno de sus golpes era más débil que el anterior. Sus ojos miraron un instante en mi dirección y luego volvieron a la tierra removida. ¿Eran imaginaciones mías o sus golpes parecían ahora más decididos?

Cade solía ser alguien en quien podías leer sus sentimientos y pensamientos en su cara. Era como un libro abierto. Nunca se escondía detrás de una máscara, hasta ahora. Una indiferencia aterradora caía como un velo sobre sus verdaderas emociones y las ocultaba tan hábilmente que era difícil ver detrás de ellas.

Pero yo ya le conocía cuando aún era el chico sin pretensiones. El empollón al que todo el mundo descartaba. Le había visto convertirse en un hombre. El hombre que amaba, el hombre con el que me comprometí. Cuyo rostro estudiaba en secreto por las noches cuando dormía. Como un mapa en el que cada río, cada montaña y cada valle estaban marcados.

No podía engañarme. Pude leerle incluso con la máscara puesta. Y lo que vi me inquietó. No eran las emociones de un asesino a sangre fría lo que había esperado que saliera de detrás del velo. El asesino de mi hermano. Nunca me dí cuenta de cómo pudo ocurrir. Cade y Markael habían sido como hermanos. Inseparables.

Pasaron por muchas cosas juntos. Incluso compartieron habitación en la academia de magia. Fue a Markael la primera persona a la que Cade y yo le habíamos hablado de nuestro amor. Sin embargo, Cade lo mató al final. El monstruo que al parecer siempre había permanecido latente en

su interior salió a la superficie y ni siquiera se detuvo ante su mejor amigo.

Solo ahora me di cuenta de las lágrimas calientes que corrían libremente por mis mejillas. Mis manos se habían apretado alrededor del cubo y seguía mirando inmóvil al hombre que clavaba el pico en el suelo. Una y otra vez. Como una máquina insensible. Me sequé las lágrimas de la cara que ni siquiera sabía si derramaba por mi hermano, por Cade, por mí misma, o por todos nosotros y el futuro que nos habían arrebatado.

Esperando que ni Cade ni Nathan hubieran visto mis lágrimas, me di la vuelta y me dirigí a la parte trasera de la casa. Allí encontré los restos invernales de un jardín. Una pequeña valla de madera rodeaba los parterres, aún reconocibles.

Me pregunto qué se plantó aquí. ¿Maíz, judías y calabazas? El gran campo que los hombres estaban arando probablemente se utilizaba para cultivar trigo.

Detrás del jardín, descubrí un pequeño arroyo que, por fortuna, no estaba del todo helado a pesar del frío. Pequeños témpanos de hielo bailaban en su superficie.

Me dirigí hacia el agua, pero justo antes de llegar pisé con el pie derecho un agujero cubierto de nieve y perdí el equilibrio. Caí al arroyo con un fuerte grito.

El frío me apuñalaba como pequeños cuchillos. El agua me llegaba hasta las rodillas, pero había caído con tanta torpeza que todo mi cuerpo estaba en el agua fría. Con mi vestido, mis zapatos y mis bragas, que aún no sabía si llevaba puestas.

Me incorporé como pude, pero el frío helado ya había penetrado en mi piel, dejándome sin aliento y haciéndome temblar sin control. Me quedé paralizada en el agua y sentí cómo el frío se extendía por mi cuerpo.

¡Tengo que levantarme! ¡Tengo que salir del agua helada!

¿Por qué no podía moverme? El hielo me tenía en sus garras y podía ver literalmente cómo se deslizaba por mi ropa y dejaba una capa blanca sobre el tejido.

El pánico se apoderó de mí. Quería gritar y pedir ayuda, pero lo único que podía hacer con la boca era castañetear los dientes.

De repente, algo, o alguien, detrás de mí tiró de mi cintura con todas sus fuerzas hasta que al fin quedé tendido en la nieve, jadeando. El frío seguía allí, pero no era tan paralizante como antes.

—¿Raven? ¡Raven! ¿Estás bien? —Cade entró en mi campo de visión. Me miró con preocupación, pero mis labios seguían temblando incontrolablemente y no podía pronunciar una palabra coherente.

—¡Vamos, te llevaré a la cabaña y al fuego! —Sin ningún esfuerzo, me levantó y me cogió en brazos. Mientras me apretaba contra su cuerpo caliente y sudoroso, corrió por el jardín de vuelta a la cabaña.

—Princesa, ¿qué te ha pasado? —refunfuñó Nathan cuando cruzamos la puerta. Coletta también vino corriendo hacia nosotros.

«¡Cuerva! ¡Oh, no! ¿Qué te ha pasado? Tienes muy mal aspecto», oí su voz preocupada en mi cabeza.

—T-t-to...d-d-do es-s-s-ta bi-bi...bi-en —respondí con voz temblorosa. Pero era mentira. Nada estaba bien. Nada de nada. Si Cade no hubiera llegado al arroyo a tiempo, me habría congelado en los minutos siguientes. Y fuera no hacía tanto frío como para que eso fuera posible. Sin mencionar que yo era del mundo mágico y no podía morir congelada.

—Princesa, tenemos que quitarte la ropa. Toda la ropa. Si no, te enfermarás —dijo Nathan y empezó a tirar de los cordones de mi vestido.

—No la toques —gruñó Cade, girándose para que Nathan no pudiera alcanzar mi vestido.

—Chico, si no le quitamos ese vestido mojado, cogerá una neumonía y eso sería fatal. Para ella también.

—Sabes muy bien que no puede coger una pulmonía y que no moriría de ella. Es un ser mágico. Nosotros somos inmortales —replicó Cade, pero el metamorfo negó con la cabeza y señaló la tela de mi vestido, que seguía cubierta de hielo blanco.

—Esto no es helado del mundo humano. Fíjate bien.

Cade miró hacia donde Nathan había señalado y sus ojos se abrieron de par en par.

—Esto no puede ser una coincidencia. No estamos solos. No sé cómo te encontré tan rápido, pero ya está aquí. La diosa. Está cerca y sabe quiénes somos. —La voz de Nathan sonaba más siniestra de lo que jamás hubiera imaginado—. Este hielo la matará, créeme.

En un santiamén, Cade me tumbó frente a la chimenea y me desabrochó el vestido.

—Nooooo —grazné e intenté agarrarle la mano, pero no tenía fuerzas.

—No hay otra manera —susurró Cade, acariciándome suavemente el pelo de un modo que me resultó familiar. Sin embargo, antes de abrirme el vestido por completo y dejar al descubierto mi cuerpo desnudo, se volvió hacia Nathan.

—Será mejor que afuera a ver si encuentras alguna huella. —No era una petición. Era una petición inequívoca destinada a dejar en claro al cambiaformas que no era querido.

Nathan se pasó los dedos por su espesa y larga cabellera, tartamudeó algo así como «Sí, por supuesto» y salió de la cabaña al instante siguiente.

—¿Mejor? —preguntó Cade. Cuando asentí, se levantó y recogió las mantas de la cama. No es que me alegrara que mi exprometido me desvistiera. Al que odiaba a muerte. O al menos lo deseaba. Pero también me di cuenta de que no tenía otra opción. El hielo mágico podía matarme.

Frente al fuego, Cade extendió una de las mantas. Luego me quitó el vestido del cuerpo. Solo me miró a los ojos, aunque estaba desnuda bajo la ropa. También me quitó las medias y los zapatos, que me costaba quitarme de los pies.

Por un lado, me sentía incómoda desnuda delante de él. Pero por otro, me daba una sensación de familiaridad no deseada. Me había visto desnuda tantas veces. Sin embargo, en aquel momento me sentí vulnerable. Como una chica que expone su cuerpo por primera vez al hombre que ama.

Cade me levantó con cuidado sobre la manta extendida y colocó otra sobre mí. Era extraño. Podía ver las llamas del fuego, pero no me calentaban. Era como si estuviera oculto tras un grueso cristal. Se veía, pero no se sentía.

El temblor no mejoró, sino que empeoró.

De repente sentí que Cade se arrastraba conmigo bajo la manta. Cerca. Demasiado cerca.

CAPÍTULO 8



CADE

¡*MALDITA SEA!* ¿Cómo pudo ocurrir? Cuando encontré a Raven en el arroyo, habría desquiciado el mundo para hacer desaparecer esa imagen de horror que desprendía.

En cuanto la oí gritar, salí corriendo. Nathan estaba en la cabaña en ese momento. La vi sentada en el arroyo desde lejos y me dio risa, tenía un aspecto lamentable. Al principio quise darme la vuelta y marcharme, pero cuando ella no se movió, tuve un mal presentimiento, que se confirmó cuando me acerqué.

Raven fue incapaz de salir del agua, y mucho menos de hablar. Aunque nadie echaría de menos su lengua afilada.

Y cuando Nathan mencionó que no era helado del mundo humano, sino mágico, ¡me entraron ganas de salir corriendo y retorcerle el cuello yo mismo a esa diosa o a su secuaz!

Sorprendido por estas sensaciones, intenté concentrarme en Raven. Y allí estaba yo. Completamente desnudo, justo a su lado. ¿Cuánto más peligrosa podía ser una misión? No para mi vida, sino para mi corazón. Desde que ella me rompió el corazón por primera vez, nunca volví a ser el hombre que había sido antes. ¿Qué pasaría si me lo rompía por segunda vez?

Un escalofrío me recorrió. No solo por el frío antinatural que irradiaba el cuerpo de Raven. Tenía que crear más distancia, alejarme de ella.

Una tarea difícil cuando estabas tumbado desnudo bajo la misma manta delante de una chimenea. Pero no entraría en calor sin mi calor corporal.

Me aclaré la garganta con inseguridad.

—El fuego es realmente inútil con el hielo mágico. Solo el calor de algo mágico puede ayudarte ahora. Y como yo soy el objeto mágico más grande que está en la habitación... —No la miré a ella, sino al techo de la cabaña—. A menos, por supuesto, que prefieras tumbarte aquí con Nathan. Sin nada. —Un movimiento de su brazo me indicó que estaba a punto de darme un codazo en las costillas.

—¿C-c-có... mo...? —tartamudeó Raven y sentí que se volvía hacia mí.

—¿Cómo lo sé? —completé su frase. Ahora yo también la miré—. ¿Me lo habrías preguntado antes? ¿Cuando no era un mercenario? —Pero al friki de los libros apenas se le podía sacar de las bibliotecas. Había leído sobre todo tipo de hechizos. Incluso sobre magia de hielo.

Raven enarcó una ceja con suspicacia. Sus ojos grises como tormentas me escrutaron.

—No, no lo digo para poder tumbarme desnuda bajo una manta contigo. —Su cara seguía

siendo como un libro abierto si sabías qué buscar en sus expresiones faciales. Y yo la conocía hasta la médula.

—Si tanto lo necesitara, habría muchas otras mujeres que podría llevarme a la cama. De las que me aprecian y no me odian —añadí con rapidez y vi un breve destello de ira en sus ojos. No, las otras mujeres que había dejado entrar en mi cama no habían sido más que destellos. No me encargaba de conocerlas lo suficiente como para odiarlas o amarlas, y con ellas no era diferente. Nunca más había dejado que nadie se me acercara lo suficiente.

A menudo rezaba a las Norns, las diosas del destino. Les preguntaba si mi destino era caminar solo por los mundos. Pero nunca recibía respuesta. Así que dejé el destino en mis manos y dejé que la vida siguiera su curso. Como un velero, viajé con el viento y me sometí a lo que viniera.

Los dientes de Raven seguían chocando. Su piel ya estaba pálida. El hielo parecía abrirse paso hasta su corazón, encerrándolo en una capa de hielo para siempre.

—Sé que es lo último que quieres. Y créeme, realmente no me entusiasma esto, pero... —¿Me sacaría los ojos si se lo sugería? Ella no tenía elección, sin embargo—. Pero necesitamos tocarnos para calentarte. Piel con piel.

Sus ojos se abrieron de par en par y en ellos podía leerse el pánico. ¿Me tenía miedo? Había esperado ira, rabia y antipatía, pero nunca lo que ahora se veía en su rostro.

Sacudió la cabeza con vehemencia y apretó los labios para intentar contener el temblor. Fue en vano.

—Realmente no hay otra manera, Raven. Confía en mí.

La miré con urgencia. Con un suspiro, finalmente cedió y asintió.

Deslicé con cuidado mi brazo por debajo de su cabeza y me acerqué tanto a ella que acabamos tocándonos por todas partes. Solo ahora me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Inhalé con lentitud. Su aroma me llenó la nariz y me hizo retroceder un siglo, hasta cuando nos habíamos tumbado juntos así a menudo.

Donde nos tocábamos, su piel suave y fría dibujaba un camino ardiente en mí. Tan ardiente como el fuego de mi interior, que me volvía casi loco y provocaba palpitaciones en mi miembro.

Esperaba que no se diera cuenta de lo mucho que me estaba excitando.

Se acurrucó inmóvil entre mis brazos. Pero cuanto más tiempo pasábamos juntos, menos temblaba y más relajada parecía estar.

Mi pulgar acarició su hombro con suavidad y sus labios, que ahora habían recuperado su color natural, se abrieron. Invitando, casi sugerentes.

Sin dejar de mirarla, la acerqué un poco más a mí.

Nuestras piernas se entrelazaron como si fuera lo más natural del mundo. Seguí girándome hacia ella. Su aliento rozó mis mejillas, dulce y caliente.

—En vista del peligro que claramente nos acecha, sugiero que hagamos las paces durante los próximos siete días. ¿Amigos? —susurré. ¿De verdad acababa de decir eso?

Raven me miró no menos sorprendida que yo. ¿Cómo había podido decir algo tan estúpido? Esta mujer me estaba volviendo loco.

Algo oscuro se unió a la tormenta en sus iris.

—¿Amigos? —Ladeó la cabeza como un depredador y me miró con descaro—. Los amigos no saben a qué sabe el otro —exhaló.

Tan pocas palabras y, sin embargo, tanto más. La lujuria corrió indómita por mis venas. Mi erección presionó exigente contra su estómago y mi voluntad... se perdió.

Mis labios chocaron salvajemente con los suyos. Devorándolos. Mi lengua buscó su camino

hasta bailar alrededor de la de Raven. Sus uñas trazaron líneas profundas por mi espalda hasta mi trasero.

Me deslicé entre sus piernas y puse a Raven boca arriba. Probarla. Quería probarla.

—Hace tanto tiempo que no te pruebo —gruñí contra su boca—. Déjame refrescarte la memoria.

Un gemido siguió a mis palabras y ella apretó ansiosa su pelvis contra mi dureza. Podía sentir con claridad su humedad. Estaba tan excitada como yo.

Su cuerpo, ahora cálido de nuevo, era el de una diosa. Digno de adoración. Sus pechos encajaban a la perfección en mis manos, su piel cremosa era tan suave e impecable, sus curvas femeninas se amoldaban a la perfección a mi cuerpo. La había echado de menos. Reprimí el dolor que este pensamiento traía consigo y en su lugar viajé hasta su vientre con mi lengua.

La punta de mi lengua se encontró con su dulzura y mi corazón se desbordó de recuerdos. Fue como una explosión de los sentidos y ante mi ojo interno destellaron imágenes. Imágenes de tiempos en los que ambos aún estábamos enteros y no rotos como ahora.

Era como el camino a la escuela que habías recorrido durante años de niño. Algo que nunca olvidabas. Un abuelo podía mostrar a su nieto ese mismo camino, incluso después de tanto tiempo.

Lo mismo ocurrió con mi lengua, que ahora rodeaba juguetonamente su clítoris. No tuve que buscar. Sabía dónde tenía que estar, qué le gustaba y cómo reaccionaba a mis caricias. Y, sin embargo, sentí que era la primera vez. Familiar y a la vez desconocida.

Cada vez que tocaba su clítoris, Raven apretaba la espalda y se oía un gemido placentero. Ella simplemente sabía increíble, deliciosa y mi propia excitación ya estaba hinchada por completo.

Pero quería mimarla, hacerle olvidar por un breve instante que nos odiábamos. Que ella me odiaba.

Así que introduje dos dedos en su húmedo coño. Raven se retorció de placer y su respiración se aceleró con cada embestida. No tardaría mucho en correrse.

Deslicé la otra mano por su vientre hasta su pecho izquierdo. Tomé su pezón entre dos dedos y jugué con él mientras lamía su clítoris con la lengua.

¡Ven, mi pequeña! ¡Ven!

Fue como si me hubiera oído, porque en ese mismo instante se estremeció con un grito de placer bajo mis caricias. Estaba tan caliente que casi me corro con ella.

Pero seguí concentrándome en su centro, que se contraía bajo mi incesante estimulación.

Oh, pequeña, cómo me gustaría perderme en ti ahora. ¡Cambiar mis dedos por mi dureza y tomarte tan a menudo hasta que lo hayas olvidado todo!

Se sentía tan bien debajo de mí.

—¡Mierda! —gritó de repente Raven y tiró la manta sobre su cuerpo desnudo y mi cabeza, presa del pánico. Como pude la solté y salí a gatas de debajo de la sábana.

¿Qué estaba pasando? ¿Había entrado Nathan? Miré a mi alrededor alterado.

Un poco más atrás, en un rincón oscuro, vi brillar unos ojos blanquiazules. Ojos de gato. ¿Coletta? ¿De dónde había salido tan de repente?

—¿Has estado ahí sentada en la esquina mirándonos todo el rato? —siseó Raven con rabia. Al mismo tiempo, su cara estaba roja de vergüenza. No de ira, aparentemente, sino de pura vergüenza.

Coletta salió de las sombras y se dirigió hacia nosotros con la cabeza alta.

Se sentó en silencio junto a la cabeza de Raven y la miró. Su tupida cola se movía inquieta de

un lado a otro. Sabía que estaban manteniendo una ardiente conversación en sus mentes.

De repente, los ojos de Coletta se dispararon en mi dirección y me miró con tal frialdad que se me puso la carne de gallina. En secreto, esperaba que saltara sobre mí y me arrancara los ojos.

—¡Solo me divertí con él!, ¡eso es todo! —gimió Raven, molesta—. ¡Y sí, le odio tanto como antes!

Eso duele.

—¿Les parece si las dejo sola, mientras hablan de lo mucho que me odian? —pregunté con una dulce sonrisa.

Me apresuré a coger mi ropa. Tenía que salir de aquí.

Solo con los pantalones y las botas, hui por la puerta hacia el frío sin mirar atrás.

Fuera, respiré el aire helado. La dulzura de Raven seguía en mi lengua y me recordaba dolorosamente a lo que me había dejado llevar.

Enfadado conmigo mismo y con mi estupidez, me puse la camisa y la chaqueta y caminé por la nieve hasta el arroyo en busca de Nathan.

Había cosas más importantes que Raven. Después de todo, una diosa peligrosa se colaba por el bosque e intentaba matarnos.

Las huellas tras de mí estaban cubiertas por la nieve fresca y, con cada depresión que desaparecía, conseguía apartar de mi mente a Raven y su cuerpo prohibido.

CAPÍTULO 9



RAVEN

SEGUÍ A CADE en silencio mientras salía furioso de la cabaña.

¿Qué he hecho? ¿Cómo pude dejarme llevar tanto por el momento?

Molesta, me pasé los dedos por el pelo, que aún estaba húmedo.

«¿Cómo has dejado que pasara?», volvió a preguntar Coletta. Sus ojos me miraron desafiantes.

—No lo sé —suspiré y respiré hondo antes de levantarme y envolverme el cuerpo con la manta.

Todavía confusa por lo ocurrido, recogí mi ropa, que chorreaba humedad, y la colgué en el tendedero que estaba tendido a la altura de los ojos frente a la chimenea. Coloqué las botas junto al fuego. Por fin volví a sentir el reconfortante calor.

Cade me había salvado. No solo porque me sacó del arroyo, sino también porque su calor corporal logró derretir el hielo mágico.

Me dejé caer en la silla junto a mis botas y puse la cara entre las manos.

Aún podía sentirle. Sentía su mano en mi pecho, sus dedos en mi entrepierna y su lengua en mi clítoris. Su olor persistía en mi nariz. Había sido como antes y si Coletta no hubiera aparecido, entonces —cuidado, diosa mía— no habría terminado ahí.

Era como si Cade hubiera derretido algo más que el hielo mágico.

«¡No podemos permitir que algo así vuelva a suceder, Raven!». La voz de Coletta era insistente y tenía razón. Este hombre había matado a mi hermano y yo estaba revolcándome en las mantas con él. La vergüenza y la sensación de haber profanado la memoria de Markael surgieron en mi interior.

—No volverá a ocurrir —respondí, intentando que mi voz sonara firme y decidida. Nadie podía saber lo que realmente pasaba dentro de mí. Ni siquiera yo misma.

«He echado un vistazo al arroyo», informó mi amiga y saltó a mi regazo. «La magia aún se cernía sobre el lugar como una espesa niebla. Una magia antigua y oscura».

—Debe de haber sido esa diosa.

Perdida en mis pensamientos, le rasqué detrás de la oreja derecha.

«Ten cuidado a partir de ahora. Tengo un mal presentimiento». Su voz era más suave esta vez y le sonreí agradecida.

—No te preocupes, Let. No me dejaré atrapar por otro hechizo como ahora. —Con suerte

podría mantener esa promesa.

«¿Cómo vas a detenerlo? ¿O fuiste capaz de sentir la magia antes de que te golpeará?».

—No —admití contrita. Entonces se me ocurrió una idea. Me apresuré a dejar a Coletta en el suelo y metí la mano en el bolsillo de la falda. Aliviada, saqué el librito y las hierbas que Hekate me había dado antes de viajar en el tiempo. Todo había permanecido seco e intacto. Debía de estar protegido por un hechizo.

De vuelta en mi silla, hojeé las páginas. Los latidos de mi corazón se aceleraron cuando encontré lo que buscaba. Un hechizo protector contra la magia.

—¡Mira, Let! Eso es exactamente lo que necesitamos. Nos protegerá de más ataques mágicos. —Rebusqué en la lista de ingredientes necesarios para la poción.

«¿Funcionará una mezcla de hierbas así contra una diosa? Lo dudo», dijo Coletta con suspicacia mientras comparaba las hierbas de la receta con las que me había dado Hekate. Casi todas coincidían. Solo faltaban el trébol blanco y la ortiga, que estaba segura de poder encontrar en el bosque. No solo envueltas en una manta, por supuesto. Me vi obligada a esperar hasta que mi ropa estuviera seca.

Mi estómago gruñó y una mirada por la pequeña ventana confirmó mis sospechas. El sol se estaba poniendo y la luz de la cabaña se desvanecía poco a poco. Solo en la chimenea había luz suficiente para ver con claridad los alrededores.

—Lo que daría por una ración enorme de sushi en Nobu's y luego tarta en Bubby's. —Se me hacía la boca agua. Desde luego, aquí no existían restaurantes ni servicios de reparto y Nathan dejó muy claro que yo era la responsable de cocinar las comidas. Sin embargo, nunca había cocinado en mi larga vida. En Brysalia teníamos una cocinera y en Nueva York solo utilizaba la cocina para preparar el desayuno —es decir, para mezclar *Froot Loops* con leche— y los cócteles. Por lo demás, salía o pedía comida a domicilio, como hacían muchos neoyorquinos.

—Como la comida no caerá del cielo, probablemente tendré que cocinar algo yo misma. — Una frase que me valió una risita maullante de Coletta.

—Puedo hacerlo —dije, molesta—. ¿Qué tan difícil puede ser?

Llena de ganas de actuar, cogí la vela que estaba junto a la chimenea y la encendí. Con la escasa luz, busqué en los pocos estantes. Encontré algunas patatas, cebollas, hierbas secas y una calabaza pequeña. Sin duda sería una buena sopa.

Piqué todo con un cuchillo e incluso encontré una tetera, que colgué sobre el fuego. Ahora seguía faltando agua.

Como no podía salir de la cabaña, los hombres tendrían que ocuparse de eso. Envolviendo la manta con más fuerza alrededor de la parte superior de mi cuerpo, asomé la cabeza por la puerta principal. Los vi junto al establo.

—¡Nathan! ¿Puedes traerme agua, por favor? —le grité al cambiaformas. Intenté prestar la menor atención posible a Cade y él tampoco me prestó atención a mí.

Para mi sorpresa, Nathan llegó a la cabaña poco después con un cubo lleno. Sin mediar palabra, me lo entregó y volvió corriendo al establo. Justo antes de volver a cerrar la puerta, le oí gritar:

—¡Avísame cuando esté lista la cena, princesa!

Molesta por el tono de mando combinado con la palabra *princesa*, refunfuñé para mis adentros mientras vertía el agua en la tetera y echaba los ingredientes.

¡Se sorprenderán cuando prueben mi sopa!

Empezó a hervir en la tetera y me senté satisfecha con Coletta en la silla junto al fuego, donde hablamos de los restaurantes y clubes que realmente queríamos probar en Nueva York.

La siguiente vez que miré la tetera, mi satisfacción y confianza en mí misma desaparecieron de un plumazo.

El caldo viscoso que había en la olla no se parecía en nada a las sopas de calabaza que había tomado hasta entonces, pero más aún para vomitar después de una noche de copas. Presa del pánico, removí el brebaje con un cucharón grande con la esperanza de salvar algo. Empeoró en lugar de mejorar.

Al mismo tiempo, Nathan y Cade entraron en la cabaña.

¡Mierda! Sorprendida, dejé caer el cucharón y me volví hacia ellos. No tuve más remedio que servirse los.

—Huele raro, pero tengo tanta hambre que comería cualquier cosa ahora mismo —refunfuñó el cambiaformas y se sentó a la mesa, mirándome expectante. Cade hizo lo mismo. ¿Ambos querían que les sirviera? ¡Qué gilipollas!

Crucé los brazos de forma demostrativa delante del pecho y me quedé mirando inmóvil.

—¡Rose! —gruñó Nathan. Bueno, al menos esta vez no era una *princesa*—. ¡Espero que no esperes que vuelva a explicarte tus deberes como mujer de mi edad! —Estaba visiblemente enfadado. Comprendía que tenía que adaptarme a los tiempos fuera de casa. Pero por qué insistía en que yo también desempeñara ese papel dentro de la casa era un misterio para mí. La cabaña estaba en un claro. Solo había campos y árboles a nuestro alrededor y, según su historia, había que caminar veinte minutos para llegar a la siguiente casa. ¿Lo hacía para molestarme?

¿En verdad quería ver a un hombre de más de dos metros de altura, que sin duda pesaba 140 kilos, convertirse en un lobo furioso? ¡No!

Me tragué mi orgullo, le devolví la mirada una vez más y recogí la comida —si es que podía llamarse así— en uno de los cuencos que también había encontrado.

Sin mediar palabra, lo dejé delante de él. Al ver su cara, se me escapó una carcajada que intenté reprimir con todas mis fuerzas.

Los ojos de Nathan miraron con horror lo que debería haber sido sopa de calabaza. Pasó la cuchara por el caldo y dejó escurrir la baba como si se tratara de un experimento científico.

Se aclaró la garganta, con la boca abierta.

—¿Qué se supone que es eso? —preguntó escéptico.

—Sopa de calabaza. —Mantuve la cara seria, volví a la olla y llené el siguiente cuenco para Cade.

También le puse la ración sin mediar palabra. Con una mirada desafiante dirigida hacia mí, acercó el cuenco hacia sí y, sin poner mala cara, tomó una cucharada de aquella cosa viscosa. Su deglución resonó en mis oídos.

—Me habría venido bien un poco de carne —dijo con sequedad.

En un santiamén, aplasté a la arañita que corría por la mesa y transporté sus restos a su plato.

—¡Con carne! —susurré con una sonrisa azucarada en los labios, mientras su máscara de indiferencia se resquebrajaba—. ¡Buen provecho!

Pude sentir su ira, me golpeó como una ola caliente y se enroscó en mi interior como una serpiente. Era muy satisfactorio verle así. Nathan se rio entre dientes mientras se tragaba el caldo.

Como si no me hubiera dado cuenta de que Cade estaba a punto de estallar, me preparé un cuenco y me senté a la mesa junto a Nathan. Aunque sabía qué ingredientes contenía la llamada sopa de calabaza —aunque no estaba muy segura de todas las hierbas—, me costó mucho esfuerzo tragar la primera cucharada.

No estaba tan mal, teniendo en cuenta que era mi primer intento, y ni siquiera en una cocina

moderna. Estaba orgullosa de mí mismo. Igual que entonces tuve que aprender a hacer *day trading*, también dominaría esta tarea.

Todos se sirvieron la sopa en silencio y los hombres incluso se permitieron una segunda ración, que les serví con una sonrisa de tarta de miel.

Coletta se negó a probar un bocado de mi sopa. Se había acurrucado frente a la chimenea y estaba dormida. Lo más probable es que saldría a cazar por la noche.

—Tenemos mucho que discutir —rompió finalmente el silencio Nathan, después de haber tomado una tercera ración—. En primer lugar, las costumbres que debes conocer para no llamar la atención de los humanos, y en segundo lugar, tenemos que encontrar la forma de protegernos contra la diosa.

—Ya he encontrado una solución para eso. —Me levanté de mi silla y saqué el librito y las hierbas del bolsillo de mi falda, donde las había guardado antes de empezar a cocinar—. La diosa Hekate nos dio esto antes de partir —le expliqué al cambiaformas, que me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Conociste a Hekate? —preguntó sorprendido. Cade y yo asentimos—. ¿Cómo es? He oído que es preciosa y que puedes perderte en sus ojos plateados.

—Bueno —dije, insegura de cómo describir a Hekate—. Ella es... da miedo.

—No podría haberla descrito mejor —asintió Cade. Esperaba que estuviera de acuerdo con Nathan sobre lo hermosa que era. Porque lo era. Aterradora y hermosa.

—Pero bueno —intenté reconducir el tema hacia nuestro problema—. Este folleto contiene recetas que tienen poderes mágicos cuando se combinan con las hierbas adecuadas. Una magia que tiene sus raíces aquí en el mundo humano.

Abrí la página que ya había estudiado.

—Es un hechizo de protección, una poción que con suerte podría protegernos contra la magia de la diosa. Ya lo he comprobado y tenemos todas las hierbas excepto la ortiga y el trébol blanco.

Ambos hombres se inclinaron hacia delante con interés.

—El invierno había sido bastante suave hasta que llegó la primera nevada hace unos días. La ortiga y el trébol blanco han sobrevivido. Así que ahora puedo conseguírtelas. Sé exactamente dónde puedo encontrar esas hierbas —refunfuñó Nathan—. Tendrás terminar la poción esta noche para que la diosa no tenga tiempo de otro ataque.

—Buena idea —dijo Cade—. Entonces solo tendremos que averiguar quién es exactamente nuestro enemigo.

CAPÍTULO 10



C ADE

—ESO CIERTAMENTE NO SERÁ FÁCIL. ¿O has visto a alguien, Raven? —Nathan se volvió hacia ella y yo también la miré. La manta que se había atado alrededor de sí misma se había deslizado un poco, dejando al descubierto un poco de sus pechos color crema que yo había tenido en mis manos no hacía mucho.

¡Contrólate! ¡Te estás comportando como una cabra cachonda!

Me esforcé por no apartar los ojos de su cara mientras nos contaba exactamente lo ocurrido en el arroyo. Me esforcé por concentrarme en sus palabras. Probar su dulzura no había hecho más que aumentar mi deseo por ella.

—¿Cade? —preguntó Nathan de repente, y ambos me miraron esperando.

—¿Sí? —¿De qué acababan de hablar? No lo sabía.

—¿Te he preguntado si *has* visto algo junto al arroyo? —repitió Nathan la pregunta un poco impaciente. Sentía como si me hubieran pillado haciendo algo prohibido.

—¡No! —¿Soné nervioso? Espero que no.

Raven enarcó una ceja con suspicacia.

—Bien, entonces no nos queda más remedio que permanecer vigilantes y hacer esta poción protectora. Pero antes, una pequeña lección sobre las costumbres de la gente de aquí.

El cambiaformas nos miró por turnos, escrutándonos. Me sentí como en la escuela del pueblo.

—La primera costumbre es: ¡no bañarse!

—¿Perdona? No puedes hablar en serio, Nathan. —Raven saltó indignada—. No puedes esperar que no me lave durante una semana, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Incluso te lo exijo a ti. Huelen y parecen demasiado limpios. Me encantaría untaros a los dos con un poco de heces de cabra, pero entonces probablemente saltaríais en un triángulo —respondió Nathan, arrugando la nariz como si nuestro *olor a demasiado limpio* fuera francamente apestoso.

—Pero seguro que en esta época habrá gente que preste atención a la higiene personal —indagó Raven, con desesperación en la voz.

—Sí, los hay —admitió el cambiaformas y Raven lo miró triunfante—. La población autóctona. En otras palabras: ¡el enemigo!

—¿Qué? —Ahora yo también estaba sorprendido.

—Sí, durante las negociaciones con los británicos, los aborígenes intentaron convencerles de que los colonos tenían que lavarse con regularidad porque ya no soportaban el hedor. Sin éxito. —Volvió a mirarnos escrutadoramente—. Por cierto, sus dientes también son demasiado blancos. Y tienen demasiados. Normalmente deberían faltarles unos cuantos porque ya se han podrido o han tenido que arrancarlos.

Raven apretó los labios con rapidez para ocultar los dientes y se apartó de Nathan. Como si temiera que la obligara a cambiar el número de sus dientes aquí y ahora.

—Podrán lavarse la cara y las manos en un barreño con agua, pero eso es todo —dijo Nathan—. Y no, no hay jabón. El que hay solo se usa para lavar la ropa y los trastos.

—Si lo hubiera sabido, habría cogido un poco —maldijo Raven mientras recogía los cuencos y los arrojaba al cubo que aún tenía agua—. ¿Dónde podemos ir a mear? —preguntó de repente, caminando un poco inquieta de un pie a otro.

—Durante el día en el retrete al borde del bosque. Por la noche en el orinal —nos informó el cambiaformas y su mirada permaneció fija en Raven.

—Parece que vas a conocer por primera vez un orinal —bromeó, dedicándole una sonrisa burlona.

—¿Por qué con el orinal? Aún no es de noche. —La voz de Raven sonaba un poco asustada.

—¡Ya está oscuro afuera, así que es hora de cenar!

—¡Desde luego no voy a sentarme en una maceta y mear delante de ti! —Ahí estaba de nuevo, la Raven que yo conocía. La mujer a la que no le decían lo que tenía que hacer y se mantenía firme.

—Entonces tendrás que aguantar las próximas horas.

Por la expresión de la cara de Raven, me di cuenta de que quería darle un puñetazo en la cara a Nathan por esas palabras. Pero en lugar de eso, cogió la chaqueta que Nathan me había dado en el campo, se la puso por encima de la manta que yo le había envuelto, se calzó las botas aún mojadas y salió corriendo por la puerta hacia la oscuridad.

—¿Dónde está el baño? ¿A la derecha o a la izquierda de la cabaña? —le oímos gritar.

—¡A la izquierda! Pero será mejor que llames antes, ¡quizá sea el oso que vive no muy lejos de aquí y viene a menudo a visitarme por la noche el que te esté esperando! —respondió Nathan impasible.

—¿Oso? —preguntó Raven sin aliento, de pie en la puerta de nuevo.

—¡Sí, oso! También podría ser un lobo. Y no estoy hablando de mí.

Raven entró y cerró la puerta mientras se quitaba la chaqueta y las botas.

—Creo que puedo esperar hasta mañana —dijo contrita—. ¿Cuándo vas exactamente al pueblo?

—No por esta noche. Primero buscaré los ingredientes que faltan para el hechizo de protección y luego deberían irse a la cama. —Nathan empezó a quitarse la camisa, los zapatos y los pantalones hasta que de repente se quedó completamente desnudo delante de nosotros.

Raven se dio la vuelta escandalizada.

—Un aviso habría estado bien —siseó.

Me pregunto cuánto habrá visto. Este hombre tenía un paquete que hasta a mí me dio envidia.

—No puedo cambiar mi forma con la ropa. No tengo tantos pantalones y camisas que pueda permitirme.

—¿Por qué te transformas ahora? ¿No querías buscar primero la ortiga y el trébol blanco? —pregunté, confuso.

—Nunca puedo encontrarlos en la oscuridad con mis ojos humanos. Pero como lobo, tengo

visión nocturna. —El cambiaformas abrió la puerta y la visión de su piel desnuda en el frío glacial me hizo estremecer. Era evidente que a Nathan no le importaba la temperatura.

—Volveré tan pronto como pueda. Mientras tanto, no dejen que nadie los mate. Y por favor, tampoco se maten entre ustedes. Siempre es mucho trabajo después. —Luego desapareció en la oscuridad.

Cerré la puerta para que no entrara el frío persistente.

—Puedes cerrar la puerta del otro lado. —Raven se paró frente a mí—. Tengo que hacer pis y *podrías* esperar afuera mientras termino.

¡Esa brujita! ¿De verdad creía que iba a salir al frío voluntariamente ahora? ¿Con una diosa asesina cerca? ¿De ninguna manera!

Así que levanté la barbilla y la miré.

—No voy a ninguna parte.

Si las miradas mataran, Nathan tendría el trabajo del que hablaba. Raven me miró con tanta furia que me pareció ver pequeñas lenguas de fuego en sus ojos grises como tormentas. Al fin y al cabo, era una mujer de mi pueblo, y casi todos ellos eran maestros del fuego. Sin embargo, no me inmuté. Seguro que no sería tan estúpida como para usar la magia en el mundo humano y, encima, en una cabaña de madera.

Afortunadamente, se impuso la razón. Dio un paso atrás y me sonrió desafiante.

—Entonces supongo que tendrás que mirar —susurró y en el mismo momento dejó caer la manta que, hasta entonces, cubría su cuerpo desnudo. Al ver sus curvas y su piel aterciopelada y suave, me invadió de nuevo un deseo insaciable de sentirla debajo de mí, de penetrarla y verla tener un orgasmo tras otro con mi nombre en los labios.

—Raven —gemí y me pasé los dedos por el pelo. Tuve que tragar saliva. Mi excitación me oprimía el pantalón, palpitante.

Esta mujer era realmente una bruja. No había otra forma de explicar mi reacción cuando la vi desnuda.

—Será mejor que espere fuera —balbuceé y emprendí la retirada. En aquel momento, no confiaba en mí misma. Lo que había pasado bajo la manta frente a la chimenea había sido un gran error. Realmente no necesitábamos más de eso. La situación ya era lo bastante tensa para algo así. Salí y cerré la puerta. Me quedé fuera de la cabaña, tiritando y enfadado por no haberme llevado ni siquiera la chaqueta de Nathan.

Al mismo tiempo, no me gustaba que volviera a salirse con la suya. Como siempre.

Así que llamé a la puerta.

—¿Estás lista?

No hubo respuesta. Esta vez golpeé la madera con el puño.

—¡¿Estás lista?! —grité, lo bastante alto para que me entendiera, pero no tanto como para que me oyeran otros animales o diosas del bosque.

¡Raven me puso al rojo vivo!

—¿No me digas que te ha echado? —Nathan suspiró de repente detrás de mí, moviendo la cabeza con simpatía—. ¿Me dijeron que eras un mercenario? Al parecer, un mercenario con una debilidad. —Señaló la puerta con la barbilla.

El cambiaformas había recuperado su forma humana desnuda y sostenía dos mechones verdes en las manos. Ortiga y trébol blanco.

Un poco avergonzado por su afirmación, asentí.

—Me lo imaginaba —refunfuñó y me empujó a un lado. Luego golpeó la puerta dos veces con el puño.

—¡Princesa, vamos a entrar ya, te guste o no! —dijo, y al momento siguiente ya estaba de pie dentro de la cabaña.

Raven estaba sentada en la silla junto a la chimenea como si no hubiera hecho otra cosa en horas, con el libro de Hekate en la mano. ¿Estaba leyendo tranquilamente mientras yo me congelaba el culo?

—¡Ah, qué bien, ya has vuelto con los ingredientes que me faltaban! —exclamó entusiasmada, fingiendo no verme. Apretando los dientes, me senté a la mesa y me froté las manos heladas.

Ignorando deliberadamente la hombría desnuda de Nathan, se acercó a él y le arrebató las ortigas y el trébol blanco. Todos los demás ingredientes y un cuenco ya estaban en la mesa frente a mí.

El cambiaformas se puso unos pantalones y se sentó a mi lado.

—Nubes antinaturales de niebla cuelgan entre los árboles del exterior —informó—. Recorreré el bosque tan pronto como el hechizo protector esté sobre mí.

De repente, Raven me puso el libro de Hekate en la mano.

—Lee en voz alta el orden en que deben añadirse los ingredientes —me indicó y la miré asombrado. ¿Era el miedo a la diosa lo que la impulsaba a involucrarme en el proceso?

Mientras yo leía ingrediente tras ingrediente, ella añadía la cantidad adecuada de cada hierba al cuenco y lo molía todo con una piedra. Al final, mezcló la pasta verde con un poco de agua y repartió la mezcla en tres tazas y un cuenco pequeño.

La observé durante todo el proceso y me sorprendió. En el pasado, Raven siempre me había dejado hacer cosas así porque decía que tenía la cabeza demasiado desordenada para hacerlo bien. Y sí, incluso ahora había un gran revoltijo desordenado de restos de hierbas, manchas verdes y charcos de agua sobre la mesa. Pero ella sola pudo un hechizo protector. Un sentimiento me invadió antes de que pudiera interpretarlo correctamente: orgullo. Estaba orgulloso de ella.

¡Maldita sea, Cade! ¡Estás perdido!

—Bien hecho, princesa —la elogió Nathan y cogió su copa. Las mejillas de Raven se sonrojaron ante el cumplido. Luego me tendió la copa y me miró expectante.

Sin mediar palabra, lo cogí. La decepción se reflejó en su rostro durante un instante. Luego se dio la vuelta y dejó el cuenco para Coletta junto a la chimenea.

¿Debería haberla elogiado yo también? Las dudas me corroían.

¡No! Ya era bastante complicado entre nosotros.

Es mejor así.

CAPÍTULO 11



RAVEN

—¿HAY que decir ciertas palabras antes de beberlo? —quiso saber Nathan, sacándome de mi conversación mental con Coletta, que estaba asqueada de las gachas verdes.

«Ahora no seas tan pesada y bébetelo», le siseé ntes de volverme hacia el cambiaformas.

—No, no necesita ninguna oración. Las hierbas nos protegerán igual. Deberíamos repetirlo dentro de cuatro días por precaución —expliqué y me llevé la taza a los labios. Aquello olía fatal. Aguantando la respiración, me lo tragué y vi cómo Nathan y Cade hacían lo mismo.

Coletta lamió su poción del cuenco junto a la chimenea, refunfuñando.

—¿Cómo probamos ahora si funciona? —preguntó Cade, mirando a Nathan y luego a mí, desafiante.

—No se nos permite usar nuestros poderes mágicos en el mundo humano. Ya lo sabes. Así que una prueba está descartada. —El cambiaformas se levantó y nos miró con severidad—. No vayan a hacer tonterías y tampoco vana a utilizar su magia para realizar ninguna prueba. ¿Entendido

«Consigo usar mi magia», oí flotar en mi mente las palabras de Coletta. En el mismo momento, una flecha de hielo salió disparada hacia la cara de Cade. Sus ojos se abrieron de par en par, pero permaneció inmóvil en su silla. Justo antes de que el proyectil pudiera atravesarle el ojo izquierdo, se disipó y se convirtió en un chorro de agua.

«*Lástima*», refunfuñó la gata decepcionada.

—Prueba superada, diría yo. —Sonriendo, miré a Cade, que ahora exhalaba un poco tembloroso.

—Había olvidado por completo que esta regla no se aplica a las criaturas animales de Aitvaras. Es una ley antigua de la que nadie se acuerda. Bueno, ahora puedo vagar por el bosque y buscar anomalías con menos preocupaciones. —Nathan le dio a Cade una palmada en el hombro tan fuerte que se inclinó ligeramente hacia delante—. Bien hecho, muchacho. Aún no has pestañeado.

Cade gruñó un instante en dirección a Coletta, pero no dijo nada más.

—Me voy entonces. Cierren bien la puerta. Volveré por la mañana. —Nathan se quitó los pantalones de nuevo y corrió hacia la puerta principal. Dios mío, estaba tan bien equipado. Por supuesto, lo había notado antes, pero de alguna manera tenía que mirar cada vez que se exponía.

Nathan se aclaró la garganta y, como si me hubiera sorprendido, levanté la vista para mirarle

a la cara. Tenía una sonrisa cómplice en los labios.

—Espero huevos fritos para desayunar, princesa. Y a ser posible, que no sean de él —sonrió con satisfacción y señaló a Cade, que enarcó las cejas con furia. Luego, el cambiaformas desapareció en la oscuridad.

«Yo también me voy. Buscaré algo más sabroso que tu cocina», ronroneó Coletta con un tono rencoroso en mi cabeza.

«¡Espera, Let! ¡No me dejes sola con él!», la llamé, pero mi amiga se escabulló por la puerta en ese mismo momento sin mirar atrás ni contestar. *¡Mierda!*

Observé a Cade por el rabillo del ojo. Seguía sentado a la mesa, apoyando la barbilla en las manos y mirando ensimismado las menguantes llamas de la chimenea. Teníamos que añadir más leña o pronto se apagaría.

Pero, antes de nada, cerré la puerta con llave, como había dicho Nathan. Coloqué el gran y pesado bloque de madera previsto para este fin sobre la cerradura y lo inspeccioné. Ninguna protección contra la magia, pero al menos contra la entrada forzada.

—¿Vas a echar leña nueva en el fuego? —le pregunté a Cade sin mirarle.

—Por supuesto —se limitó a murmurar, se levantó y cogió algunos de los troncos que estaban apilados junto a la puerta. Con cuidado, bajó uno tras otro hasta las vacilantes llamas.

Mientras tanto, había lavado de mala gana nuestros cuencos, tazas y cucharas. Mañana tendría que enjuagar la olla fuera.

Odiaba todo lo que tuviera que ver con las tareas domésticas. Por eso en Nueva York todos los días venía alguien a limpiar, planchar, hacer la compra y todo lo que hiciera falta.

Prefería emplear el tiempo en cuidar mis reservas o mi cuerpo. Esto incluía correr por las mañanas en Central Park. Todas las mañanas, independientemente de que fuera un día laborable o un fin de semana, hiciera sol, nevara o lloviera. ¿Podría correr por el bosque por la mañana? Probablemente no.

Mi reloj interior sabía que, a pesar de la oscuridad que reinaba fuera de las pequeñas ventanas, aún era temprano por la noche y, por tanto, la hora en la que me preparaba para bailar o tener una cita. No estaba ni mucho menos cansada. Pero aquí no había nada más que hacer que sentarse junto al fuego y mirar con fijeza las llamas. *¡Aburrido!*

Volví a echar un vistazo a la cabaña, pero esta vez no encontré nada con lo que pasar el rato.

Así que me senté a la mesa y saqué el librito de Hekate del bolsillo de mi falda. Concentrada, hojeé una página tras otra. Me llamó la atención un hechizo que hacía indecible un secreto. Podría ayudarnos a ocultar nuestra verdadera identidad.

—¿Has encontrado algo más ahí? —preguntó de repente Cade, y solo ahora me di cuenta de que estaba sentado a mi lado.

—Sí, hay algunas pociones prácticas en este libro —respondí con simpleza y cerré las páginas.

—Mi oferta sigue en pie, por cierto. —Cade me miró de reojo—. Lo de la amistad temporal.

¿Amigos? Mis propias palabras resonaron dolorosamente en mi interior.

«Los amigos no saben a qué sabe el otro».

Como si pudiera leer mis pensamientos, Cade se puso rígido a mi lado y se movió inquieto en su silla. No pude evitar una sonrisa cómplice y desafiante al mismo tiempo.

Cade inspiraba y espiraba ruidosamente. Estaba claro que intentaba controlarse. Para mantener el control de su deseo, que vi encenderse como un faro en sus ojos turquesa esta vez también. Por desgracia, no podía decir que yo sintiera algo diferente, pero nunca lo admitiría.

—Hagamos una tregua —tomé la palabra y le tendí la mano. Era tan fácil abrirse a él y tan

difícil al mismo tiempo.

«Es el asesino de tu hermano», pasó helado por mi mente e hizo que mi mano extendida temblara ligeramente. Esta tregua no iba unida a la confianza. Porque ya la había perdido hacía más de cien años.

Su mano se deslizó con calidez entre la mía. Sus palmas solían ser suaves. Ahora notaba pequeños callos que debía de haberle causado el manejo de armas. ¿Qué más había cambiado en él? Como si pudiera averiguarlo, le miré con fijeza.

—Sé que no confías en mí, y no espero que lo hagas, —La mirada de Cade no se apartaba de mí—, pero si queremos salir vivos de aquí, tenemos que trabajar juntos. Después de eso, puedes volver a odiarme a gusto.

Tenía una sonrisa irónica en los labios que me provocó una montaña rusa de emociones. Así que esa sonrisa era una de las cosas que no habían cambiado. ¡Mierda! Nunca había podido resistirme a ella.

Me tragué el nudo de recuerdos atascado en la garganta y aparté la mano de él.

—No pienses nada de eso, Cade —le espeté—. Algún día sentirás mi odio. Así que vigila tus espaldas. Nunca sabrás cuándo podría clavarte un cuchillo.

Su sonrisa desapareció y asintió, apretando los labios.

—Lo sé, Raven. Y no te culpo. Sé que me lo merezco. Yo habría...

—¡No quiero oírlo! ¿Entiendes? Déjame en paz con tus excusas o tu cacaraqueo. —Me levanté a toda prisa y la silla en la que estaba sentada se volcó hacia atrás. Mantuve temblorosamente la distancia. Ojalá pudiera huir ahora. Lejos de Cade, de los recuerdos y del dolor. Pero no podía. Estaba atrapada aquí. Atrapada en un pasado, en una misión, en una pesadilla.

—Ahora me voy a dormir —murmuré mientras intentaba contener las lágrimas. Me aparté de él y me dirigí a la cama.

—Raven —me llamó. Levanté la mano en señal de defensa y solo oí un suspiro.

Me acurruqué en la manta de la cama como un gato. Lágrimas silenciosas rodaron por mis mejillas hasta que finalmente me dormí.

¿DÓNDE ESTABA? Confusa, intenté orientarme en la oscuridad.

¿Se nos ha apagado el fuego? ¿Dónde está Cade?

Olía a tierra y a moho. El aire viciado, que dificultaba la respiración, llenaba mis pulmones. Estiré una mano con cautela y sentí la piedra húmeda bajo la piel.

Ya no estaba en la cabaña, pero entonces ¿dónde estaba? De repente, una luz parpadeó a lo lejos, iluminando la zona en la que me encontraba, que terminaba en una cueva. Un poco débil de pies, me tambaleé hacia la fuente de la luz. Ahora podía ver claramente que estaba rodeada de paredes de piedra, raíces y musgo. ¿Un pasadizo subterráneo? ¿Un túnel?

La incómoda sensación de estar atrapado bajo tierra se apoderó de mí y tuve que reprimir el pánico que quería apoderarse de mí. Mis pasos se hicieron cada vez más rápidos mientras corría hacia la salida del túnel. La luz brillaba cada vez con más intensidad y, cuando por fin entré en la cueva, me deslumbró tanto que tuve que cerrar los ojos un momento.

Pero luego se hizo menos intenso, menos deslumbrante, y cuando miré, descubrí un libro abierto sobre un pequeño zócalo.

Supe cuál era al instante. El grimorio perdido.

Lo he encontrado. Pero, ¿cómo era posible?

Corrí hacia él y acaricié con reverencia la página abierta. Era la misma página que había

visto horas antes en Brysalia. Pero solo ahora, con su contrapartida, los dibujos que contenía cobraban sentido. Concentrándome, descifré las palabras manuscritas. Una lengua antigua que era una mezcla de la de los dioses y los humanos. No pude traducirlo todo, pero el significado de la escritura se hizo aterradoramente claro.

Era un hechizo que podía ahogar al mundo en la oscuridad. Una oscuridad malévola que resucitaba a los muertos. Los humanos y los seres mágicos serían esclavizados y maldecidos para ser malvados. Una magia peligrosa que podría hacer cosas terribles en las manos equivocadas.

—Te estaba esperando. —Una voz resonó de repente en la pequeña habitación. Era tanto de viejos como de jóvenes, de hombres como de mujeres, y estaba por todas partes.

Sobresaltada, levanté la vista, pero no veía a nadie por ninguna parte.

—Míralos, los poderosos hechizos de este grimorio. ¿No te gustaría volver a tener a tu hermano a tu lado? —Las palabras de la figura invisible penetraron en mi conciencia—. Podrías usarlo para traerlo de vuelta a nuestros mundos desde el reino de los muertos. ¿No es eso lo que siempre quisiste?

¿Poder tener a mi hermano en mis brazos otra vez? Nada deseaba más que eso. El mundo ante mis ojos empezó a temblar, al igual que mi firmeza para resistirme al mal oculto en la voz.

—¡Únete a mí, Raven! Juntas podemos gobernar los mundos y recuperar a tu hermano. Todo lo que tienes que hacer es decirme dónde está este grimorio —ronroneó la voz.

¿Dónde está el grimorio? Confundida, volví a mirar a mi alrededor.

—¡Encuentra ese lugar fuera de tus sueños y llévame allí! —Sus palabras taladraron con urgencia mi subconsciente.

¡Mi hermano! Podría empezar una nueva vida con él. Volví a mirar las páginas abiertas del libro que tenía delante. Una palabra me llamó la atención: oscuridad.

Como si actuara como una llave que abriera mi mente, de repente me di cuenta de que, por mucho que quisiera a mi hermano y lo añorara, este hechizo no era el camino a seguir. El ser que traería de vuelta ya no sería mi hermano, sino una oscuridad que podría destruirlo todo.

—¡No! —dije con firmeza y miré a mi alrededor apresuradamente—. ¡No! No voy a ayudarte.

—Entonces morirás —susurró la voz con frialdad. Al mismo tiempo, unos vapores negros salieron de entre las grietas de las piedras y serpentearon hacia mí.

¿Qué se suponía que debía hacer? El primer tentáculo me agarró el tobillo y fue como una descarga eléctrica. Grité de dolor. Me robó el aire que necesitaba para respirar y sentí que mis fuerzas menguaban. Un segundo tentáculo negro se enroscó alrededor de mi muñeca izquierda. Era como si me hicieran pedazos. El dolor era tan intenso que me di cuenta de que mi conciencia se desvanecía poco a poco.

Aunque infringiera alguna norma, tenía que defenderme. Apretando los puños, cerré los ojos y me concentré en la magia de mi interior. Temblando, las palabras salieron de mi boca. Un hechizo que golpeó como un rayo de fuego las oscuras franjas que me encerraban.

Todo mi cuerpo brillaba bajo mi poder.

—¡Raven! —De repente oí la voz de Cade muy bajo en algún lugar en la distancia.

—¡Cade! —grité con todas mis fuerzas mientras disparaba otro rayo a uno de los tentáculos. Entonces formé una bola de fuego en mi mano izquierda y me preparé para luchar.

—¡No puedes ganar contra mí! ¡Ríndete, niña! No escaparás de mí —amenazó la voz.

Al momento siguiente, sentí una fuerza que intentaba apartarme. La negrura penetró por el rabillo de mis ojos. Presa del pánico, agarré la página con el hechizo que acababa de descifrar

y, de un tirón, la arranqué del grimorio. Entonces me invadió la oscuridad.

CAPÍTULO 12



CADE

RAVEN FINALMENTE VOLVIÓ EN SÍ. Respiré aliviado. Yo también solía luchar contra las pesadillas, pero nunca había soñado tan intensamente como Raven.

Se había revolcado en la cama, gritando. Su dolor era claramente visible. Pero de repente todo su cuerpo se iluminó. Letras, palabras y símbolos brillaban como tatuajes de fuego en su piel.

La llamé por su nombre y la sacudí una y otra vez hasta que por fin abrió los párpados.

Respiraba con dificultad y me miraba con fijeza. En sus ojos había una mezcla de pánico y determinación. Le temblaba todo el cuerpo.

—¿Raven? —Me acerqué a ella con cautela, sin estar seguro de lo despierta que estaba en realidad.

—Estoy bien —balbuceó confundida y miró asustada a su alrededor. Como un ciervo que intuye al cazador.

Su cuerpo seguía brillando bajo las distintas marcas. Lentamente, se incorporó y se miró la piel.

—¡Mierda! —maldijo, cerró los ojos y susurró palabras incomprensibles. Los tatuajes desaparecieron de inmediato, dejando atrás su piel impecable.

—¿Hice magia? —Me miró con los ojos muy abiertos.

¿Magia? Volví a mirar sus brazos, que ya no mostraban ningún signo.

—¿Esos hechizos estaban en tu piel? ¿Dónde está tu grimorio? —Los seres como nosotros teníamos un grimorio en el que se registraban todos los hechizos que conocíamos. Siempre llevábamos este libro con nosotros. Porque nuestra magia estaba ligada a cada uno de estos hechizos.

—Mi piel es mi grimorio —siseó impaciente—. ¿He hecho magia?

—No, no lo hiciste —respondí con la misma irritación.

—Por suerte —Raven suspiró aliviada—. Entonces fue solo un sueño psíquico.

—¿Uno de tus sueños clarividentes? —quise saber de ella, aunque el tema del grimorio que se había tatuado en el cuerpo seguía rondándome por la cabeza.

—Sí. —Me miró con desconfianza.

—¿Qué estabas soñando, Raven? —insistí ahora—. Sentías un dolor terrible. ¿Qué sucedió?

Aún temblorosa, se rodeó las piernas con los brazos. Verla así me hizo sentir un gran

conflicto interno. Por un lado, quería estrecharla entre mis brazos. Abrazarla, consolarla. Por otro, quería darme la vuelta, salir de la cabaña y huir lejos. Huir de los sentimientos que me hacían querer protegerla.

—Estaba en un túnel subterráneo —empezó bruscamente—. Y... y... —Sus labios temblaron. Habiendo conocido a Raven de niña, sabía que no eran lágrimas lo que venía en camino. Raven no lloraba con familiaridad. Era demasiado fría para eso.

—Ven y siéntate junto al fuego. Te estás congelando.

Asintió en silencio y me permitió ayudarla a levantarse. Con la manta todavía envuelta alrededor de su cuerpo desnudo, la llevé a la silla junto a la chimenea.

Miré su muñeca izquierda y, sobresaltada, la levanté, acercándola al fuego que desprendía luz.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Estás herida?

Al ver las ronchas negras y ensangrentadas en su piel, los ojos de Raven se abrieron de par en par y miró perpleja la herida.

—¿Cómo puede ser? —susurró—. ¡Solo fue un sueño! Uno provocado por mis habilidades de vidente, pero nunca me había pasado nada parecido. —Rápidamente levantó la manta hasta las rodillas, dejando al descubierto las mismas heridas en el tobillo.

—¿Cómo...? —El temblor interrumpió su pregunta y me apresuré hacia la cama para coger la segunda manta. En cuanto la aparté, un trozo de papel voló hacia mí y cayó al suelo.

Lo cogí y lo llevé a la chimenea.

—¿Qué es esto? —le pregunté, tendiéndoselo.

El pánico inundó sus ojos y de repente se puso pálida.

—Se parece a la página del antiguo grimorio que nos enseñaron en Brysalia —supuse con cautela—. ¿Te lo dio Hekate?

—No —respiró y cogió el papel—. Arranqué esta página del libro que encontré en esta cueva en mi sueño. ¿Cómo puede ser que aparezca aquí ahora? ¿Igual que las ronchas de mi piel?

—Dime con exactitud qué has soñado, Raven —le pregunté con la mayor paciencia posible, poniéndole la manta sobre los hombros.

Me sorprendió que me confiara su sueño. Me habló de un túnel, de un grimorio y de una voz que intentaba convencerla de que se uniera a ella. Cuando se negó, unas hileras negras la atacaron hasta que pude despertarla.

—Es que no entiendo cómo la magia de esta criatura pudo atacarme, si tomamos la poción y, por ende, se supone que nos protegería —terminó su relato y volvió a mirarse la muñeca herida.

—La poción protege contra ataques físicos, pero en tu sueño fuiste atacada mentalmente. Por eso te pudieron hacer daño. Incluso de forma mágica —expliqué mi propia teoría sobre la situación y al mismo tiempo busqué un paño lo bastante limpio. Encontré lo que buscaba en un cajón.

Acerqué una silla, sumergí el trozo de tela en el cubo de agua destinado al lavado y froté con suavidad la piel herida de Raven. Solo se estremeció por un momento. Siempre había sido dura.

—¿Qué hace con exactitud este hechizo en el lado del grimorio? —quise saber. Me concentré en quitar los restos de sangre. Por fortuna, las heridas solo eran superficiales y no serían visibles a la mañana siguiente. Esa era una de las ventajas de ser un ser mágico.

Se aclaró la garganta y miró hacia el fuego.

—Es un hechizo para resucitar a los muertos y sumir los mundos en la oscuridad. La esclavitud y el mal serían entonces la maldición de todos nosotros.

—¿Resucitar de entre los muertos? ¿El hechizo puede hacer eso?

Asintió con la cabeza, pero siguió sin mirarme. Si no la conociera, diría que estaba avergonzada. ¿Pero de qué? Aparte de...

—¿La voz te ofreció resucitar a Markael del reino de los muertos si tú le das tu ayuda a cambio? —pregunté sin rodeos. Sus ojos se dispararon en mi dirección y ahora la vergüenza se reflejaba claramente en su rostro. Asintió con la cabeza.

—Debió ser una oferta muy tentadora poder abrazar de nuevo a tu hermano. Seguro que harías mucho por eso. —Sus ojos se abrieron de par en par—. Pero no todo —continuó—. Está bastante claro que al principio te lo planteaste. Pero conociéndote, no te dejaste convencer. Te mantuviste fuerte. ¿Verdad, Raven?

—¡Sí, pero casi estuve de acuerdo! —rompió su férreo silencio.

—Pero no lo hiciste. Eso es lo que importa. Puedes estar orgullosa de ello. No sé si yo habría podido hacer lo mismo —admití con sinceridad. Daría cualquier cosa por que Markael volviera a estar vivo y porque yo me librara por fin de mi desgarrador sentimiento de culpa.

—¿Crees que realmente estuve en el lugar donde está el grimorio en mi sueño? —desvió la conversación en otra dirección.

—Puede ser —reflexioné—. Puede que tus habilidades psíquicas te permitan localizar el libro en tu sueño".

"—Pero por qué estaba la voz allí entonces? Sin duda era esa diosa antigua que también busca el grimorio. ¿O crees que *hackeó* en mi sueño, por así decirlo? —quiso saber.

—¿*Hackeó*? ¿Qué es eso? ¿Una palabra humana? —La miré, confuso.

—Sí, hackear. Es lo que se utiliza cuando alguien ha pirateado tu sistema informático —explicó, reprimiendo una sonrisa.

—Siento no estar familiarizado con el lenguaje informático humano. No he estado en el mundo humano tan a menudo en el último siglo —refunfuñé, un poco ofendido. ¿Por qué esta mujer era capaz de despistarme con tanta facilidad?—. Volviendo a tu pregunta, esta comparación es muy acertada. Si la voz era realmente la diosa, sin duda es capaz de *hackear*. Obviamente ella no pudo encontrar el grimorio por sí misma. Pero parece que sabe qué habilidades tienes. Su suposición de que podrías hacerlo fue la correcta.

Una sonrisa pícaro apareció en sus labios y atrajo mi atención en esa dirección. A su hermosa y seductora boca. Desvié la mirada y volví a sumergir el paño en el agua.

—Puedes poner el pie en mi regazo y yo también me ocuparé de tu tobillo.

Me miró con desconfianza, pero luego hizo lo que le pedí. Acaricié la piel herida con el paño suavemente.

—Tenemos que encontrar una forma de protegernos contra su influencia mental —dijo Raven con dificultad mientras le pasaba el trozo de tela por el tobillo. Se quedó mirando el lugar, hipnotizada.

¿La excitaba tanto como a mí? ¿Este contacto de nuestras pieles? Era como un fuego que se avivaba con esos pequeños roces y se convertía en un mar de llamas que recorría imparable mi cuerpo.

Seguí limpiando la herida con el paño, pero mi otra mano recorrió la pantorrilla de Raven hasta la parte posterior de su rodilla y luego rozó el interior de su muslo. Ella aspiró aire ruidosamente y un temblor recorrió todo su cuerpo.

Eso fue todo lo que necesité para avivar aún más el fuego de mi interior y hacer insoportable el deseo. Así que dejé que mi mano siguiera vagando. Raven cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás cuando llegué a su entrepierna. Ya estaba mojada para mí. Posesivamente, introduje dos de mis dedos en su humedad y saboreé los gemidos que salían de su garganta.

¡Oh, pequeña! Cómo me gustaría deslizar algo más dentro de ti y tomarte fuerte hasta que lo hayas olvidado todo.

Pero ella probablemente nunca lo permitiría, así que me conformé con lo que me dio. Como ese pequeño momento en que giró sus caderas sobre mis dedos. Siempre había sido una mujer que tomaba lo que quería.

Mi pulgar rozó su clítoris y se le escapó un gemido.

—¿Qué quieres, Raven? —le pregunté sin detener mi movimiento. Quería que me dijera cuánto me deseaba—. ¿Quieres que te haga venir?

Ella no respondió, pero los movimientos de su pelvis se hicieron más intensos.

—¡Dímelo! Si no, pararé ahora mismo y podrás usar tu propia mano para obtener la satisfacción que ansías. —Sabía que no era justo. Pero necesitaba que al menos me hiciera sentir que podía perdonarme. Aunque solo fuera en un momento como este.

Abrió los ojos y me miró con fijeza. Me devolvió la mirada con una mezcla de deseo y odio. Le sonreí y le metí los dedos con más fuerza.

Su boca apenas abrió y su respiración se aceleró. Mi pulgar rodeaba su perla al mismo ritmo.

Cómo me gustaría cambiar mi pulgar por mi lengua y saborear su sabor.

—Entonces, ¿debería parar? —gruñí y aceleré el ritmo en su punto sensible.

Raven me atravesó con sus orbes empañados por el deseo. Pero no podía ocultar la reacción de su cuerpo. Sentí que todo se tensaba alrededor de mis dedos. Estaba a punto de saltar por el precipicio.

—¿Qué quieres? Dilo —le volví a preguntar.

De un tirón, sacó el pie de mi regazo y se levantó. De repente, sentí mucho frío en la mano sin ella.

Tenía las mandíbulas apretadas. Pude ver decepción, ira y odio en su mirada ardiente.

—Aunque fueras el último hombre sobre la tierra, nunca te pediría que me follaras. Ni con tus dedos ni con tu polla. Eres un gilipollas arrogante y un asesino. Nunca lo olvidaré y desde luego no te lo perdonaré —me gritó, luego corrió hacia la cama y, sin decir nada más, se metió debajo de las dos mantas que se había llevado.

No necesitó decir nada más. Sus palabras fueron claras y eso me dolió más de lo que esperaba.

CAPÍTULO 13



*R*AVEN

¡CADE ES UN IMBÉCIL! ¿Cómo pude dejarme llevar tanto por él? ¡Otra vez! Estaba enfadada con él y conmigo misma.

Había tenido la sensación de que al menos podía confiar un poco en él. Por eso le conté lo del sueño.

Bueno, al principio no se lo conté del todo. Para empezar, no le dije que la voz intentó chantajearme con la vida de mi hermano y que, de verdad estuve tentada a aceptar. Cade lo supuso por sí mismo. La vergüenza de ello todavía era profunda.

En segundo lugar, no quise responder deliberadamente a su pregunta sobre los tatuajes de mi piel. También tenían algo que ver con mi hermano.

Markael era un aventurero y un temerario. No tenía miedo a nada y cada locura que hacía quedaba immortalizada en forma de tatuaje en su piel.

«Son recuerdos duraderos que podré recordar cuando sea viejo. Nunca podré olvidarlos. Así siempre sabré quién soy y quién quiero ser», me explicó una vez. Yo había sido una de sus aventuras memorables.

Cuando murió, llegó un momento en que el dolor fue tan grande que pensé que iba a salirme de mi propia piel. Al principio, solo tenía un tatuaje invisible en su memoria. Su nombre. Invisible para que fuera solo mío. Me quitó el dolor durante un tiempo, pero no para siempre. Así que decidí llevar mi grimorio en la piel. Invisible también, por supuesto. La magia era mi aventura, y en memoria de mi hermano, parecía lo correcto.

Nuestra gente, los que utilizaban este tipo de magia como yo, siempre llevaban consigo su grimorio en forma de libro. Cuando un niño cumplía diez años y quedaba claro que poseía este tipo de magia, sus padres le entregaban un grimorio. Yo había dejado el mío en Brysalia después de marcharme. Estos tatuajes me hicieron más libre e independiente. Exactamente lo que siempre quise ser.

Pero no podía decírselo a Cade. No solo me arrebató a mi hermano, sino que también me causó un dolor que aún ahora me atormentaba. Hasta el día de hoy, no entendía por qué Cade cometió ese asesinato a sangre fría. Había querido a Markael como a un hermano. Los dos habían crecido juntos y, por muy diferentes que fueran, eran inseparables. Incluso cuando ocupaba un lugar al lado de Cade.

Hacía años que amaba a Cade. En secreto y desde lejos. No me di cuenta de que él sentía por

mí lo mismo que yo por él hasta que Markael utilizó su magia para encerrarnos a los dos en una cueva de osos abandonada en el bosque. Nos llevó un día y una noche confesarnos nuestro amor. Solo entonces mi hermano nos liberó de nuevo. Él lo supo todo el tiempo.

Más tarde, le pregunté qué habría pasado si se hubiera equivocado.

—Están destinado a estar juntos, Raven. Tú y

Cade son el uno para el otro. Y solo cuando lo estén, podrán ser felices en sus vidas. —me explicó, envolviéndome en sus brazos.

Le Creí. Pero ahora lo sabía mejor. Mi vida habría sido más feliz sin Cade.

Desesperadamente, me rodeé la cabeza con los brazos en un intento de bloquear todo lo que me rodeaba. Cada sonido de la naturaleza desconocida fuera de la cabaña, amortiguado a través de las paredes, y el familiar sonido de Cade dentro de la cabaña. Era como si pudiera oír su corazón latiendo bajo las mantas. Solo quería olvidarme de él. Al menos por el resto de la noche.

Para distraerme de los pensamientos que me arrastraban cada vez más hacia mi propia oscuridad, repasé en mi cabeza la letra de una canción que me había gustado escuchar en las últimas semanas. En casa. En el mundo humano. Echaba de menos mi ático, la respiración constante de la ciudad y mi rutina diaria que me proporcionaba estructura y distracción.

En algún momento, me desperté de un sueño sin sueños. Me pregunté qué hora sería. La luz del día entraba por las ventanas e iluminaba el interior de la cabaña.

Cade estaba sentado en la silla junto a la chimenea. Al parecer no había vuelto a la cama. Tenía los ojos cerrados, pero yo sabía que no estaba dormido.

Un golpe en la puerta me hizo estremecer ligeramente. El sueño de esta noche me había marcado. Por lo general no era tan nerviosa.

—¡Abre! Soy yo, Nathan —oí la voz del cambiaformas. Cade se levantó y apartó la viga que había delante de la puerta. Al momento siguiente, el metamorfo desnudo ya estaba de pie en la cabaña.

—Buenos días —refunfuñó mientras se ponía unos pantalones y miraba de forma perezosa hacia la mesa del comedor, que estaba vacía—. ¿No hay desayuno? —preguntó de mal humor, mirando de Cade a mí. Ambos negamos con la cabeza en silencio.

—¿Te ha pasado algo? Pareces un poco alterada —dijo con frialdad.

—Sí, hubo un incidente —confirmó Cade.

—Si este incidente tiene algo que ver con ustedes dos en mi cama, entonces no quiero saberlo. —Nathan se sentó a la mesa y me miró desafiante. Pero yo no me moví.

—No, no tiene nada que ver con eso —gruñó Cade, molesto—. Raven fue atacada en su sueño esta noche.

La mirada de Nathan se dirigió hacia mí. Me escrutó con los ojos entrecerrados, se levantó y se acercó. Cuando descubrió los restos de las ronchas en mi muñeca, se pasó la mano por la barba, pensativo.

—Dime exactamente cómo pudo ocurrir esto.

Cade y yo nos turnamos para relatar los acontecimientos de la noche. Al final, le enseñamos la página del libro, que estudió con detenimiento. Aún no estaba muy seguro de si podíamos confiar en Nathan, pero el hecho de que una de las casas reales de Brysalia le hubiera encargado que nos ayudara debería bastar por el momento.

Cuando me devolvió la página del libro, la escondí debajo del colchón. No era el escondite ideal, pero era mejor que nada. Ni yo ni Cade mencionamos el intento de chantaje de la voz espeluznante ni el incidente junto al fuego.

—Suponemos que el libro es el grimorio que quiere la diosa —concluyó Cade nuestra

historia.

Nathan volvió a la mesa y se dejó caer en la silla.

—Eso significa que solo estamos protegidos físicamente contra los ataques mágicos, pero no mentalmente. —Nos miró a los dos—. Tenemos que cambiar eso. Raven, quiero que mires en tu libro y veas si también hay un hechizo de protección mental.

Miró pensativo por la ventana.

—Así que el libro de tu sueño es el grimorio. El túnel es el lugar donde estaba escondido. Y la voz es la de la diosa —confirmó mi suposición. Cuando volvió a mirarnos, había un fuego de acción en sus ojos—. Eso significa que sabes dónde está, Raven.

Nathan se miraba bastante conmocionado, de lo contrario no me habría llamado por mi verdadero nombre.

—No, no lo sé —contradije—. Puede que haya estado en la cueva, pero no conozco el camino.

—Eso no es cierto. Tu subconsciente lo sabe y lo percibirá cuando estés cerca del grimorio.

—¿De verdad piensas eso? —pregunté sorprendida.

—Sí, estoy bastante seguro de ello. Cuando vayas hoy a Salem Village, intenta escucharte de vez en cuando. Tal vez puedas sentir algo —sugirió Nathan—. Pero primero quiero mi desayuno, Princesa. ¡Huevos fritos!

Lo fulminé con la mirada.

—¿Por qué no los haces tú mismo? —gruñí, y en el momento en que las palabras salieron de mi boca supe que había sido un error.

—Cada uno de nosotros tiene una tarea aquí. Y no quiero tener que recordarte la tuya otra vez. Estás en una época diferente. Eso significa que tienes que adaptarte a las costumbres. Entiende que solo lo hago por tu propia protección. Nunca sabes lo que te pueden preguntar o quién puede aparecer de repente en tu puerta. Tenemos que vivir completamente en nuestro papel. Así que compórtate como una mujer de este siglo. De lo contrario, me veré obligado a azotar tu dulce trasero. Y antes de que estalles de rabia: en los tiempos que corren, es algo habitual.

Di un respingo al oír sus palabras y cerré las manos en puños. Casi como si me estuviera preparando para un combate de boxeo. Un combate que sin duda perdería. Temblaba por dentro, estaba tan enfadada, y al mismo tiempo me preguntaba si debía arriesgarme. ¿De verdad me ganaría Nathan?

Su sonrisa pícaro me hizo dudar, pero no me apetecía no poder sentarme en un día porque me dolería el trasero.

Así que pasé junto a él y Cade con la cabeza bien alta. Junto a la chimenea, saqué mi vestido, ahora seco, del tendedero. De espaldas a los dos hombres, desabroché la manta y dejé que se deslizara por mi cuerpo. Nunca había sido una mojigata y esta exhibición de mi cuerpo desnudo tenía un propósito.

Yo no me pasaría el día con un trasero dolorido, pero no les envidiaba un tendón doloroso en una parte muy concreta de su cuerpo.

Me puse el vestido con pericia, luego las medias de lana y las botas. Cuando volví a girarme, completamente vestida, supe que mi venganza era dulce. Los dos me miraban boquiabiertos, y ¿era eso un bulto en los pantalones de Cade? Me invadió un sentimiento de satisfacción.

Al pasar, cogí la chaqueta de Nathan y una cesta que había junto a la cómoda y salí de la cabaña sin decir palabra.

—Espero que no haga esto todos los días —oí gemir a Nathan a través de la puerta antes de

sonreír y dirigirme a los establos.

Necesitaba huevos y el cacareo del gallinero me indicaba que los encontraría allí.

Una hora más tarde y una experiencia —que con gusto habría rechazado— rica, recogí la mesa. Encontrar los malditos huevos en el gallinero había sido la menor de mis preocupaciones, pero freírlos en una sartén al fuego era otra muy distinta.

Odio cocinar. No era en absoluto lo mío y la cara que pusieron ambos hombres cuando les serví los trozos negros que deberían haber sido un huevo frito prometía que no tendría que hacerlo durante mucho más tiempo. En algún momento, probablemente estarían tan hartos de mis terribles habilidades culinarias que lo harían ellos mismos. La esperanza crecía con cada ruidoso trago que Nathan y Cade intentaban darle a los huevos.

—Dime, ¿cocinas tan mal porque quieres fastidiarnos o de verdad no se te da bien? —preguntó Nathan en medio del silencio. Acababa de poner los platos en el cubo para lavarlos.

—Nunca he aprendido a cocinar. No me hacía falta —siseé, un poco molesta por su pregunta—. Gano tanto dinero que prefiero salir a comer todos los días o pagarle a mi ama de llaves.

—Eso explica muchas cosas —comentó el cambiaformas sobre mi explicación y sacudió la cabeza con una sonrisa. Se levantó y se acercó a mí—. Entonces aprenderás algo para toda la vida aquí, princesa —dijo mientras me pellizcaba la mejilla como un niño. Le aparté la mano de un manotazo.

—Si no te gusta mi comida, ¿por qué no la cocinas tú? —probé suerte—. No puedo y eso no va a cambiar pronto.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Nathan.

—No, no. Estaré bien unos días.

Podría haberlo estrangulado en ese momento. *¡Arrogante aspirante a lobo!*

—Voy a descansar ahora. *Rose* vas a Salem Village y comprarás en el mercado. Hay dinero en la cómoda. *Cayden* seguirás labrando el campo. Cuando me levante, nos ocuparemos del problema del hechizo de protección mental —nos indicó. Odiaba que la gente me hablara así, y este cambiaformas me estaba enfureciendo.

Cade salió de la cabaña sin decir palabra. Se había dejado la chaqueta. ¿No la necesitaba? ¿O la dejó especialmente para mí?

No podía importarme cuáles eran sus pensamientos o si se estaba congelando.

Con más energía de la deseada, cogí la chaqueta, me dirigí a la cómoda, donde encontré una bolsa con monedas, y me volví hacia Nathan por última vez.

—¿Qué le gustaría comer al caballero esta noche? —pregunté con dulzura.

—Sorpréndeme —respondió con la misma dulzura—. Como la comida que has preparado no se parece en nada a lo que va a ser de todos modos, no tiene sentido desear un plato tuyo. Luego se tiró en la cama y, antes de que yo hubiera salido furiosa de la cabaña, ya roncaba sonoramente.

CAPÍTULO 14



¡LA CHICA HA ROBADO una página del libro sagrado! Una página muy importante. Una rabia ancestral se disparó por mis venas y se desvaneció en la fría oscuridad. El plan era tan perfecto después de que el primero hubiera fracasado estrepitosamente.

Hacía cien años que se habían separado. Ella tenía suficiente odio en su corazón como para no querer volver a verle, y su sentimiento de culpa le había roído lo suficiente como para no buscarla.

Sin embargo, el destino los había unido de nuevo. ¡Odiaba a las tres diosas del destino! ¿Por qué no podían mantenerse al margen de todo por una vez?

No, la situación no era ideal, pero al menos los dos brisalianos mantenían las distancias. Eso me favorecía.

Pensé que podría poner a la chica de mi lado. Convencerla de que se uniera a mí si metía a su hermano en el juego.

La niña sería una aliada temporal ideal. La oscuridad se había extendido por ella durante el último siglo, apoderándose de ella como un parásito. No haría falta mucho y la luz ya no podría alcanzarla.

Pero fue capaz de resistirse a mi oferta. fue fácil para ella. Se le notaba en los ojos y sus pensamientos, literalmente, me lo gritaron con la batalla que se desató dentro de ella.

Sin duda no sería capaz de mantenerse fuerte una segunda vez.

Solo ella fue capaz de guiarme hasta el Grimorio para que por fin pudiera transformar este desdichado mundo en lo más parecido a mi verdadero hogar.

Solo tenía que esperar el momento adecuado. La próxima oportunidad. Pronto me alzaría. Aplastaría a los dos brisalianos como insectos. Habían sido mi perdición desde el principio.

CAPÍTULO 15



RAVEN

ENCONTRÉ el camino a Salem Village sin problemas. Nathan me había explicado de antemano cómo tenía que caminar. Aunque no me sentía cómoda sola en el bosque después de los dos ataques, tanto física como mentalmente, no había señales de peligro por ninguna parte.

Sentí un gran alivio cuando vi las primeras casas.

El mercado de Salem Village, a unos diez kilómetros de Salem Town, estaba abarrotado de más gente de la que hubiera imaginado.

Con la cesta en el brazo y la cartera bien escondida en el bolsillo de la falda, paseé de puesto en puesto. Casi no habían puestos de comida, a diferencia que de artículos de uso cotidiano.

Mi mirada se detuvo en un puesto del mercado en el que se exhibían capas de lana para mujer. Me llamó la atención una capa de color lila. Pasé los dedos por la lana. Era más suave de lo que esperaba.

—Buenos días, señorita —me saludó la dependienta, de mejillas regordetas, con una sonrisa casi desdentada. Ahora sabía a qué se refería Nathan. También había notado el ligero olor que desprendía después de rozar a algunos transeúntes. En cambio, yo olía como un prado de flores después de mi chapuzón involuntario en el arroyo.

—Buenos días —le respondí mientras seguía admirando la capa de lana—. ¿Cuánto cuesta esta?

—¿Le gustaría probársela? —me preguntó una señora, saliendo de detrás de la caseta. Antes que me diera cuenta, me quitó la chaqueta de Nathan, que era demasiado grande, y me puso la capa sobre los hombros. Estaba caliente. Era acogedora. Y era la única prenda que me faltaba en enero de 1692. No quería tener que quitármela otra vez.

El regateo nunca había sido lo mío y, como entonces no estaba familiarizada con el dinero, su valor y los precios, no tenía ni idea de qué precio habría sido justo. Así que decidí sobre la base de las monedas que me sobraban si compraba la capa de lana. Me pareció que tenía lo suficiente para comprar más para la cena.

Así que menos de dos minutos después ya estaba caminando por el resto del mercado como la feliz propietaria de una hermosa y cálida capa de lana.

Utilicé las monedas restantes para comprar patatas, verduras, pan y un trozo de queso. Al final, incluso me sobró un poco de dinero. Estaba orgullosa de mí misma.

Sin embargo, quería echar un vistazo en vez de volver a la cabaña. Nathan probablemente

seguía durmiendo y Cade... Prefería no encontrarme con él.

Me tomé todo el tiempo del mundo y paseé tranquilamente de puesto en puesto, examinando los productos, observando a la gente y dejándome llevar por la vida de este siglo. Era tan diferente de mi época y, sin embargo, había tantas similitudes. Mujeres que pasaban por delante de los puestos de joyas y telas con miradas anhelantes. Niños que jugaban a la pelota. Hombres que se saludaban con miradas importantes mientras acariciaban regularmente sus carteras con las manos.

Me detuve en un puesto del mercado que vendía artículos de cuero y admiré un cinturón con trabillas para cuchillos. Seguro que a Cade le parecería increíblemente bonito.

Molesta por mis propios pensamientos estúpidos, sacudí la cabeza y estaba a punto de seguir adelante cuando, de repente, alguien tiró de mi falda.

Sorprendido, me di la vuelta y descubrí a una niña rubia de unos cuatro años que me miraba con los ojos muy abiertos.

Muy despacio, para no asustarla, me incliné hacia ella.

—Hola mi pequeña. ¿Cómo te llamas? —le pregunté y le sonreí amistosidad.

—Dorothy —respondió y sus ojos se posaron en la capa que acababa de comprar—. ¡Es tan bonita! —chilló—, el morado es mi color favorito.

—Es una coincidencia. La mía también.

—¡Dorothy! Dorothy! —Oí la voz de una mujer entre la multitud.

—Creo que tu mamá ya te está buscando. —Cogí su manita y corrí hacia la voz—. ¡Está aquí!

—¡Dorothy, ahí estás! —Una joven menuda con el pelo tan rubio como el de la niña se acercó corriendo. Cogió a Dorothy en brazos—. Te he estado buscando por todas partes.

—Seguía a la señora —respondió la niña, sonriendo tranquilizadora a su madre.

—Hola, mi nombre es Ra ... Rose Johnston —me presenté. Realmente necesitábamos preparar esta poción para que al menos nuestros secretos estuvieran a salvo.

—Hola Rose. Encantada de conocerte. Soy Sarah Good y ya conoces a mi hija Dorothy. —Cuando me dijo su nombre, se me formó un nudo en el estómago y tuve que tragarme la bilis que me subió por dentro. Las lágrimas me escocieron en los ojos al descubrir la pequeña barriga de embarazada que apenas se notaba bajo la ropa de Sarah. El mundo que me rodeaba se hizo de repente terriblemente pequeño y me dejó sin espacio para respirar.

El destino que les esperaba a estas dos personas... Yo lo sabía y sabía que les esperaba el infierno. Pero no podía decírselo, no podía advertirles, salvarles o protegerles. Me destrozaba por dentro. Me flaquearon las rodillas y me apoyé en el atril que tenía al lado.

—¿Estás bien, Rose? —preguntó Sarah preocupada—. Te pusiste pálida de repente. —Mi visión se nubló y seguí escuchando esa voz dentro de mí: *¡Sálvala!*

Una vez leí un artículo sobre los juicios de brujas de Salem. Dorothy Good, también conocida como Dorca, se convertiría en la convicta más joven de los juicios a la edad de cuatro o cinco años y pasaría nueve meses en prisión. Su madre, Sarah Good, también convicta, daría a luz a su bebé, otra hija, en prisión. La niña moriría poco después de nacer, y la propia Sarah sería condenada a muerte y ahorcada en julio de 1692.

Miré frenéticamente a mi alrededor. Tantos rostros, tantos destinos. Y no podía hacer nada. Mi respiración se volvió cada vez más frenética y una negrura se comenzó a formar en el borde de mi campo de visión, presagio de un desmayo. Intenté con todas mis fuerzas controlar mis emociones, pero aquella impotencia volvió a dejarme sin aliento. Las crecientes náuseas se hicieron cada vez más intensas. Me concentré con todas mis fuerzas en dos pájaros que volaban

en el cielo con patrones cambiantes. Poco a poco, recuperé el control de mi cuerpo.

—No, todo está bien. No he desayunado esta mañana. Probablemente por eso estoy un poco mareada —mentí a medias con voz temblorosa. Al mismo tiempo, intenté reprimir mi conocimiento de su futuro.

—Quizá sí sea eso —concordó Sarah, frotándose la barriga y sonriéndome con complicidad. ¿Acaso pensaba que yo también estaba embarazada?

—Nuestra casa no está lejos de aquí. ¿Quieres venir con nosotros? Estoy segura de que te sentirás mejor después de una leche caliente —me invitó—. Sé que no es fácil para los recién llegados en estos momentos. A menudo son recibidos con desconfianza y rechazo. La gente del pueblo les tiene miedo. Muchos de los refugiados que buscan alojamiento con nosotros han tenido que huir porque fueron atacados por el enemigo. Se dice que el enemigo está aliado con el diablo y a menudo se rumorea que esto podría haberse transmitido a los refugiados. —Supuse que el enemigo era la población autóctona.

Sarah me escrutó con curiosidad.

—Pero no parece el diablo —dijo Dorothy de repente y me agarró la mano.

—No, cariño. No tiene ese aspecto. —Sarah me sonrió con amabilidad—. ¿Vienes conmigo, Rose?

¿Debería contactar más con los Bienes? ¿Aunque supiera lo que esperaban? ¿No equivalía eso a una traición? ¿Podría conciliarlo con mi conciencia?

Pero necesitaba a alguien que conociera el lugar y pudiera contarme más cosas sobre el pueblo y sus habitantes. También me gustaron Sarah y Dorothy. Eran cariñosas y tenían una sonrisa abierta. Ni siquiera mis padres me habían mostrado nunca tanto cariño. Los únicos que en algún momento se preocuparon por mí y por mi bienestar ya no formaban parte de mi vida. Uno, mi hermano, estaba fallecido. El otro era Cade.

Había vagado sola por el mundo durante tanto tiempo. Siempre tenía a Coletta a mi lado, pero ella no podía estrecharme entre sus brazos, hacerme leche caliente y acariciarme el pelo para consolarme. Tampoco era del tipo cariñoso, sino más bien una solitaria que vagaba por la ciudad o el campo día y noche.

Anhelaba que alguien cuidara de mí, alguien con quien no necesitara ser fuerte. Bajo ningún concepto podía permitir que esta necesidad creciera en esta situación y en este momento, pero sabía que tenía que ir con ellas. Por mí y por la misión.

—Me encantaría —dije y me recompose—. Gracias por la invitación.

Las seguí a las dos por la última parte del mercado, a través de varias calles y callejones. La gente nos miraba fijamente y ahora comprendía el significado de lo que Sarah había dicho sobre los recién llegados.

A Dorothy no parecían importarle mucho las miradas. Saltaba entre Sarah y yo mientras su madre me contaba el nacimiento de Salem.

Finalmente se detuvieron frente a una casa de madera muy pequeña y casi en ruinas. La niña abrió la puerta y se apresuró a entrar. Un calor acogedor me recibió y yo no dudé en seguirla.

El interior de la casa no era mucho más grande que la cabaña de Nathan y estaba amueblada de forma muy sencilla, pero mucho más acogedora. Incluso las blondas y cortinas de ganchillo y bordadas daban a la cabaña un toque femenino.

—Siéntate —me invitó Sarah y me señaló una de las sillas de la mesa de comedor situada en el centro de la gran sala. Dejé la cesta de la compra junto a la puerta y me despojé de mi nueva capa, que coloqué con cuidado encima.

Dorothy ya había empezado a poner la mesa y Sarah estaba calentando leche en una olla

sobre la chimenea. Me pusieron delante una delicada taza pintada con flores sobre un platillo.

—Qué bonito cubierto —le dije a Dorothy, que me sonrió orgullosa. Seguramente se había llevado la vajilla buena.

Sarah puso un plato con trozos de pan sobre la mesa. En cuanto la leche estuvo caliente, la retiró del fuego y vertió la humeante bebida en nuestras tazas. Luego se sentó conmigo.

—Entonces cuéntame, Rose. ¿Cómo llegaste a Salem? —preguntó la anfitriona, empujando el pan hacia mí.

—Me mudé con Cayden, mi marido, a vivir con su tío Nathan Weber. Vive en una casa de campo a las afueras del pueblo —me inventé una respuesta—. Estamos aquí para ayudarle con los campos y más tarde con la cosecha.

—Conozco a Nathan. Un hombre tranquilo y bastante retraído —le describió Sarah y, por fortuna, no volvió a su pregunta inicial sobre mis orígenes—. Entonces ya tendrás mucho trabajo que hacer.

—Sí, así es. —El olor de la leche golpeó mi nariz. Ácida y aromática. Probablemente leche de cabra. Cogí también un trozo de pan.

Sorbí con cuidado la taza. El calor me sentó muy bien y mis mejillas se pusieron muy calientes.

—Por desgracia, no sé cómo es la vida en un pueblo como Salem —mentí y dije la verdad al mismo tiempo que soplabla en mi taza—. ¿Hay cosas que debería saber? ¿Residentes que debería evitar?

—Evitar quizá no sea la palabra adecuada, pero sí, hay habitantes que son menos tolerados que otros, y hay otros de los que no hay que enemistarse.

El rostro de Sarah se puso serio al decir estas palabras y Dorothy, que hasta ese momento había estado jugando con su muñeca, detuvo su movimiento.

—Desde que la hija del reverendo Parris y su prima cayeron enfermas, ha habido rumores sobre brujas trabajando aquí —me susurró Sarah y se inclinó hacia mí—. Así que tú, como recién llegada, debes tener mucho cuidado. Evita a Bridget Bishop a toda costa. Fue acusada de brujería hace doce años. También se ha casado por tercera vez. Dos veces fue viuda. Luego está Elizabeth Johnson. He oído que hay algo mal en su cabeza. Será mejor que no te vean con ellas.

Sorprendida por los detalles y por su confianza en mí, me quedé mirando a Sarah. ¿Me estaba confiando todo esto porque pensaba que estaba embarazada como ella?

—No me malinterpretes. No tengo nada en contra de las mujeres. Pero en tiempos como estos, tienes que establecer tus prioridades y deben ser tu propia vida y la de tus seres queridos. —Su mirada revoloteó un instante hacia mi estómago—. Hay que tener especial cuidado con el reverendo Parris y todos los miembros de la familia Putnam. Las conexiones políticas dentro de la ciudad hacen que el comportamiento partidista sea peligroso. Será mejor que te mantengas alejada de ellos. —Sarah me dirigió una mirada penetrante y yo asentí.

—Pero basta de hablar de los habitantes de la ciudad. Dime, ¿dónde compraste tu hermosa capa?

CAPÍTULO 16



CADE

POR SUPUESTO, no se me había pasado por alto que Raven se puso en marcha hacia el pueblo en algún momento con una cesta en el brazo. La había observado marcharse, indeciso. ¿Debía seguirla? ¿Vigilarla?

Sabía que me arrancaría la cabeza si me pillaba haciéndolo, así que decidí dejarla ir sola.

Cuando pasó la primera hora y ella aún no volvía, me comencé a inquietar. Después de la segunda hora me comenzó a costar concentrarme en mi trabajo y a la tercera ya había recorrido la primera parte del camino hasta Salem Village cuatro veces y me regresado cada vez.

Mientras tanto, me arrepentía de no haberla seguido desde el principio. En mi imaginación, ya podía verla tendida en algún lugar del bosque. Mentalmente atrapada por la diosa. Mi preocupación por ella crecía a cada minuto.

Me abrí paso por el suelo helado del campo como un poseso, con la esperanza de encontrar alguna distracción.

De pronto, pude percibir a Raven antes de verla. El alivio me inundó y los latidos de mi corazón por fin se calmaron. Estaba bien. ¿Cómo lo sabía? No lo sabía. Era solo una sensación que me daba esa certeza.

Cuando la vi, tuve que sonreír. Raven llevaba una capa de lana morada en lugar de la chaqueta de Nathan, que le quedaba demasiado grande.

Era obvio que se iría de compras por Salem Village a la primera oportunidad. No importaba la época ni el mundo, Raven siempre era la misma en este aspecto. Siempre le habían encantado los mercados de Brysalia, y no había habido una sola visita en la que no hubiera comprado algo. Incluso cuando no tenía con qué pagar. Siempre encontraba la manera de convencer a los vendedores. A menudo se las apañaba haciendo pequeños trabajos para los dueños de los puestos por el artículo que quería. Aunque sus padres eran increíblemente ricos y que ella podría pagarlos con el dinero de la familia, muchas veces, prefería hacerlo por su cuenta. Independientemente de sus padres. Siempre había admirado eso de ella.

—¿También has comprado comida? —le preguntó burlonamente. No respondió. Solo cuando se acercó me fijé en sus ojos enrojecidos, cuyas últimas lágrimas estaban llenas de una profunda tristeza.

De inmediato lo dejé todo para correr hacia ella.

—Raven, ¿está todo bien? ¿Qué ha pasado?

Nuevas lágrimas corrieron por sus mejillas y el labio inferior le temblaba con brusquedad.

—Fue tan horrible, Cade —sollozó y automáticamente la tomé en mis brazos. Ella lo permitió sin oponer resistencia y la abracé contra mí.

—¿Qué pasó? —le susurré al oído. Estaba confusa angustiada. No había otra forma de explicar esta suavidad, este abrazo.

—He conocido a dos de las futuras víctimas de los juicios de brujas —susurró contra mi camisa—. Dorothy es solo una niña. Solo tiene cuatro o cinco años y su madre, Sarah, está embarazada. Sé que están...

De repente, sentí su cuerpo tan suave y frágil al estremecerse contra el mío. Acaricié con suavidad el pelo de Raven.

—¡Las ahorcarán y no podré salvarlas! —Pura desesperación hizo brotar las palabras, así como el torrente de lágrimas acompañado de sollozos quejumbrosos.

Se aferró a mi camisa mientras se dejaba caer en mis brazos, sin ocultar ya su vulnerabilidad y dejándose consolar por mí. Adiviné lo terrible que debió de ser para ella encontrarse con aquella madre y su hija sin poder evitar su cruel destino. Desesperanza e impotencia ante una injusticia que desafiaba toda razón y bondad.

Gente inocente a merced de una jurisdicción que ya no tenía nada en común con la ley o la justicia. Y todo por una superstición basada en viejas tradiciones sobre nuestro pueblo, que antaño había vivido en paz entre la gente. Tradiciones erróneas que se utilizarían para atizar los temores.

Al pensar en esto, surgió en mí una ira, que también se mezcló con la tristeza que Raven llevaba dentro.

Permanecemos en silencio durante mucho tiempo. La abracé y estuve a su lado. Raven lloró y liberó toda su tristeza y desesperación hasta que derramó la última lágrima.

Sin embargo, ni siquiera entonces me soltó, sino que siguió acurrucándose a mi lado. Casi como si yo fuera un amigo y no el enemigo que solía ser a sus ojos.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Ha muerto alguien? —oí que preguntaba la voz grave de Nathan detrás de mí.

Raven se soltó de mi abrazo como si la hubiera picado una tarántula. Rápidamente se limpió de la cara los últimos restos de las lágrimas que había estado llorando con amargura.

—Todavía no —siseó y su mirada podría haber matado. Era la mirada que yo había notado a menudo en sus ojos. En ese momento, parecía como si el fuego y el hielo lucharan por la supremacía en su interior. Era fría por la falta de emoción y ardiente por la rabia al mismo tiempo.

Los ojos de Nathan se entrecerraron y su mirada se posó en la nueva capa de lana de Raven.

—¿De dónde has sacado ese trapo? —gruñó y se puso de pie frente a ella.

—Del mercado —respondió Raven sin pestañear mientras lo miraba con fijeza.

—¿Cómo te las arreglaste para pagar esa cosa?

—Con las monedas de tu bolso. —Le miró desafiante—. Y hasta sobraron monedas —triunfó, mientras un volcán entraba en erupción en el interior de Nathan, que por lo demás siempre parecía tranquilo.

—¡Ese era el último de nuestro dinero, Princesa! —rugió—. El dinero que nos serviría para comprar comida. Para sobrevivir.

Tenía los puños cerrados y pude ver que luchaba por controlarse.

—Pero sin esta capa, no habría entrado en contacto con la gente del pueblo. Evitan a los recién llegados y he oído que te consideran un solitario. Probablemente no podrás conseguir

ninguna información. —Raven dio un paso hacia Nathan—. Así que no me digas que cometí un error comprando esa capa, que de verdad necesito, por cierto.

Sin mirarle de nuevo, corrió junto a él hacia la cabaña.

—¡Y créeme, he tenido un día de mierda! No importa lo que digas, no puedes empeorarlo. Así que ahórrate la energía si tu objetivo es arruinarme el día.

—Pero... —intervino Nathan, pero yo le interrumpí. Raven había tenido un día de mierda y no se merecía una reprimenda así.

—Me voy de caza —dije para distraer al cambiaformas de Raven—. Soy bastante bueno con el arco y las flechas. ¿Tienes uno, Nathan?

Asintió con la cabeza mientras miraba pensativo a Raven, y luego me indicó que le siguiera.

En el establo, Nathan abrió una caja de madera y sacó un arco y un carcaj.

—Estaba tan confusa que se dejó consolar por ti. ¿Qué pasó? —quiso saber mientras me observaba escudriñar el arma.

Suspirando, bajé el arco que tenía en la mano. Nathan parecía haber estudiado la relación entre Raven y yo hasta el último detalle.

—Raven ha conocido a una niña y a su madre embarazada en la ciudad. Ambas serán acusadas de brujería y arrestadas en un futuro próximo. La madre será ahorcada.

Nathan asintió con tristeza. Parecía entender por lo que había pasado Raven.

—Es difícil saber a qué se enfrenta otra persona sin poder advertirle o incluso salvarle. —Parecía que hablaba por experiencia—. Nunca será más fácil. Pero nuestro trabajo no es cambiar la historia y evitar los asesinatos. Nuestra misión es proteger el Grimorio de la diosa y así salvar los mundos. Nunca debemos olvidarlo.

Nathan me entregó las flechas.

—Úsalas con moderación. Son las únicos que me quedan. Ahora voy a hablar con Raven —decidió y poco después desapareció del establo.

Primero practiqué el tiro a un punto fijo en la pared de madera del establo. En cuanto me acostumbré al arco y di en el blanco cinco veces seguidas, salí al bosque.

Cuando volví menos de una hora después con dos conejos muertos para cenar, Nathan y Raven se habían reconciliado por fin.

Él sentado junto al fuego, tallando flechas improvisadas. Raven estaba absorta en el libro de Hekate en la mesa del comedor. Una tetera colgaba sobre el hogar, humeante, y sobre la mesa había rebanadas de pan.

Nathan levantó la vista cuando entré.

—Entonces probablemente hoy tomaremos sopa a la Raven con conejo —bromeó, se levantó, me quitó los animales de las manos y se dirigió al granero para sacrificarlos.

Raven no se había dado cuenta de mi llegada o no quería verme. Al menos seguía mirando las líneas del cuaderno de Hekate cuando me dejé caer en una silla frente a ella.

—¿Has encontrado algo nuevo? —le pregunté para llamar su atención.

—Mhm —murmuró sin levantar la vista.

—¿Ya no me hablas? ¿Es por el abrazo?

Ahora sus ojos se dispararon en mi dirección.

—Fue solo un momento de debilidad —siseó—. ¡No le des importancia!

Levanté las manos para defenderme.

—No te preocupes, no haré eso. Te lo prometo. —Simbólicamente, me puse la mano sobre el corazón y la mirada suspicaz de Raven siguió el movimiento—. Pero desde luego yo no lo llamaría un momento de debilidad, sino de fortaleza —añadí—. Después de todo, es un signo de

fortaleza cuando te preocupas de esa manera por el destino de otro.

Con ojos interrogantes, ladeó la cabeza y me miró en silencio. Luego me acercó el librito de Hekate.

—He encontrado dos pociones que deberíamos usar. Una es la que asegura que un secreto, como nuestra verdadera identidad, no pueda ser revelado. La otra es una poción que fortalece nuestro espíritu y nos protege mejor contra los ataques mentales. Por supuesto, solo si te entrenas mentalmente en consecuencia.

Curioso, me incliné sobre las páginas.

—Puedo preparar el de los secretos esta noche. Para el otro, todavía necesito un ingrediente que Nathan tiene que conseguir. Pero en cuanto lo tengamos, podremos protegernos mejor contra la diosa de nuestras cabezas.

—Entonces no deberíamos perder tiempo y empezar a entrenar hoy mismo —decidí.

Nathan entró por la puerta con un cuenco que contenía la carne de los dos conejos.

—¿De qué entrenamiento estás hablando? —preguntó. Sin esperar respuesta, vertió el contenido del cuenco en el caldero sobre el fuego. Me sonrió satisfecho—. Seguro que esta noche habrá carne para cenar.

—Hablabas de entrenamiento mental para protegernos contra la diosa. Raven encontró una poción que te hace más fuerte, pero también hace falta un entrenamiento especial para volverse mentalmente invulnerable —expliqué, mirando a Raven en busca de aprobación. Ella miró a Nathan y a mí, indecisa.

—Quiero ir a la fiesta del pueblo en Salem Village mañana por la noche —soltó de repente—. Con mi *marido*.

Pronunció la última palabra con dificultad y yo también tuve que tragar saliva.

—Solo para socializar y encontrar el grimorio, por supuesto —añadió con rapidez, evitando mi mirada.

—Yo no sé bailar, así que Cade es en realidad la mejor opción —dijo Nathan, sonriendo mientras se acariciaba la barba.

¿Bailar? ¿Se refería a una de esas fiestas en las que se comía mucho y luego se bailaba hasta más no poder para no tener que hablar con nadie? Espero estar equivocado con esa suposición, porque, ¿cómo iba a conseguir tener a Raven en mis brazos durante toda una noche y dar vueltas por la pista de baile con ella como si nada? Estaríamos demasiado cerca.

CAPÍTULO 17



RAVEN

¿QUÉ ME HABÍA POSEÍDO? ¿Por qué pedí ir a un festival de la ciudad con Cade? Podría haber elegido fácilmente a Nathan, pero no, elegí a mi *marido*.

Se me apretó tanto el estómago al pensarlo que apenas pude darle un bocado a la sopa de horrible sabor con conejo. Por desgracia, ahora dudaba de que fuera capaz de cocinar algo sabroso.

Pero mis habilidades culinarias eran ahora la menor de mis preocupaciones. La fiesta de la ciudad y mi compañía me pesaban en el estómago.

En el fondo, sabía por qué quería ir allí con Cade. Era algo que me carcomía, que arañaba mi odio hacia ese hombre y lo hacía vacilar. Una duda que crecía cuanto más tiempo vivía con él en aquella cabaña.

Antes de que Cade matara a mi hermano, siempre había estado segura de que lo sabía todo sobre él. Podía predecir cómo reaccionaría ante una situación o una palabra. Lo conocía hasta la médula. Mi predicción del día en que mi hermano y él se marcharon y Markael nunca volvió no había indicado un cambio de comportamiento. Ese día, Cade se comportó como siempre: amable, servicial, compasivo. Sin embargo, ahora tenía construido un grueso muro en torno a esas cualidades, sentía que seguía siendo ese hombre para mí.

¿Podría Cade haber asesinado a su mejor amigo? Automáticamente, miré hacia él. Se estaba riendo de un chiste de Nathan. La suavidad apareció en su rostro. La misma que yo conocía tan bien. Cuyas líneas había trazado a menudo con los dedos.

¿Dónde estaba Coletta cuando más la necesitábamos? Desde que llegamos, se había mantenido fuera todo el tiempo. De verdad necesitaba hablar con ella al respecto. Preferiblemente antes de ir a la fiesta con Cade.

—¿No tienes hambre, Raven? —La voz de Cade interrumpió mi hilo de pensamientos. Sonaba suave, sí, de algún modo cariñosa, y la mirada que me dirigió también era de preocupación. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que siempre me había tratado y mirado así, a pesar de mi odio hacia él. Incluso en situaciones en las que se ponía la máscara.

¿Qué me perdí entonces? ¿Por qué me apresuré a creerlo cuando me dijeron que fue Cade quien mató a Markael? ¿Quizá fue un error!

Hacía tiempo que estas preguntas me remordían la conciencia, pero ahora ya no podía ignorarlas. La voz en mi interior se hacía demasiado fuerte. Demasiado insistente.

¿En quién más podía confiar en este asunto? ¿En mi instinto? ¿En mi intuición? ¿En Cade? ¿O Coletta? Nunca me atreví a hablar con Cade sobre los acontecimientos de aquel día. Aunque me doliera, era hora de compensarlo.

—No, en realidad no tengo tanta hambre —respondí a su pregunta.

—Lo comprendo. Pero tienes que mantener las fuerzas. Al menos come unas cucharadas —me pidió. Por lo general, ahora me habría lanzado a su garganta, pero esta vez me limité a asentir y a tomar un poco más de la sopa. Estaba demasiado cansada para volver a meterme con él.

Los ojos de Cade se abrieron con sorpresa y su mirada se deslizó hacia Nathan, que me miró con el ceño fruncido. Sin mediar palabra, los dos hombres intercambiaron miradas y me di cuenta de su preocupación.

—No te preocupes. Un poco de sueño y mañana volveré a ser la de antes —intenté distraerme. Odiaba ser el centro de atención en situaciones como esta. Bailar en una fiesta no me suponía ningún problema. Pero no cuando se trataba de emociones. Y menos con las mías.

—Mejor hablemos de las pociones. —Empujé mi tazón lejos de mí y Nathan lo agarró para comerse mis sobras a un ritmo asombroso.

Cade le miró enfadado.

—¿Qué? —preguntó Nathan—. De todas formas no se lo iba a comer y cambiar de forma requiere mucha energía. No puedo despreciar así una buena sopa.

Cade sacudió la cabeza con un breve suspiro y se volvió hacia mí.

—Dijiste que ya podías preparar la primera poción. ¿Qué necesitas para la segunda? —quiso saber.

—Necesito una belladona. Tengo todos los demás ingredientes. Pero el problema es que esta planta venenosa es en realidad originaria de Europa, el norte de África y Asia. Sin embargo, también puede encontrarse ocasionalmente en América. Esta información estaba en una nota al margen. La única pregunta es si también se aplica a esta región y a esta época. —Esta era nuestra única esperanza de poder protegernos mentalmente de la diosa. ¿Y si no conseguíamos belladona?

—Eso sí que es un problema —coincidió Nathan conmigo mientras se zampaba el último trozo de conejo—. Aún no he visto ninguna belladona mortal en el bosque. Pero mañana me reuniré con un miembro de la tribu indígena Naumkeag. Quizá él pueda ayudarnos. Conocen esta zona mucho mejor que nosotros.

—Mañana puede ser tarde, pero es mejor que nada —intenté ocultar mi preocupación. Cada hora sin protección mental era una de más. Y estaba temiendo la noche. No quería caer en otra pesadilla como aquella.

—¿Quieres que te ayude a mezclar la poción secreta? —Cade me miró curioso. ¿Realmente quería ayudarme? ¿O era una prueba?

—¡No, chico! Esta noche no tienes tiempo, ¡porque vamos los dos al pub! —Nathan me libró de esta difícil decisión.

—¿No sería mejor que tomaras la poción primero? Con todo ese alcohol, puedes equivocarte por accidente. —Mi sonrisa era imparable. Me encantaría estar allí cuando los dos se fueran a tomar una copa. Sabía por Cade que no aguantaba el alcohol. Al menos no en el pasado.

Pero también me sonrió. Una sonrisa pícaro.

—¡No te preocupes, pequeña! Va a costar que el alcohol me haga cosquillas.

—Sigues sin poder competir conmigo —le reté. Un brillo apareció en sus ojos.

—¡No estés tan segura! Eso es lo que pensaste cuando quise llevarte de tu ático a Brysalia. Y mira dónde estás ahora —se burló mientras se acercaba un poco más. El aire entre nosotros era

eléctrico. Crepitaba y yo sentía la misma energía corriendo por mis venas.

—Basta ya, tortolitos —nos interrumpió Nathan con una risita oscura y tiró a Cade de la silla por el brazo. Le apretó con decisión la chaqueta en la mano—. Vamos, antes de que prendan fuego a mi cabaña.

El cambiaformas empujó a Cade delante de él, hacia la puerta. En el último momento antes de que la puerta se cerrara, mi pretendido marido me devolvió la mirada. Tenía la mirada abierta, sin máscaras que la cubrieran, y había un brillo en sus ojos que yo solo conocía de nuestro tiempo juntos en Brysalia. Estaba feliz.

¿Fue esa la misma energía que yo transmitía mientras nos burlábamos el uno del otro? ¿Felicidad? ¿Realmente recordaba cómo se sentía?

Perdida en mis pensamientos, aparté los platos, me lavé, ordené y luego reuní los ingredientes para la poción. A decir verdad, me habría sentido mucho mejor si esos dos hubieran tomado la poción antes de irse a la posada.

«¿Qué te pasa?». De repente oí la voz de Coletta en mi cabeza. «¡Estás pensando mucho!».

Mi amiga salió de uno de los rincones oscuros del otro lado de la habitación y corrió directo a su cuenco junto a la chimenea. Lo olfateó una vez con cuidado y luego lo apartó con la nariz arrugada.

—Esta vez es hasta con carne. Cade ha matado dos conejos —expliqué en voz alta. De alguna manera no me gustaba comunicarme por telepatía y evitaba responder con mis pensamientos siempre que era posible. Sobre todo, cuando estábamos solas. Como ahora.

«Para tu desgracia, ni siquiera los conejos pudieron mejorar tus habilidades culinarias».

Ignorando esta alusión a mi fracaso, clasifiqué las hierbas en el orden en que había que añadirlas según el libro.

—¿De dónde vienes en realidad? ¿Has estado aquí en la cabaña todo este tiempo? —quise saber.

«No, acabo de llegar a casa. Me la he pasado en el bosque».

Miré asombrada en la dirección por la que acababa de venir. ¿Había una pequeña entrada por la que Coletta pudo entrar en la cabaña? Probablemente.

«¿Qué haces?». Mi amiga saltó sobre la mesa del comedor y derribó una de las botellitas que me había regalado Hekate. Por suerte la tapa estaba bien cerrada.

—¡Cuidado, Coletta! Son valiosas —expliqué, volviendo a poner la botella en posición vertical e intentando mantener la paciencia. Últimamente, tocaba fondo con demasiada rapidez y demasiada frecuencia. No lo sabía.

—Estoy haciendo una poción para ayudarnos a proteger mejor nuestros secretos. Esta mañana, en la ciudad, me presenté a una mujer y casi dije mi verdadero nombre. Para evitar que algo así vuelva a ocurrir, estoy preparando esta otra. Dura unos dos días, y para entonces ya me habré acostumbrado al nuevo nombre.

«Pero eso significa que no puedes divulgar ninguno de tus secretos durante este tiempo, ¿verdad?», preguntó Coletta, mirándome fijamente con sus ojos azules y blancos.

—¿Adónde quieres llegar? —pregunté con suspicacia, cruzando los brazos delante del pecho.

«Bueno», mi amiga hizo una pausa mientras empujaba un copo de polvo con la pata. «Veo la forma en que miras a Cade».

—¿Cómo miro a Cade? —repetí la pregunta—. ¿Cómo crees que lo miro?

«Como alguien a quien de verdad quieres follar».

—¿Qué? —exclamé indignada, reprimiendo al mismo tiempo el calor que subía a mis mejillas. Coletta no estaba del todo equivocada, pero por supuesto no se lo diría.

—Sabes exactamente cuánto lo odio. Incluso si fuera el último hombre...

«Nunca lo dejarías entrar en tu cama. Bla, bla, bla. He oído esas palabras antes, pero dudo que sigan siendo válidas», continuó Coletta.

—Mientras sea el asesino de mi hermano, mi odio será tan grande que preferiré matarlo a follármelo —dijo con firmeza, las palabras sabiéndome a aceite caliente en la lengua—. Él es quien asesinó a Markael, ¿no?

Coletta me miró y sus ojos se convirtieron en pequeñas y estrechas rendijas que me fulminaban con la mirada.

«¡Asesinó a Markael! Ni siquiera su comportamiento de príncipe azul cambia eso».

¿Tenía razón Coletta? ¿Me dejé arrullar por Cade?

—Lo sé —intenté tranquilizarla de nuevo—. Tienes que entender mi inseguridad. Perdí a las dos personas más importantes de mi vida en un día.

«No pasa nada».

Era mejor no discutir el asunto de Cade con Coletta. Pero ¿en quién debía confiar entonces? ¿Quizás la única opción era hablar con Cade? Él podría contarme cómo murió mi hermano. Y qué papel había jugado él en ello. ¿Sería capaz de soportar escuchar de él cómo lo asesinó? Probablemente no.

«Y, por cierto, no hay nada malo en ceder a tus impulsos. Si quieres tirártelo, hazlo. Siempre puedes matarlo después».

Una vez hecho esto, Coletta desapareció junto a la chimenea, donde se acurrucó y se durmió.

Más pensativa que antes, me puse manos a la obra para ultimar la poción. Sin embargo, una pregunta seguía rondando mi mente. ¿Sería capaz de hablar con Cade sobre lo que había sucedido? Después de todo, estaba ocultando mis verdaderas dudas a todo el mundo. Y los secretos seguirían siéndolo al menos durante los próximos dos días.

CAPÍTULO 18



CADE

TAMBALEÁNDOME, entré en la cabaña unas horas más tarde. Nathan había cambiado directamente a su forma de lobo y vagaba por el bosque. Cerré la puerta de la forma más silenciosa posible y me acerqué a la mesa del comedor con sigilo.

No debería haberme dejado llevar tanto por Nathan y los demás hombres de la taberna Beadle. Quién iba a decir que eran unos borrachos empedernidos. Además, mis pensamientos habían estado toda la noche en la mujer que reconocí por su respiración regular en nuestra cama. *Nuestra cama*. Aquello sonaba tan tentador a mis oídos que tuve que tragar saliva y sentí mi miembro presionando contra mis pantalones. Raven me estaba volviendo loco. *¡Maldita sea!*

Primero me quité los zapatos, la chaqueta y luego los pantalones para poder meterme bajo la manta con Raven llevando solo la camisa. Su suave cuerpo estaba agradablemente caliente y la almohada olía a su aroma floral. Cada vez que pasaba junto a mí, podía olerlo y me sorprendía que no perdiera aquel seductor aroma a pesar de la prescrita falta de higiene personal de Nathan.

Con cuidado, me acerqué un poco más a ella. Simplemente tenía que sentirla, de lo contrario me pasaría la noche en vela pensando en lo mucho que deseaba tocarla, acariciarla y besarla. Ella nunca me lo permitiría y, sin embargo, rondaba mis pensamientos día y noche, alimentando mis anhelos.

En el mismo momento, Raven se movió. Yo permanecí inmóvil. ¿Me había sentido? Un suave gemido salió de su garganta y me hizo estremecer de placer. Quería ser el motivo de sus gemidos. De éxtasis, de lujuria.

Se volvió hacia mí. Su pierna desnuda se posó entre las mías y su brazo sobre mi pecho. Ahora su olor era aún más intenso que antes. Y no solo el floral, no, otro que despertó el animal que hay en mí. Procedía de su mano derecha, que ahora estaba sobre mi pecho, justo debajo de mi nariz.

¿Había pensado en mí antes de dormirse y satisfecho ella misma su lujuria? ¿O era el recuerdo del tipo de Nueva York cuya camisa llevaba puesta cuando la llevé a Brysalia lo que la había mantenido despierta? Se me escapó un gruñido bajo al pensarlo, y el olor de su dulzura, que había probado en mi lengua no hacía mucho, no calmó mi posesividad.

Ahora la deseaba aún más. No, *desear* no era la palabra correcta. La necesitaba.

Ella se movió de nuevo, frotó su pierna contra la mía y rozó mi miembro ya rígido. Ahora fui yo quien dejó escapar un suave gemido. Raven se acercó aún más a mí, apoyó la cabeza en mi

pecho y acurrucó el resto de su cuerpo contra el mío. Era casi como si ronroneara como un gatito.

Contuve la respiración y cerré los ojos. *Cuenta hasta diez muy despacio*, me ordené. Pero por mucho que lo intentara, no podía ignorar aquel cuerpo divino encima del mío. Lo peor de la situación era que no sabía cuánto tiempo más podría controlarme. Cuando se trataba de Raven, toda razón se apagaba para mí. Tener que vivir sin ella durante el último siglo había sido una tortura. Era como si me hubieran arrebatado una parte de mí mismo.

No importaba a cuántas mujeres dejé entrar en mi cama, no pude olvidarla. No podía. Pero sabía que en este estado y con este nivel de alcohol, solo podía cometer errores. Errores de los que me arrepentiría amargamente al día siguiente y que alejarían aún más a Raven de mí. Sería más seguro dormir en el suelo frente a la chimenea.

Con mucho cuidado, levanté su brazo, que yacía sobre mi pecho, y lo coloqué encima de ella. Luego me empujé lentamente fuera de la cama, con cuidado de no tocarle demasiado la pierna.

—¿Qué haces? —susurró su voz soñolienta cerca de mi oído.

¡Mierda! ¡La he despertado!

—Erm... Yo... —tartamudeé con torpeza.

Una suave risita me hizo cosquillas en la mejilla.

—¡Estás borracho! El gran Cade Storm, conquistador de las pintas en el mundo humano, ¡ha perdido la batalla contra un ron ordinario!

—Bueno, uno es poco. Adelante, añade un cero —la corregí, ligeramente ofendido en mi honor.

—¡Nunca has tomado diez rones! —Me llamó mentiroso.

—Sí, por desgracia —admití mansamente. Había sido una auténtica estupidez. Por suerte, los brisalianos aguantaban el alcohol mejor que los humanos. Pero, aún así, ese tipo en el pub se las arregló para hacerme beber hasta las trancas. Incluso Nathan se había detenido en el octavo ron. El gigante podría haberse bebido otras ocho jarras sin pestañear.

—¿Y ahora te escapas de la cama porque tienes que vomitar?

—¡No! —exclamé, en verdad molesto—. ¡Claro que no! Al fin y al cabo, no estoy tan borracho.

—¿Y qué haces entonces? —preguntó con obstinación.

—Quería beber un poco de agua —mentí. Odiaba esta situación.

—¿Quieres decir que querías escabullirte de la cabaña en mitad de la noche para tambalearte hasta el arroyo en la oscuridad para coger agua?

Vale, eso ha sonado absurdo incluso para mis oídos.

—No, tienes razón. No es buena idea. —Rápidamente me tumbé de nuevo, colocándome en el borde exterior de la cama. Esto significaba que ya no estaba bajo las sábanas, pero no me importaba mucho. Un pequeño movimiento bastaría para que me cayera de la cama y aterrizara en el suelo.

—Que duermas bien —dije de corrido y cerré los ojos de forma demostrativa. En cuanto volviera a dormirse, me escabulliría de la cama.

La oí crujir a mi lado. Entonces sentí su calor acercándose a mí. Al momento siguiente, extendió la manta sobre mí y se acurrucó a mi lado.

Adiós a la posibilidad de escapar. Así que eso significaba otra noche sin dormir. Esta era solo nuestra segunda noche en Salem. No sería capaz de soportar otras cinco noches sin dormir.

Sin embargo, me quedé inmóvil junto a Raven. Escuché su respiración cada vez más regular, sentí cada uno de sus movimientos e inhalé su aroma.

No llevábamos mucho tiempo tumbados cuando de repente se inquietó. Al principio solo eran pequeños movimientos, pero luego empezó a gemir y cuando vi que le salía sangre de las muñecas, incluso a la tenue luz de nuestra cama, me di cuenta de que algo iba mal.

—¡Raven! —grité tan fuerte como pude. Salté y la sacudí. Pero en lugar de despertarse, gritó. Pánico y dolor se mezclaban en su voz. El sonido hizo que mi corazón diera un vuelco. ¿Qué estaba pasando? ¿Era otro sueño?

—¡Raven! —grité de nuevo y la sacudí aún más fuerte—. ¡Despierta, pequeña!

—¿Qué pasa con ella? —Oí la voz de Nathan detrás de mí. Al parecer me había olvidado de cerrar la puerta—. Te oí gritar y a ella chillar, así que vine corriendo.

—Raven está atrapada en su sueño otra vez. Con la diosa, creo. —El pánico surgió dentro de mí. Pero tenía que mantener la calma, era la única manera de ayudarla.

—¡Raven! —gritó Nathan, corriendo hacia ella y sacudiéndola también. Pero tampoco consiguió despertarla. Al momento siguiente se giró y le dio una sonora bofetada en la cara. Antes de que pudiera volver a tocarla, lo agarré por el cuello y lo empujé contra la pared más cercana. *A mi niña no le pega nadie.*

—¡No vuelvas a hacer eso! ¿Entiendes? —le gruñí y sentí que mi magia hormigueaba peligrosamente bajo mi piel.

Nathan levantó las manos a la defensiva.

—Tranquilo, hijo. Solo quiero ayudarla. Igual que tú.

Suspirando, le solté. Tenía razón. En la cama, Raven seguía dando vueltas de dolor.

—¿Qué podemos hacer? —Me pasé la mano por el pelo, desesperado. Los gemidos y gritos de Raven me llegaron al alma.

—En cualquier caso, tenemos que encontrar una manera de sacarla de allí. ¿Dónde está Coletta? Ella podría ser capaz de llegar a ella mentalmente.

Era una buena idea. Por desgracia, solo había visto a la gata muy pocas veces durante los dos últimos días. Corrimos rápidamente por la cabaña y miramos debajo de todos los muebles en busca del animal. Pero fue en vano.

—Veré si puedo localizarlos en algún lugar cercano —dijo Nathan y al momento siguiente desapareció por la puerta hacia la oscuridad en su forma de lobo.

¿Qué se suponía que debía hacer mientras tanto? Simplemente no podía quedarme de brazos cruzados y ver sufrir a Raven.

¡El libro! El pequeño libro de Hekate que Raven siempre estaba leyendo. Tal vez encontraría algo allí que nos ayudaría.

Lo encontré en la mesa del comedor junto a un frasco que contenía un líquido verdoso. Así que Raven ya había preparado la poción para guardar secretos.

Hojeé las páginas, buscando algún hechizo que pudiera despertar de nuevo a Raven.

De repente descubrí un titular que me hizo reflexionar. *La cinta del sueño.*

Hojeé las instrucciones con rapidez. Era un hechizo que permitía a dos personas soñar el mismo sueño. Para ello, había que envolver las manos de ambos soñadores con una hebra de sauce llorón espolvoreada con salbimiana. Salbimiana sonaba a algo que no existía en el mundo humano, así que rebusqué en los pequeños frascos que también habíamos recibido de Hekate. Uno de ellos llevaba la etiqueta Salbimiana.

Golpeando y sin aliento, Nathan entró por la puerta.

—¡El puto animal no está por ninguna parte!

—He descubierto otra posibilidad. Pero para eso necesito la rama de un sauce llorón. ¿Crece algo así por aquí? —Levanté el folleto de forma demostrativa.

—Eso no es problema. Tenemos un pasto justo al lado del arroyo. Ahora vuelvo.
Poco después apareció con una larga rama de sauce.

—¿Qué es exactamente esto que has encontrado? —preguntó con curiosidad mientras me entregaba las ramitas. Con cuidado, para no usar demasiado de la posible preciosa salbimiana, froté el sauce con la esencia de Brysalia. Mientras tanto, Nathan leía las instrucciones.

—Bien, tumbate en la cama y te envolveré las manos con él.

Solo con gran dificultad Nathan pudo mantener a Raven lo bastante quieta para que la cuerda de sauce funcionara y ambos acabamos tumbados en la cama atados juntos.

—Ahora solo tienes que dormir y pensar en ella mientras te duermes —dijo Nathan echando una última mirada al libro.

Lo segundo era fácil, porque lo había estado haciendo todo el tiempo desde que la había vuelto a ver en Nueva York. Pero lo primero era más difícil. Dormir. ¿Cómo iba a dormirme pensando en ella y oyendo sus gemidos de dolor a mi lado?

Tenía que hacerlo. Era nuestra única esperanza.

Así que cerré los ojos e intenté concentrarme en los latidos de mi propio corazón. Cuando eso no funcionó, me concentré en mi respiración.

Una exhalación molesta de Nathan me obligó a empezar de nuevo. Pero, horas después, seguía sin dormirme y la inquietud de Nathan no mejoraba la situación.

—Deja de mirarme todo el rato. No puedo dormirme así —refunfuñé sin abrir los ojos.

—¡Lo siento, chico, pero esta es la única manera!

Al momento siguiente sentí un dolor agudo en la sien y la oscuridad arrulladora de la inconsciencia me arrastró con ella.

CAPÍTULO 19



*R*AVEN

UNA VEZ MÁS, me encontré en el sueño de la cueva. El grimorio yacía abierto frente a mí. Esta vez había una página abierta, en la que se explicaba con todo detalle otro hechizo. Uno que tomaba el alma de una criatura y la convertía en un monstruo asesino. Se convertían en sombras de sí mismos.

—Vamos a intentar un enfoque diferente hoy. Intentar darte algo, como a tu hermano muerto, desgraciadamente no ha llevado a ninguna parte —siseó la misma voz que había oído anoche—. Hoy se trata de lo que te quitaré si no cooperas.

Sus palabras me produjeron un escalofrío. ¿Qué o a quién podría querer quitarme? ¿A Coletta?

Las cadenas de sombra que me rodeaban las muñecas, los tobillos y el cuello se tensaron y jadeé. Había intentado usar mi magia varias veces, pero algo la reprimía.

—No importa lo que digas, no te ayudaré. No hay nada ni nadie que me puedas quitar.

—¡Estás mintiendo! —gritó histérica la voz—. ¿O es que no sabes decir la verdad? Porque yo lo sé muy bien —susurró ahora, casi con regocijo. Casi como si estuviera contenta de haber resuelto un enigma.

—¡No! No puedes chantajearme. Nunca —gemí, ya debilitada por la corriente.

—Cade. Él es tu punto débil. Y así es como finalmente podré convencerte de que cooperes. —Una risa cruel resonó en las paredes de la cueva—. Mira la página abierta del grimorio que tienes delante. Esto es a lo que se enfrentará tu gran amor si vuelves a negarte a ayudar. ¿Quieres que se convierta en un cascarón sin alma? ¿Incapaz de corresponder a tu amor?

—No le quiero —sollocé. Pero ¿por qué me asusté al oír sus palabras? El corazón se me aceleró y en mi mente veía sufrir a Cade. Me desgarró y sentí su dolor como si fuera mío. Me temblaba todo el cuerpo.

—Niña, ¿veo una lágrima? —susurró de pronto la persona invisible junto a mi oreja derecha. Una brisa helada acompañó sus palabras y me dejó la piel de gallina.

Sí, lloraba, pero ya no sabía por qué. ¿Lloraba por el dolor que me causaban las cadenas de sombra? ¿Lloraba por mí misma? ¿O tal vez por Cade? En realidad, no importaba, porque a pesar de las lágrimas, no iba a dejar que este monstruo invisible ganara.

—¡Vete a la mierda! —siseé entre dientes apretados y fui inmediatamente castigada por este arrebató. Las cadenas se apretaron aún más alrededor de mi cuerpo. Sentí que la sangre

caliente me corría por los brazos y los pies. La imagen ante mis ojos se desdibujó y deseé la inconsciencia de la que ya estaba a punto. Justo antes de perder el conocimiento, el agarre alrededor de mi cuello se aflojó. Lo suficiente para permitir que el aire volviera a mis doloridos pulmones. Cada respiración me quemaba.

—¿Qué clase de palabras son esas? ¡Eso no es propio de una dama! ¿Quién te ha enseñado algo así?

—¡Yo! —De repente oí la arrogante voz de Cade justo detrás de mí.

Esto solo podía ser una alucinación. Mi mente me estaba jugando una mala pasada. ¿O era un hechizo de esta diosa que solo quería atormentarme aún más?

—Oh, mira eso. Ahí está, el príncipe del caballo blanco. —El sonido de su voz era de sorpresa y fastidio al mismo tiempo. O era muy buena actriz o podía suponer que no era un hechizo de la diosa lo que había traído a Cade a mi sueño. Las lágrimas corrieron libremente por mis mejillas de felicidad. Cade estaba aquí. Había venido a salvarme.

—Cade —susurré, pero no obtuve respuesta.

—Aunque —dijo la voz pensativa—. Quizá debería decir: el príncipe del caballo negro. Es más apropiado para un mercenario.

—No estoy aquí para salvarla. Ese no es mi estilo —respondió Cade con frialdad—. La chica no significa nada para mí. Ella era solo un medio para un fin para que yo pudiera llegar a ti. Haz lo que quieras con ella. Nadie la echará de menos. Sí, soy un mercenario y ella no significa nada para mí.

¿Qué, le había escuchado mal? ¿Confíé en él una vez y lo usó para decepcionarme de nuevo? Seguía siendo un imbécil arrogante y nunca cambiaría. ¿Cómo pude dudar de su culpabilidad por la muerte de mi hermano? Realmente era la niña pequeña que la diosa me había etiquetado de ser. La ira surgió en mi interior y eclipsó cualquier dolor físico que me hubiera paralizado.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —preguntó la voz.

—Estoy aquí para negociar contigo. —Los pasos de Cade se acercaron. Pero todavía no podía verlo porque estaba de pie detrás de mí.

—Pero yo no negocio. No es mi estilo.

—Necesitas a alguien que te guíe hasta el grimorio, ¿no? Si Raven puede hacerlo, yo también —espetó.

—Es posible, porque parece que están conectados mentalmente, de lo contrario no podrías estar aquí en su sueño.

¿Mentalmente conectados entre nosotros? Lo sabría si fuera posible. Sin embargo, este idiota se había metido en mi sueño, realmente no podía tener nada que ver con cualquier conexión de mi parte.

—Pero exijo algo por mis servicios. —¿Qué estaba haciendo Cade? ¿Había perdido el juicio para intentar negociar un trato con una diosa?

—Me estás dando curiosidad, chico —susurró la voz detrás de mí. Al parecer ahora estaba justo delante de Cade—. ¿Qué quieres?

—¡Poder! ¡Quiero poder!

—¿Poder? —La voz se rio—. ¿Qué es el poder a tus ojos, muchachito?

—Tú eres el poder. A cambio, quiero habilidades que tú también posees.

Volví a oír los pasos de Cade.

—Eres una diosa y, mirando a tu alrededor, sin duda eres muy poderosa. Si yo pudiera hacer solo una parte de lo que tú puedes hacer, me daría por satisfecho. —Mientras hablaba,

siguió caminando y se detuvo justo detrás de mí. Podía sentir el calor de su cuerpo a mi espalda. Si las cadenas se soltaran un poco más, podría dejarle un agradecimiento por no salvarme en forma de golpe en la cabeza.

—¿Sabes realmente quién tienes delante? —gruñó la diosa. Al parecer, no le gustaba que la gente no estuviera lo suficiente informada sobre sus poderes.

—No, no lo sé. No te ofendas, pero eres invisible y tampoco te has presentado —continuó haciendo la pelota el idiota de Cade. Sus palabras me dieron náuseas. Me sorprendió que no se atragantara con ellas.

—¡Soy la diosa del caos! ¡Eris!

—¡Gracias! Es todo lo que quería saber. —Cade rio un momento y al siguiente toda la cueva ardía a nuestro alrededor. La diosa gritó y chilló, pero no pudo escapar del fuego mágico que Cade había prendido. Las cadenas de sombras se soltaron y Cade me atrapó en el instante. Por suerte, porque yo no podía mantenerme en pie.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó con sorprendente ternura. ¿Fue solo una treta?

Sus ojos turquesa mostraban preocupación mientras me levantaba.

—He estado mejor —grazné, con las cuerdas vocales dañadas por el constante ahogo de las cadenas—. Por suerte, hubo un príncipe arrogante que me salvó a su manera.

—Bueno, este príncipe no puede atenerse a las reglas. Ni siquiera cuando se trata de un rescate —bromeó mientras miraba a su alrededor—. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—La última vez, me desperté cuando usé mi magia. Pero de alguna manera está bloqueada esta vez. —Le escruté. Realmente era él. Todavía no podía creer que estuviera aquí—. ¿Cómo te metiste en mi sueño?

—Una de las recetas del librito. —Cade sonrió con picardía—. Mezclada con un fuerte puñetazo por parte de Nathan.

—¿Qué?

—Te lo explicaré cuando estemos despiertos de nuevo. Por ahora, tenemos que concentrarnos en salir de aquí. —Volvió a mirar a su alrededor, pensativo.

Mis ojos se posaron en el libro.

—¿Deberíamos llevarlo con nosotros?

—No, parece estar a salvo de ella aquí. Después de todo, ella te necesita, o tal vez a mí, para llegar a ella. Mejor lo dejamos aquí. Mis llamas no podrán destruirlo.

—Sí, tienes razón —coincidí con él.

—Quizá haya que intentar pensar en la cabaña para salir del sueño —sugirió—. Cierra los ojos y visualízala muy claramente.

Hice lo que dijo y visualicé la cabaña, la chimenea, la mesa del comedor, el establo y los campos, pero no ocurrió nada.

—No funciona —suspiré.

—No, para mí tampoco. —Cade me miró inseguro—. Tal vez tengamos que pensar en algo con lo que tengamos un vínculo emocional. Como Nathan o Coletta.

—Vamos a intentarlo. —Pero por mucho que me concentré primero en Coletta y luego en Nathan, no me desperté. Cuando volví a abrir los ojos, vi una cara divertida.

—Te ves guapa intentando concentrarte —se burló de mí—. Obviamente a ninguno nos funcionó.

—¿En qué pensabas cuando entraste en mi sueño? —le pregunté. Quizá pudiéramos utilizar el mismo método.

—Eh... no me acuerdo —respondió con demasiada rapidez, rompiendo el contacto visual.

—¿Sabes que puedo saber cuando estás mintiendo? Siempre he podido hacerlo. Incluso cuando intentaste hacerme creer que no te habías tomado la última galleta de chocolate. Eso fue muy fácil, por cierto, porque el chocolate estaba por toda tu cara. —No pude evitar reírme al recordar cómo de niños robábamos con mi hermano las galletas recién horneadas de nuestro vecino.

Le miré exageradamente seria.

—Hablemos de ello. ¿En qué estabas pensando? ¿Unicornios voladores, el momento más feliz de tu vida, donuts rosas azucarados?

—A ti —susurró y había una vulnerabilidad en su rostro que nunca antes había visto en él.

—¿A mí? —respiré, sin saber cómo sentirme. Por mis venas corrían emociones contradictorias que me hacían sentir enfadada y feliz, triste y alegre, horrorizada y aliviada al mismo tiempo. Pensó en mí.

Avergonzada, me aclaré la garganta. ¿Qué podía decir en respuesta? No había nada que pudiera decir que me pareciera correcto. Había demasiadas preguntas sin respuesta, demasiadas dudas sin respuesta.

—Así que, al parecer, hace falta un ancla fuerte para cambiar de un lado a otro —resumí.

Asintió en silencio. Un ligero rubor brilló en sus mejillas.

—Bien. Como compartimos un pasado, parece que seguimos teniendo una conexión emocional tan fuerte que podemos ser el ancla del otro. —De repente sentí su cuerpo cerca del mío. ¿O me había abrazado más fuerte? Todavía estaba demasiado débil para valerme por mí misma y su calor me daba fuerzas.

—Entonces intentémoslo —sugerí. Mi mirada se cruzó por un momento con la suya y me hundí en el color turquesa de sus ojos. Vi tanta culpa y tristeza en ellos.

Antes de que pudiera hundirme más en lo que encontré en su mirada, cerré mis propios párpados. Pero incluso entonces, seguí viendo sus iris, que me adentraron aún más en su alma. Mi cuerpo se volvió muy ligero y luego se oscureció.

CAPÍTULO 20



CADE

ANTES DE CERRAR LOS OJOS, había estrechado un poco más a Raven contra mí. Sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío, impregnándome de su aroma y viéndola alejarse lentamente de mí mientras se deslizaba hacia la realidad. Una realidad en la que no estábamos tan familiarizados ni éramos tan amigos el uno del otro.

Me costó dejarla marchar, pero antes de que Raven desapareciera por completo, cerré los párpados, pensé en ella y me dejé arrastrar por la vigilia.

En cuanto volví a abrir los ojos, sentí un dolor ardiente en la sien. Me pasé el dedo por el punto sensible antes de recordar lo que acababa de ocurrir.

De inmediato me incorporé y miré a mi alrededor.

—¿Raven? —Volví a entrar en pánico al no encontrarla a mi lado. Su cálido cuerpo, que siempre quería sentir cerca de mí, no estaba.

—Estoy aquí —oí susurrar su voz áspera y débil desde la chimenea. Se sentó envuelta en una manta en la silla frente a las llamas ardientes y de repente me pareció tan condenadamente pequeña.

Aquí, fuera de su sueño, su aspecto era aún peor que en la cueva. Estaba terriblemente pálida, con sangre fresca y seca pegada a los brazos y un pequeño charco formado a sus pies. Tenía el cuello azul y morado. Marcas de estrangulamiento de las cadenas que le habían cortado el aire.

Algo se rompió dentro de mí al verla. Quería desgarrar el mundo entero, quemarlo hasta los cimientos y dejar morir en agonía a todos los que alguna vez habían causado dolor a mi pequeña. El mercenario en mí, mi lado oscuro, se deleitaba con la cantidad de violencia y destrucción que vivía en mi interior.

Pero ahora tenía que recomponerme. Raven me necesitaba, aunque nunca lo admitiera. No tenía que decir nada. Simplemente lo sabía.

Así que me levanté, reprimí la rabia que me atenazaba el corazón y caminé hacia ella. Me arrodillé a su frente y miré las heridas que le habían infligido las cadenas.

Si ayer pensaba que estaba mal, hoy, sin duda, atravesó por un dolor terrible.

—¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo? —Le acaricié con suavidad el brazo, lo que la hizo estremecerse—. Lo siento mucho, Raven. ¿Te he hecho daño?

—No, está bien. —Su cuerpo tembló y tiré de la manta que tenía sobre los hombros para envolverla mejor.

—Sé cuando estás mintiendo. ¿O pensabas que eras la única con esa habilidad?

Me miró pensativa y me di cuenta de que se sentía incómoda con la situación, así que decidí cambiar de tema.

—¿Dónde está Nathan? —pregunté mirando a mi alrededor, pero el cambiaformas no estaba por ninguna parte.

—Está buscando nieve para enfriar las heridas —informó—. ¿Cómo...? —Su voz vaciló y se aclaró la garganta, con el rostro contorsionado por el dolor. Esa diosa del caos lo lamentaría. Me lo juré a mí mismo.

—Necesitas tomarte con calma tu voz. Tus cuerdas vocales probablemente estén un poco dañadas.

—¿Cómo está mi garganta? ¿Mal? —seguía queriendo saber, graznando. ¿Cómo podía responder? Tenía muy mal aspecto y me dolía verla así. Pero no podía decírselo.

—Colorido —intenté, con una sonrisa, en tono jocoso—. Un poco como un arco iris. Solo falta el unicornio galopando por él.

—Pendejo —susurró, pero no pudo evitar sonreír un poco. Al mismo tiempo, la puerta de la cabaña se abrió y Nathan entró con un cubo.

—Oh, la Bella Durmiente también se ha despertado por fin —bromeó cuando me vio junto a Raven—. Creo que a ti también te vendría bien un poco de hielo para la sien. Siento mucho lo del puñetazo, pero sentí que hice lo que se tenía que hacer en ese momento.

—Todo está bien, hombre —le dije—. Yo estoy bien. Tenemos que detener la hemorragia de Raven, eso es lo más importante ahora.

Nathan y yo cubrimos cuidadosamente las heridas de Raven con nieve y luego las envolvimos en paños frescos. Por fortuna, nada de aquello sería visible mañana por la tarde a más tardar.

Con cada roce, Raven se estremecía. No estaba seguro de si era por el dolor o por el tacto en sí. Cuando por fin terminamos, nos sentamos en el suelo junto al fuego.

—¿Qué pasó? —quiso saber Nathan ahora—. Después de que Cade entrara en el sueño, tardaste media eternidad en despertar por fin.

—Ahora sabemos quién es la diosa —informé.

—¿Cómo? —Asombrado, me miró primero a mí y luego a Raven.

—Cade fue más astuto que ella. —¿Era orgullo lo que oía en las palabras de Raven?

—Fingí querer hacer un trato con ella. Conseguirle el grimorio a cambio de un poder igual al suyo. La arrogancia siempre ha sido el punto débil de cualquier dios y ella no era diferente. Por supuesto que quería restregarme en la nariz de qué poder estábamos hablando.

—Esa fue una muy buena jugada. Pero no me tengas más en vilo y dime. ¿Quién es? —preguntó Nathan con impaciencia.

—Es Eris, la diosa del caos.

—Eso explica muchas cosas —suspiró Nathan, con el miedo claramente escrito en sus ojos.

—Nunca he oído hablar de ella —susurró Raven, tratando de mantener la voz baja.

—Es una diosa muy antigua y representa mucho más que el caos. También se la conoce como la diosa de la discordia y la envidia —explicó el cambiaformas.

—¿Cómo consiguió ese título tan elegante? —No conocía a Eris más de lo que conocía a Raven y quería averiguar más cosas sobre nuestra enemiga.

—Por lo general aparece ante ti como una mujer vieja y fea. Pero en cuanto la envidia y el odio se despiertan en quienes la ven, Eris se transforma en su verdadera forma. En una hermosa joven.

—Ahora entiendo por qué necesita el grimorio —interrumpió Raven a Nathan con entusiasmo—. Siempre me ha mostrado páginas del libro que contienen hechizos que podrían convertir este y otros mundos en un lugar de odio y muerte. Si solo hay odio, entonces conservará su belleza y juventud para siempre.

—Sin duda tienes razón en eso. Pero eso también significa que luchará por ello con todas sus fuerzas. Si solo buscara más poder, la consideraría menos peligrosa que ahora, pero aquí estamos hablando de un asunto más personal, de su propio cuerpo. —Nathan miró la sala con preocupación—. Debemos proteger el grimorio a toda costa.

—¿Crees que es buena idea buscarlo? —preguntó Raven con inseguridad, mirando de Nathan a mí—. ¿Qué deberíamos hacer con el libro una vez que lo encontremos? Como dijiste, Cade, ahora mismo está más seguro en esa cueva.

—Sí, por el momento. ¿Pero por cuánto tiempo? Sabe tanto como nosotros sobre la ubicación del grimorio, pero si lo encuentra antes que nosotros, entonces llegaremos demasiado tarde y el mundo nunca volverá a ser el mismo —dije, pasándome una mano por la cara.

—Cade tiene razón. Tenemos que seguir buscando. Lo que hagamos una vez lo encontremos, lo podremos discutir cuando lleguemos a ese momento. —Nathan señaló la mesa del comedor—. ¿Es esa la poción para guardar secretos?

—Sí —confirmó Raven—. Tomé el mío antes de irme a la cama. Lo que queda ahí es para los dos.

Nathan se levantó y vertió el contenido de la petaca en dos tazas, una de las cuales me entregó a mí. Se la bebió de un trago.

De algún modo, no me dio buena espina. Todo mi cuerpo se resistía a beberlo. Pero, ¿por qué? Y de repente lo supe.

—Raven, tomaste esto antes de irte a la cama, ¿verdad? —volví a preguntar.

Asintió y me miró interrogante.

—En tu sueño, dijiste que algo bloqueaba tu magia. ¿Y si no podemos usar nuestra magia después de tomar esta poción porque es algo que tenemos que mantener en secreto en este mundo? —expresé mi preocupación.

Los ojos de Raven se abrieron de par en par y se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—Eso explicaría la ausencia de mi magia, porque incluso ahora no puedo sentirla en ninguna parte de mi interior. —Presa del pánico, miró a Nathan—. ¿Todavía puedes transformarte?

Nathan se arrancó literalmente de las piernas los pantalones que llevaba puestos y al momento siguiente estaba frente a nosotros en su forma de lobo.

—Por suerte —Raven gimió en agonía—. Pero entonces, ¿por qué crees que perdí mi magia?

Nathan se volvió de nuevo.

—No creo que esté bloqueado conmigo, ya que soy un ser de ambos mundos. Soy un protector de la naturaleza, del mundo humano, así como de Brysalia.

—Entonces quizá sea mejor que no tome la poción —decidí y volví a dejar la taza sobre la mesa—. Si nos atacaran mágicamente, nos perjudicaría que solo uno de nosotros pudiera defenderse.

—Sin el príncipe en su caballo negro, yo estaría perdida —se burló Raven con una amplia sonrisa—. Pero bromas aparte. También creo que estarías mejor sin la poción.

—Raven, eso significa que ya no puedes viajar sola. Al menos no hasta que también hayamos asegurado nuestras defensas mentales. Ahora sabemos lo peligrosa que es realmente esta diosa, y nada puede impedir que te ataque mentalmente durante el día.

—¿Cuándo has quedado con el miembro de la tribu Naumkeag? —le pregunté a Nathan.

—Cuando el sol esté en su punto más alto, es decir, al mediodía.

—Entonces esperemos tener una belladona para terminar la otra poción después de eso a más tardar. —Raven se levantó con un gemido, se envolvió en la manta y se tambaleó hasta la mesa del comedor, donde estaba el libro de Hekate. Hojeó las páginas hasta que encontró la receta que buscaba—. La poción debe reposar cuatro horas sin la belladona antes de añadirla a medianoche en punto. Eso podría ser esta misma noche. Antes de que Cade y yo vayamos a la fiesta del pueblo, mezclaré la poción.

—Y me aseguraré de que Cenicienta haya salido del baile a medianoche —solté una risita.

—¿Cómo es que sabes tanto de cuentos de hadas humanos? —preguntó Raven—. ¿Quieres que te rescaten como a una princesa de cuento? —La burla brilló en sus ojos.

Si ella supiera cuánto anhelaba que mi princesa me rescatara por fin. Pero ese era un sueño que nunca se haría realidad. Y yo me lo merecía.

—Eso no es lo mío —dije con una sonrisa forzada—. Soy más bien el lobo que se come a Caperucita Roja. —Di un paso hacia ella y le pasé el dedo por el pelo, que aún me brillaba rojo a pesar del hechizo que había lanzado Hekate. Al menos mi lengua ya sabe que la pequeña tiene un sabor celestial.

En sus ojos entró una oscuridad que reflejaba mi propio deseo.

—De verdad, no sé cuánto tiempo más podré aguantarlos. Dios mío, terminen de una vez. Métense y retuézense en la cama para que por fin podamos seguir adelante con el plan y sin distracciones. —Molesto, Nathan se pasó los dedos por el pelo—. Intuyo que algo ha pasado en el pasado con ustedes dos, pero quizá deberían dejarlo a un lado durante unos minutos, caer el uno sobre el otro y luego volver a estar enfadados el uno con el otro. Pero, al menos, se habrán librado de esa energía exigente. —Miró de Raven a mí—. ¿No es una buena sugerencia?

—¡No! —salió de la boca de Raven y de la mía al mismo tiempo. Claro que la deseaba. De eso no había duda. Pero ella no me deseaba y ni siquiera podía culparla.

CAPÍTULO 21



RAVEN

MIRÉ A CADE, un poco insegura. Su *no* llegó tan rápido, cuando yo había tenido la sensación todo el tiempo de que lo único que quería era llevarme a la cama. Por un lado, me sentí aliviada de haberme equivocado, pero por otro, decepcionada.

¿Significaba esto que también me equivocaba en mis dudas sobre la muerte de mi hermano? ¿Había creído todo el tiempo que podía ver a través de él, ver detrás de sus máscaras, y en realidad ignoraba por completo sus planes y pensamientos?

Era una locura. ¿En quién podía confiar? ¿En quién no? Con cada día que pasaba aquí, los límites de hostilidad entre Cade y yo, antes claros, se volvían cada vez más borrosos.

Le había dicho a Coletta que no le dejaría entrar en mi cama aunque fuera el último hombre. Pero ahora me daba cuenta de que era una gran mentira.

Quería a Cade. Sentir su piel desnuda sobre la mía, saborear su aliento caliente y oírle susurrar mi nombre mientras se corría. Estar cerca de él me hacía sentir como una colegiala. Insegura, vulnerable y descerebradamente excitada por él.

Una mezcla peligrosa cuando se combina con una diosa asesina que te tortura en sueños para someter al mundo.

¡Yupi, los seis de la lotería del drama!

No podía empeorar. Oh no, es verdad, ya había empeorado cuando perdí mi magia.

No pude evitar suspirar y los dos hombres me miraron con preocupación.

—Deberías dormir un poco más, Raven. Necesitas recuperarte de todo este esfuerzo — sugirió Cade, acercándose a mí con la manta que había perdido al levantarme.

Como pude se la quité para mantenerlo a distancia.

—Tal vez tengas razón. Todavía estoy demasiado débil —admití con sinceridad—. Voy a volver a dormir.

En realidad, lo único que quería era dormir. La sola idea de verme arrastrada de nuevo a un sueño me causaba pánico. Estaba tan cansada que se me cerraban los ojos y, al mismo tiempo, la adrenalina producida por el miedo me mantenía despierta. Me pasé la mano por el pelo y noté el sudor en la frente. Mi corazón se aceleró y, de repente, mi cuerpo empezó a temblar tanto que ya no podía mantenerme en pie. *¿Era un ataque de pánico?*, me pregunté mientras mi cuerpo cedía y me desplomaba en el suelo.

En un segundo, Cade estuvo a mi lado, evitando que mi cabeza golpeará la dura arcilla.

—¿Raven? —preguntó preocupado, sosteniendo mi cabeza suavemente entre sus manos—. Mi pequeña, ¿qué te pasa?

Quise contestar, pero no pude. En lugar de eso, apreté los dientes con tanta fuerza que el castañeteo resonó en mis oídos.

Por el rabillo del ojo, vi una niebla negra que se acercaba a mí. Llena de miedo, miré en esa dirección, pero no había nada. ¿Qué me pasaba?

—Está teniendo un ataque de pánico. Debería haberlo sabido. Estaba demasiado tranquila para alguien que acaba de presenciar algo tan terrible. Nunca olvidas la tortura por el resto de tu vida —le gritó Nathan a Cade mientras sumergía un paño en el cubo de nieve ahora derretida—. Ahora asocia la idea de dormir con la tortura que experimentó. Tiene miedo de dormirse.

—¿Cómo podemos quitárselo? —quiso saber Cade. Parecía un poco asustado, ¿o me lo estaba imaginando?

—Necesita seguridad y un lugar seguro —explicó el metamorfo mientras me frotaba la frente con el paño frío.

—¿Dónde está la hebra de sauce? —preguntó Cade—. Tengo una idea.

Mi cuerpo seguía temblando y cada vez podía concentrar menos mis sentidos en lo que ocurría a mi alrededor. Los pensamientos se arremolinaban en mi cabeza, mezclándose con imágenes de cadenas de sombras negras, sangre y una mujer vieja y fea que de repente se volvía aterradoramente hermosa en medio de la creciente oscuridad.

—¡Raven! —escuché amortiguado desde lejos—. ¡Confía en mí! ¡Te ayudaré!

¿Qué estaba tramando Cade? Me pareció sentir que me levantaban y me colocaban en la cama. Entonces algo me rodeó la mano. Los dedos de Cade se entrelazaron con los míos y me resultó tan familiar. Familiar y bueno.

—Cierra los ojos, mi pequeña. Ven conmigo y piensa en mí. Te llevaré a tu lugar seguro —me susurró su voz al oído. El lugar al que se refería ya no existía. Sin embargo, hice lo que me dijo y, en cuanto cerré los ojos, mis párpados se volvieron muy pesados y el sueño se apoderó de mí.

Quería gritar, arremeter, hacer cualquier cosa para no volver a caer en mi sueño, donde probablemente ya me estaba esperando. Un monstruo sin rostro, pero ya sin nombre. ¡Eris! No, no podía pensar en esa diosa cruel. Cade me había dicho que pensara en él. Sus iris de color turquesa aparecieron en la bruma de la frontera del sueño.

—ABRE LOS OJOS —oí de repente la voz de Cade a mi lado. Ya no era apagada ni distante. No, era clara y cercana. Ahora también me di cuenta de que ya no temblaba.

Abrí los ojos con sorpresa. Estaba en Brysalia. Lo sentí de inmediato. La magia de los árboles, de la vida que nos rodeaba, zumbaba en mi cuerpo.

Mi mirada vagó por el paisaje, del que creía conocer cada uno de los mechones de hierba.

—No lo has olvidado —le susurré a Cade, que estaba en cuclillas a mi lado.

—No, no me he olvidado de nada —me susurró en voz baja, casi como si temiera asustarme.

Estábamos sentados en una rama en lo alto de la copa de un enorme abeto Douglas en medio de un claro. Estaba rodeado de un denso bosque cuyo dosel de hojas brillaba en púrpura, azul y rosa. Desde aquí arriba, parecían las olas de un hermoso océano.

Sin embargo, si se dejaba vagar la mirada en la distancia, desde aquí se podían ver los valles con pequeños pueblos y las colinas con flores de colores. Una manada de caballos salvajes galopaba por una ladera y los pájaros sobrevolaban en V hacia la costa, cuya estrecha franja también podía verse en un día despejado.

Este había sido nuestro árbol. Nuestro refugio cuando no queríamos que nos encontraran. Lo habíamos descubierto por casualidad, Cade y yo. Ni siquiera Markael conocía este escondite. Recuerdo que nos costó varias semanas y muchos moratones encontrar la forma de trepar por el árbol hasta su copa. Estábamos a más de sesenta metros de altura.

Podríamos estar juntos aquí. Fue en esta misma rama donde Cade me pidió que me casara con él.

Acaricié la áspera corteza con el dedo, casi como si pudiera sentir mis propios recuerdos en ella.

—Eran buenos tiempos —dije, mirando a Cade. Llevaba la ropa que siempre usaba entonces, e incluso las puntas de los dedos estaban azules por la tinta que solía derramar cuando escribía. Yo también llevaba un vestido de Brysalian. Mi vestido favorito. Era azul oscuro, que combinaba bien con mi pelo rojo.

La paz fluyó a través de mí. Una sensación que no había sentido así desde mi huida de Brysalia. Era solo un sueño y, sin embargo, me parecía tan real que me sentí catapultada atrás en el tiempo. Como si todo lo que sucedió después nunca hubiera ocurrido.

Tal vez fue esta sensación la que me impulsó a acercarme a Cade, poner mi mano en su mejilla y dejar un delicado beso en sus labios.

—Gracias —susurré, porque si lo decía en voz alta, podría destruirlo todo.

Sus ojos se abrieron de par en par, sus mejillas enrojecieron y, al mismo tiempo, la tristeza y el pesar inundaron sus iris de color turquesa.

—Necesitabas esto —respondió en voz baja.

—Sí.

Nos sentamos uno junto al otro en silencio y observamos los caballos salvajes.

Quizá era el momento adecuado para abordar mis dudas sobre su papel en el asesinato de mi hermano. Para preguntarle cómo llegó a ese extremo y por qué lo hizo.

Dolería, pero quizá la respuesta me daría algo de paz, la paz interior que me faltaba. Tanto como echaba de menos a Markael y a Cade.

—¿Cade? —empecé con cautela.

—¿Sí?

—¿Puedes decirme qué le pasó a Markael entonces? —le pregunté con voz temblorosa. No podía pronunciar las palabras: ¿Por qué lo asesinaste? Porque me ardían como fuego en la garganta. El dolor me destrozaría.

Su mirada se deslizó pensativa por mi rostro. En ella se mezclaban la calidez y la frialdad. ¿Sería realmente capaz de soportar su respuesta? Estas pequeñas dudas me daban la esperanza de que el asesinato no hubiera sido a sangre fría, sino que Cade hubiera tenido razones para ello que yo podría llegar a comprender algún día. Pero ahora no estaba segura.

—Creo que... —comenzó vacilante—. No creo que sea el momento adecuado para esto, Raven. Acabas de tener un ataque de pánico y no quiero reabrir viejas heridas en este momento.

—Pero... —quise objetar.

—Si quieres que te cuente exactamente lo que pasó entonces, tienes derecho a exigirlo. Y te lo contaré, aunque sea doloroso para los dos. Te lo prometo. Pero ahora no —siguió insistiendo.

Era cierto que estaba debilitada en ese momento y no sabía lo que una conversación así podría hacerme.

—Hablemos de ello después de la misión. Con calma —sugirió.

—Está bien —cedí—. Hablaremos más tarde.

El alivio se deslizó por sus facciones. ¿Tenía miedo de hablar conmigo?

—¡Mira, hay un dragón volando desde Aughurn! —gritó de repente, señalando al cielo. ¿Lo había dejado volar solo para distraerme del tema? Al fin y al cabo, era su sueño y podía controlarlo—. ¿Has estado alguna vez en esa parte de Brysalia?

—No. Pero siempre he querido ver a los dragones de cerca —confesé—. Y volar en uno, por supuesto.

—Tuve una misión en ese reino hace unos años —contó, apoyándose en el tronco mientras seguía observando al dragón que volaba en círculos directamente sobre su cabeza—. Son criaturas impresionantes.

—¿Has conocido a un dragón? —Mi curiosidad se despertó y el objetivo de Cade se vio cumplido. Pero la próxima vez no le dejaría escapar con tanta facilidad.

—Sí. Yo estaba presente en una sesión de entrenamiento de vuelo en ese momento. Incluso toqué a una de ellas.

—¿Tocaste? —Le miré asombrada—. ¿Creía que no te dejaban hacer eso? ¿O ahora me estás tomando el pelo? Te conozco. Te gusta hablar mucho.

Una sonrisa pícaro se formó en su rostro.

—Bueno, probablemente tendrás que confiar en mí en eso.

Confianza. Si fuera tan fácil. Ojalá pudiera confiar en él. Nunca me lo había planteado. Le habría confiado mi vida. Habría atravesado el fuego por mí.

Aunque... ¿no seguía haciéndolo ahora?

Yo también me senté a escuchar sus historias sobre los dragones. Con un potente batir de alas, la poderosa criatura voló sobre nosotros hacia la siguiente cadena de colinas hasta desaparecer en el sol poniente.

CAPÍTULO 22



CADE

EN MI SUEÑO había estado sentado en nuestro árbol con Raven hasta la hora de comer. Podía sentir cómo recuperaba fuerzas en aquel entorno familiar y tranquilo.

Cuando entró en este mundo de ensueño creado especialmente para ella, poco después de mí, yo seguía luchando conmigo mismo, sin saber si debía quedarme o tal vez marcharme. Pero después de que me diera aquel beso maravilloso, no pude irme.

Entonces me pidió que hiciera lo que más temía: que le contara lo que le había pasado a Markael. Sabía que, si se lo contaba, volvería a mirarme con odio. La misma mirada que me había costado soportar los días anteriores.

Aún podía hacer un poco de tiempo, pero después de la misión no podría evitarlo. Lo sabía. Entonces tendría que enfrentarme a mi dolor y a su odio.

Ahora estábamos sentados uno frente al otro en la mesa del comedor, comiendo huevos revueltos que yo había preparado porque Raven aún tenía que tomárselo con calma. Incluso Nathan se había mostrado comprensivo esta vez. Se había marchado mientras tanto para reunirse con su contacto de la tribu Naumkeag.

Raven literalmente se metió la comida en la boca.

—¿Dónde aprendiste a cocinar tan bien? —preguntó entre cucharadas abundantes.

Tuve que reírme.

—¿Te das cuenta de que un huevo revuelto que *no esté* quemado no me convierte en un buen cocinero?

Sonrió con descaro.

—Es para mí.

—Como mercenario, siempre estás viajando y el personal llama demasiado la atención cuando trabajas de incógnito. Así que inevitablemente tuve que aprender a cocinar para mí.

—¿Qué plato se te da mejor hacer? —quiso saber.

—Fettuccini con trufas.

Sorprendida, bajó la cuchara.

—Ese es mi plato favorito.

Le dediqué una pequeña sonrisa para disimular mi propia sorpresa. Estos fideos trufados eran lo mejor que podía cocinar porque también eran mi plato favorito.

—Quizá cuando acabe la misión... —empezó.

—¿Pueda cocinártelo? —completé su pensamiento.

Asintió en silencio, mirándome insegura como solía hacer. Luego se metió en la boca la siguiente cucharada de huevos revueltos.

—Por cierto, tus heridas apenas son visibles. Las marcas de estrangulamiento también habrán desaparecido esta noche —cambié de tema con ella, como suelo hacer.

—Bien, no queremos que todo el mundo piense que a mi marido le van las prácticas sexuales perversas.

Solo Raven podía decir algo así. Me reí tanto que casi me ahogo con la comida.

—Siempre se te ocurren las ideas más locas.

—Bueno, después de unas cuantas décadas en Nueva York, has visto y experimentado de todo. Créeme. —Ella lamió su lengua sobre la cuchara y mi risa se atoró en mi garganta—. Algunas fueron bastante calientes.

Sentí como si toda mi sangre se precipitara de repente en mi miembro, que presionaba dolorosamente contra mis pantalones. Si esto seguía así, en algún momento tendría que usar las manos para aliviar parte de esta lujuria insatisfecha. Al igual que Raven parecía haber hecho la noche anterior.

—Raven —gemí, reprimiendo mi deseo.

Su mirada se deslizó de mis ojos a mis labios y luego recorrió la parte superior de mi cuerpo hasta que pareció posarse en mi erección a través del tablero de la mesa.

—Quizá Nathan tenga razón —suspiró, y luego me miró directo a los ojos sin dar más detalles. No hizo falta, porque yo sabía exactamente lo que quería decir.

Me levanté de un tirón. La silla que había detrás de mí se estrelló contra el suelo y, antes de que pudiera detenerme, ya estaba de pie junto a ella, sujetándole con posesividad la barbilla con la mano. Obligándola a mirarme.

—Esta es tu última oportunidad de huir —gruñí, con voz áspera y gutural. La oscuridad de mi alma se despertó y ansiaba a mi pequeña. Durante demasiado tiempo había reprimido este profundo deseo, permitiéndome solo pensar en ella y soñar con tomarla en mis momentos más débiles. En todas las posiciones imaginables, solo para que ella se corriera al final, gritando mi nombre.

Un destello peligroso e igualmente oscuro entró en sus ojos. Era como un relámpago atravesando su tormenta.

—Entonces tendrás que atraparme primero —ronroneó y en un instante se había escapado hábilmente de mis garras y estaba de pie al otro lado de la mesa. Su sonrisa desafiante me demostró que estaba disfrutando y que parecía gustarle mi lado oscuro. Al fin y al cabo, ella misma tenía uno casi impenetrable de negrura.

Con una sola mano, aparté la mesa con tal fuerza que la vajilla y la comida cayeron al suelo. Pero no me importó, todo lo que podía ver era a ella.

Sin embargo, Raven no quería ponérmelo tan fácil, así que lanzó la silla más cercana en mi dirección mientras caminaba hacia atrás. Hacia donde estaba la cama.

—Tsk, tsk —chasqueé la lengua y eché un rápido vistazo a la cama—. No llegarás a la cama. —De un salto, salté por encima de la silla que había interpuesto entre nosotros, la agarré por la cintura y la empujé contra la pared más cercana, inmovilizándola contra ella con los brazos en alto.

Sin aliento, nos miramos con fijeza.

¡Vamos, pequeña! Dame algo, pensé, intentando leer sus rasgos. Todo apuntaba a que me deseaba, pero ¿y si estaba cegado por mi lujuria y no era cierto?

Acompañada de una sonrisa pícaro, se pasó la lengua por los labios. Luego cambió su peso a la pierna izquierda, rodeó mi cadera con la otra pierna y se frotó contra mi erección. Tuve que tragar saliva.

Era una bruja. ¡Y me encantaba!

—¿Qué quieres hacer conmigo, Cade?

—Todo —dijo demasiado rápido.

Su mirada se deslizó hasta mis labios.

—Todo —aceptó ella con más frialdad de la esperada—. Excepto besar en la boca.

Una condición que me dolía en el corazón. No solo quería follármela sin amor, como había hecho con todas las demás mujeres en los últimos 100 años. Quería desearla. Sentir y adorar cada milímetro de su cuerpo. Eso incluía, sobre todo, sus suaves labios.

Pero yo no ponía las reglas del juego aquí y si eso era lo que ella quería, lo cumpliría. Incluso si me resultaba difícil.

—Todo menos besos en la boca —confirmé su petición. Su mirada se desvió un instante hacia mis labios. ¿Vi algo parecido a un anhelo en ellos?

Entonces volvió a mirarme. Sus ojos grises como tormentas me devoraron con avidez. Sin romper el contacto visual, cogí su mano derecha y besé suavemente el interior de su muñeca, que se estaba curando con lentitud. Beso a beso, fui subiendo por su brazo hasta llegar a su cuello. También aquí procedí con mucha delicadeza. Mis labios rozaron con suavidad su piel. Cuando llegué detrás de su oreja, sentí un escalofrío recorrer su cuerpo. Pero antes de que pudiera continuar, me agarró del cuello con la mano libre y me apartó.

¿Había cambiado de opinión?

—¡Creía que solo querías follarme! —siseó con reproche—. No necesito preliminares ni ternura, ¿me oyes? Tómate y tómate fuerte.

Me sorprendió ver un nuevo tipo de vulnerabilidad reflejada en su rostro. Tenía miedo. Miedo de mis besos, de mis caricias.

—¿Cómo de duro lo quieres? —la reté.

—Es difícil olvidarse de todo por un momento.

¿Era yo la persona adecuada para hacerle olvidar? Lo dudaba. ¿Debía parar? ¿Abandonar esta estupidez? Mi dolorosa erección ansiaba liberarse y mi alma la anhelaba a ella.

Así que la agarré del brazo y tiré de ella hacia la mesa. Allí le empujé la cabeza hacia abajo hasta que quedó inclinada con la parte superior del cuerpo sobre el tablero de la mesa. Esta situación me produjo náuseas. Iba en contra de mis expectativas de nuestra primera vez después de tanto tiempo. Por supuesto que después la follaría duro, pero solo más tarde. No estaba bien, pero me abrí los pantalones y le subí la falda por encima del culo.

Estaba desnuda bajo el vestido y era increíblemente hermosa. Quería pasarle un dedo por la espalda, sentir la suave piel de sus nalgas, acariciarle el clítoris con la lengua y saborear su dulzura en la boca.

Pero ese era solo mi deseo. Raven quería algo completamente diferente. Ella solo quería satisfacción rápida. Sexo sin emociones, rápido y duro.

Estaba claro que estaba lista para mí. Y, sin embargo, dudé.

—Hazlo ya, Cade —instó—. Necesito esto.

¿Necesitaba el sexo o me necesitaba a mí? ¿Hacía alguna diferencia? Podía darle lo que quería. Lo que ella quería.

Con la mano izquierda la presioné con más fuerza sobre el tablero de la mesa y me agarré el miembro con la otra.

Un fuerte silbido me hizo detenerme y, al instante siguiente, unas garras extendidas volaron hacia mi cara.

¡Ese maldito gato!

En el último momento salté a un lado y Raven se puso protectora delante de mí. Se había vuelto a bajar la falda.

—¡Yo quería esto, Coletta! Fue decisión mía. Yo le pedí que lo hiciera —le gritó a su amiga—. Déjalo en paz.

La cola de Coletta se movió inquieta de un lado a otro. Una especie de gruñido salió de su pequeña garganta. A pesar de su tamaño, había algo muy aterrador en ella. Sus ojos blancos y azules se clavaron en mí como los de un depredador. Estaba atenta a todos mis movimientos. Se estaba preparando para otro ataque.

—Vamos, mírame —imploró Raven a esa fiera—. Cade, será mejor que te subas los pantalones —aconsejó sin volverse para mirarme.

Me subí lentamente los pantalones, pero sin perder de vista al gato.

—No, no me obligó —intentó convencer de nuevo a Coletta de mi inocencia en este asunto.

Un escalofrío recorrió la habitación y el recuerdo de la flecha de hielo que intentó clavarme en la cara me recordó que no estábamos tratando con un gato doméstico normal, sino con una criatura peligrosa.

—Cade, será mejor que salgas ahora.

Se dirigió hacia la puerta en sincronía conmigo. Por suerte, Nathan había colgado su chaqueta en el picaporte. Me la puse con rapidez. Luego abrí la puerta y salí de espaldas al porche.

Justo antes de que la puerta se cerrara de golpe, Raven se volvió hacia mí. Le corrían lágrimas por las mejillas y había pesar en sus ojos.

—Raven —respiré, pero la puerta ya nos separaba.

¡Soy idiota! Por supuesto que no quería un número insensible y rápido. Ella anhelaba amor y seguridad, especialmente después de la experiencia de esta noche.

¿Cómo no me percaté de que sus palabras no reflejaban sus verdaderos deseos?

Podría vencerme a mí mismo. Estuve a punto de cometer un gran error. Coletta, aunque no quisiera reconocerlo, apareció en el momento justo. Eso habría destruido todo lo que se había construido laboriosamente entre nosotros. Algo así no me pasaría por segunda vez.

CAPÍTULO 23



RAVEN

¿EN QUÉ ESTABA PENSANDO?

Desafiante y enfadada conmigo misma, me enjuagué las lágrimas. Al principio, cuando nos habíamos perseguido, solo había sido un juego. Pero después, cuando me apretó contra la pared, lo único que deseé fue que me amara y me abrazara. Que me acariciara por todas partes y que nos uniéramos hasta que me penetrara profundamente y me llevara al clímax.

Yo había entrado en pánico y buscó una solución porque este deseo todavía me asustaba ahora. Así que terminé haciendo esto *todo menos besar en la boca* número uno.

Sus dudas no se me pasaron inadvertidas. Sin embargo, había aceptado. Pero cuando me besó tan tiernamente en las heridas, fue como antes entre nosotros. Familiar y cariñoso.

Sentí que estaba traicionando a mi hermano.

Si Coletta no hubiera aparecido, toda esta situación habría terminado en un gran error. Pero ahora tenía que calmar a mi amiga primero.

—¡Déjame! Mírame, por favor.

«¡Ese cerdo!», siseó enfadada.

—Solo hizo lo que le pedí —volví a aclarar la situación.

«¿Entonces por qué llorabas?». Me miró con los ojos entrecerrados.

—Es complicado —intenté convencerla. Coletta era mi amiga, pero como ya me había dado cuenta, no me entendía en absoluto en este punto.

«Te escucho».

Suspirando, recogí la vajilla y las sobras que se me habían caído a los pies y las puse sobre la mesa. A Nathan le daría un ataque si viera este desastre.

—No sé lo que me pasa —empecé, sin mirar a mi amiga. No habría podido soportar su mirada de asco—. Pero después de que Cade me rescatara de mi sueño con la diosa esta noche y luego incluso me llevara a Brysalia en su propio mundo onírico, me sentí tan conectada a él de nuevo.

Un silbido vino de la dirección de Coletta.

«Pero seguimos hablando del asesino de tu hermano, ¿no?», siseó como una serpiente en mi cabeza, haciéndome sentir increíblemente culpable.

—Sí —susurré y ya no pude contener las lágrimas. De repente me sentí demasiado débil y pequeña. Ni siquiera mi oscuridad podía sostenerme—. Lo sé, Let. Y yo también estoy

terriblemente avergonzada. Pero estos sentimientos, son tan fuertes. Intento luchar contra ellos. Pero cada vez que lucho contra ellos o los niego, siento que he perdido una parte de mí. Me duele mucho. No sé cuánto tiempo más podré seguir contra ello.

«¿Qué sentimientos?».

Miré a Coletta, que de repente estaba justo enfrente de mí. Sus ojos blancos y azules brillaban de odio. El mismo odio que había sentido por Cade hasta hacía poco.

—Siento algo por él —admití cansada. Estaba cansada de tener que luchar contra algo en todas partes. Contra la diosa, contra mi conciencia, contra mis fracasos, contra el tiempo, contra mis sentimientos por Cade y ahora contra Coletta.

«¿Qué?», gritó mi amiga, sobresaltada como era de esperar. Se paseó nerviosa. «¡Sin sentimientos, Raven! Creía que habíamos dejado esto claro tiempo atrás. Pero no te preocupes, encontraremos una solución. Quizá te ayude si te cuento otra vez lo que ese gilipollas le hizo a tu hermano».

¡No, no, no! No voy a tolerar esto. Ahora no, grité para mis adentros.

El pánico se apoderó de mis miembros y me desplomé en una de las sillas. Me tapé los oídos con las manos, aunque sabía que eso no me protegería de la telepatía de Coletta.

—No —gemí—. Por favor, no, Let. —Todo mi cuerpo volvió a temblar. ¿Estaba a punto de sufrir otro ataque de pánico?

«Sí, tiene que ser así. Te sentirás mejor después», respondió con demasiada frialdad y crueldad. «La última vez que viste a Markael, llevaba su chaqueta verde favorita, pantalones de cuero marrón y las botas que le regalaste por su cumpleaños».

La imagen de mi hermano se formó en el ojo de mi mente. Cade y él querían escalar la cara de una montaña por aquel entonces. Yo debía ir con ellos, pero Coletta me preguntó si podía conseguirle algo importante en el mercado. Mirando hacia atrás, no podía recordar exactamente lo que era. Así que los dos hombres partieron solos.

«Cade y Markael subieron a la cima de la montaña en una carrera. Cade siempre había sido el más débil de los dos y, por tanto, no tan rápido como tu hermano. Eso le fue lo que le estuvo carcomiendo la confianza en sí mismo durante mucho tiempo. Pero ese día más que los demás. Cuando Markael llegó primero a la cima y se burló de él, Cade se enfadó tanto que cogió su pico y se lo clavó en la espalda a Markael».

Sin poder evitarlo, vi el rostro de Cade distorsionado por la ira, sus iris negros como el carbón por la rabia. La sangre le salpicaba la cara.

«Luego empujó a tu hermano por la pendiente a sangre fría, lo que selló su muerte», concluyó Coletta la historia que me había contado varias veces al día durante las primeras semanas de mi huida. Hasta que tuve ganas de vomitar.

Seguía sonando irreal a mis oídos. Pero una voccecita en mi interior me susurraba cada vez que era la verdad.

—¿Qué está pasando aquí? —La voz de Nathan me devolvió a la realidad. Se acercó a mí con cara de preocupación.

—Raven, ¿qué ha pasado? ¿Estás teniendo otro ataque de pánico? —quiso saber mientras apartaba con cuidado el pelo que tenía pegado a la cara manchada de lágrimas. Miró por un momento a Coletta con los ojos entrecerrados.

«Me voy entonces», ronroneó en mi cabeza y desapareció por la puerta principal.

—Respira hondo —dijo Nathan volviéndose hacia mí. Hice lo que me aconsejó y sentí que el aire también aclaraba mis pensamientos. Mientras tanto, Nathan miraba la habitación con el ceño fruncido.

—¿Nos han atracado? —preguntó sorprendido.

—No —respondí en voz baja—. Cade y yo intentamos seguir tu consejo—. No tenía sentido mentirle.

—¿Qué consejo? —preguntó sorprendido, pero se dio cuenta al momento siguiente—. Ah, el consejo. Me refería a caer unos sobre el otro, pero no a destrozar mi cabaña en el proceso. —Su mirada se suavizó—. Por lo visto, no solo se rompió mi vajilla.

Acercó una silla y se sentó a mi lado.

—¿Quieres hablar de ello, princesa? ¿Es sobre esa cosa de tu pasado?

—Sí, de eso —coincidí con él. Sentía la necesidad de confiar en alguien y, como no podía hablar de ello con Coletta, decidí que Nathan era la persona indicada—. Deberías saber que Cade y yo estuvimos comprometidos.

—¿Comprometidos? No me lo esperaba.

—Sí. Hoy no lo pensarías, pero nos queríamos mucho. Hasta que... —La siguiente frase me supo a ceniza en la lengua incluso antes de decirla. Otra lágrima silenciosa rodó por mi mejilla—. Hasta que Cade asesinó a sangre fría a mi hermano, su mejor amigo.

—¿Cade? —Me miró con los ojos muy abiertos—. Es un mercenario, sí. Pero *nuestro* Cade, como he llegado a conocerle, no mataría a alguien a quien ama ni siquiera por riqueza. Tiene un corazón demasiado bueno. Sus trabajos casi lo están matando por dentro. Puedes verlo si lo quieres.

Entre lágrimas, le conté a Nathan toda la historia.

—En cuanto me enteré, empaqué mis cosas y hui. Hui de Cade y de mis padres. Ese día perdí a las dos personas más importantes en pocas horas. Todo a mi alrededor me recordaba a ellos y preferí una vida de soledad lejos de allí.

—Realmente es una historia terrible. Pero ¿alguna vez has hablado con alguien al respecto? ¿Con Cade, por ejemplo? ¿Conoces su versión de la historia? —quiso saber.

Sacudí la cabeza en silencio.

—Princesa, sé que te hizo mucho daño entonces, pero quizá deberías preguntárselo. Quién sabe, podría haber resultado muy diferente de lo que piensas.

—Pero...

—¿Estás segura que realmente es toda la historia? —preguntó con una mirada penetrante y tomó mi mano entre las suyas—. ¿Sabes qué? Piensa en el Cade que solías amar. Recuerda los buenos momentos que pasaron juntos. Pasa las fiestas del pueblo con él sin ver siempre en él al asesino de tu hermano. Esto te permitirá abrirte a Cade y escuchar y comprender mejor su historia cuando la comparta contigo. A veces hay que abrir el corazón para reconocer la verdad.

Nunca se lo había confiado a nadie y fue bueno hablarlo con Nathan. Era más objetivo sobre el incidente y tal vez veía detalles que yo había pasado por alto. Y, al parecer, también albergaba dudas de que Cade hubiera asesinado realmente a mi hermano a sangre fría. Nunca había cuestionado lo que creía saber. Cuanto más pensaba en ello, más me preguntaba sobre mi propio comportamiento. Yo no me conocía así. En circunstancias normales, habría interrogado a medio pueblo si fuera necesario, solo para averiguar la verdad. Sin embargo, algo me hizo no cuestionar la historia entonces. Hasta ahora.

Cade apareció ante mi ojo interior. Su sonrisa, sus ojos turquesa que a menudo me miraban como si me viera por primera vez y al mismo tiempo conociera cada fibra de mi ser. Durante un siglo, mi miedo al dolor que me causaba me había impedido permitir que aquellos recuerdos se desplegaran ante mí como una película. Un sentimiento de felicidad recorrió mis venas y me hizo sentir más ligera de lo que había estado en mucho tiempo.

—Gracias, Nathan. Me siento mucho mejor gracias a ti. —Le apreté la mano—. Es una buena sugerencia y yo misma he sentido la necesidad de hablar con Cade sobre ello. Me alegra saber que sientes lo mismo. —Me incliné y le besé en la mejilla.

—Mi viejo corazón no ha recibido tanto afecto en mucho tiempo —se rio—. No dejes que se convierta en un hábito o acabaré echándote de menos cuando vuelvas a irte.

—No te preocupes, la próxima vez que cocine, desearás que no nos quedemos mucho más.

Volvió a reír con ganas.

—Sí, desde luego no echaré de menos tu cocina. —Luego volvió a ponerse serio—. Princesa, tengo algo más para ti. Algo que podrías usar en la fiesta del pueblo esta noche.

Nathan se levantó y se acercó a la cómoda. Rebuscó con cierta torpeza en el cajón central. En cuanto encontró lo que buscaba, regresó.

—Esto perteneció a mi difunta esposa. —Un hermoso amuleto con una piedra roja en el centro, sujeto a una cadena, cayó de su mano. Lo colgó de un lado a otro delante de mi cara.

—Quiero que lo lles en la fiesta del pueblo. Por desgracia, no he podido conseguirte un vestido mejor en el poco tiempo de que dispongo, pero me encantaría que este collar adornara tu cuello en su lugar.

Me quedé mirándole con los ojos muy abiertos. La joya era de una belleza impresionante y tenía un valor sentimental para él. Había pertenecido a su mujer. Ahora me daba cuenta de lo poco que sabíamos de Nathan. Su mujer estaba fallecida. ¿Qué más había vivido que no supiéramos?

—Siento lo de tu mujer —dije en voz baja. La tristeza recorrió sus facciones y asintió en silencio, pero no profundizó en el tema. Decidí dejarlo estar. Dependía de él si quería confiarnos algo o no.

—Estoy muy contenta de llevar el collar esta noche. En memoria de tu esposa.

Nathan me sonrió agradecido, se puso detrás de mí y me colocó el amuleto, sorprendentemente pesado.

Pasé el dedo por la piedra roja y lisa. Se calentó bajo mi piel y un ligero cosquilleo se extendió por toda mi mano. Sobresaltada, volví a retirarlo de inmediato.

—¿Eso es magia? —pregunté asombrado.

—Sí, su magia. Que te proteja mientras la tuya no pueda.

CAPÍTULO 24



C ADE

DURANTE MUCHO TIEMPO deambulé por el bosque para despejarme. El miedo me impedía volver a la cabaña. Por ella. ¿Cómo pude juzgar tan mal la situación? Repetía una y otra vez lo sucedido y pensaba en lo que podría haber hecho de otra manera y cuándo.

Perdido en mis pensamientos, volví a patear una piedra con el pie, que voló por el aire en un amplio arco y aterrizó chapoteando en el agua. Levanté la vista sorprendido. Estaba de pie junto al jardín de la cabaña y el proyectil había caído en el arroyo que casi se había convertido en una trampa mortal para Raven.

Sin darme cuenta, mis pies me habían traído hasta aquí. Ya era de noche. Suspirando, inspiré una vez y volví a espirar. Tenía que enfrentarme a esta situación, así que no era de extrañar que mi cuerpo me hubiera traído inconscientemente a la cabaña.

Entremos en la pelea, me animé y rodeé la cabaña hasta llegar a la puerta principal. Incluso de niña, Raven siempre era una oponente rápida cuando se enfadaba. Verbalmente y con su mano derecha. Así que podía estar preparado para algo.

Preparado para cualquier cosa, abrí la puerta. Lo primero que hice fue buscar a Coletta, pero al no verla por ninguna parte, me centré en Raven y Nathan, que estaban sentados a la mesa del comedor.

Delante de ellos había tres tazas llenas de un líquido de color claro. En una de las tazas había una belladona. Al parecer, Nathan pudo conseguirla.

Fue ahora cuando me di cuenta de que Raven tenía un aspecto diferente al de los últimos días. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros, con los mechones recogidos a un lado. Pequeñas flores secas adornaban su pelo y alrededor del cuello llevaba un hermoso amuleto con una piedra roja en el centro.

Tenía las mejillas ligeramente sonrojadas y los ojos brillantes. Pero esta vez no era gracias a las lágrimas que me debía. No, era alegría lo que reconocí en ellas.

Las heridas también habían desaparecido por completo. No podía ver ninguna roncha en las muñecas ni en el cuello.

Nathan fue el primero en verme.

—Por fin estás aquí, Cade —dijo, guiñándome un ojo—. ¿Estás recogiendo a tu cita para la fiesta del pueblo?

—Si mi compañera aún me desea... —Contuve la respiración con expectación y sentí la

mirada de Raven, que ahora también estaba puesta en mí.

—Claro que quiero. ¿Con quién iba a ir al festival sino con mi marido? —La sonrisa de Raven era genuina. Pero, sobre todo, no era una sonrisa de enfado ni de resentimiento.

—Veo que el príncipe tiene que asegurarse de que su Cenicienta vuelva aquí a medianoche para añadir una belladona a la poción... —Señalo con la barbilla en dirección a las tazas.

—Sí, por suerte Nathan ya ha podido conseguir la belladona —explicó Raven.

—Mi amigo del Naumkeag conoce un lugar no muy lejos de aquí donde crecen las cerezas de la belladona. Tenía algunas cerezas secas de la última temporada de floración y me dio una —añadió Nathan—. Pero ahora tienen que irse a la fiesta del pueblo. De lo contrario, se perderás algo y no puedo ser responsable de ello. ¿Quién en tu siglo puede decir haber bailado en una fiesta de 1692?

—¿No vienes, Nathan? —quiso saber Raven. Ella estaba obviamente decepcionada de que él faltara.

—No, tendrán que ir solos. Sin mí. —Miró penetrantemente a Raven—. Me quedaré aquí y vigilaré las pociones.

—Ya veo. —Raven se levanta y se dirige a la puerta donde su nueva capa púrpura cuelga de un gancho.

Con rapidez, la tomé y se la tendí para que pudiera ponérsela.

—Si es tan amable, bella dama —digo con la mayor galantería posible. Haría cualquier cosa esta noche para hacerla olvidar lo que estuvo a punto de suceder antes en esta habitación, en esta mesa de comedor.

En respuesta, soltó una sonrisita tímida y se puso la capa de lana.

Me pasé nerviosamente los dedos por el pelo para al menos darle un poco de forma. Estaba tan adorable y yo no me había molestado en arreglarme para la fiesta del pueblo. En la medida en que eso era posible aquí al menos.

Le tendí el brazo. Sus ojos se dirigieron brevemente a Nathan, que le hizo un gesto de aliento con la cabeza. Luego me abrazó. Podía sentir el calor de su cuerpo incluso a través de la gruesa chaqueta de Nathan.

Mi magia zumbaba satisfecha bajo mi piel.

—¡A la fiesta del pueblo! —Sin dejar de mirarla, abrí la puerta y le dije a Nathan por encima del hombro—: Hasta luego.

Entonces ya estábamos fuera. Nevaban copos ligeros como plumas y el aire era tan claro como un lago de montaña. Los copos aterrizaron en las mejillas sonrojadas de Raven y se derritieron allí, rodando por su cara como lágrimas.

—¿Tienes suficiente calor? —le pregunté, acercándola un poco más a mi cuerpo al mismo tiempo. Ella lo permitió. ¿Era una buena señal?

—Sí, gracias —me contestó y me dedicó una sonrisa que tantas veces había visto en ella en el pasado. Una sonrisa feliz.

Seguimos en silencio el camino que nos llevaba a Salem Village.

—Siento mucho lo que pasó hoy, Raven —estallo completamente incontrolable.

Me mira sorprendida.

—No, no tienes nada que lamentar. —Se detiene y pone su mano fría en mi mejilla—. Tenía miedo —admite con sinceridad—. De mí misma, de mis sentimientos, del pasado y del futuro. Debería habértelo dicho desde el principio en lugar de arrastrarnos a este extraño juego. Lo siento.

¿Se está disculpando conmigo después de confiarme la verdad? Después de haberme

revelado sus miedos. ¿Qué sucedió? ¿Dónde estaba el odio con el que literalmente me empalaba cada vez?

Con cuidado y muy despacio, para no asustarla, pongo mi mano sobre la suya.

—Gracias por tu sinceridad. Sin embargo, debería haber evaluado mejor la situación y no dejarme llevar por mi lujuria.

—Entonces lo haremos mejor la próxima vez —susurra, con las mejillas un poco más enrojecidas.

¿Una próxima vez? ¿Quería darme una segunda oportunidad en este asunto? ¿Por qué? Ahora estaba completamente confundido.

—Emm... Sí, mejor la próxima vez —balbuceé con incoherencia.

—Vamos, pongámonos en marcha para no llegar demasiado tarde. No tenemos tanto tiempo si tenemos que estar de vuelta en la cabaña a medianoche —dijo, tirando de mí.

Mientras tanto, pasamos las primeras casas y nos acercamos al centro del pueblo. Había mucha gente en la carretera y todos se dirigían en la misma dirección que nosotros.

—¿Dónde se celebra exactamente el festival? —le susurré a Raven. Mi pregunta ensombreció su rostro.

—En la Casa de Reuniones del pueblo de Salem —susurró—, donde más tarde tendrán lugar muchos de los juicios por brujería.

Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar en bailar en el lugar donde se sellaría el destino de muchos inocentes en los próximos meses.

—¿Puedes con eso? Sé lo mucho que te está costando. —Me volví hacia Raven.

—No, está todo bien. Lo he pensado durante mucho tiempo, pero creo que puedo distanciarme de ello. —Un destello de incertidumbre bailó en sus ojos que no pude evitar notar.

—Por favor, avísame si es demasiado para ti.

Asintió en silencio y sentí que se acurrucaba un poco más contra mí.

De repente, sus ojos se pusieron alerta y una sonrisa se dibujó en su rostro.

—¡Sarah! —gritó y, antes de que pudiera preguntarle a quién se refería, me abrió paso entre la multitud a contracorriente.

—¡Sarah! —volvió a llamar y vi a una mujer que la buscaba. También sonreía. ¿Era Sarah Good de la que me había hablado?

Por fin llegamos hasta ellas y las dos mujeres se saludaron con un abrazo.

—Sarah, ¿adónde vas? Creía que te vería en el festival —preguntó Raven asombrada.

Sarah miró al suelo, avergonzada. Algo la estaba haciendo sentir muy incómoda.

—Por desgracia, no puedo asistir en la celebración —dijo en voz baja, para que solo la pudiéramos oír nosotros—. Mi marido lleva tiempo sin trabajo y ahora también hemos perdido nuestra casa. Nuestra vecina nos ha acogido los próximos días. Ella y su marido van a ir a la fiesta y yo, a cambio, cuido de sus hijos.

Sorprendida, Raven la miró.

—Lo siento mucho, Sarah. ¿Por qué no dijiste nada? Incluso compartiste tu leche y tu pan conmigo".

—Lo hice con mucho gusto —fue la respuesta de Sarah, poniendo una mano en el brazo de Raven—. Pero, por favor, no te sientas incómoda por ello ahora. Llevamos mucho tiempo en una situación económica muy mala. Era previsible que nos quedáramos sin casa durante el invierno. Solo esperaba que no ocurriera tan rápido. Pero William, mi marido, no encuentra un nuevo trabajo y ahora se han agotado nuestras últimas reservas. —Perdida en sus pensamientos, se acarició su vientre de embarazada, ahora abultado—. Pero no te preocupes. Seguro que nos

recuperaremos y, mientras tanto, siempre hay residentes de Salem para ayudarnos.

—Entonces espero que tu marido encuentre trabajo rápido —fue la respuesta susurrante de Raven un poco entrecortada. Quería decir mucho más, pero sabía que a aquella mujer no le quedaba mucho tiempo de vida.

—Tengo que irme ya. Ya me esperan —dijo Sarah con rapidez y acarició una vez el brazo de Raven—. Nos vemos en el mercado dentro de unos días. —Luego se apresuró a marcharse.

Raven la miró preocupada.

—Si hubiera sabido su situación, no me habría bebido la leche y en su lugar le habría dado algunas de nuestras monedas. —Estaba claro que se lo reprochaba a sí misma.

—No hagas eso, Raven —la amonesté—. Sarah te invitó porque tiene buen corazón y quería darte la bienvenida. Está claro que le agradas. Era su deseo.

—Tienes razón. —Se enganchó a mí de nuevo—. Tal vez pueda hacer algo bueno por ella en los próximos días.

—Así es. Y ahora vamos a la fiesta. —Miré a mi alrededor. Las calles ya estaban casi desiertas—. Vamos, antes de que seamos los últimos y llamemos demasiado la atención.

Raven estaba tan guapa que destacaríamos de todos modos, pero no dije eso. Desde luego, sonaba como una de esas estúpidas insinuaciones de las que alguien como Raven se reiría.

Caminamos deprisa por las calles. Solo las luces de las casas iluminaban el camino.

—¡Ahí está! —Raven tiró de mí un poco más rápido ahora, al parecer no podía esperar.

—Alguien tiene muchas ganas de bailar conmigo —le dije en broma, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Más bien un ron para entrar en calor de nuevo —dijo, frustrando mis esperanzas.

No había nadie en la puerta principal de la Casa de Reuniones, así que entramos sin ser vistos. Hacía un calor agradable dentro y Raven se deshizo enseguida de su capa.

—Tomemos una copa entonces —dijo, dirigiéndose a la improvisada barra tras la que servía uno de los hermanos Beadle—. Veamos si puedo dejarte como cuba.

Esto podría ser divertido, pensé un poco nervioso.

CAPÍTULO 25



RAVEN

EL ALCOHOL nunca era la respuesta, pero ahora necesitaba un trago o dos. Me resultó sorprendentemente fácil darle a Cade esta oportunidad y, como habíamos hablado con Nathan, verle como la persona que había visto antes de la muerte de mi hermano.

Pero eso era exactamente lo que me asustaba, lo que me daba miedo. ¿Y si él era el monstruo que había cometido el asesinato a sangre fría y ahora estaba dejando que se acercara de nuevo a mí? El dolor que tendría que soportar de nuevo después sería tan desgarrador como el que ya había soportado la primera vez.

—Dos rones, por favor —le dije al hombre que estaba detrás de la barra. Me miró con condescendencia y siguió limpiando su vaso con un trapo muy sucio. Afortunadamente, el alcohol lo desinfectó. Sin embargo, no parecía querer escuchar mi pedido. La ira se apoderó de mí.

¿Aquí una mujer no puede ni pedir ron?

—Dos rones, por favor, Thomas —oí que Cade repetía mi petición. El camarero volvió a levantar la vista y sus labios formaron de pronto una sonrisa amistosa.

—¡Cayden! Me alegro de verte. Dos rones, enseguida. —El tal Thomas le saludó ahora como a un viejo amigo mientras servía el líquido de color ámbar en dos vasos—. ¿Dónde está Nathan?

—Nathan se quedó en casa hoy. Pero he traído a mi esposa Rose conmigo.

Los ojos del camarero se posaron de nuevo en mí, con un poco de desaprobación.

—Oh, ¿esta es tu mujer? —Luego sonrió divertido a mi falso marido—. ¿Sabe lo que es el ron?

—A la perfección.

Thomas nos acercó los vasos a los dos.

—Bueno, entonces, ¡salud!

Sentí su mirada clavada en mí mientras me bebía el ron de un trago. Dejé el vaso sobre la barra, demostrativamente ruidoso.

—Otra ronda, por favor —dije mientras empujaba mi vaso y el de Cade, ahora vacío, hacia el camarero.

Thomas me miró sorprendido, pero enseguida me sirvió la bebida que quería.

Cade, a mi lado, rio por lo bajo.

—Hazme un favor y no le retes a un concurso de beber. Sé que se iría a casa como un

perdedor. Pero entonces, ¿quién va a servir las bebidas el resto de la noche? —me susurró en voz baja.

Me gustaba la idea, pero Cade tenía razón. Sería una pena lo de la fiesta y el buen ambiente.

Sin embargo, no pude evitar sonreír desafiante en dirección a Thomas mientras me bebía el segundo ron sin pestañear. El alcohol fluyó cálido por mi garganta y me dio una sensación acogedora en el estómago. También disipó mis temores.

—Me parece bien. Pero solo puedo prometértelo si no me aburro —le susurré, dedicándole una sonrisa pícaro por la palabra *aburrido*.

—Bueno, entonces tendré que mantenerte ocupada. —Los ojos de Cade se oscurecieron y supe lo que estaba pensando. Si estuviéramos en un club de Nueva York, ahora mismo lo estaría arrastrando a uno de los lavabos. Algo de lo que probablemente me habría arrepentido después.

Pero por suerte no estábamos en el Nueva York del siglo XXI, sino en el Salem de 1692, donde desde luego no se podía tener sexo en un retrete público, o, mejor dicho, no *quería* tener sexo en ningún retrete; al fin y al cabo, eran retretes malolientes.

—¡Bailemos! —grité con voz algo chillona, reprimiendo mi propia lujuria.

Cade dio un paso hacia mí.

—Eso es. Bailemos —me susurró al oído y un agradable escalofrío me recorrió la espalda.

Sin que se lo pidiéramos, Thomas nos sirvió otro ron, que Cade y yo no rechazamos.

Meneando la cabeza, el camarero me observó mientras me bebía el vaso sin problemas.

—Su padre era marinero. Prácticamente bebía ron con la leche de su madre —mintió Cade y se rio ante la expresión de asombro del otro hombre.

¿Deberíamos preguntarle por los túneles? Tal vez Thomas fuera el hombre adecuado, después de todo, como camarero estaba cerca de la acción y de los secretos que la gente lleva consigo, solo para soltarlos con unas copas de ron.

—Thomas, ¿has oído hablar alguna vez de túneles subterráneos en esta zona? —pregunté sin vacilar. Cade se puso rígido a mi lado.

El camarero me examinó por un momento y luego se acercó un poco más.

—No, no lo he hecho. Pero si encuentras alguno, házmelo saber. Tengo unos barriles de ron que irían bien en túneles secretos. —Me guiñó un ojo y quiso volver a llenarme el vaso de ron, pero me negué educadamente. Era mejor que lo dejara en tres vasos. No quería llamar más la atención.

Si Thomas no sabía nada, entonces podíamos suponer que era bastante improbable que alguien hubiera encontrado un túnel en Salem Village. Lo que nos quedaba por hacer en esta fiesta era divertirnos, como me había aconsejado Nathan.

Así que cogí a Cade de la mano y tiré de él hacia el vestíbulo, donde un cuarteto de violines tocaba alegres canciones en la esquina más alejada.

Algunos de los habitantes de Salem ya bailaban con desenfreno. La música les tentaba a saltar y unirse a los demás.

Cade me pasó suavemente el brazo por la cintura. Nos estábamos acercando más de lo que nos convenía. Mi mano se demoró en la suya y la necesidad de entrelazar mis dedos con los suyos era francamente dolorosa.

—¿Me concede este baile, Sra. Cayden Johnston? —Su mirada era seria, no había nada juguetón en ella. Sus iris color turquesa parecían devorarme como uno de esos monstruos marinos de las viejas leyendas. Implacables. Ineludibles.

Se me secó la boca e intenté en vano tragarme el nudo que se me estaba formando en la garganta.

¿Había sido realmente una buena idea asistir a esta fiesta con él? No lo sabía, pero de todas formas ahora ya era demasiado tarde para esa pregunta.

—Me encantaría —tartamudeé y solo pude devolverle la mirada.

En ese mismo momento, alguien me arrebató la mano de Cades e interrumpió nuestras miradas entrelazadas. Un hombre desconocido vestido con el traje habitual del pueblo me arrastró a bailar con él en círculo. Todos los demás bailarines saltaban y seguían las animadas notas, que se volvían cada vez más salvajes. Un aldeano había metido también a Cade en el círculo y yo le sonreí un poco avergonzada al otro lado de la pista de baile. Él me sonrió con no menos reserva. La lujuria que ardía en mi interior seguía parpadeando en sus ojos.

Pero la música era tan enardecedora que mi tensión se disolvió y me dejé contagiar por el exuberante ambiente.

En un momento dado, me olvidé de todo lo que me rodeaba y me limité a seguir los pasos aprendidos del grupo con rapidez. Las preocupaciones y los problemas se desvanecieron en el aire y todo lo que quedó fue la sensación de felicidad. Era tan liberador que no quería dejarlo ir.

Nunca esperé sentir tanta paz interior en este pueblo de condenados, riendo y celebrando. El encuentro con Sarah y Dorothy me había afectado mucho y sabía que, si preguntaba a los vecinos de mi izquierda y derecha en este círculo de bailarines por sus nombres, seguramente conocería al menos a una víctima más de la inminente catástrofe.

Sin embargo, este conocimiento no podía ensombrecer el ambiente de aquella noche. La alegría en los rostros de la gente era demasiado resplandeciente para eso. Eclipsaba la oscuridad que acechaba en los rincones de esta sala y que pronto sería testigo de actos crueles.

Una brisa cálida me provocó un agradable escalofrío y el aroma que la acompañaba, el del suelo de un bosque iluminado por el sol y la fresca brisa marina, me causó un anhelante tirón en el regazo. *Cade*.

El calor de su cuerpo yacía en mi espalda como una manta familiar. No me tocaba, pero estaba tan cerca que me pareció oír los latidos de su corazón. Al mismo tiempo que el mío. Demasiado rápido e increíblemente tranquilo al mismo tiempo.

—¿Ya me está engañando, señora Cayden Johnston? —me dijo al oído. Su burla se mezclaba con un trasfondo oscuro que llevaba una pizca de desagrado. Algo posesivo que me hizo soltar las manos de mis vecinos de baile—. Ya sabes lo que les pasa a las mujeres cuando causan problemas a sus maridos.

La mano de Cade se posó ardiente en mi nalga. Las muchas capas de tela parecían desaparecer bajo su contacto.

—¿Me estás amenazando con pegarme en el culo? —pregunté, sin poder evitar que mi voz sonara rasposa.

Mierda, ¿qué me está haciendo? ¿Desde cuándo algo así me excita tanto?

En un movimiento inesperadamente duro, su mano volvió a pasar por mi trasero. Si hubiera estado al descubierto, las palmadas se habrían oído en toda la habitación. Sin embargo, el vestido amortiguó el golpe y fue solo placer lo que se disparó por todo mi cuerpo desde aquel punto.

Un gemido grave se escapó de mi garganta, tragado por el ruido del pasillo, solo para volver a mí en un eco de la boca de Cade. Dejé caer la espalda contra su pecho musculoso. Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja y cerré los ojos. Me olvidé de la multitud que bailaba y celebraba a nuestro alrededor. Estábamos de pie en el centro de la sala y, sin embargo, bloqueé las miradas sospechosas con las que de repente nos observaban. Al principio, todos los asistentes a la fiesta habían sido amables, pero algo había cambiado y no podía evitar la sensación de que el ambiente amenazaba con cambiar.

La boca de Cade recorrió suavemente mi cuello. Esparciendo besos ligeros como plumas que eran más una respiración que un beso, cada uno de ellos recorriendo mi cuerpo como un relámpago.

—Me estás volviendo loco, mi niña —murmuró, más para sí. Su excitación presionó con fuerza mi cintura—. Vámonos antes de que me corra sobre ti delante de toda esta gente. — Sorprendida, abrí los ojos y me volví hacia él. El fuego oscuro de su mirada era tan brillante que casi me cegó.

Lo deseo tanto como él a mí.

Este deseo ya no podía reprimirlo. Nos entendíamos sin palabras y vi el alivio que se extendió por su rostro cuando se dio cuenta exactamente de eso.

En el mismo momento, sentí que me empujaban la capa de lana sobre los hombros. Cade me puso suavemente una mano en la espalda y me condujo hacia la salida. Como a través de un velo de niebla, oí que Thomas nos gritaba algo desde la barra, pero ninguno de los dos respondió. De algún modo, me sentí aliviada de abandonar la fiesta y escapar de la desconfianza que nos envolvía.

Salimos de la Casa de Reuniones acurrucados uno junto al otro. Ni siquiera noté el frío nocturno que nos golpeaba. Cada fibra de mi ser estaba concentrada en el hombre que caminaba detrás de mí, guiándome con suavidad hacia la parte trasera de la casa.

En cuanto las sombras nos envolvieron, me puso ambas manos en la cintura y me giró hacia él. Al mismo tiempo, me levantó y con unos pasos desaparecimos por completo en la oscuridad de la noche.

Sentí la pared de la casa detrás de mí, contra la que me apretó sin aliento. No podía ver sus rasgos, pero podía sentir la pregunta ardiendo en sus labios. La pregunta que no había formulado esta mañana.

—Te deseo —respondí con una ligereza inesperada que lo dejó tan estupefacto como yo por un momento.

Pero antes de que pudiera pensarlo, antes de que mis dudas y temores volvieran a apoderarse de mí, sus labios estaban calientes sobre los míos.

Su lengua recorrió exigente mi boca y encontró su camino hacia el interior. Le dejé entrar con gusto, saboreando el ron y su dulce aliento como una cálida ola de felicidad.

—Cade —murmuré entre nuestros besos mientras enterraba los dedos en su pelo, atrayéndolo más hacia mí.

Quería, no, tenía que estar cerca de él. Destruir por fin la distancia que había puesto entre nosotros huyendo al mundo humano. Solo en sueños me había permitido abrir el muro que me encargué de construir alrededor de mi corazón para protegerme de él y de cualquier otro hombre a los recuerdos de tiempos pasados. Pero ahora me daba cuenta de que Cade lo había derribado por completo.

Libre y vulnerable al mismo tiempo, mi corazón yacía ahora en mi pecho, anhelando su contrapartida.

Cade hizo una pausa. Me cogió la cara con las manos. Primero me besó con ternura los párpados y luego todos los rincones de la cara.

—Eres tan hermosa, mi pequeña —susurró—. Mi Raven.

Una vez más, recorrió mi cuello con la boca mientras apartaba suavemente la capa de lana. Incliné la cabeza hacia atrás y le dejé hacer.

Mis ojos estaban fijos en el cielo nublado. No olvidaría esta noche ni por asomo. El viento desplazó las nubes por el firmamento a gran velocidad y, de repente, la luna brilló sobre nosotros

a través de una brecha.

Mis ojos se abrieron de par en par al verle y mi corazón se detuvo.

—¿Qué te pasa, Raven? —preguntó preocupado Cade, que debió de notar mi susto. Como no le contesté directamente, siguió mi mirada hacia el cielo.

—¿Qué significa eso? —susurró, igualmente asustado, mientras miraba la luna de sangre que se cernía sobre nosotros, iluminándonos burlonamente con su luz roja.

—Muerte —dije y salimos corriendo.

CAPÍTULO 26



CADE

TROPEZANDO, Raven y yo corrimos de la mano por el bosque. La última palabra de Raven resonaba en mi cabeza como un mal presagio. Cada árbol que pasábamos parecía gritárnoslo.

Muerte.

A Raven le costaba avanzar por la maleza con su vestido. El dobladillo se enganchaba en las espinas o en las ramas más bajas, desgarrando la tela y deteniéndola en seco.

Sin embargo, no se detuvo. No permitimos que la desesperanza nos acompañara. La luna nos había hecho saber claramente que la esperanza estaba fuera de lugar y, sin embargo, no nos rendimos tan fácilmente. No podíamos. Había demasiado en juego.

Un chillido espantoso recorrió las copas de los árboles y nos hizo detenernos. No era ni el viento ni un animal surgido de este mundo. Un escalofrío me atenazó el corazón, y una mirada a Raven me demostró que ella también sabía lo que tramaba travesuras en estos bosques.

—No puede ser —dijo casi sin voz. Sin embargo, noté un ligero temblor en su voz. También se me hizo un nudo en el estómago al pensar en los monstruos que estaban a la caza. A la caza de nosotros.

Las primeras sombras de sus enormes figuras flotaron como la niebla entre las copas de los árboles, apareciendo de vez en cuando en el suelo. Una enorme pluma negra descendió hacia nosotros como una hoja, un mensaje que no podía ser más claro.

—¡Tengu! —exclamamos Raven y yo al mismo tiempo, y otro chillido rompió el silencio previo del bosque como una confirmación. Los tengu, también conocidos como sabuesos infernales, eran criaturas del mundo mágico que vivían en lo alto de las montañas blancas de Aitvaras y hacían casi imposible cruzarlas a menos que estuvieras cansado de vivir. Para cualquiera que se acercara demasiado a ellos, el encuentro acababa en muerte. Todos los niños de Brysalia lo sabían.

A primera vista, estos monstruos parecían humanos de piel negra y pelo largo y negro como el carbón. Pero en cuanto desplegaban sus poderosas alas y abrían sus bocas puntiagudas, te dabas cuenta de lo equivocado que estabas. Dos hileras de colmillos afilados como cuchillas te desgarraban el cuerpo como si estuviera hecho de mantequilla, y las largas garras de sus patas, parecidas a dedos, llegaban a perforar los huesos como un pincho de kebab.

Afortunadamente, puedo decir que nunca había conocido a ninguno. Hasta hoy.

Pero había leído sobre ellos. Me apresuré a buscar en mi memoria información útil. Hacía

más de un siglo que no cogía un libro y me costaba abrirme a esos recuerdos. A menudo estaban relacionados con Markael, con quien había pasado horas repasando para los exámenes.

—Los tengu son casi sordos, lo que probablemente se deba a sus propios gritos estridentes. Pero tienen una visión muy aguda. Incluso en la oscuridad. Pero solo pueden reconocer las cosas en movimiento desde el aire. En cuanto te quedas quieto, eres prácticamente invisible para ellos. En tierra, estas bestias también son veloces corredoras a dos patas y cazan en manada.

Raven tragó saliva.

—¿Eso significa que hay más? —Miró al cielo con incertidumbre.

—Muchos más. Suele haber docenas.

—¿Qué hacemos ahora, Cade?

La empujé hacia un arbusto que nos protegía desde arriba.

—Tenemos que ir de arbusto en arbusto. Mantente siempre cerca del suelo para que no nos vean. —Ambos nos arrodillamos—. No está lejos la cabaña. Y Nathan nos está esperando allí.

Al menos esa era mi esperanza.

Raven asintió y se arrastró entre los arbustos. En cuanto llegamos a su extremo, nos detuvimos y escuchamos los gritos de los tengu. Era imposible ver lo que había sobre nosotros a través de las ramas. El silencio volvió a apoderarse del bosque y, por si acaso, corrimos agachados hasta el siguiente arbusto que debía protegernos.

Avanzamos con dificultad hasta que llegamos al linde del bosque y la cabaña quedó a la vista. Sin aliento, nos escondimos en las últimas estribaciones de la maleza. Había una luz encendida en la cabaña. Tenía exactamente el mismo aspecto que hacía unas horas, cuando partimos.

La cara de Raven estaba sucia, ensangrentada por las espinas que le habían desgarrado la piel una y otra vez, pero al mismo tiempo parecía alerta, incluso decidida. Yo también tenía abrasiones y arañazos por todo el cuerpo, que ya se iban cerrando poco a poco.

Le puse suavemente la mano en la mejilla.

—No hay más que campos entre el linde del bosque y la cabaña. Tendremos que correr. Tan rápido como podamos. —Sus ojos se encontraron con los míos y asintió a penas con un movimiento de cabeza—. No mires hacia arriba. No importa lo que oigas. En cuanto lleguemos a la cabaña, entra, cierra la puerta y busca en el libro de Hekate algo que nos ayude a sobrevivir a la noche. Los Tengu son criaturas de la oscuridad. No nos atacarán durante el día.

—¿Y tú qué vas a hacer? —Su voz tembló de repente y el miedo veló ahora su mirada antes decidida.

—Dejaré que conozcan mis flechas.

—Cade...

—Podemos hacerlo —la interrumpí, temiendo sus palabras. Sin embargo, la besé por última vez. Muy suavemente, a pesar de que en mi corazón se desataba una tormenta que quería conquistar a Raven. Luego tomé su mano entre las mías. Hacía tiempo que no se oían los gritos de los Tengu y, si las diosas lo querían así, hacía tiempo que habían desaparecido.

—Ahora —ordené y tiré de ella para ponerla en pie y juntos salimos corriendo del bosque hacia los campos, con la vista siempre puesta en la cabaña.

El primer chillido ya estaba espantosamente cerca y me dolían los oídos. Pero ni levantamos la vista ni nos detuvimos.

Cuando oímos el batir de sus alas con el segundo grito, ni siquiera habíamos recorrido la mitad del camino hasta la cabaña.

—Sigue adelante —insté a Raven, que amenazaba con aminorar la marcha.

Por el rabillo del ojo, vi una sombra que se movía lateralmente hacia nosotros. Justo antes de que nos alcanzara, me dejé caer, obligando a Raven a tirarse también al suelo, y me tumbé sobre ella para protegerla.

No pude reprimir un grito de dolor cuando una de las garras del tengu me arañó la espalda y me la desgarró como un latigazo. Mi sangre fluyó cálida sobre mi piel y el olor cobrizo se elevó hasta mi nariz. Me sentía enfermo de dolor.

Sin embargo, al momento siguiente me levanté y volví a agarrar la mano de Raven. Pero ella no se movió. Tenía los ojos y la boca muy abiertos mientras miraba al espantapájaros que estaba de pie en medio del campo, iluminado por la luna roja.

¿Un espantapájaros? Nathan y yo no habíamos sembrado nada y, por lo tanto, aún no habíamos puesto un espantapájaros.

—¡No!

El grito de Raven, seguido de su lamento desgarrador, confirmó lo que yo también creía haber visto. Era Nathan en su forma humana, muerto y con las extremidades medio arrancadas, empalado allí para que lo viéramos. Descuartizado y empalado.

Las lágrimas nublaron mi visión, la rabia corrió caliente por mis venas y el ron subió. La visión del valiente gigante, asesinado, me abrió una herida abierta en el pecho. No, esto no podía ser.

¡Debes sobrevivir! Era como una voz que me llegaba. La voz de Nathan. Una y otra vez estas palabras se desprendían de mi desesperación y del llanto de Raven.

La voz tenía razón. Teníamos que lograrlo, de lo contrario todo estaba perdido. Todo por nada. Nathan habría muerto por nada. Así que el instinto de supervivencia ganó.

Rápidamente giré a Raven hacia mí para que ya no pudiera ver a Nathan. Las lágrimas corrían por sus mejillas y le costaba respirar. La angustia que sentía se reflejaba en su rostro. Era la mía.

—Raven. —Le levanté la barbilla con cuidado hasta que sus ojos se clavaron en los míos. Sus pupilas parpadeaban con pánico.

—Mi pequeña, escúchame. —Su frágil cuerpo tembló y supe que no podía oírme en ese momento. Así que hice lo primero que se me ocurrió. La besé tan ferozmente como mi corazón me había exigido en la maleza.

Al principio no reaccionó. Saboreé sus lágrimas saladas junto al ron y su dulce aliento, que seguía estancado. Pero entonces una sacudida recorrió su cuerpo y el temblor cesó. Rompió el beso y me rodeó el torso con los brazos para acurrucarse contra mí. Al hacerlo, rozó las heridas que el tengu me había causado en la espalda y yo aspiré con fuerza.

Sin dudarlo, me agarró para poder echar un vistazo.

—¡Por la diosa, Cade! —exclamó, sobresaltada—. Eso no tiene buena pinta.

Con firmeza, pero con ternura, la empujé de nuevo delante de mí.

—No te muevas —la amonesté—. Eso que tengo en la espalda no es importante ahora. Lo que es más importante es si estás bien otra vez. —Asintió con la cabeza y conseguí que no volviera a mirar en dirección a Nathan sujetándole la barbilla—. No mires.

—Lo intentaré. —Quería mantenerse fuerte, pero no se me escapó el ligero temblor de su voz.

—Tenemos que ir a la cabaña. Esos monstruos volverán en cualquier momento. Entonces deberías estar en la cabaña y yo equipado con un arco y flechas.

—¿Puedes correr? —preguntó ansiosa. ¿Había visto que me tambaleaba? ¿Se había dado cuenta de que mis heridas no se cerraban lo bastante rápido y de que ya había perdido demasiada

sangre?

—Me las arreglaré. Pero si no, ponte a salvo. No mires alrededor, solo corre. —Puse mi mano en su mejilla. Me hubiera encantado besarla de nuevo, pero no sabía si pronto acabaría como Nathan.

Pero eso no importaba mientras ella escapara.

—Corre, Raven —repetí, pero en lugar de un asentimiento, lo único que obtuve fue una sonrisa. Esperaba que no fuera tan estúpida como para arriesgarlo todo por mí. Yo no valía la pena.

Decidida, me cogió de la mano y esta vez fue ella la que me arrastró con ella.

Cada paso era agonizante, el dolor insoportable y mi cuerpo demasiado débil. Sin embargo, Raven no me soltó. Mantenía el ritmo sin descanso y cada vez que amenazaba con tropezar, me apoyaba.

El chirrido empezó de nuevo en cuanto nos movimos. Pero no levantamos la vista. Mis ojos estaban fijos en nuestro destino. La cabaña. Teníamos que llegar allí.

De repente, Raven me empujó hacia un lado, haciéndome caer bruscamente sobre el suelo helado y abriéndome aún más las heridas de la espalda. Donde antes habíamos estado caminando, un tengu se hundió directamente en el suelo, para volver a volar hacia el cielo decepcionado.

Raven estuvo conmigo de nuevo y me ayudó a levantarme.

—Ya casi hemos llegado —me animó, apoyándose mientras avanzábamos.

Los gritos de los Tengu penetraron en la noche, pero esta vez logramos pasar sin más incidentes.

Me apresuré a abrir la puerta y empujé a Raven al interior de la iluminada cabaña, mientras yo cogía el arco y las flechas que había junto a la puerta principal.

—Busca una solución en el libro de Hekate y no salgas hasta que lo hayas hecho o haya amanecido. No importa lo que oigas. No importa lo que me pase. —La miré lo más penetrante que pude—. Prométemelo.

Me miró sin aliento. En sus ojos grises como tormentas se reflejaban tantas emociones. Sin responder, tiró de mí y me besó con el mismo fervor que yo lo había hecho en el campo.

Luego cerró la puerta sin decir palabra.

Mis pensamientos daban vueltas, mi visión se nublaba. El beso y la pérdida de sangre crearon una combinación irrevocablemente peligrosa de valor para afrontar la vida.

Por Raven, pensé, temblando mientras ponía una flecha en la cuerda y la soltaba en la negrura de la noche con una precisión inconfundible.

Nadie entraría en esta cabaña mientras yo viviera.

CAPÍTULO 27



RAVEN

ME APOYÉ contra la puerta principal y me acaricié con incredulidad los labios, que acababan de estar en la boca de Cade, que ya estaba demasiado fría. No había pasado por alto la pérdida de sangre y el hecho de que estaba empeorando. ¿Cuánto más aguantaría?

Sabía que las garras del Ankou, un monstruo del inframundo, contenían un veneno que impedía la curación mágica. Quizás las de los Tengu no eran diferentes.

¿Cómo si no se explicaba que Nathan hubiera sido asesinado sin cortarle la cabeza? ¿Que sus heridas no se hubieran cerrado? Toda la sangre había sido visible incluso en la oscuridad de la noche.

Nathan. Las lágrimas ahogadas volvieron a aflorar y se me revolvió el estómago.

Rápidamente dejé de lado los pensamientos sobre Nathan y mis besos con Cade. Tenía cosas más importantes en ese momento. Todavía podía llorar más tarde, así como llegar a un acuerdo con mis sentimientos por Cade.

En ese mismo momento, estaba en la puerta con sus últimas fuerzas para defender la cabaña y a mí. Contaba conmigo.

Me apresuré a acercarme a nuestro dormitorio, donde había metido el librito de Hekate bajo el colchón. Todo en la cabaña parecía igual que siempre. Así que debían de haber dominado a Nathan fuera. Aunque, no, no todo estaba igual. Faltaba la belladona para la bebida. ¡*Maldición!*

Metí la mano derecha bajo el colchón y busqué el libro. ¿Dónde estaba? El miedo se apoderó de mí. Busqué frenéticamente hasta que mis dedos dieron por fin con el cuero en el que estaba encuadrado.

Aliviada, lo saqué. Por un momento, pensé que incluso nuestra última esperanza estaba perdida.

Hojeé las páginas en la mesa del comedor. Ya había mirado varias veces las distintas pociones y mezclas de hierbas, pero ahora no se me ocurría ninguna mezcla adecuada que pudiera ayudarnos.

Lo busqué con impaciencia hasta que mis ojos se clavaron en una palabra: *invisibilidad*.

¿Podría hacer la cabaña invisible?

Con el corazón palpitante, leí las líneas de acompañamiento y sí, realmente se trataba de una mezcla de hierbas que, si se rociaba un objeto con la mezcla preparada, podía hacer algo invisible a los ojos. Independientemente de si se trataba de los ojos de un ser humano o de un ser

mágico.

Cuando me di cuenta de que tenía todos los ingredientes, podría haber llorado de alegría.

Volví a leer las instrucciones y clasifiqué los ingredientes en el orden en que había que añadirlos.

Sin embargo, me quedé atascada en la última frase y fue como si me arrancaran el suelo de debajo de los pies.

Sin un potenciador mágico, esta mezcla de hierbas solo puede utilizarse en objetos que no sean más grandes que un caballo.

Aunque esta cabaña no era grande, era mucho más grande que un caballo. ¿Qué debía hacer ahora?

Me paseé impaciente de un lado a otro delante de la mesa del comedor. No teníamos tiempo para complicaciones. Pensativa, me detuve y cerré los ojos. *Sin un amplificador mágico.* Estas palabras flotaban en mi cabeza. ¿Qué podría usarse como amplificador mágico? ¿Habíamos hablado de ello en la escuela? ¿O se había tratado en alguno de los días que no fui a clase? Desgraciadamente, en retrospectiva, fueron bastantes.

Entonces recordé y me sentí mal. Conocía un amplificador mágico y siempre nos habían advertido sobre él. La sangre. Porque la magia de sangre era poderosa, pero también era magia oscura, magia prohibida.

No teníamos elección.

Decidida, abrí los ojos para mezclar las hierbas hasta formar una pasta con manos temblorosas. Luego cogí el cuchillo y me corté la mano con él. Pero mi curación mágica de las heridas impidió que cayeran más de dos gotas de sangre en las hierbas. Al quinto corte, me di por vencida y miré el pequeño charco de mi cuenco. Nunca se acabaría a tiempo.

Un golpe en la puerta principal me sacó de mis pensamientos y un jadeo ahogado, inducido por el dolor, me estranguló el corazón.

¡Cade!

Corrí hacia la puerta lo más rápido que pude. Me invadió el miedo y me pregunté si habría tardado demasiado en hacer la mezcla de hierbas. Tal vez Cade ya estaba muerto.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al pensarlo y luché por controlar la mano lo suficiente para apartar la viga de madera y abrir la puerta.

Cade se enfadaría muchísimo, pero ¿cómo podía hacer una promesa tan absurda cuando significaba su vida? ¿Realmente esperaba que la cumpliera?

En cuanto se abrió la puerta de madera, Cade cayó en el umbral, cubierto de sudor y sangre. Aún sujetaba su arco, pero ya no estaba consciente.

La forma en que estaba tumbado, con la cara increíblemente pálida, me recordó a mi hermano muerto la última vez que lo vi.

Irritada por la imagen, parpadeé y necesité un momento para orientarme de nuevo.

Un chillido me hizo levantar la vista y se me heló la sangre en las venas. Los tengu habían aterrizado en los campos y corrían hacia nuestra cabaña. Sus afilados dientes castañeteaban con fuerza y sus ojos negros como el carbón brillaban a la luz rojiza de la luna. Estaba claro cuál era su objetivo y a quién querían desayunar.

La adrenalina me dio fuerzas para arrastrar a Cade hasta el umbral de la cabaña. Un rastro de sangre se alineaba en su camino. El color era brillante y tan real que me puso la piel de gallina.

Luego cerré la puerta de un golpe y puse la viga delante para bloquearla. No los mantendría fuera mucho tiempo.

Preocupada, me arrodillé junto a Cade y le puse una mano en la mejilla. Un sudor frío

humedecía su piel y su respiración era demasiado superficial.

—Cade —susurré mientras le sacudía ligeramente el hombro con la otra mano. Una lágrima rodó por mi rostro—. ¡Despierta, Cade! No me dejes aquí sola. Te necesito.

Pero por mucho que le rogara, no se despertaba. Mientras tanto, los gritos de los tengu fuera de la cabaña eran cada vez más fuertes.

¿Qué otra cosa podía hacer? Desesperadamente, me apoyé en mis puños mientras mis ojos estaban fijos en Cade, casi como si esperara una señal de él, un mensaje. En ese preciso momento, la sangre emergió de debajo de su cuerpo, extendiéndose ahora hasta formar un charco.

Mi sangre no sería suficiente, pero la de ambos sí.

Cogí el cuenco de hierbas de la mesa y puse a Cade de lado para recoger mejor su sangre y añadir mis propias gotas al mismo tiempo. El cuenco se llenó con rapidez. Sangre roja y fresca mezclada con hierbas de colores del alijo de Hekate.

—Ya verás, Cade. Lo conseguiremos —le hablé al inconsciente para tranquilizarme—. Ahora rociaré las paredes y en cuanto seamos invisibles, los tengu desaparecerá. Y luego buscaré en el libro una cura para ti. ¡Vivirás! ¿Me has oído? No me rendiré contigo tan fácilmente, ¡así que tú tampoco lo hagas!

Decidida, me levanté de un salto, hundi los dedos en la mezcla rojiza y lo esparcí gota a gota por las paredes de la cabaña. Un ruido de arañazos en la puerta me hizo dar un respingo. Tenía que darme prisa. Me apresuré a mojar los dedos en la sangre una y otra vez para arrojarla sobre las paredes de barro. En cuanto la última pared quedó cubierta de motas rojas, se hizo de repente el silencio en el exterior.

Un vistazo por la ventanilla me mostró que, efectivamente, los tengu miraban a su alrededor asombrados. Pero uno de ellos me miraba directamente. ¿Me vio? ¿No estaba protegida de sus miradas? Despacio, muy despacio, se acercó con un movimiento enjuto, sus ojos negros fijos en mí. Los latidos de mi corazón se aceleraron. Lanzó un grito ensordecedor, luego siguió a los demás hacia el cielo con un potente batir de alas y se alejó volando.

Lo logré, respiré aliviada.

Pero mi alivio no duró mucho porque mis ojos se posaron en Cade. Su pecho ya no subía y bajaba. ¡Joder!

Sin limpiarme las manos cubiertas de sangre, cogí el libro de Hekate y me dejé caer junto a Cade. Con cuidado, lo puse boca arriba.

En Brysalia, solo los curanderos aprendían a reanimar a un ser, ya que era una rareza entre los inmortales. Pero por suerte yo había vivido en Alemania cuando me saqué el carné de conducir, y allí tenías que hacer un curso de primeros auxilios si querías obtener el documento oficial.

Aunque fue hace décadas, recordaba lo básico. El miedo, la desesperación y la tristeza se desvanecieron en el aire y lo que quedó fue una calma interior que me asustó.

Repasé mecánicamente los pasos que había aprendido, ventilé a Cade y masajee su silencioso corazón. Al mismo tiempo, volví a hojear el libro, que me había resultado increíblemente valioso en los últimos días.

Cuando volviera a Brysalia, se lo agradecería a Hekate. Junto con Cade. Me aferré a ese pensamiento como una mujer que se ahoga a un salvavidas.

Finalmente, encontré una mezcla que debería ayudar con las heridas causadas por una garra Ankou. Esperemos que también para uno de los Tengu.

Pero primero tenía que conseguir que el corazón volviera a latir. Las medidas de reanimación

eran increíblemente extenuantes. Mi frente ya estaba cubierta de sudor y el tiempo se agotaba. Llevaba demasiado tiempo en este estado.

Magia. Tenía que usar mi magia. Nada más podía salvarlo. Pero no se me permitía usarla en el mundo humano. Sería demasiado llamativo.

La cabaña es invisible, quizá lo que está pasando en su interior, pensé de repente y la decisión fue tomada. Tenía que correr el riesgo. Solo juntos, había dicho la profecía, podríamos detener a la diosa. Sin Cade, los mundos serían invadidos y subyugados por la diosa del caos.

¿Se había desvanecido ya el hechizo del secreto? Me escuché esperanzada y sí, podía sentirlo en lo más profundo de mí. Mi magia, que ahora comandaba hasta que hormigueaba expectante bajo mi piel. Sabía lo que tenía que hacer, podía sentirlo. No necesitaba un hechizo de mi grimorio. No, mi magia quería formar parte de Cade, curar su cuerpo hasta que su propia magia se liberara de las garras del veneno.

La dejé libre. Fluyó por mis venas. Mi piel empezó a brillar y con ella los numerosos tatuajes, hechizos de mi grimorio. Hacía mucho tiempo que no les permitía estar plenamente presentes, ya que no se me permitía usar la magia en el mundo humano. Solo había ocurrido una vez en el último siglo, cuando me atacaron en sueños.

Pero solo por un breve momento. No el tiempo suficiente para que mi fuerza se desplegara por completo.

Pero ahora zumbaba feliz en mi cuerpo y me di cuenta de cuánto la echaba de menos.

Coloqué con cuidado mis manos brillantes sobre el pecho de Cade.

Sálvale, le pedí a mi magia, que no dudó en cumplir mi deseo.

Mis dedos se iluminaron intensamente y luego vi que la luz se extendía a Cade. Al principio era solo el punto de su pecho donde estaban mis manos. Pero poco después se extendió como tinta brillante por sus venas hasta que todo el cuerpo de Cade brilló como el mío.

De repente, aparecieron en su piel signos y letras que nunca antes habían estado allí. Los miré con asombro. Eran tatuajes, como los míos.

¿Lo había visto con su grimorio en los últimos días? Lo conocía de antes, pero no lo había tenido consigo. ¿Cómo era posible? Salvo que... Volví a mirar los signos y símbolos. A menos que también llevara su grimorio en la piel. Igual que yo.

En el mismo momento, sentí el primer latido y Cade jadeó. Abrió los ojos y me miró horrorizado. Su mano agarró la mía, apretándola con fuerza.

—¿Qué has hecho? —gimió desesperado, para volver a caer en un desmayo.

—Hice lo correcto —susurré, apartándole un mechón de pelo de la cara—. Te salvé.

CAPÍTULO 28



LA IRA ARDÍA como fuego en mis venas. Cerré el portal a Brysalia con toda la fuerza después de que el último Tengu se hubiera deslizado a través de él.

Deberían haber sido la solución a mi problema. Los había capturado inadvertidamente en las montañas blancas de Aitvaras y los había traído aquí a través de este portal. Sabían lo que tenían que hacer, pues conocían muy bien sus tareas.

No me han decepcionado ni una sola vez, hasta hoy.

Solo pudieron matar al cambiaformas. Escuchar los gritos de muerte del maldito lobo fue una gratificante satisfacción.

Los otros dos Brysalianos deberían haberle seguido, pero fueron más listos que mis hermosas y oscuras criaturas de la muerte.

Cuánto la odiaba, así como a esa maldita profecía.

Nunca podría perdonarme el error cometido hacía un siglo. Por mi culpa, ahora me encontraba en esta situación. Pero, ¿quién podría haber imaginado lo leales que eran estos seres mágicos? ¿Y lo heroicos que eran?

Héroes. Otra palabra que ardía en mi boca como el ácido.

Escupí con desdén. El tiempo se agotaba y no me había acercado ni un paso al grimorio, salvo en los sueños de la niña. Por desgracia, estaba atada a su alma y no podía moverme con libertad. De lo contrario, habría ido a buscar pistas en mi segundo sueño para averiguar exactamente dónde estaban escondidos esos túneles. Tenía que conseguir de algún modo que la niña emprendiera la búsqueda por sí misma. Pero no había dormido desde el ataque de los tengu y, si lo hizo, fue demasiado poco para atraerla a un sueño.

Necesitaba un nuevo plan. Un plan mejor. Un plan mortal.

CAPÍTULO 29



CADE

APOYADO en el tronco del enorme abeto Douglas, miré a través del claro hacia el linde del bosque. Un ciervo pastaba tranquilamente allí sin fijarse en mí.

Me encantaba este lugar, aunque me doliera, porque sacaba los recuerdos a la superficie. Pero también curaba, como había experimentado con Raven cuando la traje aquí durante su ataque de pánico.

Raven. ¿Sería capaz de afrontar el hecho de tener que seguir sola? Esperaba que ahora pudiera hacer las paces con el pasado. Había recibido lo que merecía. Lo que debería haberme ocurrido hace un siglo, cuando Markael evitó mi destino. El destino que yo acogí con los brazos abiertos desde entonces.

No podía seguir viviendo con esta culpa. Pero ni siquiera mi peligrosa vida de mercenario había colmado mi deseo de muerte. Ahora por fin el momento me había encontrado y podría pagar mi deuda.

Salvé a Raven y ahora podía descender al reino de los muertos de Hades con la conciencia tranquila para reencontrarme allí con Markael. Para decirle que su hermana estaba bien y esperarla allí.

Fue un gran sacrificio que estaba dispuesto a hacer. El amor de mi vida.

Mi suave suspiro asustó al ciervo y desapareció entre la maleza. Miré al animal con nostalgia.

Seguía atrapada aquí, en el mundo entre la vida y la muerte. Podía sentir cómo mi cuerpo tiraba de mi alma, intentando arrastrarla hacia la luz, pero ya estaba decidido. A favor de la muerte. Por mi destino. El destino que las Norns, las diosas del destino, tejieron sabiamente para mí y al que no podía rendirme en ese momento.

Pensativo, arranqué unas briznas de hierba y las froté entre los dedos. Su fragancia se despegó a mi alrededor y llenó el aire de los dulces aromas de la primavera.

De repente, una figura translúcida apareció al otro lado del claro. Reconocí a una hermosa mujer vestida con una larga túnica. Sus pies flotaban sobre el suelo y tenía los ojos cerrados. Se acercó lentamente.

No sentí miedo, solo curiosidad, y me levanté a su encuentro.

Nos detuvimos en el centro del claro. Sin duda era dos cabezas más alta que yo y, en cuanto abrió los ojos, solo pude caer de rodillas ante ella e inclinar la cabeza. En lugar de iris, en las

cuencas de sus ojos se veían planetas y estrellas. Era una Norne. Una de las tres diosas del destino.

—Levántate —oí su voz cerca de mi oído. Era una orden y al mismo tiempo sus palabras resonaban con calidez—. La estás defraudando.

Había leído que estas diosas hablaban con rimas y acertijos, pero enseguida supe a quién se refería.

—¿Raven? —pregunté de todos modos mientras me levantaba y la miraba directamente a los ojos. El universo se extendía en ellos y me hacía sentir muy pequeño e insignificante—. Ella puede hacerlo sin mí. Ten fe en ella.

«Tenemos confianza más que suficiente,
pero tu muerte actual sería una traición.

Tu tiempo está lejos de haber terminado,
Tu vida hoy aún no ha acabado».

—Pero debería haber muerto en la montaña entonces. No está bien que siga vivo. No me lo merezco —intenté defender mis decisiones y a mí mismo.

«Lo que pasó en la montaña,
se basa en nuestra previsión.

El hilo del Uno estaba acabado,
pero tu muerte evitada.

Has malinterpretado el destino,
pensabas que todo era complicado.

Las estrellas se alinean favorablemente en tu hora,
pero debes oírlo de tu boca.

Todavía no se ha perdido nada,
tu corazón elegido por ella.

Solo juntos podrán evitar el caos,

Solo juntos podrán acabar con la profecía».

Estaba ante mi diosa como si me hubieran golpeado en la cabeza. Todos estos años había creído que merecía morir, que tenía que buscarla y, sobre todo, que no me estaba permitido amarla, después de todo, le había arrebatado a su hermano.

—Ella me odia. Nunca me perdonará. —Tuve que tragar saliva. Siempre había evitado estas confrontaciones con ella y nuestro pasado.

«Ella no sabe la verdad,

Otra historia llegó a sus oídos.

Imbuidas de veneno, las palabras la confunden,
pero empieza a sentir la duda.

Cuéntale lo que realmente pasó entonces,

Te creará, ella misma ya está muy cerca de la verdad».

Había visto el odio abismal en los ojos de Raven. ¿Qué podía haber causado ese fuerte sentimiento? Ahora me daba cuenta de que había cometido un gran error al aceptar su reacción, por mucho que me doliera, y considerarla un justo castigo. Pero aquí, en el claro frente a mi diosa, comprendí por qué me odiaba tanto.

—Cree que le quité la vida a su hermano —susurré horrorizada.

«Eso es lo que le dijeron,

siempre atormentándola con estas palabras.

Hasta que en su mente las anidó,

Y le robó su amor por ti».

—Entonces no hay esperanza para nosotros. El odio es demasiado profundo. Lo he visto, lo he sentido —suspiré.

*«La esperanza es un bien valioso,
sobre todo, emparejado con un coraje de hierro.
Ten el valor de enfrentarte a ella,
para entrar en su mundo de dolor.
Sé sincero con ella y contigo mismo,
para que finalmente te liberes».*

la diosa del destino tenía razón. Fui un cobarde. No quise escuchar de Raven lo que más temía cuando bajé de aquella montaña: que deseaba que su hermano nunca me hubiera salvado. Que hubiera ido a la muerte en su lugar.

La diosa me puso la mano en el hombro y me sonrió alentadora.

*«Hijo, no dudes de tu valía,
tu culpa naturalmente te honra.
Pero no te pierdas en pensamientos equivocados,
muchos otros se han hundido en ellos antes que tú.
El perdón es un poder en sí mismo,
tan fuerte como la luna en una noche estrellada.
Su luz brilla en la oscuridad,
arroja una sombra sobre lo que los ha dividido.*

*Solo la honestidad, el valor y el amor pueden derrotar a tu enemigo,
evitar que consiga los mundos.*

*La felicidad está al alcance de tu mano,
siente que ya está ahí».*

Sí, lo sentí en la fiesta. Después de tanto tiempo. Felicidad y amor. No solo el deseo por esta hermosa mujer, sino el único amor verdadero que me habían arrebatado hacía un siglo y que nunca había vuelto a encontrar.

Esta buena suerte también se vio castigada poco después con la muerte de Nathan.

Apreté desesperadamente los dedos contra el puente de la nariz. Tenía que concentrarme, pero mis pensamientos eran cada vez más confusos y mi cuerpo tiraba cada vez más de mi alma. Pero aún no estaba preparada para abandonar este lugar.

—¿Y si dudo y ella duda también? ¿Y si no puede perdonarme, igual que yo no puedo perdonarme a mí mismo? —expresé mis pensamientos.

La tristeza se apoderó del rostro de la diosa. De repente, parecía como si el infinito pesara sobre sus hombros. Los milenios de su vida pasaron por su rostro y las estrellas de sus ojos perdieron su luz.

*«Entonces estamos condenados,
la profecía nació en vano.
La luz desaparecerá en la oscuridad,
el caos se une a nuestro ser.
Nos devorará a todos,
destruirá lo que el bien podría traer.
Cade, ustedes dos son nuestra única esperanza,
no tomes la dirección equivocada por miedo.
Lucha por el mundo, por la luz,*

*Es algo más que tu deber.
Es tu destino, sí, incluso tu felicidad,
Así que recupera tu amor».*

Mi amor, mi Raven. Nada deseaba más que reunirme con ella, hacerla feliz, formar una familia a su lado. Como habíamos imaginado cuando nos comprometimos.

¿Era realmente mi falta de valor lo que me frenaba? Siempre me había considerado valiente. Si no era por ella, ¿por quién?

—No me rendiré. —Miré resueltamente al Norne—. Mi hilo del destino aún no ha llegado a su fin. Puedo sentirlo ahora que la culpa ya no pesa tanto sobre mí. No los defraudaré, ni a ustedes, ni a mis diosas, ni a los mundos, y no caeré sin luchar. —Una nueva energía y fuerza me inundaron.

*«Entonces mi aparición no fue en vano,
esta decisión es la más importante de tu vida.*

*Aunque el camino siga siendo sinuoso,
Tu valor no volverá a desaparecer.*

*Lo necesitarás en la batalla por la luz,
sin embargo, en la oscuridad te sumergirás.*

*La diosa de las dos medias lunas es un peligro para todos,
Separa sus lunas y sus poderes caerán en tu trampa.*

Nunca olvides quién eres,

El caos es un maestro de la astucia.

Escóndele el libro sagrado,

y sálvanos a todos de una terrible maldición.

*Permanecer juntos y nunca separados,
entonces pronto el fuego de la desconfianza ya no arderá en Salem.*

*Lo que ha ocurrido no puede detenerse,
pero aún puedes mantener a raya un destino peor.*

*Lleva mis palabras contigo en tu camino,
y así, evita un baño de sangre.*

El Caos quiere forjar monstruos sin alma,

Esto debe evitarse a toda costa.

*Pero ahora despréndete de este mundo intermedio,
y encuentra tu verdadero yo, mi héroe.*

Seguiremos guardando tus hilos del destino,

Pero ya es hora de despertar».

CAPÍTULO 30



RAVEN

DOS DÍAS y dos noches habían pasado desde el ataque de los Tengu, Nathan estaba muerto y Cade estuvo a punto de morir también.

Después de reanimar su cuerpo, le había aplicado en la espalda la mezcla de hierbas que ayudaba contra el veneno de Ankou. La había renovado cada hora y con alivio vi cómo se cerraban los profundos cortes. Desgraciadamente no sin cicatrices, la magia de Cade había sido suprimida durante demasiado tiempo.

Pero ni siquiera entonces, cuando solo se veían cicatrices en su piel, despertó del coma en que se encontraba.

Al principio pensé en arrastrarlo hasta la cama, pero cada movimiento hacía que las heridas volvieran a desgarrarse y, una vez cerradas, estaba demasiado débil por la falta de sueño para levantarlo hasta el colchón. Por eso lo dejé tumbado en el suelo con suficiente abrigo encima para mantenerlo caliente.

Todo el tiempo estuve a su lado, humedeciendo sus labios y hablando con él sobre nuestro tiempo juntos en Brysalia, y nuestro tiempo juntos con Markael.

Había llorado, delirado, reído, cantado y callado. Lo único que no podía hacer era dormir. De vez en cuando me quedaba dormida, pero al poco rato me despertaba con los horrores que rondaban mis sueños. El cuerpo empalado de Nathan, sus miembros casi amputados. La imagen me había sobresaltado más de una vez y a duras penas conseguía llegar hasta la puerta, donde vomitaba.

Solo había salido de la cabaña una vez durante el día, evitando mirar en dirección a Nathan mientras iba a por agua al arroyo y recogía los numerosos huevos que las gallinas habían puesto en el granero los días anteriores. Fue entonces cuando encontré a Coletta y la conduje a la cabaña, que también se había vuelto invisible para ella.

Por fortuna, habíamos amontonado suficiente leña junto a la cabaña, al lado de la puerta principal, para mantener el fuego encendido.

Me sentí mal al dejar el cuerpo de Nathan colgando en medio del campo. Sentí que lo abandonaba. Se merecía una ceremonia de despedida, había sido un buen hombre. Pero ¿cómo iba a bajar al gigante del poste sin la ayuda de Cade? No tenía fuerzas, no solo físicas, sino también mentales. Para eso necesitaba a Cade.

Fuera, el sol volvía a ponerse. Me asomé a la ventana y contemplé el paisaje rojizo, que me

puso la piel de gallina. El cuerpo celeste colgaba pesado, como un mal presagio, entre las nubes. Me recordó que nuestro tiempo en el siglo XVII estaba llegando a su fin. Solo nos quedaba esta noche y la siguiente. Al mediodía del día siguiente, viajaríamos de vuelta al futuro. Independientemente de si completábamos nuestra tarea para entonces o no.

Coletta solo había venido a casa una vez, poco después del ataque, pero no fue de ayuda.

En lugar de cuidar de Cade conmigo, se acurrucó frente al fuego y durmió como si no hubiera pasado nada.

Había vuelto a salir a cazar al bosque porque no le gustaban mis huevos revueltos. Era mi única amiga y, sin embargo, me alegraba de su ausencia. Constantemente me hacía sentir que no se me permitía ser yo misma. En especial cerca de Cade. Una vez, cuando me tumbé en el suelo junto a él y me acurruqué a su lado, Coletta se había interpuesto entre nosotros con las garras extendidas para apartarme de él.

¿Fueron los celos los que la llevaron a hacerlo? ¿O era una salvadora disfrazada que no podía mostrar su afecto por mí en ese momento? ¿Me estaba protegiendo de mi estúpido corazón, que se sentía atraído por ese hombre?

—Tu pelo arde con el sol poniente —susurró de repente la voz ronca de Cade detrás de mí.

Sobresaltada, me giré y un par de ojos color turquesa me miraron con cansancio.

—¡Cade! —Corrí hacia él y me dejé caer a su lado. Una carcajada escapó de mi garganta y lágrimas de alegría corrieron por mis mejillas. Rodeé su cuerpo con ambos brazos y me apreté contra su pecho, que subía y bajaba uniformemente. Un regalo de la diosa.

Entonces empecé a sollozar sin freno. Liberé todas las tensiones de los últimos días. El miedo, la ira, la tristeza y la preocupación. Cade me acarició el cabello con suavidad mientras me dejaba llorar hasta que no quedaron lágrimas.

—Estuviste en coma. ¿Dónde has estado tanto tiempo? —pregunté sin reproche, limpiándome las últimas gotas saladas de la cara.

—Perdido —susurró—. Estaba perdido, Raven. Pero ahora he encontrado el camino de vuelta.

Aunque no sabía con exactitud a qué se refería, asentí con una sonrisa. Seguramente me lo diría cuando estuviera preparado. Yo también me había perdido cuando pensé que me había abandonado. Lo más importante ahora era que estaba aquí y había vuelto. Por mí.

Le acaricié con ternura un mechón de pelo de la cara, me levanté y fui a buscar un cuenco de caldo caliente que en realidad solo preparé para mí. Volví a sentarme en el suelo con él.

Le sujeté con cuidado la cabeza por la nuca mientras le acercaba el cuenco a los labios. Cade bebió el caldo a pequeños sorbos. Sus mejillas enrojecieron y la palidez desapareció de su rostro. Gracias a su magia, ahora que estaba despierto, mañana se recuperaría.

—¿Cuántas horas he estado inconsciente? —preguntó, su voz sonaba mucho más fuerte que antes.

—¿Horas? —No pude reprimir una risa sin gracia—. Han pasado dos días y dos noches, Cade —añadí en voz baja.

—¿Qué? —Como desesperado intentó enderezarse—. Eso significa...

—Eso significa que aún tenemos tiempo suficiente para cumplir nuestra misión —dije con toda la seguridad del mundo que pude reunir mientras le empujaba con suavidad pero con firmeza hacia el suelo—. Pero para eso tienes que estar en forma y descansado.

—Tú también —respondió, escrutando mi rostro con preocupación—. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste?

—Aparte de los breves momentos intermedios, en absoluto desde que estábamos en el abeto

Douglas de tu sueño —respondí con sinceridad. De todos modos, él sabía cuándo mentía. Siempre lo hacía.

—Lograste encontrar un hechizo que podría salvarnos de los Tengu.

—Sí. Es un hechizo de invisibilidad. La cabaña permanece oculta para los demás, sean mágicos o no.

—Eso significa que estamos a salvo aquí por el momento. Incluso cuando dormimo. —Su mirada revoloteó hacia la puerta, que había vuelto a cerrar con la viga de madera.

—No pude terminar la poción con la belladona. Ha desaparecido —le dije en voz baja.

—Así que no estás protegida cuando sueñas —concluyó y enarcó las cejas pensativo.

—Si la diosa ha enviado a los Tengu, entonces no perderá la oportunidad de matarnos o torturarnos hasta que la llevemos al grimorio. Aunque nosotros mismos no sepamos dónde está. —Sabía que esa diosa no se rendiría tan fácilmente.

—Eso significa que tenemos que engañarlos —razonó—. Para empezar, no puedes entrar en tus sueños sola, sino solo conmigo. Sabemos adónde te llevarán en cuanto duermas lo suficiente. Al grimorio. Creo que Hekate tenía razón. Hay una conexión entre tú y el libro. Aparentemente eres un guardián. Tal vez debamos aprovecharnos de eso.

—¿Quieres decir que debemos dejarnos llevar allí deliberadamente? —pregunté con sorpresa. ¿Qué pretendía?

—Sí. Solo para que podamos ir a buscarlo nosotros mismos. —Cade sonrió diabólicamente y, para mi deleite, sus ojos brillaron con energía.

—Pero sin duda nos seguirá. Después de todo, me ha encontrado siempre. Creo que ella solo puede estar dentro de mi sueño donde yo estoy. Ella me buscará.

—Pero no si existes dos veces.

—¿Dos veces? —¿Quería clonarme?

—Vi una mezcla en el libro de Hekate que te permite doblar algo o a alguien esparciendo las hierbas sobre tu propia sombra. Entonces enviaremos tu sombra al Grimorio, donde Eris ya te está esperando. Sin duda, una parte de tu alma quedará oculta en tu sombra. Esperemos que sea lo suficientemente grande como para que la diosa no se dé cuenta. Mientras tanto, tú y yo buscaremos la salida del túnel.

—¡Eres brillante, Cade! —dije emocionada, dándome cuenta de que este plan podía funcionar de verdad. Que por fin teníamos la oportunidad de ir un paso por delante de la diosa. Puse el librito de Hekate en la mano de Cade y él buscó la página correcta. Cuando la encontró, me dictó los ingredientes, que reuní cuidadosamente. Además de algunas de las especias y tinturas de Hekate, también necesitábamos la cáscara de una cebolla, de la que, afortunadamente, había suficientes secas colgando del techo.

Preparamos la mezcla juntos en el suelo. Yo molía y mezclaba los ingredientes mientras Cade me daba instrucciones. No tardé mucho en verter la mezcla terminada en la bolsa donde Nathan había guardado las monedas. Como había traído la página del libro del primer sueño, esperábamos que hubiera algo que llevarnos.

Luego recogí la hebra de sauce llorón y me tumbé junto a Cade. Todo daba ya vueltas ante mis ojos, estaba ya muy cansada.

Al entrelazar nuestras manos, me acercó tanto a él que su calor me envolvió. La sensación de seguridad inundó todo mi cuerpo.

—¿Lista? —preguntó Cade, y cuando asentí, envolvió la cuerda de sauce alrededor de nuestras manos—. Piensa en mí —susurró, mirándome tan penetrantemente que solo pude asentir, aunque me hubiera gustado gritar. A estas alturas ya sabía que solo podíamos entrar

juntos en un sueño si pensábamos el uno en el otro.

Cansada, cerré los ojos y me quedé dormida.

—*RAVEN* —susurró una voz cerca de mi oído y me sobresalté. Miré a mi alrededor y me encontré de nuevo en el túnel que conducía al grimorio. Cade se había inclinado sobre mí y me había dado una ligera sacudida en el hombro.

—Pensé que nunca despertarías —suspiró—. Si es que a eso se le puede llamar estar despierto en un sueño.

Me dolía la cabeza, pero me enderecé lentamente.

—Al parecer, la privación de sueño te ha hecho caer en una especie de sueño profundo sin sueños. —Cade me ayudó con cuidado a levantarme y me sostuvo hasta que recuperé el equilibrio—. ¿Te sientes bien? ¿Crees que tienes suficiente fuerza para hacer la búsqueda? ¿O deberíamos cancelarla?

—No pasa nada. Me las arreglaré —respondí con firmeza—. Después de todo, no soy yo quien acaba de despertar de un coma.

—Bueno, no todo el mundo puede ser tan grandioso como yo —dijo con sequedad y no pude evitar reírme.

—¡Asqueroso arrogante!

Me sonrió con descaro y de repente estaba tan cerca que podía sentir su aliento en mi piel.

—Me alegro de verte reír de nuevo —ronroneó mientras su mirada se deslizaba por mi cara. Casi como si quisiera memorizar cada milímetro.

Me apresuré a dar un paso atrás y saqué la bolsa que contenía la mezcla de hierbas. Se la apreté en la mano y señalé con la barbilla mi sombra, que era claramente visible en el suelo y las paredes del túnel gracias a las antorchas encendidas.

—Entonces haz algo útil, mi grandiosidad —bromeé, haciendo que una carcajada rodara por mi cara como lluvia tibia.

Inmediatamente se puso manos a la obra y extendió la mezcla sobre mi sombra mientras yo me mantenía quieta para que no se moviera. Cuando terminó, el negro parpadeó por un instante y, de repente, se convirtió en un resplandor brillante. Un hormigueo me recorrió la punta de los pies, donde mi cuerpo estaba conectado a mi sombra.

Los bordes de la sombra adquirieron contornos nítidos y me sentí como aquel niño cuya historia había visto en una película. *Peter Pan*.

No hubo ningún cambio consciente cuando pequeñas luces centelleantes barrieron esta copia de mí misma como polvo de estrellas y me deslumbraron tanto que cerré los ojos. Cuando volví a abrirlos, me encontré de pronto ante mis propios ojos grises, que me miraban mudos.

CAPÍTULO 31



CADE

—¡JODER! —susurré y miré de Raven a su clon, formado a partir de su propia sombra. Donde antes solo había sido una imagen gris-negra, la nueva Raven brillaba ahora en color y 3D. De algún modo, esperaba que esta copia fuera menos vívida y más transparente. Pero no era así. Todo lo contrario.

Raven dio con cuidado un paso hacia el clon y le acarició el brazo.

En lugar de meter la mano por él, la vi pellizcarlo ligeramente. El brazo estaba tenso. ¡Espeluznante!

—Es tan realista —admiró Raven a la mujer moldeada a partir de su sombra. Llevaba la misma ropa y el mismo peinado que ella—. ¿Crees que puede hablar?

—No lo creo. Es solo la forma, el exterior que hemos copiado. No tu cerebro, tus pensamientos o incluso tu alma entera.

—¿No se notará?

—Espero que no.

Genial, ni siquiera había pensado en eso cuando le sugerí la idea a Raven. En retrospectiva, empezaba a dudar de que el plan fuera realmente bueno. Pero ¿teníamos otra opción? No. No la teníamos, como tampoco teníamos tiempo suficiente.

Un poco desorientado, miré a mi alrededor. ¿En qué dirección conducía el túnel al grimorio y dónde podía estar la salida?

Incluso antes de haber reflexionado sobre la pregunta, sentí un tirón. El libro me llamaba. ¿Podría ser eso? Una mirada a Raven me mostró que ella también lo sentía.

—Ese es el camino hacia el Grimorio —dije con absoluta certeza y señalé hacia el túnel que había a mi izquierda, iluminado por antorchas. Raven asintió con la cabeza. Al parecer, ambos estábamos conectados con el libro de algún modo.

—Así que eso significa que tenemos que ir por aquí —concluyó Raven, mirando con recelo el túnel, que parecía más oscuro que el otro debido a la falta de antorchas encendidas. En las películas del mundo humano, lo sabía por mis escasas visitas, siempre era así. Un túnel era luminoso —pájaros cantando, flores de colores, sol—, mientras el otro era oscuro —sombras espeluznantes, el aullido de un lobo, árboles nudosos que parecían esconder todos los monstruos peligrosos del mundo—.

Giré con cuidado el clon para que pudiera caminar directamente en la dirección donde se

encontraba el libro. Esta criatura sombría no tenía calor corporal. Si no sintiera la solidez de su cuerpo, pensaría que había puesto la mano en el aire.

—¿Cómo podemos activarlo? —me pregunté, y me encontré buscando algún tipo de interruptor que la semejanza de Raven pudiera tener escondido en algún lugar de su piel y que lo hiciera funcionar.

—¿Quizá pueda controlar mi otro yo con mis pensamientos? De alguna manera forma parte de mí y mi cuerpo reacciona a los impulsos del cerebro. Y eso es lo que tengo dentro de mí. ¿Qué te parece? —preguntó Raven y, sin esperar respuesta, cerró los ojos un momento. La clon Raven ya estaba en marcha, marchando decidida hacia el lado del túnel que la conduciría al grimorio.

La miré con asombro antes de recordar que teníamos que darnos prisa.

—¡Super! ¡Ha funcionado! ¡Ahora tenemos que ser rápidos! —grité y me apresuré a arrastrar a la verdadera Raven conmigo en la otra dirección—. En cuanto Eris se dé cuenta del engaño, nos dará caza.

Rápidamente saqué una de las antorchas, que de alguna manera siempre parecía estar encendida, de su soporte y la sostuve frente a nosotros. La oscuridad anterior se iluminó de inmediato y se pudieron ver insectos y arañas que desaparecían en las grietas entre las piedras.

—El otro lado del túnel parecía mucho más acogedor —susurró Raven y no pude más que darle la razón. Automáticamente cogí su mano y me dio una sensación de seguridad.

Pude notar su mirada de desconcierto en mi cara, pero no apartó la mano. Entonces salimos corriendo.

Al principio, el camino era muy sencillo, pero pronto nos encontramos con raíces de árboles que estaban tan cubiertas de maleza de un lado a otro del túnel que solo teníamos un pequeño hueco por el que trepar. Fue demasiado difícil con la linterna, ya que la madera habría estallado en llamas como un faro si la hubiéramos tocado con nuestra luz.

Después tuvimos que quitar piedras de los muros que se habían derrumbado para poder seguir adelante. El tiempo apremiaba, el aire estaba cargado y la pregunta de dónde estábamos se hacía insoportable cuantos más obstáculos encontrábamos.

—Mira, más adelante, el túnel se bifurca en dos direcciones —susurró de repente Raven. Preocupados por no estar solos en estos túneles subterráneos, habíamos decidido guardar el mayor silencio posible para no llamar la atención.

—¿Y ahora? —Esto no era nada bueno. ¿Y si elegíamos el túnel equivocado y teníamos que volver atrás en algún momento? Entonces ya podría ser demasiado tarde.

—Quizá deberíamos separarnos —sugirió y me di cuenta de que no le gustaba su propia sugerencia. A mí tampoco.

—No —dije con firmeza—. No debemos separarnos bajo ninguna circunstancia. En algún momento, Eris se dará cuenta del engaño y entonces solo podremos hacerle frente juntos o, si es necesario, abandonar el sueño lo más rápido que se pueda.

—Tienes razón. —Miró pensativa las dos entradas del túnel, que parecían absolutamente idénticas.

De repente se le iluminó la cara y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo polvoriento.

—Usemos un péndulo —afirmó y sacó un collar de su escote. Intenté no mirarla directamente, porque sus pechos eran... Contrólate, Cade, me ordené y me senté junto a ella.

—Pero este collar no es un péndulo —comprendí dubitativo. Sabía por Raven que el amuleto con la piedra roja pertenecía a la mujer de Nathan y que él se lo había prestado para el festival. Nathan siempre se había mostrado misterioso. Había vivido, visto y experimentado muchas

cosas. Era una pena que no pudiera contarnos más. En cierto modo era tan absurdo que no estuviera viajando por el bosque y volviera por la mañana para despotricar sobre el desayuno de Raven.

—No, no lo es —Raven me sacó de mis pensamientos—. Pero este amuleto tiene magia, así que es casi como un péndulo del mundo mágico.

—¿Tiene magia? —pregunté. No me lo esperaba—. ¿La magia de quién? No podemos confiar en que sea magia blanca la que nos está ayudando.

—Es la magia de la mujer de Nathan. —Raven me miró insegura y pude sentir lo difícil que le resultaba decir su nombre. La acerqué un momento y la besé por un instante en el cabello.

—Entonces, intentémoslo —decidí. Confiaba en Nathan y sabía que él habría querido que lo usáramos.

Raven respiró hondo y soltó el amuleto para que colgara libremente de la cadena.

—Si oscila de un lado a otro, significa que tenemos que ir por el túnel de la derecha —susurró Raven más a la cadena que a mí—. Pero si oscila de un lado a otro, entonces tenemos que seguir por el túnel de la izquierda. Y si oscila en diagonal, nuestra única opción es volver al mundo real.

Raven me miró un instante, luego cerró los ojos, murmuró su pregunta en voz baja y dejó que el péndulo girara en círculo.

Contuve la respiración mientras el amuleto crecía cada vez más rápido y la piedra roja se encendía como el fuego. Justo cuando temía que fuera aún más rápido, de repente se detuvo en vertical y luego colgó de un lado a otro.

Los ojos de Raven se abrieron de par en par y una pequeña sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

—Entonces será el túnel correcto —dijo, casi aliviada, y volvió a ponerse la cadena. Después de ponerme de pie, la ayudé a levantarse, girando la parte superior de mi cuerpo hacia un lado en el último momento para que la antorcha no la golpeará. Sin embargo, esto la acercó aún más a mí y nuestros cuerpos se tocaron.

Los dos respirábamos demasiado rápido mientras permanecíamos en esa posición y nos mirábamos con fijeza. Era tan valiente, bondadosa y hermosa. Si todo hubiera salido como habíamos planeado, habríamos estado casados cien años. Me dolía pensarlo. Había imaginado tantas veces nuestro futuro juntos con los colores más gloriosos y, sin embargo, todo resultó completamente distinto. Mis ojos se fijaron como por arte de magia en su anillo, que por un lado simbolizaba nuestro falso matrimonio y al mismo tiempo era nuestra única salida de Salem y de este siglo.

Raven siguió mi mirada.

—Nuestras alianzas —exhaló casi sin voz y me miró tan interrogante y desesperadamente al mismo tiempo que me habría encantado contarle allí mismo todo lo que había pasado en la montaña hacía cien años. Para que, con un poco de suerte, pudiera perdonarme por fin. Pero no teníamos tiempo para eso. ¿O quizás sí? El momento de hablar con ella sobre la muerte de su hermano siempre parecía el momento equivocado. Debería acabar de una vez.

Con la mano libre, agarré la suya, donde estaba el anillo, y acaricié el oro con suavidad.

—Raven, creo que es hora de...

En ese momento, se dobló y empezó a gritar de dolor. Apenas pude evitar que se desplomara.

—¡Raven! ¡Raven! —grité mucho más fuerte de lo que nos convenía—. ¿Qué pasa?

—¡Las cadenas de sombra! —gimió, apretando la mandíbula con fuerza—. Puedo sentir las.

—¿Qué? —La apoyé mientras se retorció de nuevo, quejándose—. Deberíamos dejar el sueño y parar todo esto.

—¡No! —dijo con firmeza, secándose el sudor de la frente que se le había formado debido al dolor—. Me las arreglaré. Me sentiré mejor en un minuto. Solo necesito separarme mentalmente de mi clon.

Cerró los ojos y juntó las cejas, concentrada, mientras respiraba con dificultad. Pero su respiración se calmó pronto y las fuerzas volvieron a su cuerpo.

Me miró triunfante.

—Podemos seguir, Sr. Grandioso —me bromeó. Parecía sentirse mejor de nuevo. Menos mal.

Con la linterna en la mano, entré en el túnel de la derecha. Parecía más frío que el que habíamos atravesado antes. ¿O me lo estaba imaginando?

Una mano cálida se deslizó en la mía y nuestros dedos se entrelazaron con demasiada naturalidad.

Encajaban como dos piezas de un rompecabezas. Era una sensación familiar y al mismo tiempo excitante estar tan cerca de ella.

—Entonces vamos a ver si hay una salida aquí. —Lleno de confianza, me puse en marcha. Raven a mi lado. No podía explicar de dónde venía esta nueva esperanza, pero era algo bueno. Hacía tiempo que no sentía ninguna, viviendo en la oscuridad sin una chispa de luz.

Pero ahora era como si un punto de luz se reconociera a lo lejos, en la negrura de mi propia alma. Como una luciérnaga, el resplandor volaba hacia mí y se hacía más grande, más brillante y más potente a cada paso que se acercaba.

Satisfecho con esta evolución y con la cercanía de Raven, mi magia zumbó en mi interior. También recordaba los tiempos en que casi parecía explotar de pura felicidad. Pero de eso hacía ya mucho tiempo.

CAPÍTULO 32



*R*AVEN

LLEVÁBAMOS un buen rato siguiendo el curso del túnel, pero aparte de varios insectos y muchas arañas, aún no habíamos encontrado nada.

Como me había separado mentalmente de mi sombra, también me faltaba información sobre el paradero de la diosa. Antes de eso, sabía que estaba con el grimorio.

Cada vez miraba más a mi alrededor. Cada vez con el corazón palpitante y el profundo temor de que Eris pudiera estar detrás de mí.

Lo único que me daba apoyo y evitaba que me volviera loca era la mano de Cade. Sujetaba la mía con fuerza y calidez.

Lo único que oíamos era el goteo constante de la humedad que cubría las paredes. ¿Acaso estábamos cerca de un arroyo, un lago o incluso una cascada?

Sin embargo, el aire no era pesado por la humedad que rodeaba la sección del túnel, sino más bien fresco y agradable. O la salida estaba cerca o en algún lugar había un agujero hacia la superficie tan bien oculto que no entraba la luz.

Por su parte Cade permanecía demasiado silencioso y algo pensativo desde el incidente con la sombra que aparentemente había atacado a la otra Raven.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté. Tal vez no estaba lo bastante bien mentalmente como para hacer este viaje en mi sueño.

—Sí, estoy bien. ¿Tú también? ¿Todavía puedes sentir las sombras?

—No, el dolor ha desaparecido —le hice saber.

—Raven, sabes tan bien como yo que es hora de hablar de Markael. Y sobre su... —vaciló un momento mientras su mirada me sostenía—... muerte.

Evité su mirada por un corto periodo de tiempo. Aunque ya lo había decidido por mí misma, salió de su boca de forma un tanto inesperada.

Mis ojos se encontraron con los suyos de color turquesa y había tanta súplica y esperanza en ellos que se me llenaron los ojos de lágrimas, que aparté parpadeando.

—Sí, lo sé —susurré y me apreté la mano animándome—. Pero me da miedo —admití con sinceridad.

—Yo también siento miedo —respondió sin vacilar—. Juntos podemos hacerlo. Estoy seguro de ello.

Una pequeña sonrisa apareció en sus labios y luego se congeló en una expresión de horror.

Y entonces yo también las sentí. Las sombras.

—Están aquí —susurré, y Cade asintió en señal de confirmación.

—Debemos huir antes de que la diosa aparezca aquí con ellos.

El frío causado por estos terrores brumosos se introdujo profundamente en mis miembros y un escalofrío hizo temblar todo mi cuerpo. El recuerdo del dolor que me habían infligido me producía náuseas.

Pero Cade ya estaba tirando de mí hacia adelante. Ya no estábamos caminando, estábamos corriendo.

—Tenemos que haber encontrado y explorado la salida antes de que llegue Eris. De lo contrario, todo será en vano y ella verá cómo llegar hasta el libro —jadeé mientras intentaba mantener el ritmo.

—En cuanto estemos fuera y hayamos visto el entorno, tienes que abortar el sueño. Tienes que sacarnos directamente de él y devolver a la diosa a la realidad.

Tenía razón. Si interrumpía el sueño a tiempo antes de que Eris saliera del túnel, ya no tendría la oportunidad de ver por dónde salimos a la superficie.

—Lo intentaré —prometí, pero dudaba que lo consiguiera al sentir lo mucho que mi cuerpo necesitaba este sueño.

Las sombras se percibían ahora detrás de nosotros. De vez en cuando, sus tentáculos rozaban ya mi espalda o mis piernas. El miedo se apoderó de mí.

—¡Hay una luz ahí delante! —gritó de repente Cade y yo también reconocí el tenue cono de luz que debía estar produciendo la luna. En el mismo momento, me tiró con fuerza hacia la derecha. Un tentáculo zumbó cerca de mi cabeza y alcanzó el vacío.

—Nos alcanzarán antes de que llegemos a la salida —afirmé lo obvio.

—¡Entonces nos separaremos ahora! —decidió Cade, empujándome a su lado y deteniéndose bruscamente. Volví la vista hacia él, pero ya se había enfrentado a las sombras que lo envolvían con avidez.

Su rostro se contorsionó de dolor y gimió mientras los tentáculos lo agarraban con más fuerza y lo envolvían. Pero no usó su magia. ¿Por qué?

—¡Cade! —grité, sobresaltada. ¿En qué estaba pensando?

—¡Corre, Raven! —jadeó—. ¡Corre!

Una de las sombras se percató de mi presencia y se separó lentamente de su presa para dirigirse hacia mí.

—Aguanta —le supliqué a Cade y corrí lo más rápido que pude por el túnel hacia la salida. La sombra me pisaba los talones. Pero podía lograrlo. Gracias al sacrificio de Cade, tenía una oportunidad.

El punto de luz se hizo cada vez más grande y por fin se pudo reconocer el contorno de una salida. Los tentáculos de la sombra estaban ya tan cerca que me quemaban la cara y los brazos, pero no me detuve.

Mis pensamientos sobre Cade y su dolor incluso me ayudaron a acelerar un poco más.

—¡No te escaparás de mí, Raven! —gritó la diosa del caos no muy lejos detrás de mí—. Ya tenemos a tu prometido. Te atraparemos a ti también. —Su voz resonó peligrosa en mi cabeza, asentándose y amenazando con arrebatarme las últimas fuerzas.

No podía dejar que eso pasara. Yo era nuestra única salvación. Dejé a un lado sus palabras parásitas y sin responderlas, me dirigí hacia la abertura y al momento siguiente estaba de pie en un prado bajo el cielo nocturno. La luna acababa de salir de detrás de una nube e inundaba el paisaje con su luz. Miré a mi alrededor con rapidez, buscando detalles que pudieran ayudarme a

encontrar de nuevo el lugar.

Entonces divisé una casa no muy lejos. Sin duda la reconocería y, aunque no fuera así, no tenía más tiempo.

—¡Gracias Raven, pronto sabré dónde está la entrada al grimorio! —Eris ya arrullaba victoriosa desde el túnel y me di cuenta de que tenía que acabar con el sueño de inmediato. ¿Pero cómo? No quedaba ningún ancla en el mundo de la vigilia. Cade no estaba conmigo y Nathan estaba muerto.

El pánico se apoderó de mí cuando pensé en el cambiaformas, me hizo temblar, y esta sensación acabó por catapultarme fuera del sueño de vuelta al suelo de la cabaña.

CADE YACÍA A MI LADO, jadeando. Tenía ronchas sangrientas en el cuello y las muñecas.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté, sobresaltada y apenas capaz de reprimir mi preocupación mientras me levantaba de un salto y humedecía un paño—. ¿Por qué, en nombre de la diosa, no usaste magia?

—Era la mejor manera de distraerlos de ti. —Se incorporó con lentitud.

—¿Así que pensaste que lo más sabio sería dejar que te estrangularan?

—Si has salido del túnel de una pieza, el dolor ha merecido la pena —le devolvió con una media sonrisa.

—Lo tengo. Sé más o menos dónde puede estar la entrada del túnel. Pero tu *grandiosidad* acabará llevándote a la tumba —predije, y se me hizo un nudo en el estómago ante la idea. Pretendía sonar burlona, pero salió de mi boca más bien preocupada.

Le acaricié con cuidado las heridas del cuello, que ya se estaban cerrando de nuevo. Miré con asombro las heridas de su muñeca, que también estaban cicatrizando.

—¿Cómo es posible? —murmuré más para mí.

—Es una combinación de tu magia y la mía —respondió, tomando el paño de mis manos y empezando a frotar suavemente las ronchas de mi cara causadas por la sombra que me había perseguido hasta el final.

—¿Quieres decir que mi magia se ha combinado con la tuya? —Me quedé mirándole boquiabierto. Había oído hablar de ese vínculo mágico, pero se decía que solo ocurría cuando las almas gemelas se daban su magia mutuamente. De un amor tan profundo el uno por el otro que la magia también era atraída por la del otro.

—¡Eso ni siquiera es posible! —exclamé con frialdad, aparté su mano con brusquedad y me levanté de un salto—. Eso solo pasa con las almas gemelas y nosotros no somos así.

El dolor le cruzó la cara. No dolor físico, sino mental.

Me habría encantado levantarme, salir de la cabaña y caminar todo lo que mis pies me permitieran. Pero aún estaba oscuro y era demasiado peligroso. No tenía escapatoria.

—Raven. —La voz de Cade era suave, conteniendo a la vez una disculpa y una firmeza que me hizo incorporarme y tomar nota—. Es hora de que hablemos de lo que ocurrió hace cien años. Sé que sugerí que lo discutiéramos después de la misión, pero mientras tanto, creo que solo podremos llevar a cabo esta tarea si somos sinceros el uno con el otro y afrontamos nuestro pasado.

Una lágrima ya rodaba por mi mejilla. Había evitado esta conversación durante tanto tiempo, que se había convertido en un muro infranqueable que protegía mi corazón y al mismo tiempo le impedía sanar.

Pero ya no podía huir de ello. Se lo debía a Markael y a mí misma.

Volví a sentarme y asentí con la cabeza.

—Voy a contarte lo que pasó en la montaña. Después, puedes contarme lo que crees que pasó allí arriba, aunque yo tenga esa versión. ¿Estás de acuerdo?

¿Podría escuchar su historia? ¿Y si era completamente diferente de lo que yo sabía sobre el incidente? ¿Podría soportarlo?

Las palabras de Nathan revolotearon por mi mente. «A veces hay que abrir el corazón para reconocer la verdad».

—Está bien. Te escucharé. —*Y trataré de verte como eras entonces. El Cade que amé y en el que confié.*

Cade se movió nervioso en su asiento antes de aclararse la garganta y empezar a hablar sin mirarme a los ojos.

—Como sin duda recordarás, nosotros, Markael, tú y yo, queríamos subir juntos a la montaña —dijo con voz temblorosa. Parecía resultarle tan difícil como a mí hablar de aquel día—. Habíamos soñado muchas veces con escalar la cara de la montaña sin equipo de escalada ni magia, solo con un piolet y nuestro valor. Aquel día por fin íbamos a conseguirlo. Antes de partir, Coletta te llamó y poco después volviste decepcionada, porque no podrías venir con nosotros. En aquel momento me sentí aliviado, ya que la escalada no estaba exenta de peligro. Te prometimos que volveríamos a escalar la ruta contigo. Entonces Markael y yo partimos. —Un suspiro interrumpió su relato y pude ver que buscaba fuerzas para continuar. Le di tiempo.

»Markael y yo empezamos a escalar en carrera, pero en cuanto la cara de la montaña se hizo más empinada y difícil, escalamos codo con codo para apoyarnos entre los dos. Cuando por fin llegamos a la cima, exhaustos, pero increíblemente felices, sentimos que el mundo era solo nuestro. Nos abrazamos y disfrutamos de la increíble vista. Le dije a tu hermano que teníamos que enseñártelo, y aceptó riendo. Pero al momento siguiente, su mirada se desvió hacia algo que había detrás de mí. Entrecerró los ojos, solo para ampliarlos con incredulidad segundos después. —Ahora Cade me miraba y había un dolor punzante en su rostro, ensombrecido por la culpa—. Todo sucedió muy rápido, Raven. Markael me agarró por los brazos antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando. Luego cambió de lugar conmigo en un instante. Le pregunté que qué pasaba, y al mismo tiempo vi el proyectil: una especie de flecha gruesa que venía hacia nosotros. Intenté apartar a Markael, pero me sujetó con fuerza. —Una lágrima resbaló por su mejilla—. Me sonrió tranquilizadamente y me dijo que cuidara de ti. Entonces la bala atravesó su cuerpo, entró por su espalda y salió por su estómago. —Cade cerró los ojos y respiró hondo—. La punta de la bala que debería haberme alcanzado a mí estaba empapada de un líquido negruzco que destacaba claramente sobre la sangre de Markael. En aquel momento, pensé que era el veneno del Ankou, pero ahora, en retrospectiva, podría haber sido el del Tengu. Todo sucedió tan deprisa que ni siquiera tuve tiempo de pensar qué hacía en Brysalia el veneno Ankou del inframundo. Intenté sostener a Markael, salvarlo, ayudarlo, pero una poderosa ráfaga de viento me lo arrancó de los brazos y tuve que contemplar impotente cómo mi mejor amigo giraba por los aires y caía montaña abajo hacia las profundidades de la ladera. —A estas alturas tenía la cara húmeda por las muchas lágrimas que ya no podía contener. Y yo tenía frío, mucho frío. Me invadían tantas emociones. Desconfianza, ira, odio, así como compasión, tristeza y... y amor. Un amor profundo y puro por el hombre que tenía delante, que me estaba desahogando y cuyo sufrimiento de las últimas décadas estaba claramente expuesto ante mí.

—Raven. Lo siento mucho. Markael se sacrificó por mí y no pude detenerlo. Yo soy la razón por la que está muerto. No pude salvarlo. Llevo un siglo cargando con esa culpa. Después de que huiste, nada deseé más que haber muerto yo y no tu hermano. Había tantas cosas extrañas sobre su asesinato, pero yo no le veía sentido a intentar descubrir el trasfondo.

La voz de Coletta siseó en algún lugar lejano de mi cabeza. No sabía si me estaba hablando de verdad o si solo era un recuerdo. «Es el asesino de tu hermano. Es su asesino». Pero cada vez hablaba más bajo, más indistinto, y la frialdad que acababa de apoderarse de mí desapareció. Una frialdad que había llevado dentro de mí durante un siglo. De pronto la vi claramente frente a mí. La verdad.

—Créeme, Raven, no quería que esto pasara —sollozó Cade, mirándome suplicante.

—Te creo —dije con voz tranquila, con voz firme, porque por primera vez en un siglo volvía a controlar mis sentidos y mis emociones. Cade decía la verdad. No asesinó a Markael y sufría por su muerte tanto como yo. Lentamente, me incliné hacia él y le limpié las lágrimas de la cara con el pulgar. Luego lo besé y supe que aún lo amaba. Siempre le había amado.

CAPÍTULO 33



CADE

LOS LABIOS de Raven se encontraron con los míos suavemente, calientes y curativos. Durante mucho tiempo había tenido miedo de contarle lo que había pasado. De enfrentarme a su ira, que ya esperaba. Porque estaba seguro de que estaría de acuerdo conmigo en que yo merecía morir más que Markael.

Pero ella no reaccionó como yo esperaba, y el alivio me inundó. Mi corazón y mi alma se sintieron de repente mucho más ligeros que en todos los largos años anteriores. La pesadez que siempre amenazaba con arrastrarme a las profundidades, a mi propia oscuridad, desapareció.

Había sido tan liberador contárselo todo, compartir mi dolor con ella. ¿Por qué no lo había hecho mucho antes? ¿Después del accidente? Probablemente nos habría ahorrado mucho dolor y soledad.

—Gracias por contarme lo que pasó de verdad —susurró contra mi boca.

—Gracias por escucharme, Raven. Significa mucho para mí. —La besé con cariño en la punta de la nariz—. Tengo la corazonada de lo que creías sobre lo que pasó. Pero ¿me lo dirás?

Sus mejillas enrojecieron al evitar mi mirada y retrocedió un poco.

—Yo... Yo... —balbuceó.

—Sea lo que sea, puedes decírmelo.

—Pensé que fuiste tú quien mató a Markael. Eso me dijeron poco después de la muerte de mi hermano. Y yo... —Las primeras lágrimas cayeron por sus mejillas—, creí en eso en lugar de escuchar a mi corazón —sollozó—. El odio creció con el tiempo y yo estaba ciega a la verdad.

—Todo está bien, Raven. Lo entiendo y no estoy enfadado contigo, ni te culpo. La muerte de Markael fue un *shock* para ti y tus sentimientos se mezclaron. En algún punto, no puedes ver lo que es obvio. No sé quién mató a Markael ni qué era exactamente esa bala. Pero ahora me he dado cuenta de que no soy responsable de su muerte.

La abracé con cuidado y le acaricié la espalda con la mano. Sentía su cuerpo tan frágil, debilitado por la falta de sueño de los últimos días. Me alegré de que hubiéramos hablado, pero ahora tenía que recuperar el sueño y las fuerzas, porque la noche siguiente, cuando Salem estuviera dormido, iríamos en busca del grimorio.

Así que me levanté, la cogí en brazos y la llevé a la cama. Allí la tumbé con suavidad en el colchón y traje las mantas que había utilizado para crear una zona de descanso improvisada para mí en el suelo.

—Necesitas dormir ahora. Necesitas nuevas energías, si no, no aguantarás los dos últimos días. —Sobresaltada, abrió los ojos y el pánico inundó el gris tormenta de sus iris.

—No, no quiero volver al mundo de los sueños. Eris me estará esperando allí para torturarme. Lo sé. Después de todo, descubrí la ubicación de la salida del túnel y ella no se dará por vencida hasta que me descubra.

—No tengas miedo. No te dejaré sola —le prometí y volví a atar el sauce llorón alrededor de nuestras manos—. Solo te llevaré conmigo a mi sueño.

El pánico disminuyó y el atisbo de una sonrisa hizo que las comisuras de sus labios se crisparan.

—¿Así que el Sr. Grandioso va a protegerme? —Batió las pestañas inocente.

—No creo que vaya a deshacerme de ese título pronto, ¿verdad? —Mi risa sonó más libre que de costumbre y hormigueó por todo mi cuerpo.

—No. Tienes que agradecerte a ti mismo el título. Tú fuiste quien lo empezó. —Me sonrió con descaro, para entrelazar sus dedos con los míos en el mismo momento—. Entonces adentrémonos en tu sueño. Estoy impaciente por ver lo que me has preparado esta vez.

—Cierra los ojos y descúbrelo —le dije con voz tentadora, y me sorprendió que lo hiciera—. Piensa en mí —susurré cerca de su oído y no pude resistirme a mirarla un momento más.

Luego me tumbé a su lado y cerré los ojos para dejarme llevar por el sueño.

EN CUANTO VOLVÍ A ABRIR los ojos, miré a mi alrededor y no podía estar más contento. Realmente conseguí llevar a Raven al lugar que había imaginado.

Estábamos cogidos de la mano en el borde de una montaña enorme y puntiaguda. Olores sulfurosos se elevaban y nubes de velo se extendían a nuestros pies.

Desde aquí se podía ver todo el mundo mágico y era como si desaparecieran todas las preocupaciones. Probablemente por eso los jinetes de dragón se llamaban los Solutus, los despreocupados.

Raven miró hacia las profundidades con ojos grandes y brillantes. No tenía miedo, no, estaba disfrutando de las vistas, sintiendo la libertad y saboreando el infinito.

—¿Dónde estamos? —quiso saber y se volvió de espaldas a la vista para ver qué había detrás de nosotros. Curiosa, señaló la entrada de la cueva, que ahora era visible.

—Estamos en lo alto del Drachenfels —respondí con orgullo en la voz. La había moldeado con tanto realismo a partir de mis recuerdos para este sueño que podías creer que estabas allí de verdad.

—¿Los Drachenfels? ¿En Aughurn?

—Sí, así es. En el reino de los dragones. Pensé que te vendría bien un poco de distracción, y nuestro abeto Douglas no me pareció lo más adecuado.

Me abrazó con fiereza. Puedo acostumbrarme a esto, pensé, e intenté reprimir el anhelo que amenazaba con liberarla. Aunque me creyera, eso no significaba que las cosas volverían a ser como antes. Y si así fuera, llevaría tiempo curar todas las heridas. Tenía que darle ese tiempo.

—Sé que soy estupenda —dije riendo para distraerla de mis verdaderos sentimientos y al mismo tiempo la aparté con suavidad de mí hacia la entrada de la cueva—. Entonces vamos a acariciar dragones.

—¿Qué? —Raven apenas podía contener su emoción—. ¿Incluso se nos permite acariciarlos?

—Sí. Se supone que también hay bebés dragón —le susurré misteriosamente. Ahora sus ojos brillaban tanto que apenas se veía el gris.

—¡Entonces a qué esperamos! —gritó y tiró de mí de la mano hacia la entrada de la cueva.

Las antorchas iluminaban el interior de la cueva. Por aquel entonces, tenía que colarme aquí para mi misión de mercenario, dominar a uno de los guardias y meterme en su ropa para disfrazarme. Pero ahora, en mi sueño, podíamos entrar sin ser molestados. Ningún guardia nos apuntaría con sus armas. Me parecía que esta era la Roca del Dragón de las leyendas, de la época anterior a que los brisalianos domaran a estas poderosas criaturas para sus propios fines.

—En Drachenfels hay un laberinto con muchas cuevas donde viven los dragones y sus crías —comenté mientras nos adentrábamos en el interior de la montaña con una antorcha en la mano—. No está lejos el nido del primer dragón y la hembra de allí incluso tiene uno pequeño.

En aquel momento, solo había descubierto el nido porque necesitaba un escondite rápido. Pero la decisión de colarme por una rendija en la pequeña cueva había cambiado mi vida. Me enterré profundamente en el heno y me di cuenta demasiado tarde de que no estaba solo. Un enorme dragón cubierto de escamas púrpuras también estaba tumbado en la paja, mirándome con curiosidad y al mismo tiempo atentamente con sus ojos dorados. Me observaba sin moverse.

Al principio quise huir, pero algo me contuvo. Finalmente, la criatura levantó su poderosa cabeza, adornada con dos cuernos cortos, y se acercó a mí con cautela. Esta vez fui yo quien se detuvo inmóvil. Algo me decía que no debía tener miedo, que el dragón no me atacaría.

Me pinchó suavemente en la barriga con el hocico. Juguetón y al mismo tiempo tentador. Entonces estiré la mano hacia él hasta posarla sobre la piel escamosa. El calor y el frío fluyeron por mis dedos al mismo tiempo y un hormigueo indescriptible recorrió mi cuerpo. Una imagen se formó ante mis ojos: estaba en aquella misma cueva. El dragón de color púrpura me miraba con sus ojos dorados. Un bebé dragón yacía a sus pies. Pero algo más era diferente. No estaba solo, porque Raven estaba a mi lado. Me sonreía. Estaba contenta.

Sobresaltado, aparté la mano en ese momento. Confuso y agitado al mismo tiempo, le pregunté al dragón si me había mostrado el futuro. En aquel momento, Raven y yo llevábamos siete décadas sin vernos. Ella me odiaba y yo la evitaba, rechazando por principio trabajos en la parte del mundo humano donde vivía. En aquel momento, dudaba de que hubiera sido una visión del futuro, y el dragón no me había respondido.

Pero ahora estaba de nuevo aquí, en el mundo de los sueños, en la cueva a la que había llevado a Raven, que me sonreía feliz. La dragona púrpura de entonces y su bebé ya nos estaban esperando.

—¿Crees que puedo acercarme a ella sin más? —preguntó Raven, mirando insegura a la dragona madre. Parecía que su instinto de acariciar primero a la madre antes de acercarse a la pequeña estaba bien pensado.

—Sí, no te hará daño. Ve hacia ella —la animé. Despacio y en silencio, se adentró paso a paso en la guarida del dragón. La poderosa criatura la miraba con fijeza. Tranquila y atrayente.

Cuando Raven se acercó lo suficiente, la dragona bajó la cabeza hacia ella y Raven le puso la mano en la boca escamosa. Una luz viajó desde la piel de la dragona hasta Raven y sus ojos se iluminaron durante un breve instante.

—Gracias —susurró al dragón. ¿Qué acababa de pasar aquí? Este era mi sueño y, sin embargo, parecía que no tenía control sobre esta parte. No sabía qué estaba pasando, pero antes de que pudiera preguntar, el dragón empujó a su pequeño con la pata hacia Raven, que se agachó para que el bebé tuviera menos miedo. Sin embargo, el bebé se acercó a Raven, completamente curioso y sin miedo, y le lamió la cara una vez con su lengua de serpiente.

Raven chilló con alegría y se dejó caer en el heno riendo, ante lo cual el dragón saltó a su

alrededor y dejó salir nubecillas de sus fosas nasales.

La madre observó lo que ocurría durante un momento, pero de repente se volvió hacia mí.

Empujó suavemente su hocico en mi dirección, de modo que se colocó bajo mi mano sin que yo tuviera que hacer nada y la toqué. Al igual que en la realidad hace tantos años, sentí la sensación de hormigueo y una imagen apareció en los ojos de mi mente.

Raven y yo vestíamos las ropas de los Solutus, los jinetes de dragones. Cogidos de la mano, salimos de la cueva, frente a la cual yacían dos dragones. La dragona madre, de color púrpura, y su hijo, ya adulto. Llevaban atadas a la espalda las típicas monturas con el emblema del gremio de jinetes de dragones. Raven me besó fugazmente, me dedicó una sonrisa feliz y corrió hacia el dragón más pequeño, de color azul océano, primero frotándole el hocico con cariño y luego apoyando su frente en la de él. Yo hice lo mismo con la dragona madre. Se formó entre nosotros un vínculo profundo y antiguo. Poco después de subirnos a las monturas, la visión terminó. ¿Había sido aquel el futuro que había visto, igual que entonces? Pero ¿cómo era posible? Era mi sueño y solo yo controlaba los acontecimientos. Confundido, miré de la madre dragón a Raven, cuya mirada estaba clavada en mí. El conocimiento estaba incrustado en sus ojos. Ella vio lo mismo.

Tras acariciar al bebé por última vez, se levantó y vino hacia mí.

—Es hora de irnos, Cade. Todavía nos esperan muchas tareas. —Me cogió de la mano y me miró expectante.

—¿Ya estás bien? —pregunté inseguro.

Sonrió.

—Me siento mucho mejor. Venir aquí fue una muy buena idea.

Le acaricié con suavidad el dorso de la mano con el pulgar.

—Cierra los ojos y luego piensa en mí —le dije, y vi cómo asimilaba lo que le rodeaba y cerraba los ojos con una expresión de satisfacción en el rostro.

Cuando casi había abandonado el mundo de los sueños, me pareció oír una cosa más de ella.

CAPÍTULO 34



RAVEN

CUANDO PUSE la mano sobre el dragón, primero pensé que Cade me enviaba las imágenes que parecían reales. Las imágenes que eran el cumplimiento de mis deseos más fervientes. Una vida libre con Cade. Una aventura, una tarea.

Pero entonces había visto cómo reaccionó cuando el dragón aparentemente le mostró las mismas imágenes. Los dos como jinetes de dragón en Brysalia. Su cara era pura confusión. Supe entonces que él mismo no había dirigido esta parte del sueño. Aun así, no sentí pánico ni miedo de que Eris también hubiera manipulado este sueño. Todo a mi alrededor estaba lleno de armonía y me sentía más feliz de lo que me había sentido desde mi infancia con Markael y Cade. La diosa del caos no podía crear algo así.

Abrí los ojos y me encontré en la cabaña. A mi lado, en la cama, estaba Cade, que me miraba en silencio. Nada en sus ojos delataba sus pensamientos.

—¿Me vigilas mientras duermo?

—De vez en cuando —admitió con sinceridad y sus ojos se ensombrecieron. Primero vacilante, luego decidido, se inclinó hacia mí y sus labios se encontraron con los míos ardientemente. Volví a cerrar los ojos y me dejé llevar por aquel beso apasionado. Era diferente a los que habíamos intercambiado en los últimos días. A pesar de la pasión, era suave y cariñoso al mismo tiempo.

De repente se separó de mí y abrí los ojos sorprendida.

—He estado pensando en algo —dijo un poco sin aliento. Solo podía esperar que hubiera estado pensando dónde iría su lengua a continuación. Llevábamos días con esta tensión y ya no podía soportarlo más. Lo deseaba. Lo necesitaba.

Antes de que pudiera seguir pensando en mis necesidades, Cade continuó.

—Deberíamos ver si puedo transferirte mi magia a ti también —me sorprendió con un tema completamente diferente.

—Eh... —tartamudeé y me senté para aclarar mis ideas—. ¿Qué quieres decir con exactitud?

—Bueno, compartiste tu magia conmigo para acelerar mi curación. Eso me hizo mucho más fuerte, como pudiste ver por las heridas de las cadenas de sombra. Tú también deberías tener más poderes, después de todo, no sabemos qué planea Eris tan cerca de nuestro viaje de regreso —señaló Cade y yo comprendí.

—¿De verdad crees que es una buena idea? Después de todo, en tu caso fue una emergencia.

—Esta vez preferí no mencionar lo del alma gemela.

—Podemos intentarlo. Si funciona, estupendo. Si no, buscaremos otra solución.

El argumento de Cade de que sería una ventaja si yo también tuviera más poderes estaba justificado. Eris era una diosa poderosa y teníamos que ser capaces de defendernos.

—Está bien. Lo probaremos una vez. Si no funciona, lo olvidamos —cedí y Cade se sentó con las piernas cruzadas en la cama frente a mí.

Me tendió las manos y yo puse las mías en las suyas. Entonces cerró los ojos y le vi invocar su magia. Una vez más, su cuerpo brilló con intensidad y los símbolos y textos que había visto la última vez aparecieron en su piel. Entrecerrando los ojos, intenté descifrar algunos de los signos a pesar de la luz brillante hasta que sentí su mirada clavada en mí.

—Por eso me sorprendí tanto cuando descubrí que tú también llevas tu grimorio en la piel. En aquel momento no pude decirte que yo también llevaba tatuados todos mis hechizos. No me pareció apropiado en ese momento, ya que me habrías preguntado por qué y solo habría alimentado tu odio —susurró, como si temiera que decirlo en voz alta rompiera el vínculo que nos unía. Nuestro recién creado vínculo de confianza.

—¿Por qué decidiste hacerlo? —le pregunté, aunque ya sabía la respuesta. Lo hizo por la misma razón que lo hice yo. Como recuerdo de Markael. De sus recuerdos, que siempre se había tatuado en la piel para no olvidar lo vivido. Pero tenía que oírlo de la propia boca de Cade.

—Por Markael, para que no vuelva a olvidarle —confirmó mi suposición y la tristeza dibujó sus facciones.

—Esa fue la razón para mí también —le hice saber y sentí el reflejo de su tristeza en lo más profundo de mi corazón.

—Lo sé —dijo y en el mismo momento sentí su magia fluyendo agradablemente cálida por mis venas y siendo absorbida por mi propio ronroneo. La sensación de estar por fin completa llenó todo mi ser.

—¡Ha funcionado! —exclamé, abrumada por la impresión—. ¡Tengo tu magia dentro de mí!

—Sabía que funcionaría. Todo lo que tenías que hacer era abrirte a mí. —Acarició con sus pulgares mis manos, que aún sostenía, tranquilizándose.

—Sentí tu tristeza. Ese fue el momento en que dejé que ocurriera tu magia, ¿no? —Cade asintió y me dedicó una sonrisa genuina.

Solo ahora me di cuenta de que el sol ya brillaba desde fuera. El día había amanecido y había mucho que hacer si queríamos encontrar la entrada a los túneles y el grimorio esta noche.

Y la primera tarea fue la que más dolor de estómago me dio.

—Tenemos que enterrar a Nathan —dije en voz alta, borrando la sonrisa de la cara de Cade como si lo hubiera abofeteado. Como para asegurarse de que el cambiaformas seguía apostado en el campo, sus ojos se desviaron hacia la ventana.

—No podría hacerlo sola. No sin ti. No tenía la fuerza física ni el valor. Me avergüenza que tuviera que quedarse allí tanto tiempo en lugar de recibir una ceremonia de despedida digna de él. —Me di cuenta de que mi cuerpo temblaba al pensar en el cruel asesinato.

—Raven, mírame —susurró con suavidad, y mis ojos encontraron los suyos. Como un ancla que impide que un barco vaya a la deriva, su mirada me sostuvo en la luz—. Yo me ocuparé de Nathan. Una vez que lo haya tumbado sobre los troncos, podremos despedirnos juntos antes de incinerar tradicionalmente su cuerpo. Mientras tanto, deberías ir al pueblo por comida para los dos últimos días. Tengo el mal presentimiento de que una vez que hayamos encontrado el grimorio, no deberíamos salir de la cabaña.

Cade no se equivocaba, pero ¿no me lo estaba poniendo demasiado fácil cuando le dejé con

la pesada carga de bajar a nuestro amigo de la estaca y prepararlo?

—¿Estás seguro? ¿No es mejor que lo hagamos juntos? —pregunté sintiéndome desgarrada.

—No. Así está mejor. Nuestra comida también es muy importante y mientras estés en Salem Village, puedes echar un ojo a los detalles que viste ayer en la salida del túnel.

—Bueno, me voy, a no ser que quieras que te prepare antes el desayuno —dije contrita, porque seguíamos atrapados en esta época patriarcal en la que las mujeres tenían que cocinar.

Pero Cade sonrió descarado.

—Tengo una sugerencia mejor que solo puede beneficiarnos a ambos.

—¿Y eso sería? —Ahora tenía curiosidad por saber qué se le había ocurrido. ¿Quería que cocinara desnuda? ¿O tenía otro tipo de hambre? Este pensamiento provocó un tirón anhelante en mi entrepierna.

La mirada de Cade se ensombreció por un momento y tragó saliva.

—Que yo prepararé el desayuno —murmuró distraído. Su mirada se posó en mis labios.

—Buena idea —coincidí con él, igual de desenfocada.

Pero Cade recuperó la compostura en un instante, me soltó las manos y se levantó de la cama.

—Te daré un poco de intimidad para que puedas lavarte y vestirme en paz mientras preparo unas tortillas para nosotros. —Luego salió furioso de la cabaña hacia el establo.

Bañarme. Realmente necesitaba bañarme de nuevo. ¿Y si acabábamos haciendo el amor pronto? ¿Así? Podría ser tan normal no lavarse durante este tiempo... Pero eso era el final para mí ahora.

Rebusqué en la cómoda el jabón que había visto allí y vertí agua en el lavabo. Luego empecé a fregar como si mi vida dependiera de ello. Mi vida amorosa.

Cuando Cade volvió a entrar en la cabaña mucho más tarde —me había dado todo el tiempo que necesitaba de forma caballerosa—, llevaba consigo varios huevos, que frió en una sartén sobre el fuego. Siguió añadiendo algunas de las hierbas que teníamos hasta que finalmente retiró la tortilla del fuego, satisfecho.

Sabían divinos y me habría encantado pedirle que me hiciera otro. Sin embargo, me negué a hacerlo.

Acabé fregando los platos. Al fin y al cabo, tenía que mantener un hogar igualitario.

Con el estómago lleno, recogí las últimas monedas y las volví a guardar en la bolsa de tela, me eché la capa de lana sobre los hombros, que estaba un poco agujereada después de nuestra huida de los tengu, y partí hacia la aldea de Salem. Pero antes tenía que prometerle a Cade que no dudaría en usar mi magia si eso me salvaba la vida.

Como en los días anteriores, el mercado estaba muy concurrido. Los vendedores pregonaban sus mercancías, los niños correteaban entre los adultos y los asistentes llenaban sus cestas de alimentos y otros productos.

Inmediatamente me dirigí a un puesto de venta de pan. Los panes de la propietaria, una mujer regordeta de mediana edad, parecían deliciosos.

—Buenos días —saludé amistosamente a ella y a sus clientes y luego me puse junto a una aldeana que ya había visto en el festival. Le sonreí, pero su mirada me atravesó como un cuchillo.

—Bruja —siseó como un mal presagio. Sobresaltada, di un paso atrás. Los ojos de la mujer eran negruzcos. Estaba claro que había magia en juego.

—¡Asegúrate de alejarte! No vendo a brujas —gritó el dueño del puesto y levantó un palo amenazándome. Sentí las miradas de todos los transeúntes. El odio. La desconfianza. Pero, sobre

todo, las ganas de matar.

—¡Bruja! ¡Bruja! —gritaron varias personas al mismo tiempo y una patata me golpeó con fuerza en la frente. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Por qué los aldeanos reaccionaban con tanto odio y agresividad contra mí? Esto debía de ser exactamente lo que ocurrió durante los juicios por brujería de Salem, que en aquel momento aún no habían comenzado. Me cubrí la cabeza con los brazos mientras me daba cuenta de otra cosa. Hasta el siglo XXI no se sabía con certeza qué había desencadenado la cruel caza de brujas en Salem. Solo ahora comprendí por qué. Esta caza fue provocada por la magia. La magia del caos de Eris. Duraría nueve meses antes de que la tragedia llegara a su fin.

Pero ¿y si no derrotábamos a Eris o perdíamos el Grimorio? ¿Terminaría entonces aún peor para los habitantes de Salem de lo que ya lo había hecho en nuestra línea temporal? ¿Se convertirían de repente veinte muertos en cien o más?

Ya era bastante cruel lo que iba a ocurrir aquí en los meses siguientes. Asesinatos de inocentes que yo no podía impedir. Pero al menos podía evitar que se convirtiera en una masacre aún mayor de lo que ya era desde una perspectiva histórica. Teníamos que detener a Eris.

Otro golpe me alcanzó en la cabeza y utilicé la cesta vacía como casco.

Desesperada, miré a mi alrededor buscando una forma de escapar. Los visitantes del mercado empezaron a rodearme y cercarme. Cada vez entraba más gente de las callejuelas. El pánico se apoderó de mí y traté de reprimirlo. No quería hacer daño a ninguno de ellos. Después de todo, era evidente que no eran ellos mismos.

Fue entonces cuando divisé una pequeña brecha que me llevaría a un callejón desierto. Corrí tan rápido como pude, esquivé algunas piedras y me zambullí por el hueco entre la multitud directamente al pequeño callejón. No se hicieron esperar los gritos de enfado y pasos siguiéndome.

Con la mayor destreza posible, me escabullí de callejón en callejón, buscando una salida de Salem Village. Pero la turba enfurecida se acercaba cada vez más.

De repente, alguien me tapó la boca con la mano desde atrás y tiró de mí a través de un hueco hacia una de las casas. Pataleé tratando de liberarme.

—Raven, soy yo, Sarah —susurró una voz familiar cerca de mi oído. Al mismo tiempo, oí a la multitud que pasaba corriendo y gritando.

Sarah me soltó la boca en cuanto se hizo el silencio fuera de la casa. Me volví hacia ella con desconfianza.

Pero a diferencia de los ojos de los aldeanos, no detecté odio ni oscuridad en los suyos.

—Ven, te sacaré del pueblo sin que me veas —susurró, y tras abrazarla con lágrimas en los ojos, la seguí. Palabras que no me estaba permitido pronunciar, advertencias sobre su propio destino estaban en mis labios mientras ella me guiaba por callejones y entre casas a pesar del peligro. Corrían por mi garganta como un ácido tácito y se grababan a fuego en mi alma. Nunca podría pagarle esta deuda.

Después de que me llevara a la linde del bosque, volví a cogerla en brazos.

—Ten cuidado, Sarah. Cuida bien de ti, de Dorothy y de tu bebé. Hay mucho odio en Salem Village. —No pude contener esas palabras.

La joven me miró el estómago y me dedicó una sonrisa.

—No te preocupes por nosotros. El buen Dios cuidará de nosotros allá donde vayamos.

Al paraíso. Iría al paraíso y pronto volvería a ver a sus hijas. Este pensamiento me dio valor para dejarla atrás y dirigirme a nuestra cabaña.

CAPÍTULO 35



CADE

COMO MERCENARIO, había visto muchos cadáveres, pero lo que me encontré en el campo me provocó arcadas y me hizo vomitar el desayuno en el árbol de al lado. Nathan apenas era reconocible. Su rostro estaba carcomido por los cuervos, que aún ahora nos sobrevolaban con avidez. Los animales salvajes le habían encontrado o los tengo debía de haber regresado. Le faltaban los brazos y las piernas.

Era una imagen de horror que nunca olvidaría en mi vida inmortal. Una pregunta flotaba en la superficie cada vez. ¿Podríamos haberle salvado si hubiéramos abandonado antes el festival o si no hubiéramos ido allí?

Me tapé la nariz y la boca con un paño para minimizar el hedor que ya desprendía la carne podrida, incluso a esas bajas temperaturas. Luego cogí la azada del granero.

Como el suelo estaba helado y la nieve recién caída dificultaba el trabajo, tardé algo menos de una hora en sacar la estaca del suelo y liberar de ella los restos de Nathan.

Entonces encontré un hacha en el establo y la llevé a la linde del bosque. Allí aserré un árbol ya muerto y corté su tronco en trozos largos y cortos. Después de amontonarlos a la altura de la cintura, coloqué con cuidado a Nathan encima. Cogí una de las mantas de la cabaña. Raven y yo tendríamos que compartir manta hasta que nos fuéramos. Solo nos quedaba esta noche y seguramente no dormiríamos mucho. Si dependía de mí, no era solo porque íbamos en busca del grimorio.

Mi mirada se posó en nuestro amigo muerto. A veces, la vida y la muerte están tan cerca. La muerte debería recordarnos que debemos celebrar la vida y no vivirla con miedo. Todavía hoy le diría a Raven lo que sentía por ella, lo que siempre había sentido por ella. Incluso en los tiempos oscuros.

En ese mismo momento, la vi en la linde del bosque. Enseguida me di cuenta de que algo iba mal. Parecía agotada y vi sangre seca en su frente. ¿Y dónde estaba su cesta?

Dejé que los trozos de madera cayeran de mis manos al suelo y corrí hacia ella.

—¿Qué pasó, Raven? ¿Te han atacado? ¿Por los tengo o por la diosa? —grité antes de llegar hasta ella y cogerle la cara con ambas manos para examinarle la frente. La herida ya estaba cerrada gracias a su magia.

—Fueron los residentes de Salem Village. —Le temblaba la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Los aldeanos? —pregunté incrédulo.

—Sí, me llamaron bruja, me tiraron cosas y luego me siguieron por el pueblo. No habría escapado sin la ayuda de Sarah. —Un escalofrío recorrió todo su cuerpo—. Su odio era tan grande que no quiero saber lo que me habrían hecho si no hubiera escapado. Estaban bajo un hechizo mágico.

—Eris. Está metida en todo y ha hechizado a la aldea con su desconfianza y su odio. —Estaba bastante seguro de que ella era la culpable de esto.

—Yo también lo creo. Esto sentará las bases para la caza de brujas en Salem. Por eso no se sabe cómo pudo adquirir tal magnitud. Porque no fue algo humano lo que lo desencadenó, sino algo mágico —asintió Raven.

—Vamos, te ayudaré a lavarte la sangre. Es bueno que vayamos en busca del grimorio por la noche. No deberíamos acercarnos a la aldea de Salem durante el día.

—Por desgracia, tampoco pude comprar comida y perdí la cesta cuando hui —dijo con temor.

—Eso no importa. Para mí es más importante que hayas salido de allí de una pieza. Así habrá más tortillas hasta mañana. —Besé sus labios con ternura—. Nos las arreglaremos.

Luego la llevé conmigo a la cabaña, donde le limpié la sangre de la cara con un paño húmedo. Me dolía que hubiera tenido una experiencia tan terrible, y el día no iba a ser más fácil. Aún teníamos por delante la ceremonia de despedida de Nathan y la búsqueda de la entrada del túnel.

El sol ya había alcanzado su cenit hacía algún tiempo. No tardaría en ponerse de nuevo.

—¿Estás preparada para presentar tus últimos respetos a Nathan? —le pregunté a Raven en cuanto le hube secado la cara y se hubo tomado un trago.

Inhaló una vez con fuerza.

—Sí —dijo con firmeza y cansancio al mismo tiempo. Hice una antorcha con un tronco, un trozo de tela y un poco de resina y la encendí en nuestra chimenea. Raven me cogió de la mano. Juntos salimos de la cabaña y caminamos hasta la pila de leña donde había dejado el cuerpo de Nathan bajo la manta.

Una respiración entrecortada y un sollozo silencioso fue todo lo que oí de Raven cuando descubrió bajo la manta el contorno de los pequeños restos que yo había encontrado en el poste esta mañana. La cogí en brazos y la abracé con fuerza.

Entonces pronunciamos las palabras que todo brisaliano conocía y que conducirían a Nathan al paraíso.

—Gran Madre, que nos creó a nosotros y al mundo. Gran Madre, que despertaste la vida y abrazaste la muerte. Gran Madre, que compartiste y transmitiste el amor. Gran Madre, llévame a tu jardín eterno de la vida. Gran Madre, déjame velar desde allí por mis seres queridos y hazles saber que estoy donde no hay dolor, ni pena, ni odio. Gran Madre, aquí termina mi río de vida y me sumerjo en tu tierra de miel y vino, para que el ciclo se cierre.

—Voy a echarte de menos, Nathan —susurró Raven entre lágrimas y me soltó la mano. Con dedos temblorosos, abrió la cadena que llevaba al cuello. El collar que una vez había pertenecido a la esposa de Nathan y ocultaba su magia. Raven lo colocó con cuidado sobre el cadáver.

—Ahora por fin podrán volver a estar juntos —sollozó y escondió la cara entre las manos. Una vez más, la abracé en silencio y la besé en el pelo. Su maravilloso aroma floral se mezcló con la sal de mis propias lágrimas.

En algún momento, Raven se separó de mí con los ojos enrojecidos y me hizo un gesto con la cabeza. Había llegado el momento de despedirse. Primero sostuve la antorcha en las grietas entre

los troncos aserrados hasta que las llamas lamieron la madera, y luego encendí el techo.

Nos quedamos en silencio y vimos cómo el fuego lo devoraba todo y arrastraba a Nathan al reino de Hades.

Solo cuando el sol desapareció tras el horizonte y las llamas se hicieron más pequeñas regresamos a la cabaña. En Brysalia, era tradición celebrar un banquete después de una ceremonia de despedida. Teniendo esto en cuenta, preparé una comida para nosotros con los restos de la liebre que había matado hacía dos días. Al principio nos sentamos a la mesa en silencio. Miré a Raven y vi que tenía que tragar la comida porque no tenía hambre.

Pero no me dejé desanimar. Hacía mucho tiempo que no vivía en Brysalia y quizá ya había olvidado o suprimido nuestras tradiciones. Pero estaban profundamente arraigadas en mí.

Contar anécdotas sobre los difuntos también formaba parte del ritual habitual. Así que empecé a hablar de cómo nos había recibido Nathan el primer día y de la cara que puso después que yo entré en la cabaña empapado porque Raven me había empujado a la nieve durante nuestra carrera.

En cuanto me hice pasar por Nathan, Raven se soltó poco a poco, se rio conmigo y dio vida a las historias sobre el cambiaformas.

Las horas pasaron volando mientras nos sentábamos a la mesa del comedor a la luz de las velas y recordábamos a nuestro amigo; estábamos de acuerdo en que se había convertido en eso para nosotros en tan poco tiempo.

—Tenemos que irnos —dije, mirando a Raven, que inmediatamente se sentó recta.

—Tienes razón —aceptó, recogiendo su capa de lana y guardando el libro de Hekate y algunas de las hierbas más importantes en el bolsillo de su falda—. Nunca se sabe cuándo puedes necesitar un hechizo.

Me eché al hombro el arco y el carcaj de flechas. Luego guardé el gran cuchillo en la bota.

—Nunca se sabe cuándo vas a necesitar un arma —le dije, sonriéndole.

—¡Ja! ¡Ten cuidado de no hacerte daño con eso! —Su risita me alcanzó y antes de que pudiera agarrarla para ponerla juguetonamente sobre mi rodilla, ella ya había saltado a un lado, abrió la puerta y yo salté al vacío frente a la cabaña.

La luna brillaba en el cielo y nos daría la luz que necesitábamos en la oscuridad de la noche.

—Ven —susurró mientras revoloteaba en silencio de sombra en sombra—. Creo que sé más o menos dónde está la entrada. Reconocí una de las casas cercanas.

También oculto en las sombras, la seguí un trecho a través del bosque, por un puente y hasta una pequeña colina. Yo no dejaba de mirar con cautela a mi alrededor, temiendo que la diosa pudiera estar siguiéndonos, y Raven dejaba a menudo que sus ojos vagaran por los alrededores.

Pero no se veía ni oía a nadie por ninguna parte. Aparte de los ruidos habituales del bosque, todo estaba muy tranquilo. El mundo dormía y yo me sentía cada vez más cansado.

Sin embargo, esto desapareció cuando Raven se detuvo bruscamente y me sonrió con satisfacción.

—La entrada del túnel está cerca de aquí. Esa casa de ahí —Señaló la silueta de una casa a lo lejos—, la reconocí ayer.

—¿Recuerdas en qué ángulo estaba de cara a ti? —pregunté mientras escudriñaba los alrededores en busca de algo que pudiera ser la entrada de un túnel.

—Igual que ahora. Solo que no puedo juzgar la distancia exactamente. Espera. Retrocederé un poco.

Raven caminó hacia atrás en pequeños pasos y después de cada poco buscamos entre los arbustos, en busca de la entrada, sin éxito.

—Echaré un vistazo por allí —decidí, ya que perderíamos un tiempo valioso si no nos separábamos. Pulgada a pulgada, me abrí paso entre la maleza, revolviendo cada piedra.

Entonces oí de repente un suave grito de Raven. Me apresuré hacia el lugar donde la había visto por última vez. No había rastro de ella por ninguna parte.

—¡Raven! —grité tan bajo como pude—. ¿Dónde estás?

—¡Aquí!

Su cabeza asomó entre una cortina de hiedra frente al tronco de un poderoso árbol. Sus ojos brillaron a la luz de la luna y me dedicó una sonrisa triunfal.

—He encontrado la entrada. Está aquí, en este tronco de árbol. La hiedra no estaba allí en mi sueño, así que no la reconocí antes. —Se acercó a mí—. Solo hay un problema. Está tan oscuro ahí dentro que no podríamos ver el libro, aunque estuviéramos justo delante.

Esta vez era yo el que tenía una amplia sonrisa de triunfo en los labios mientras recuperaba el pedernal que había guardado en el último momento.

—Siempre supe que eras increíble —dijo y me guiñó un ojo. Me encantaba que se burlara de mí. Me hacía desearla aún más que antes.

Siguiendo mis sentimientos, la atraje hacia mí y la besé con la misma fiereza mientras el gris de sus ojos se arremolinaba al contacto.

—¿A qué se ha debido esto? —preguntó con voz ronca y pude notar que quería más, igual que yo.

—Eso ha sido un pequeño anticipo de lo que ocurrirá más tarde, cuando por fin te recuerde tus deberes maritales, mi pequeña esposa —gruñí y sus ojos se abrieron de par en par, expectantes.

CAPÍTULO 36



RAVEN

SUS PALABRAS me calentaron las entrañas y el tirón en la entrepierna no hizo más que acentuar lo que ya sabía. Esta noche me entregaría a Cade como lo había hecho cien años atrás, y tuve que contenerme para no empujarlo contra el árbol más cercano, aquí y ahora, para que pudiera tomarme en ese momento. Ardiente, duro y salvaje.

Por fin sabía lo que quería. Quería que Cade volviera a formar parte de mi vida.

Mi propio gemido al oírlo resonó en mis oídos. Cade se apresuró a dar un paso atrás.

—Ahora tenemos que concentrarnos —afirmó, recordándonos qué era lo esencial. La razón por la que estábamos aquí, a la luz de la luna, en esta colina junto al árbol cubierto de hiedra.

Así que también aumenté la distancia entre nosotros e intenté reprimir mi deseo por él. Sin embargo, la expectativa de su promesa me hormigueaba como mariposas en el estómago.

Mientras tanto, Cade cogió una rama del largo de un brazo, se arrancó un trozo de camisa y lo enrolló en un extremo. Luego se puso de rodillas, sacó el pedernal y poco después apareció una pequeña llama en la tela.

Se levantó de un salto, me agarró de la mano y, antes de que me diera cuenta, me estaba arrastrando hacia el estrecho hueco del tronco del árbol.

—Rápido, antes de que alguien vea la luz.

Corrió conmigo de la mano adentrándose más y más en el túnel que ahora se abría ante nosotros. El túnel que ya conocíamos de mis sueños.

Miré a mi alrededor con asombro. Nunca había esperado que mi sueño clarividente fuera tan real en su reproducción. Pero ahora caminaba por la réplica exacta de lo que habitualmente veía en sueños.

Cade finalmente redujo la velocidad después de comprobar varias veces que no nos seguían.

Seguimos caminando en silencio, pasamos el punto donde el túnel se bifurcaba y tomamos el camino que ya habíamos tomado la noche anterior.

Solo las antorchas de las paredes no estaban encendidas, como yo había soñado, y las dejamos así. Nuestra poca luz era suficiente para ver todo lo que teníamos delante y al mismo tiempo nos daba la protección de no ser descubiertos de forma tan rápida.

—Ya casi hemos llegado —le susurré a Cade cuando la entrada de la cueva se hizo visible. En silencio, me entregó la antorcha y cogió su arco y sus flechas.

Luego me hizo una señal para que le siguiera despacio. Con la linterna extendida a lo lejos,

me arrastré a su lado mientras él ponía una flecha en la cuerda y tensaba el arco con concentración.

Manteniéndonos cerca de la pared del túnel, nos acercamos a la entrada de la cueva. Cada gota en el suelo del túnel resonaba temerosa en mi interior. Se me aceleró el pulso en previsión de lo que podríamos encontrar en la siguiente parte de los pasadizos subterráneos.

¿Acaso nos estaba esperando Eris? ¿O solo su voz y la niebla negra?

Dimos otro paso hacia el lugar donde debía estar el grimorio. Finalmente, llegamos a la entrada.

Cade señaló hacia delante con la barbilla y al momento ambos entramos en la cueva en un rápido movimiento. Yo sostenía la antorcha muy por delante y Cade cambió a una postura de combate con su arco.

Pero la cueva estaba vacía, salvo por un pequeño pedestal en el que sí había un libro.

Nos miramos asombrados. Estábamos tan seguros de que el enemigo nos esperaría aquí que ahora permanecíamos inmóviles en la cueva, incrédulos ante su ausencia.

—¿Cómo puede ser? —susurró Cade. Inmediatamente supe a qué se refería.

—Eso fue demasiado fácil —respondí y él asintió. Teníamos que permanecer alerta, porque también podía ser una trampa.

Cade se colocó de espaldas a mí, para cubrirme en caso de que alguien entrara en la cueva. Como un equipo bien entrenado, avanzamos hacia el libro, que era claramente el grimorio perdido. El volumen de cuero abierto mostraba la parte de su contenido de la que yo había extraído una página. Aquí también faltaba.

Pero no tuve tiempo de preguntármelo, ni siquiera de pensar en mis habilidades clarividentes. Con pasos rápidos, apuré el último tramo, cerré el grimorio y lo apreté contra mi pecho con la mano libre.

—Salgamos de aquí rápido —susurré, pues tenía la inquietante sensación de que ya me estaban dando caza.

—Me encantaría —contestó Cade y salimos corriendo de la cueva y entramos en el túnel. Sin aminorar el paso, seguimos corriendo, salimos del árbol que formaba la entrada del túnel y bajamos por la pendiente a través del bosque hasta la cabaña.

Solo cuando hubimos cerrado la puerta tras nosotros y echado el cerrojo directamente, me atreví a respirar aliviada.

—Eso estuvo demasiado fácil —jadeó Cade, paseándose de un lado a otro de la habitación, pensativo—. ¿Estás segura de que es el grimorio correcto?

Arrojé la antorcha a la chimenea y me senté a la mesa del comedor con el grimorio. Volví a mirar el libro en mis manos. Tenía el mismo aspecto que en mis sueños.

Lo abrí en el lugar donde faltaba la página. Mientras tanto, Cade había sacado de su escondite el papel que yo había traído de mi sueño. Lo alisó y lo colocó con cuidado dentro del libro. Los bordes rasgados encajaban como dos piezas de un rompecabezas.

—Mira —exclamé atónita, al ver que los dibujos oscuros y espeluznantes cobraban vida. El vapor sobre la tetera negra representada se enroscaba en el lateral y la sangre roja, que se añadía al contenido de la tetera desde un recipiente, se vertía continuamente en el desconocido interior. Incluso me pareció oír el burbujeo del brebaje hirviendo.

Los ojos de Cade también se abrieron de par en par y, de un tirón, retiró la página arrancada del grimorio. La imagen se congeló de inmediato.

—Está claro que no es de este mundo —respiró, sobresaltado.

—No de este mundo —asentí, abrumada, y al mismo tiempo hojeé las páginas anteriores del

libro. Todas las imágenes seguían en movimiento. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Al parecer, los hechizos solo cobran vida cuando están completos. Así que, aunque solo pusieramos la página arrancada —Cade intentó explicar las imágenes en movimiento de las otras páginas del libro.

Cerré el libro de golpe y lo aparté un poco de la mesa.

—¿Qué hacemos ahora con él? —pregunté, esperando que Cade tuviera ya preparada una solución. Pero me miró pensativo.

—No lo sé. Hekate dijo que sabríamos qué hacer en cuanto encontráramos el grimorio —dijo.

—Así es. Tal vez solo tenemos que ser pacientes, esperar una señal o algo así.

¿No era así en las historias de brujas de la tele? Siempre había señales y símbolos que indicaban el camino a los héroes.

Después de mi largo tiempo sin magia en el mundo humano, no estaba segura de cómo podría funcionar para un verdadero ser mágico.

Cade no se rio de mi teoría de los signos y símbolos, solo asintió en silencio.

—Mientras tanto, no podemos dejarlo por aquí tirado —cavilé, mirando el grimorio con suspicacia—. ¿Qué tal si lo hacemos invisible con el hechizo de Hekate?

—Es una buena idea, pero ¿y si también se vuelve invisible para nosotros? —increpó. Pero aún podíamos ver la cabaña de madera.

—Tenemos que hacer lo mismo que con la cabaña. Porque sigue siendo visible para nosotros. Creo que es porque la sangre de ambos era un ingrediente del hechizo.

—Tienes razón. —Me di cuenta de que Cade se sentía incómodo con la idea de usar su sangre para un hechizo. La magia de sangre era magia oscura. A menudo su uso tenía consecuencias no deseadas.

—No tenemos elección, Cade —le dije—. Es nuestra responsabilidad proteger el libro. Pase lo que pase.

El orgullo brilló en sus ojos.

—Eres tan valiente, mi niña —susurró con una increíble dosis de ternura en la voz, que hizo que las mariposas de mi estómago dieran volteretas—. Siempre lo has sido. Mucho más valiente que yo.

Luego sacó el cuchillo de su bota.

—Hagámoslo —dijo con firmeza.

Me apresuré a reunir los ingredientes y los trituré hasta obtener la mezcla descrita en el folleto de Hekate. Luego, uno tras otro, nos cortamos las manos y dejamos que unas gotas de nuestra sangre gotearan en el cuenco.

Como amante de los libros, temía rociar el viejo grimorio con la mezcla de hierbas y sangre. Pero mi mente venció a mi corazón y, sin pensarlo dos veces, realicé el hechizo. Ahora nadie más, ni siquiera los seres mágicos, podría ver el grimorio. Aliviada, me recosté en la silla.

Ahora que lo habíamos conseguido, el cansancio se apoderó de mí. Pero de algún modo no podía relajarme. Sentía como si algo me acechara en las sombras.

Bostezando, miré a Cade. Se acercó a mí como un lobo. Sus ojos eran oscuros y su sonrisa seductora.

—Aún tengo una promesa que cumplir —ronroneó, y sin apartar los ojos de mí, arrojó un paño sobre el grimorio que aún quedaba a la vista.

Extrañamente, la sensación de inquietud desapareció y sentí la relajación resultante como una manta cálida.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté sin aliento, porque su intensa mirada ya me estaba robando la cordura.

—Porque nos estaba observando. Contiene magia oscura. No se puede ser demasiado cuidadoso. —Entonces estaba frente a mí.

Me agarró la cintura con las manos y tiró de mí hacia arriba. Sentí su cálido aliento en mi piel.

—¿De verdad quieres esto? —me preguntó y reconocí el atisbo de dolor que le causaría un rechazo por mi parte. Pero lo quería, sí. Siempre.

—Sí, te deseo —susurré. Nos miramos fijamente durante un breve instante. Asombrados por el giro de nuestro destino y, al mismo tiempo, tan familiares como lo habíamos estado cien años atrás. Como si ese tiempo nunca hubiera existido sin el otro.

—Por suerte, porque yo también te quiero, Raven. Siempre.

Nuestros labios se encontraron apasionadamente. Su lengua pedía entrar y yo acaricié la comisura de sus labios con la punta de la mía. Entonces me abrí a él. Fue liberador, curativo y lo correcto.

Las manos de Cade acariciaron mi espalda con suavidad hasta que una risita cosquillosa surgió en su boca.

—¿Qué? —pregunté, también sonriendo, porque el sonido que hizo me hizo tan indeciblemente feliz.

—Se podría pensar que sé cómo abrir un vestido, pero estoy completamente indefenso con este.

Volví a acercar mis labios a los suyos y los mordisqueé mientras giraba media vuelta. Luego le di un pequeño empujón para que aterrizara en la silla en la que yo acababa de sentarme.

Su grito de protesta se silenció cuando me puse delante de él y me abrí primero la parte superior del vestido y luego la falda. La tela se deslizó por mi cuerpo hasta el suelo. A continuación, me quité las botas para poder deslizar las medias de lana. La mirada de Cade seguía con avidez cada uno de mis movimientos.

Su lujuria se cernía sobre mí como pesadas nubes. Podía sentirla, olerla y verla en el fuego de sus ojos. También encendió mis llamas, que recorrieron todo mi cuerpo.

Ahora solo llevaba la ropa interior. Provocativamente despacio, deslicé la primera correa sobre mi hombro. Pero no llegué muy lejos, pues Cade ya me había agarrado por la cintura y tiraba de mí hacia él.

Exigente, sus cálidas manos se deslizaron por mis muslos hasta llegar a mis pechos. Sin tener en cuenta el tejido, tiró de un lado de la ropa interior hacia abajo hasta dejarme el pecho al descubierto.

El aire frío rozó mis pezones, erectos de placer, intensificando la punta de su lengua, que ahora los recorría juguetona.

Luego se la llevó toda a la boca mientras su mano se deslizaba hasta mi regazo. Levantó el dobladillo del vestido con los dedos y se deslizó bajo la tela de gasa.

Su primer roce en mi húmeda zona golpeó mi cuerpo como un relámpago. Gemí, eché la cabeza hacia atrás y me incliné hacia él.

¡Tómame!

Enseguida encontró el punto justo y, más rápido de lo que parecía posible, sentí que el orgasmo iba en aumento. Me conocía, conocía mi cuerpo y sabía exactamente cómo volverme loca.

Su pulgar rodeó mi clítoris con un ritmo constante y, justo cuando pensaba que iba a estallar

en un número infinito de partículas en cualquier momento, introdujo dos dedos en mi abertura.

Con un grito ronco, mi cuerpo se desintegró en temblorosas estrellas del universo que se iluminaron ante mi ojo interior. Mis piernas cedieron y tuve que apoyarme en los hombros de Cade mientras me empujaba más y más hacia alturas inimaginables hasta que finalmente me dejé deslizar sobre su regazo, más feliz de lo que había sido en mucho tiempo. Sabía que esto era solo el principio y que nunca podría volver a amar a nadie más.

CAPÍTULO 37



CADE

MIRÉ a la hermosa mujer acurrucada en mi regazo con una increíble sensación de felicidad. Le brillaban los ojos, en los que aún eran visibles las oleadas de lujuria. Las mejillas enrojecidas y la ligera película de sudor en su frente eran testigos del calor que también brillaba en mi interior. Su dulce aroma flotaba entre nosotros como el señuelo de una mantis religiosa.

La acerqué más a mí y me levanté con ella en brazos. La tumbé en la cama. Le daría un breve descanso. Pero esta noche era mía y había tenido que esperar todo un siglo para este momento. Lo saborearía al máximo. Y todas las noches siguientes.

Besé sus labios, tracé círculos a lo largo de su cuello con la lengua y volví a acariciarle el pezón. Se estremeció bajo mis caricias y pronto oí otro gemido.

Mi pequeña, te llevaré a la cima otra vez.

Agarré la ropa interior por el dobladillo y se la pasé por la cabeza de un tirón. Al ver su cuerpo divino, mi miembro se apretó contra mis pantalones. No sabía cuánto tiempo más podría aguantar sin perderme en ella.

Así que no lo dudé mucho, empapándome de la vista y continuando con mi lengua por el camino que iba desde su cuello hasta su otro pezón y bajaba hasta su ombligo. La piel suave y cálida de su vientre se sintió como la seda en mi lengua. Su aroma floral se mezclaba con la sal de su piel.

Impaciente, me cogió la cabeza con las manos y me empujó aún más hacia su húmedo centro. Siempre sabía cómo conseguir lo que quería y, al parecer, quería más.

Con una sonrisa traviesa, me complací en cumplir su deseo. Primero le besé el interior de los muslos y luego le rocé el regazo con el pelo. En esos momentos, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y apretó la pelvis contra mí.

Estaba tan preparada para mí. Mi primer beso en su zona íntima provocó un suspiro aliviado de Raven, que se convirtió en un gemido cada vez más rápido en cuanto mi lengua lamió y chupó alternativamente su clitoris. Todo se tensó bajo mis labios como una gran explosión. Siempre había sabido qué hacer con ella. Sabía divina.

Para darle por fin el alivio que tanto ansiaba, esta vez le metí tres dedos a la vez y empujé con fuerza. Gimoteando, arqueó la espalda y al siguiente empujón se corrió explosivamente sobre mi lengua.

Me gustaba sentir que era yo quien le daba esa felicidad. Que era conmigo con quien podía

dejarse llevar y ser ella misma. La llevé al clímax una y otra vez y cuando pensaba que no podía ser más intenso, la solté y me quité la ropa. La penetré duro y profundamente con mi miembro palpitante de lujuria.

Se levantó con un gemido gutural y atrajo mi cara hacia ella. Sus labios chocaron contra los míos y el beso intensificó mi hambre de ella. Nuestras lenguas danzaban una alrededor de la otra mientras nuestras pelvis impulsaban la lujuria de la otra al mismo ritmo.

Quería sentirla un poco más, verla, oírla, experimentarla. Así que me detuve y me quedé mirándola. Nuestras miradas se entrelazaron. Nos quedamos muy quietos y nos miramos a los ojos.

No necesitábamos palabras en ese momento. Podía sentir sus emociones. Sabía lo que pensaba y oía lo que no decía. El amor. Esta palabra se colgó silenciosamente entre nosotros en forma de brillo en nuestros ojos, sonrisa en nuestros labios y asombro en nuestros corazones.

Nunca había pensado que pudiéramos tener un futuro juntos. Pero ahora, en el Salem del siglo XVII, un futuro juntos estaba de repente a nuestro alcance.

Le besé con ternura la punta de la nariz y le aparté un mechón de pelo de la cara. Luego moví la pelvis muy despacio hasta que ella retomó el ritmo. Llegamos al clímax al ritmo de nuestros corazones y, cuando explotamos en miles de estrellitas al mismo tiempo, no podíamos apartar los ojos el uno del otro.

Habíamos tenido sexo varias veces más en las últimas horas hasta el amanecer. Sexo cariñoso y tierno, así como salvaje y duro, en el que habíamos alternado cada pared libre, la mesa del comedor y el suelo frente a la chimenea con la cama.

Ahora estábamos tumbados sobre mantas junto al fuego, sin aliento y exhaustos. Su espalda se acurrucaba contra mi estómago y yo la estrechaba entre mis brazos. Incluso ahora sabía que no sería la última vez, porque llevábamos demasiado tiempo escabulléndonos el uno al otro como para que la lujuria acumulada y el hambre hiriente se saciaran con facilidad.

Mi mano recorrió su brazo y le di un suave beso en el hombro. Al entrelazar mis dedos con los suyos, sentí el suave frescor del anillo de oro de su mano. Lo levanté y lo sostuve a la luz de las llamas.

—¿Has pensado alguna vez en cómo habría sido nuestra boda? —le pregunté y en el instante siguiente me habría encantado volver a atrapar las palabras y encerrarlas. Probablemente aún era demasiado pronto para hablar de la boda.

Raven también miró ahora el anillo, que reflejaba el fuego en su pulido color amarillo.

—Sí. Muy a menudo, en realidad. —Ninguno de los dos se movió.

—¿Crees que nuestro amor era lo bastante fuerte como para casarnos entonces? —las siguientes palabras no deseadas se escaparon de mi boca. *¡Maldita sea! ¿No podía callarme de una vez?*

—Sí, creo que sí. —La voz de Raven sonó más firme de lo que esperaba—. ¿Me amas, Cade? —preguntó sin rodeos, pero esta vez sus palabras sonaron tranquilas e inseguras.

—Desde siempre —susurré.

—¿Tanto como entonces?

—Si eso es posible, entonces aún más, mi pequeña. —Suspiré. ¿Debía decirle lo que sentía por ella?—. Los últimos cien años sin ti no valieron la pena vivir, especialmente la vida inmortal. Tiempo perdido sin amor, alegría, felicidad. Sin ti. Te amo más que a mi vida. Prefiero pasar unos días plenos contigo que una vida inmortal sin ti. Eres mi sol, mi luna, mis estrellas, mi universo. Te he visto en los ojos de las diosas del destino y te veré cada vez que mire hacia el horizonte, no importa si es de día o de noche.

La atraje aún más hacia mí y la sentí contener la respiración como si no quisiera perderse ni una palabra de lo que yo decía.

—Sí, sé que nuestro amor era lo bastante fuerte para casarnos entonces y lo es aún más ahora. Al principio odiaba el anillo que llevabas porque me recordaba lo que creía que nunca conseguiría. Pero a medida que pasaban los días, me encantaba la idea de que el anillo que llevas en el dedo fuera real y no solo el atrezzo de una obra de teatro o un billete de vuelta. En algún momento, ese anillo simbolizó lo que más deseé. Una vida contigo.

Un temblor recorrió su cuerpo y se volvió hacia mí. Las lágrimas corrían por sus mejillas y me miraba expectante, sospechando que yo había querido decir algo más pero no sabía si la asustaría.

Sé tan valiente como Raven por una vez en tu vida, me dije.

Sin soltar su mirada, volví a agarrar su mano.

—Raven Delarosa, por el más profundo amor que te profeso, quisiera renovar mi voto y por la presente te pido si me darás la más verdadera felicidad en la vida y te convertirás en mi esposa.

Buscaba nerviosamente señales en sus ojos. Buscaba rechazo, miedo o incluso disgusto. Pero, como un sol naciente, su rostro se abrió ante mí con una sonrisa radiante, acompañada de un «sí» feliz y sellada con un beso apasionado.

¿Realmente ocurrió? ¿Fue un sueño o una realidad? Mi vida solitaria me había robado toda esperanza y todo sueño. Pero ahora me atrevía a esperar y soñar de nuevo. Junto a Raven.

Nuestro beso se hizo más profundo y mi miembro penetró de nuevo en Raven, que también estaba lista para más. Para más amor y más felicidad.

De repente, Raven se puso rígida debajo de mí y por el rabillo del ojo vi a Coletta salir de entre las sombras. Sabía por Raven que había dormido aquí brevemente después de mi herida, pero no había vuelto a aparecer desde entonces.

Se acercó a nosotros con los ojos entrecerrados. Incluso yo entendí un siseo en mi dirección. Estaba claro que no le entusiasmaba que estuviéramos juntos.

Entonces su mirada se desvió hacia Raven. Los iris claros de sus ojos parecían nubes a la deriva y mi niña parpadeó un par de veces, irritada.

—No, no fue él. Él no lo mató —balbuceó. Me miró con dolor. Algo no iba bien aquí. Pero yo no sabía qué era.

Sin embargo, una mirada a sus iris grises como tormentas me hizo darme cuenta de la cruel verdad.

El blanco-azul de Coletta se abrió paso en el gris de Raven, subvirtiéndolo para hacerlo suyo. ¡Esa maldita gata la estaba manipulando! Jugando a un juego falso. Su supuesta amiga le había hecho creer deliberadamente que era la asesina de Markael.

Extendí la mano en un santiamén y golpeé a Coletta lo más lejos posible. Luego me arrodillé frente a Raven y le tomé la cara entre las manos. La lucha interior era claramente visible en sus ojos.

—¡Quédate conmigo Raven! —grité con desespero. No podía perderla de nuevo. Habíamos luchado tanto por la verdad, que había sido eclipsada por las mentiras con Raven.

De repente, su mirada se endureció.

CAPÍTULO 38



RAVEN

ESCUCHÉ la voz de Coletta una y otra vez en mi cabeza.

—*Está mintiendo. Asesinó a tu hermano. Está mintiendo. Es un tramposo, un mercenario. Te manipuló, te hechizó. Confía en tu mejor amiga. Confía en tu Let. Él está mintiendo. Él es el asesino.*

La frialdad se deslizó por mis venas, extendiéndose por todo mi cuerpo. Los grilletes que había roto tras hablar con Cade y escuchar la verdad volvían a rodearme la garganta, quitándome el aire que podía respirar.

Intenté luchar contra ello, golpeándome por dentro, recordándome lo cariñoso, honesto y bondadoso que era Cade. Mi prometido. Mi eterno y gran amor que ya había perdido una vez.

Pero la imagen se difuminaba con cada palabra que Coletta me susurraba hasta que dejé de reconocer lo que realmente mostraba.

El frío se había extendido por mí y una mirada a Cade reveló al monstruo que había asesinado a mi hermano. Con un dolor agudo, mi corazón recién curado se rompió en mil pedazos.

Un extraño sentimiento de rabia helada y una oleada de odio desenfrenado me envolvieron, arrasando mi interior como un tornado que arrasaba con todo lo que no estuviera envuelto en esos oscuros y pesados sentimientos.

La Raven que amaba a Cade y creía en su verdad había sido encerrada, silenciada.

—Coletta tiene razón. Tú, Cade Storm, eres un monstruo. Eres el culpable de la muerte de mi hermano y prefiero morir antes que perdonarte —le espetó mi boca sin que pudiera recordar quién había formado esas palabras.

Me envolví apresuradamente en la manta y me levanté. Cade me siguió.

—¡Raven, escúchate! Lucha! —gritó sin cesar e intentó estrecharme entre sus brazos, para darme el calor que podría romper el hielo de mi cuerpo.

—*Solo quiere hechizarte. No le creas ni una palabra. Mira cómo consiguió que aceptaras otro compromiso. Es un hombre malo. ¡Es un asesino!* —La voz de Coletta continuaba imperturbable en mi cabeza.

—¡No me toques! —escupí en dirección a Cade, evitando sus brazos. Mi ropa estaba tendida junto a la cama, que recogí con rapidez. Tenía que salir de aquí. Tenía que irme. Ahora mismo.

—Raven, ¿no ves lo que está pasando? —preguntó, con la desesperación escrita en su rostro.

—Puedo ver muy bien lo que está pasando aquí. ¡Eres un mentiroso, eres un asesino! Muy hábil, la forma en que me hiciste creer que fue una bala de alguna parte la que mató a mi hermano. Pero ahora tengo los ojos abiertos. ¡Te han descubierto!

Estábamos frente a frente, con la mesa de comedor en la que habíamos dado rienda suelta a nuestra lujuria no hacía tanto tiempo.

De repente, sus ojos se posaron en el paño que había sobre la mesa. Con un hábil movimiento, lo hizo desaparecer mientras lo ocultaba de la vista de Coletta.

—*Hay que proteger el grimorio* —susurró una voz tranquila en algún lugar profundo de mí y supe que no se lo contaría a Coletta. Este conocimiento era como una luz en la oscuridad que quería proteger.

Cade me miró sorprendido. Había reflexión en su mirada, casi como si hubiera pasado por alto algo de lo que acababa de darse cuenta.

Inesperadamente rápido, me cogió la mano.

—Raven. —Su susurro estaba lleno de amor, pero la negrura de mi interior solo me mostró el monstruo que siempre había sido.

Aparté rápidamente la mano y sus dedos rozaron mi anillo, que ahora era el símbolo de nuestro renovado compromiso.

Me puse el vestido y me calcé las botas sin las medias de lana. Luego miré a Cade a la cara mientras me arrancaba el anillo del dedo y se lo arrojaba a los pies.

—Nunca me casaría con alguien como tú. Prefiero morir voluntariamente —grité tan fuerte que cada palabra resonó en mis oídos.

Cade se había puesto pálido de repente. No dijo nada, pero se arrodilló en el suelo y buscó el maldito anillo que había rodado por algún lugar entre las grietas. No me importaba.

Decidida, corrí junto a él, cogí mi capa de lana y salí por la puerta principal.

—¡Raven! ¡No puedes irte sin tu anillo! —gritó tras de mí—. No hace falta que hablemos si no quieres, pero por favor, ¡llévate el anillo! Dentro de unas horas...

El resto de su frase fue engullido por los sonidos del bosque, que parecían más fuertes que en días anteriores.

No necesito el anillo, pensé, pero al mismo tiempo no estaba tan segura. Era como tener una palabra en la punta de la lengua. Sabía que estaba ahí, pero no podía encontrarla. Intuía que había algo más en el anillo, pero yacía en algún lugar en la sombra, envuelto en mi ser. Oculto e inalcanzable para mí.

Sin embargo, seguí corriendo sin inmutarme. Oí un crujido detrás de mí. Coletta salió de entre los arbustos.

—*¡Fue una buena decisión, Raven!* —ronroneó en mis pensamientos—. *No le necesitamos. Vamos a ver a tu otro amiga. ¿Cómo se llama?*

—Sarah —murmuré. ¿Le había hablado a Coletta de ella? No me acordaba. Pero Let tenía razón. Podía acudir a Sarah. Seguro que me escucharía y me ayudaría.

Así que me dirigí a Salem Village. No me importó que me faltaran las medias y tuviera el pelo alborotado y enmarañado. Tal vez Sarah podría prestarme algo.

Las calles del pueblo estaban inusualmente tranquilas. Sin embargo, sentí que me observaban. Ojos que me miraban fijamente.

Se había apilado madera para formar una torre donde antes estaba el mercado. ¿Había una fiesta esta noche en la que se encendería una gran hoguera?

Pero al mirar más de cerca, me fijé en la estaca en el centro de la madera apilada. Me recordaba a las imágenes que había visto en los libros sobre la quema de brujas.

Al darme cuenta, el pánico me recorrió todo el cuerpo. Tenía que salir corriendo. Ahora. La sensación de peligro inminente ardió en mi interior y el sueño que me había mantenido despierta en Nueva York me golpeó como una bofetada.

¡Era exactamente lo que había soñado! Me había visto en aquella hoguera, con las llamas ya lamiéndome los pies. Las sensaciones y el miedo atenazador que había experimentado en mi sueño en aquel momento me hicieron temblar.

En ese instante, me agarraron bruscamente por los brazos desde atrás.

—¡Vas a arder, bruja! —susurró una voz masculina cerca de mi oído. Thomas, el camarero. Un aliento apestoso me subió por la nariz y, junto con las palabras, me produjo náuseas.

Los aldeanos vinieron corriendo de todas direcciones. Sus ojos ya se habían vuelto negros y había odio en sus miradas. Estaban claramente bajo un hechizo.

Intenté liberarme, pero antes de que pudiera escapar, me pusieron una cuerda alrededor del cuello, me ataron las muñecas y me arrastraron por la cuerda hasta la pira.

Cuanto más luchaba, más me apretaba el nudo alrededor de la garganta y jadeaba.

Mis ojos buscaron a Coletta y la encontré. Estaba sentada al borde de la acción, observando lo que ocurría.

—¡Ven, ayúdame! —le grité mentalmente. Los ojos de mi amiga se volvieron hacia mí. Pero no había simpatía en ellos, sino un cálculo helado.

—No —respondió—. *Pero te ayudaré a verlo todo más claro.* —De repente, la frialdad abandonó mi cuerpo. La negrura de mi interior levantó la niebla de mis sentidos y me desplomé.

Mis verdaderos sentimientos por Cade salieron a la superficie, el odio y la ira desaparecieron. La verdad sobre la muerte de Markael se me reveló con un regocijo que solo el mal podía tener. Cade había sido el objetivo. Mi hermano lo había salvado. Cade era inocente.

Cade. Le había llamado monstruo y le había dicho que prefería morir antes que casarme con él. Aquí estaba, camino de mi muerte, y no podía decirle lo que de verdad sentía por él.

Mi cuerpo temblaba y las lágrimas corrían libremente por mis mejillas.

¿Debería ser este mi final?

Volví a mirar a Let, pero ya me estaba dando la espalda y salía corriendo.

—¡Coletta! —grité tras ella. Mi voz se quebró y meforcé por hablar lo bastante alto para que me oyera al otro lado de la plaza. Pero incluso entonces, Coletta no volvió. Me había traicionado y manipulado. Desde el principio.

Me subieron a la pila de leña y me ataron las manos al poste. La multitud se reunió a mi alrededor. Todos querían estar en primera fila, cerca de la acción, cerca de mi sufrimiento, de mi agonía.

Los humanos, como todos los seres de los mundos, podían ser crueles, pero aquí entraba en juego la magia negra, que sacaba lo peor de ellos y lo amplificaba.

De repente vi una cara familiar. Era Sarah. Empujó a su hija pequeña delante de ella y se sentó justo delante de la pira.

—Sarah —susurré suplicante. Levantó la cabeza, pero la Sarah que yo conocía ya estaba lejos. Unos ojos negros como la obsidiana me fulminaron.

—¡Quemad a la bruja! —gritó a coro con los demás.

Thomas, que me había dominado, se acercó al borde de mi trampa mortal con una antorcha encendida. El fuego no era del color rojo-amarillo habitual, sino que de vez en cuando destellaba un toque de púrpura, lo que indicaba que se trataba de un fuego mágico. Estas llamas también matarían a un ser inmortal.

—¡Bruja! ¡Eres culpable de tus oscuras acciones y de tu alianza con Satanás! Arderás. —

Entonces encendió los troncos a su lado con la antorcha y varios hombres con más antorchas encendieron el fuego alrededor.

Paralizada, miré los numerosos rostros llenos de odio, las llamas que se hacían cada vez más grandes, y sin esperanza me enfrenté a la muerte.

Podría liberarme con mi magia, ¿pero entonces qué? Entonces estaría atrapada en este tiempo para siempre sin mi anillo, eternamente huyendo. Tanto de los humanos como del mundo mágico, que me castigaría por usar mi magia entre los humanos.

De todos modos, mi vida no había merecido la pena. Solo en los momentos en que había estado con Cade había sentido felicidad. Ir al reino de Hades fue quizás una salvación. Markael y Nathan me esperaban allí.

—¡Raven! —gritó de repente una voz desde el borde de la plaza. Levanté la cabeza. El humo del fuego que se acercaba a mí se elevó hasta mis ojos y me quitó la visión. Pero, aun así, supe quién era el que había pronunciado mi nombre.

Cade. ¡Está aquí para salvarme!

No quería que la atención de los aldeanos se centrara en él. Debería huir con el grimorio, llevarse el libro y a sí mismo a un lugar seguro.

Así que cerré los ojos y no respondí a sus llamadas.

En mi mente, sin embargo, le hice saber lo mucho que le quería y que no podía imaginarme la vida sin él.

Le esperaría en el otro lado. Tal vez podríamos ser felices juntos allí.

CAPÍTULO 39



CADE

PRESA DEL PÁNICO, vi cómo las llamas lamían ya los pies de mi gran amor.

Mi pequeña, tenía que salvarla. Me molestó no haber encontrado el anillo que tan descuidadamente había tirado antes bajo el hechizo de Coletta. Sin embargo, Coletta había conseguido introducirlo en la grieta entre dos tablones de madera no cubiertos de arcilla antes de desaparecer.

Sin este anillo, no había forma de que Raven volviera a nuestro tiempo. No podía dejar que eso pasara.

Si me hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando, habría seguido a Raven de inmediato.

Ahora ya era demasiado tarde. ¿O tal vez no?

Como no sabía cuánto tardaría en encontrar a Raven, empaqueté todo y lo llevé conmigo. Además del grimorio invisible, la página arrancada, el librito de Hekate y las hierbas restantes estaban envueltas en un paño.

Lo saqué rápidamente y volé por las páginas. Las letras y las palabras pasaban a toda velocidad hasta que encontré algo que me resultaba útil.

Era un hechizo que no duraba, pero congelaba a los seres durante unos minutos, física y mentalmente. Leí las instrucciones. Las hierbas eran solo ingredientes que llevaba conmigo y una nota al margen indicaba que los seres afectados no recordarían nada de lo que había sucedido poco antes o durante la congelación posterior.

Para prolongar la duración del hechizo, bastaba con duplicar los ingredientes. Me quité rápidamente el sombrero tonto del que Raven se había reído antes de que viajáramos en el tiempo y mezclé los polvos necesarios para la receta.

Echando un último vistazo al libro, descubrí otra nota: *«Añade una gota de tu sangre para protegerte del hechizo. La magia contenida en la sangre estará protegida de la congelación»*.

La magia de Raven también estaba en mi sangre. Tal vez, con un poco de suerte, ella también se libraría de ella.

Me corté la mano con el cuchillo de la bota y una gota de sangre cayó en mi sombrero.

Lo mezclé todo una vez más y con la siguiente ráfaga de viento lancé el sombrero al aire, puse una flecha en la cuerda de mi arco y lo disparé. El sombrero fue atravesado por la punta de la flecha y catapultado por encima de toda la multitud hasta el otro lado de la plaza del mercado. Allí la flecha se clavó en las vigas de una casa.

Sin embargo, el polvo voló con el viento y se posó sobre la multitud, cubriéndola hasta que nadie se movió. Excepto Raven y las llamas, que ahora estaban peligrosamente cerca de ella.

—¡Raven! —grité, volviendo a meter el libro y las hierbas en la tela y corriendo entre la multitud petrificada.

—¿Cade? —graznó Raven con agonía mientras el humo le impedía respirar—. ¿Qué está pasando?

—Te lo explicaré cuando te haya liberado. —Una anciana arrugada se interpuso en mi camino y la aparté para seguir abriéndome paso entre la multitud, pero de repente me agarró del brazo y me miró con una sonrisa cruel.

—Desde luego que no lo harás —siseó, su agarre se volvió inhumanamente poderoso.

¡Eris!, pasó por mi mente.

—¡Raven, usa tu magia! —grité mientras seguía intentando liberarme de la diosa.

—¿Estás locos? ¡Hay gente aquí! —susurró con fuerza, que por supuesto no había visto lo que ocurría a su alrededor entre el humo.

—¡Confía en mí, pequeña!

—¿Dónde está el grimorio, muchacho? Sé que lo tienes. —La diosa era una anciana por fuera, pero las apariencias engañaban. Era poderosa y yo sabía que, si usaba ese poder contra nosotros, podría matarnos con facilidad. Eso significaba que tenía que engañarla de alguna manera para alejarla de Raven y, por supuesto, del grimorio.

—Sí, lo tengo —admití, porque esta mentira la expondría de todos modos—. Si dejas ir a Raven, te llevaré con él.

La negrura de sus ojos parecía atraerme con ella, a lo más profundo de la oscuridad de los mundos.

—El amor —me arrulló—, un sentimiento tan peligroso y a la vez destructivo de los seres inferiores. Creen que lo tienen todo cuando aman y son amados, pero en sí pierden tanto. Se pierden a ustedes mismos, su pensamiento analítico y sus estúpidos corazones. ¿Para qué? ¿Por unos momentos de felicidad en la vida? Sin embargo, es agradable ver que ella me lleva siempre a mi destino, aunque haya que desviarse.

—¡Suelta a mi prometido! —Raven apareció de repente justo delante de mí. Lo había conseguido. El alivio me inundó.

Sus ojos parpadearon con odio, pero esta vez no iba dirigido a mí, sino a la diosa que tenía detrás. Ahora me rodeó el torso con el brazo y me hizo retroceder unos pasos. Sus sombras, que ya había encontrado en el túnel, también me rodearon la garganta.

Raven dejó bailar una llama en la palma de su mano.

—¿Dónde está tu cómplice? —quiso saber Raven. Su voz era helada e impredecible—. Quería darle las gracias por el maravilloso siglo que pude pasar con ella.

Una estridente carcajada de la diosa del caos me hizo estremecer.

—Hizo bien su papel, ¿verdad? —El rostro de Raven estaba rígido, como cincelado en piedra.

—¿Dónde está? —gimió Raven entre dientes apretados, para dejarse caer al instante siguiente, con los ojos desorbitados. Una bala muy parecida al arma homicida de Markael pasó volando junto a mi cuerpo.

—¿Coletta mató a Markael? —gruñí, acabando de darme cuenta de lo cerca que habíamos estado del verdadero asesino todo este tiempo.

En ese preciso momento, Coletta se pavoneó por la plaza hacia nosotros con su habitual color de gata blanca.

—¿Por qué? —Raven gimió con incredulidad—. ¿Por qué hiciste eso?

—La flecha de hielo en realidad no estaba destinada a tu tonto hermano. Pero, de nuevo, fue el amor lo que le quitó la capacidad de pensar. Si quieres culpar a alguien de toda esta miseria, entonces sugeriría a Cupido —respondió la diosa en lugar de Coletta—. Pero bueno, después de que tú, muchacho, sobrevivieras, tuvimos que cambiar nuestro plan. ¿Y qué sentimiento puede ser más fuerte que el amor cuando está bien guiado y alimentado?

—Odio —murmuró Raven, mirándome con tristeza.

—¡Eso es, chica! Y es tu odio hacia él. Porque el odio separa a los amantes y como no fue la muerte la que los separó, tuvimos que confiar en el odio para hacer el trabajo.

—¿Pero para qué sirve todo esto? —pregunté impaciente.

—Para que no se cumpla esta maldita profecía. Juntos. No podía matar a la niña porque sabía que me conduciría al grimorio gracias a sus poderes psíquicos. Pero tú, a diferencia de la profecía, carecías de importancia para mis propósitos, pequeño. Matarte era la mejor opción que tenía. Lástima que fracasara. —Suspiró una vez, como si realmente sintiera tristeza. Pero este monstruo de diosa no podía tener sentimientos.

De repente todo tenía sentido. La muerte de Markael, nuestra separación, el odio de Raven, su huida de Brysalia. Ninguno de estos eventos se basó en nuestra propia voluntad, nuestras propias decisiones. Habíamos sido marionetas en una obra y Eris había movido los hilos junto con Coletta.

Por el rabillo del ojo, vi que Raven me hacía señas con los dedos, que ocultaba de las otras dos entre los pliegues de su falda. Nuestras señas secretas de juventud. La entendí de inmediato y asentí discretamente.

Para distraerme, me volví hacia Eris, que parecía disfrutar charlando sobre sus hazañas.

—¿Para qué necesitas exactamente el grimorio? —pregunté con interés, aunque eso ya lo sabíamos, pues habíamos visto los hechizos registrados en el libro.

—Me temo que no vivirás para verlo, hijo. Porque no vivirás lo suficiente para eso. —Me acarició la cara con su mano arrugada. La repugnancia se apoderó de mí—. Es una pena, sin duda harías un cambio sabroso en mi habitación.

—Quítale tus asquerosas manos de encima —gritó de repente Raven y me lanzó una bola de fuego de la nada. Como me había advertido, me dejé caer al mismo tiempo y la bala alcanzó a la diosa en el estómago. Trastabilló hacia atrás y en dos largas zancadas me encontré junto a Raven, que había levantado un muro de fuego contra el que rebotaban las flechas de hielo de Coletta. No la frenaría por mucho tiempo, pero nos daría algo de tiempo.

Inmediatamente ordené también mi magia y mientras el fuego nos envolvía protegiéndonos, atraje a mi pequeña hacia mí y la besé como si fuera la última vez que la vería. Un suave gemido contra mis labios me dijo que era la Raven a la que había amado hasta lo más alto varias veces esta noche. Mi prometida. La palabra era como chocolate en mi lengua.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté tras separarme de ella a regañadientes.

—La pregunta es probablemente más: ¿qué podemos hacer en absoluto? Derrotar a la diosa no es una de ellas. Pero podemos evitar que consiga el grimorio.

—Para cumplir nuestra misión real y, por tanto, también la profecía —pensé y miré las llamas, tras las cuales nuestros enemigos ya hacían todo lo posible por destruir el muro.

—Sabes que solo hay una forma de proteger el libro de ella y del mundo —susurró Raven.

Teníamos que destruirlo. Solo ahora, después de que Raven lo hubiera insinuado, me di cuenta de que ese sentimiento era exactamente correcto. Hekate había tenido razón cuando dijo que lo sabríamos entonces.

—Destruir —le susurré y Raven asintió con la cabeza—. ¿Crees que es lo correcto? Después de todo, es un artefacto. Magia especial que también puede hacer el bien.

—Pero más malo —replicó ella—. Lleva siglos perdida y hemos conseguido sobrevivir en ese tiempo sin esa magia.

—Tienes razón. Tenemos que destruirlo. Es la única forma de protegerlo de Eris para siempre. Y de sí misma —coincidí con ella—. Pero ¿cómo? ¿Qué es tan fuerte como para destruir esa magia?

—La magia de una diosa. —Raven abrió su lado del muro de fuego lo suficiente para que mi mirada se posara en la pira que aún ardía. Fuego mágico de la diosa del caos. Un antiguo poder que había gobernado desde el principio de los tiempos.

—Eso podría funcionar. —Saqué rápidamente el grimorio de la tela y la página rota cayó al suelo. Indeciso, la recogí—. ¿Y esto?

—Ya que hemos visto esta página del libro en el futuro, no deberíamos destruirla. De lo contrario, podríamos interferir en el curso de la historia. Eso sería demasiado arriesgado.

Así que volví a meter el papel en la tela.

—¿Me respaldarás?

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto solo? —Raven me miró preocupada.

—No estoy solo —le dije, dedicándole una sonrisa mientras sacaba su anillo del bolsillo del pantalón—. Señora Cayden Johnston —me burlé de ella y le puse el anillo en el dedo.

—Sra. Cade Storm —me corrigió, devolviéndome la sonrisa—. ¡Cuídate! Todavía te necesito.

—Tú también. ¡No hagas nada demasiado valiente!

Luego nos alineamos espalda con espalda. Raven miró en dirección a Eris y Coletta para mantener el muro de fuego sin mí, dándome intimidación, mientras yo me ponía de pie para poder correr hacia la pira.

—¡Ahora! —gritó Raven, y vi la tensión en su cuerpo mientras comandaba las masas de fuego por su cuenta. Eché a correr.

La pira estaba justo delante de mí, pero un chillido espeluznante me sacó de mi concentración. ¡Tengu! La diosa había llamado a los perros infernales. Todavía tenía una cuenta pendiente con ellos. Habían matado a nuestro amigo, arrancado a Nathan de su vida.

Metí el grimorio en la chaqueta. Al mismo tiempo, cogí el arco y clavé mi primera flecha. Mientras seguía caminando hacia el fuego, observé el cielo.

De repente, una de estas criaturas bajó disparada y se dirigió hacia mí.

Concentrado, puse la flecha en la cuerda, me arrodillé y tensé el arco.

Con mi presa en el punto de mira, esperé pacientemente a que el tengu se acercara. Si fallaba, no tendría tiempo de disparar otra flecha. Eso significaba que tenía que apuntar correctamente.

Dejé que se acercara un poco más. Tan cerca que ya podía ver el brillo expectante en sus ojos. Uno de ellos era mi objetivo. Con el corazón palpitante, intenté mantener la mano firme mientras disparaba. Mi flecha corrió a una velocidad increíble hacia el tengu, que a su vez no tuvo tiempo de esquivarla. Con un sonido metálico, el proyectil dio en el ojo derecho, se deslizó y solo sobresalió el emplumado.

El tengu cayó como una piedra al suelo, donde yacía muerto.

No esperé y corrí junto a él hacia el fuego, pero cuando vi la sangre del monstruo manando de su ojo, se me ocurrió una idea y me arrodillé junto a la criatura muerta. Rápidamente cogí las flechas que me quedaban y sumergí cada una de las puntas en la sangre del tengu.

Satisfecho, volví a poner las flechas envenenadas en el carcaj. Miré a Raven. Nuestro muro

de fuego ya se había hecho más pequeño y tenía agujeros, ahora tenía que ser muy rápido.

Así que me puse en pie de un salto, agarré el grimorio mientras corría y lo arrojé a las llamas mágicas, que lo engulleron hasta que no quedó nada que ver.

CAPÍTULO 40



RAVEN

SOSTUVE el muro de fuego con mis últimas fuerzas. Ya me corría el sudor por la frente y la espalda, era tan agotador comandar la magia.

Sin embargo, una mirada detrás de mí me hizo respirar aliviado. Vi cómo Cade arrojaba el grimorio al fuego y este era consumido por las llamas. Lo habíamos conseguido. El alivio me inundó.

Sin embargo, la sonora carcajada de la diosa me puso en alerta. Esperaba que delirara, gritara y chillara, pero no que se riera.

Cade vino corriendo y la confusión estaba escrita en su cara.

—¿Por qué no ocurre nada? Hemos cumplido la profecía. ¿No deberíamos volver a casa automáticamente? —Miró desesperado a su alrededor, como si esperara un portal en alguna parte que nos llevara de vuelta a nuestro tiempo.

—¿De verdad crees que puedes derrotarme tan fácilmente? —gritó ahora Eris desde el otro lado del inestable muro de llamas—. ¿Yo, la diosa del caos? ¿El ser que prácticamente inventó un objetivo de forma indirecta?

Volvió a reír y su magia abrió un enorme agujero en nuestra barrera. Entonces noté cómo nieblas negras empezaban a surgir de los iris de la gente petrificada que nos rodeaba.

Se deslizaron por la plaza hacia Eris. La mujer arrugada cerró los ojos y dejó que la niebla la envolviera.

Entonces abrió la boca y aspiró con avidez el aire negro. Observé con asombro cómo su aspecto cambiaba con cada bocanada de aire, hasta que finalmente una hermosa joven ocupó su lugar. Levantó los párpados y nos miró a través del agujero que ya se cerraba en el muro de llamas. Según las leyendas, se volvía joven y hermosa aprovechándose del odio y la envidia de la gente.

—Estoy preparada para esto —gritó—. Por eso ya he dispuesto todo para otro viaje en el tiempo. Todos retrocederemos en el tiempo tantas veces como sea necesario, hasta el comienzo de esta batalla, hasta que tu magia sea tan débil que pueda matarte con facilidad y el grimorio sea mío. —Su espeluznante risa volvió a sonar—. Siempre consigo lo que quiero. Y ya he esperado demasiado por el grimorio.

¿Un viaje repetitivo en el tiempo a la última media hora? Eso no sería bueno. Nada bueno. Mi magia ya estaba casi agotada. Así que podría bastar un solo viaje para destruirnos.

—El Grimorio está fuera de su alcance en este momento —susurró Cade—. Así que si podemos resistir contra ellos hasta que sea mediodía y nos lleven de vuelta a casa, entonces lo habremos conseguido.

Miré al cielo con incertidumbre. Sin duda pasaría otra hora antes de que el sol llegara al mediodía.

—No podremos resistirles tanto tiempo —susurré, señalando mis manos temblorosas con la barbilla.

—Entonces tendremos que correr y escondernos de ellos —sugirió Cade.

¿Sería realmente suficiente para cumplir la profecía? ¿Estaría entonces el grimorio a salvo de la diosa? ¡No!

—Cade, si Eris puede viajar en el tiempo aquí, en este siglo, puede hacerlo en cualquier otro. Entonces, ¿qué le impide buscarnos en el siglo XXI y secuestrarnos? —pregunté. Los ojos de Cade se abrieron de golpe.

—Tienes razón. Pero entonces solo tendríamos que destruir a la diosa —susurró abatido—. O tendríamos que suicidarnos.

El pensamiento ya se había clavado dolorosamente en mi alma. Parecía reducirse a esto.

Pero ¿de verdad queríamos morir sin luchar?

—Si tenemos que morir de todos modos para salvar el grimorio, entonces encontremos la muerte en la batalla. A quien podamos arrastrar al reino de Hades, lo llevaremos con nosotros. —Le miré con decisión, pero había reflexión en sus ojos.

—Pero eso sería un final rápido por su magia y en vez de matarnos, nos enviaría atrás en el tiempo con un hechizo de todos modos.

Cade tenía razón, por supuesto. No lo había considerado.

—Pero... continuó—, ¿y si pudiéramos protegernos contra su magia? —Apresuradamente sacó el librito de Hekate—. La receta con ortiga y trébol blanco.

—Eso podría funcionar y aún deberíamos tener algo de trébol blanco si lo has traído todo contigo. Tendremos que recoger la ortiga.

—Lo hice —confirmó Cade y sacó todo de la tela—. Aquí están. Triunfante, levantó los pequeños trozos.

—Si recuerdo la dosis, no será suficiente —dije pensativa—. Pero si ajustamos la cantidad a las otras hierbas, entonces solo afectará a la duración del hechizo, como con la mayoría de los otros del libro.

Cade mezcló todos los ingredientes en su camisa, que sostenía como un cuenco. Solo faltaban la ortiga y el agua. Luego cortó un trozo de la tela y metió dentro la mezcla, para deslizarla en el bolsillo de su pantalón. Volvió a meter todo lo demás en la tela.

—Así que solo tenemos que llegar al siguiente arroyo. Estoy seguro de que allí encontraremos ortigas y agua. —Cade me miró inseguro. ¿Tendríamos éxito?

—No tenemos elección, ¿verdad?

Cade se puso a mi lado y activó su magia, que se unió a la mía. Por suerte, ambos llevábamos la magia potenciadora del otro, de lo contrario me habría plegado hace tiempo.

—A la de tres, enviaremos juntos un enorme muro de fuego hacia Eris y Coletta y luego saldremos corriendo. Con suerte eso las mantendrá ocupadas el tiempo suficiente para que no se den cuenta de nuestra desaparición —sugirió.

—¿Y qué pasa con ellos? —Señalé al cielo, donde los tengo estaban esperando para agarrarnos y matarnos.

—Son un problema. Así es.

Ambos miramos a nuestro alrededor, buscando algo que pudiera salvarnos. Entonces mi mirada se posó en una tabla de madera que parecía haber salido de uno de los carros de la gente del mercado y que apenas se notaba por la nieve que se había acumulado sobre ella. Si estiraba el brazo lo suficiente, podía alcanzarla sin tener que moverme mucho.

Mis dedos apenas rozaron la madera y, tras aflojarla con las uñas, pude tirar de ella hacia mí. Era lo bastante grande para que cupiéramos los dos debajo. Lo empujé detrás de nosotros para que la nieve no se derritiera en el fuego.

—Antes de empezar a caminar, cogemos la tabla de madera y la sostenemos por encima de nuestras cabezas. Desde arriba, el Tengu solo verá la nieve blanca y, con suerte, no notará el movimiento —expliqué mi idea.

La sonrisa orgullosa de Cade me calentó el corazón.

—¡Eres brillante, Raven! Entonces empecemos.

Nos alineamos uno junto al otro y con una última mirada, Cade contó hasta tres.

—¡Vamos!

Puse toda mi fuerza en este estallido de magia y vi cómo nuestras llamas se elevaban peligrosamente.

Con un rápido giro, recogimos la tabla de madera sin perder la nieve que había sobre ella y salimos corriendo hacia el bosque con la tabla sobre nuestras cabezas.

No nos atacaron. Aparentemente habíamos engañado a los Tengu. A juzgar por sus chillidos, seguían sobrevolando la zona donde nuestro fuego ya amenazaba con extenderse.

Caminamos deprisa y pronto llegamos al linde del bosque. Los árboles nos protegían mejor de los tengu, pero sabía que Coletta y Eris no tardarían en seguirnos la pista.

—Hay un pequeño arroyo cerca. Vamos —susurró Cade—. Pero primero deshagámonos de la tabla de madera. Nos retrasará.

La soltamos sin cuidado y seguí a Cade entre los árboles hasta que oí un suave chapoteo.

Poco después, llegamos al arroyo. Inmediatamente nos arrodillamos en su orilla y Cade sacó del bolsillo de su pantalón el fajo con la mezcla de hierbas. Nos sentimos aliviados al descubrir unas últimas ortigas en la orilla, que Cade mezcló con las hierbas. Luego me entregó la mezcla. Cuando la cogí, apenas podía sostener el paquete, me temblaban mucho las manos. Estaba agotada y mi magia necesitaba recuperarse.

—¡Espera, te ayudaré! —Cade agarró la mía con una mano, dejando que la mezcla de hierbas goteara en mi palma para sacar agua del arroyo con la otra. La añadió a los ingredientes del hechizo.

—¡Bebe! —me instó y me lo llevó a la boca. Nada rebosó por el borde y pude beberme toda la dosis.

—Gracias —susurré y me apoyé en el tronco del árbol que tenía al lado. Mientras preparaba su poción, cerré los ojos un momento.

—*Aquí estás. Te he encontrado* —oí de repente en mi cabeza. Me levanté de un salto y me coloqué de forma protectora delante de Cade. Justo a tiempo, porque una afilada flecha de hielo se deshizo en agua justo delante de mi estómago. Habría atravesado y partido el cráneo de Cade.

Coletta salió de la maleza y se dirigió hacia nosotros. Sus entrecerrados ojos blanquiazules estaban fijos en mí y su cola se movía inquieta de un lado a otro.

Miré nerviosa a mi alrededor, buscando a la diosa. Pero no la encontraba por ninguna parte. El pánico se apoderó de mí. ¿Estábamos rodeados? ¿Era una trampa para hacernos retroceder en el tiempo? Su magia no podía hacerme daño, pero yo ya estaba tan débil que podría dominarme fácilmente y arrastrarme con ella a través de un portal.

Esperemos que Cade haya tenido tiempo suficiente para beber su mezcla de hierbas. Solo podríamos superar esto juntos.

—Coletta —dije con voz tan firme que hasta yo misma me sorprendí, mientras le devolvía la mirada. Ese ser había matado a mi hermano, me había manipulado y controlado. Nos había arrebatado los últimos cien años a Cade y a mí.

Coletta era la personificación del mal.

—¿*No quieres venir con tu amiga?* —ronroneó la falsa criatura en mi cabeza. Físicamente, no era vulnerable a la magia, pero en lo mental —y Coletta lo sabía, por desgracia era— otra cosa.

El frío me subió por los pies.

—¡No! —grité—. ¡Déjame en paz! ¡Fuera de mi cabeza! —Me desplomé en el suelo con las manos pegadas a las orejas. No quería volver a perderme en sus mentiras.

La impotencia surgió en mi interior y me enfureció. Aparté las manos de las orejas y las cerré en puños. Me juré a mí misma que esta vez no caería sin luchar.

En el mismo momento, una flecha salió disparada hacia Coletta. Había estado tan concentrada en mí que no se había dado cuenta de que Cade estaba detrás de mí.

La flecha le atravesó el pecho. Los ojos de Coletta se abrieron de par en par.

—¿Cómo? —la oí susurrar. La frialdad que acababa de apoderarse de mí desapareció de inmediato.

—La flecha está empapada en veneno Tengu —oí decir a Cade detrás de mí. Su voz era fría, al igual que su mirada, cuando levanté la vista hacia él, sorprendida.

—¿Veneno? —Las piernas de Coletta cedieron y tuvo que tumbarse. De la herida rezumaba sangre roja sobre su pelaje blanco, que contrastaba con la flecha negra que le salía del pecho. Todo aquello me hizo pensar en Blancanieves. Pero no estaba en un cuento de hadas. No, esta era la amarga realidad.

En el mismo momento, la mirada de Coletta se congeló y vi cómo se le escapaba la vida. Había hecho tanto mal que no sentí tristeza, solo un poco de lástima.

Sin volver a mirarla, le di la espalda y seguí a Cade más adentro en el bosque. Eris estaba al acecho en alguna parte. Teníamos que encontrarla y darle caza. Costase lo que costase.

CAPÍTULO 41



CADE

COGÍ SUAVEMENTE A RAVEN en mis brazos. Había pasado todo un siglo con esta bestia, creyendo que Coletta era su amiga.

—¿Estás bien? —le pregunté, besándola en el pelo—. Tuve que matarla. Espero que lo entiendas. Pero no podía perderte otra vez.

Raven me miró y había mucho amor en sus ojos.

—Me alegro de que lo hicieras. Me salvaste. —Me besó la comisura de los labios y tuve que contenerme para no apretar los suyos de forma exigente.

Teníamos que estar atentos y no dejarnos distraer. Hace un minuto, creía que iba a perderla de nuevo. El pánico había aumentado en mí mientras veía a Raven librar su batalla interior.

Instintivamente cogí una flecha y solo entonces recordé el veneno de la punta.

—¿Cómo lo hiciste realmente con el veneno Tengu? —preguntó con curiosidad.

—Te lo contaré otro día —dije con una sonrisa irónica—. Es bueno tener secretos en el matrimonio, mantiene la tensión —bromeé con ella.

Se rio con suavidad.

—No importa. Fue un buen movimiento. ¿Crees que será suficiente para una diosa?

—No lo sé. El veneno proviene de la sangre del tengu y no directamente de la garra. Está mucho menos concentrado, pero aun así es suficiente para matar a una criatura mágica si golpeas un órgano vital al mismo tiempo. —Solo lo descubriríamos cuando llegara el momento.

Miré hacia el sol.

—Nos queda media hora. Tenemos que darnos prisa.

Caminamos cogidos de la mano por el bosque, agachándonos con regularidad detrás de los arbustos y escondiéndonos cuando oíamos los chillidos de los tengu sobrevolando las copas de los árboles. Pero no vimos a Eris por ninguna parte.

¡Maldita sea!

—¿Dónde estará? —preguntó Raven mientras nos recostábamos en un arbusto para escondernos de los monstruos alados.

—Quizá nos esté esperando en la cabaña —dije pensativo—. El único lugar donde los Tengu no pueden encontrarnos, porque es invisible para ellos.

—Eso sería obvio, porque también sabe que no podemos ir a ninguna parte sin acabar otra vez en la hoguera.

—Se nos acaba el tiempo y las opciones. Probemos allí —dije y nos dirigimos a la cabaña.

Cuando la cabaña de madera estuvo a la vista, nos escondimos entre la maleza al borde del bosque y observamos los alrededores. No se veía nada fuera de lo común.

—Los animales no hacen ningún ruido —susurró horrorizada Raven en un momento dado, y tenía razón. Había un silencio inusual en el granero, pero tampoco se veían cuervos ni otros animales en los campos.

—Ella está aquí. —Raven asintió con la cabeza.

—Lo más seguro es que aparezca cuando estemos al descubierto y, por tanto, vulnerables a ella y a los Tengu —consideró mi chica—. Así que, si queremos destruirlos, tenemos que enfrentarnos a ellos.

La cogí de las manos y miré sus hermosos ojos, en los que se desataba un tornado.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? ¿Sacrificar tu vida por el mundo?

—Mientras estés conmigo y no esté sola, entonces sí —exhaló—. Ya me había despedido de la vida en la pira funeraria y me imaginaba reunida contigo en el reino de Hades. Supe entonces que no me importaba dónde estuviera mientras estuviéramos juntos.

La besé con pasión en los labios y me costó separarme de ella. Las lágrimas corrieron por sus mejillas y se las limpié con los pulgares.

—Iré a donde sea que tú estés. Ya sea en este mundo o en otro. No me importa. Te amo, Raven, y nunca te librarás de mí. Ni siquiera cuando estemos muertos.

Una sonrisa de alivio se dibujó en la comisura de sus labios y me besó por última vez.

—Vamos a darle a la diosa una buena patada en el culo —dije mientras tiraba de ella. Entonces dimos el primer paso para salir de la seguridad de los arbustos y adentrarnos en los campos.

Caminamos lentamente hacia la cabaña. Yo ya tenía el arco en la mano y la flecha envenenada preparada.

El inusual silencio que nos rodeaba era opresivo. Estaba claro que nos esperaban. Miramos a nuestro alrededor una y otra vez, pero el tengu o la diosa no aparecían por ninguna parte.

—¿Sientes eso? —usurró Raven, y pude ver la preocupación en sus ojos.

—¿Qué quieres decir?

—El retumbar de la tierra bajo nuestros pies —susurró. Me concentré en el suelo helado y sí, había una especie de vibración que recorría la tierra. Crecía con cada paso que dábamos.

Sin embargo, seguimos caminando sin inmutarnos. Habíamos tomado una decisión. Sabíamos lo que nos esperaba y habíamos hecho las paces con ello. Mientras permaneciéramos juntos y cumpliéramos la profecía, no importaba cómo acabáramos aquí.

Ahora la tierra temblaba bajo nosotros y se formaban grietas entre los surcos que había arado con Nathan. Cogí la mano de Raven y nos dimos el apoyo suficiente para seguir adelante.

Cuando por fin estuvimos a medio camino de la cabaña, un estruendo aterrador resonó en el suelo. Como un terremoto, todo tembló y ambos caímos de rodillas.

—¡No voy a dejar que te vayas! —grité contra el ruido repentino, agarrando la mano de Raven.

A nuestro alrededor, la tierra se resquebrajó y unas rocas negras y puntiagudas surgieron amenazadoras del suelo. Eran más altas que los árboles del bosque y nos habían atrapado en aquel trozo de tierra. Rápidamente acerqué a Raven a mí y la abracé para protegerla.

Los chillidos de los tengu rompieron el estruendo y en el mismo momento un tengu se sentó en cada pico rocoso. Nos miraron con avidez desde sus ojos negros.

Pero la diosa nos necesitaba vivos. Esa era nuestra única ventaja por el momento. Tan pronto

como la atacáramos, sería otra historia.

El cielo se oscureció. Se acumulaban nubes negras. Tan negras que se volvieron tan oscuras como una noche sin estrellas. Apenas se distinguían los contornos de los Tengu. Un relámpago iluminó el mundo que nos rodeaba durante un breve instante y fue entonces cuando la vi. Eris.

Salió de entre dos rocas. Seguía siendo hermosa y su exterior contrastaba con su interior. Torció sus labios rojos en una sonrisa cruel.

Los destellos se sucedían cada vez más rápido y, con cada rayo de luz que emitían, Eris se acercaba un poco más a nosotros. Su rostro era una máscara de odio, rabia y ansia de poder.

Encogido en el suelo, no quería conocerla y Raven tampoco, como yo sabía. Nuestro orgullo y amor propio eran demasiado altos para eso. Así que, en un momento de negrura, nos pusimos en pie y nos enfrentamos a Eris al siguiente destello de luz celeste.

—Has cometido un grave error —siseó, y si no lo hubiera sabido, habría esperado ver una lengua bífida salir de su boca—. La muerte de Coletta te costará caro. Pagarás por esto. Sufrirás por esto.

La tierra volvió a temblar y un poderoso estruendo sonó bajo nosotros. Inesperadamente rápido, la tierra se abrió justo entre nosotros y una enorme roca negra atravesó la superficie.

¡No! ¡Mi pequeña! Le había prometido que no la dejaría ir, pero la piedra empujaba implacable entre nosotros.

Miré a Raven en busca de aliento.

—Todo va a salir bien —le susurré y supe que me entendía.

—Nos vemos en el otro lado. —Una sonrisa acompañó su frase. Solo las yemas de nuestros dedos seguían tocándose, pero la roca rompió incluso esa frágil conexión. Entonces Raven desapareció tras el coloso negro. Cada uno de nosotros quedó atrapado en una mitad del círculo de roca.

De repente, la diosa apareció frente a mí.

—Entonces veamos quién de ustedes puede gritar más fuerte —espetó, solo para levantar la mano en el mismo momento y enviar su niebla negra.

Me rodeó la garganta con avidez. No demasiado apretados para que pudiera gritar, pero al mismo tiempo no lo bastante flojo para que pudiera moverme.

—Veamos lo rápido que se curan tus huesos. —Su risita me llegó al alma y el crujido de mi muslo resonó en mis oídos. No recordaba si el grito que había oído había sido mío. El dolor sin duda lo era.

Las estrellas parpadeaban en mi campo de visión mientras miraba a la diosa con los dientes apretados. No me quebraría. Jamás.

Solo podía esperar que cuando Eris acabara conmigo, perdonara a Raven. Absorbí el dolor por ella.

—¡Ja! Eso fue solo el principio. Pronto me suplicarás que pare.

¡Crack! La parte superior del brazo. ¡Crack! La mano. ¡Crack! La espinilla. Me desplomé en silencio. Pero un grito espeluznante resonó en la oscuridad. ¡El grito de Raven!

El pánico se apoderó de mí. Mi niña estaba sufriendo igual que yo. Se me saltaron las lágrimas al pensarlo. Pero ¿cómo era posible? ¿Quién la estaba torturando al otro lado de aquella roca a mi espalda?

Un relámpago iluminó la noche. Eris me miró en silencio y, sin embargo, su sonora risita se coló bajo mi piel. No provenía de la Eris que estaba conmigo.

¿Se había dividido para poder torturarnos al mismo tiempo? La comprensión de su verdadero poder me heló las venas. Sin embargo, en ese mismo momento me di cuenta de otra cosa. Si se

había dividido, entonces la Eris que tenía delante solo debía tener la mitad de su poder. Era el mejor momento para contraatacar.

Rápidamente apoyé la palma de la mano en la piedra que había detrás de mí.

—Raven, pon la mano sobre la roca. ¡Ahora! —grité tan alto como pude, canalizando al mismo tiempo mi magia sobre la roca hacia Raven, que estaba demasiado débil para atacar a Eris por su cuenta. Luego lancé varias bolas de fuego en sucesión contra la diosa de mi semicírculo.

Puso un escudo protector demasiado tarde y vi que le ardía la manga. Tardó un momento en apagar el fuego. La trampa de niebla desapareció y me di cuenta de que era justo el momento que necesitaba para hacer mi jugada en esta partida de ajedrez.

Envié una última oleada de magia a través de la roca, cogí mi arco y mis flechas y puse una de las flechas envenenadas en la cuerda. Me sentí enfermo de dolor al tensar el arco. Mi mano rota aún no se había curado del todo. Entonces disparé directamente a su negro y podrido corazón.

Gracias al veneno tengo, la flecha atravesó su escudo protector y se clavó profundamente en su pecho.

Gritó con rabia. Era el chillido de una bestia que salía de su garganta. Se apretó el pecho. Entonces sus ojos se posaron en mí.

—¿Crees que un veneno tan diluido puede matar a una diosa? ¡Chico tonto! —Chasqueó la lengua y dio un paso hacia mí.

Inmediatamente coloqué la siguiente flecha y le di en la pierna. Una tercera flecha le atravesó el pie y le impidió seguir corriendo. Pero el veneno seguía sin hacer efecto en ella.

¿Qué hago ahora? Busqué una solución en mis pensamientos, invocando todos mis conocimientos sobre esta deidad. Sobre los dioses en general y mis recuerdos se atascaron en el encuentro con la Norne.

Una frase resonó de repente en mi cabeza. Palabras a las que antes no había prestado atención:

*La diosa de las dos medias lunas es un peligro para todos,
Separa sus lunas y sus poderes caerán en tu trampa.*

El símbolo de la diosa del caos eran dos medias lunas que se tocaban por sus lados cerrados. Entre ellas, sin embargo, una asta atravesaba el símbolo. Dos medias lunas separadas.

Cada hechizo que creaban seres como yo, lo escribían en su grimorio para poder utilizar su magia. Yo llevaba mi grimorio en forma de tatuajes en la piel. Así que tenía que tatuarme el símbolo de Eri en el cuerpo para poder usarlo contra ella. Pero ¿cómo podía grabarme algo en la piel sin que mi magia autocurativa volviera a cerrar inmediatamente la herida sin cicatrices visibles?

Mis ojos se posaron en la última flecha que tenía en la mano. El veneno del tengo. Sin pensarlo limpié la punta de la flecha en los pantalones. Una pequeña porción del veneno impediría que la piel cicatrizará. Demasiado, sin embargo, significaría mi muerte en el peor de los casos. Tenía que arriesgarme.

Sin pensármelo dos veces, me desnudé el brazo y me corté la piel con la punta de la flecha. Dibujé con cuidado las dos medias lunas y las separé en el centro con la estaca. El punto de mi cuerpo hormigueaba y podía sentir mi magia luchando contra el veneno. Ahora tenía que darme prisa, porque si había demasiado veneno, no tendría mi magia durante mucho más tiempo.

Eris acababa de sacarse la flecha del pie. Ya se había quitado las otras dos y las heridas estaban cerradas. Su mirada era feroz y asesina mientras apuntaba hacia mí.

La niebla salió disparada de sus manos, pero antes de que me alcanzara, todo mi cuerpo se

iluminó. Incluso desde los rincones más profundos de mi ser, saqué mi magia a la superficie. El nuevo símbolo de mi brazo era el que más brillaba.

Eris lo vio y sus ojos se abrieron de par en par.

—¡No! —gritó, pero yo ya había vuelto mi fuego contra ella.

El dolor se encendió en su rostro mientras ardía intensamente. Mientras corría hacia ella, no detuve el fuego. Ni siquiera cuando me agaché y recogí las cuatro flechas. Armas en mano, caminé hacia ella hasta situarme frente a ella. Mi fuego no me hizo daño, sino que rodó por mi piel como el agua. Su piel, en cambio, colgaba en jirones de sus brazos y su cara. Uno de sus ojos había sido víctima de mis llamas y desde el otro me miraba desconcertada.

—A ver lo *fuerte* que gritas —le susurré y luego le clavé las cuatro flechas en el corazón al mismo tiempo.

Su grito fue fuerte, furioso y desapareció bajo los chillidos de los Tengu, que fueron arrastrados de vuelta a través de un portal a su propio mundo, y el estruendo de la tierra que sacudió las rocas a nuestro alrededor.

Eris se desplomó y yació muerta en el suelo. Mi magia se retiró y al instante siguiente me rodeó una negrura que me arrastró a través del tiempo.

Raven y yo lo habíamos conseguido y ambos seguíamos vivos. ¿Cómo lo sabía? Porque la magia de Raven se frotaba contra la mía como un gato ronroneando.

CAPÍTULO 42



RAVEN

CON UNA TAZA de té en la mano y vestida con una camisa masculina, me paré en mi cocina de Nueva York y miré hacia la ciudad.

Echaría de menos la vibrante vida de esta metrópoli, pero ya sabía que no sería un adiós para siempre. Uno de mis sueños clarividentes me lo había dicho.

Pero me esperaban nuevas aventuras. Y para Cade.

Mis ojos se desviaron hacia el anillo de oro que llevaba en el dedo. Raven Storm. No sonaba tan mal. La camisa que llevaba era de mi marido.

Me había deshecho de mi colección de camisetas de los rollos de una noche que había tenido antes de que Cade me secuestrara —no le gustaba nada esa palabra, por cierto— en cuanto llegué a casa. Junto con todas las pertenencias que habían pertenecido a Coletta.

Encontré algunas pistas más sobre lo que había hecho entre sus cosas. Cade y yo habíamos quemado todo lo que estaba en mi terraza. No con fuego mágico, eso no era necesario en este caso.

Me sentí bien al ver cómo las llamas consumían los restos de nuestro pasado, el principio de un nuevo comienzo.

Después de que los anillos nos devolvieran al siglo XXI, directamente al salón del palacio del rey de Ellyllia, todo parecía tan surrealista. La princesa Elena me ayudó a levantarme y me abrazó. Después, compartimos lo que nos sucedió tomando té y bocadillos. Habían pasado algunas semanas desde entonces.

Fue difícil encontrar la paz con lo que había vivido. No se habían encontrado documentos de mi intento de quema en la hoguera. Parecía que el hechizo del libro de Hekate que Cade lanzó a los aldeanos les hizo olvidarlo todo cuando despertaron de su letargo. Esa fue la única razón por la que el rey no nos condenó por nuestro uso de la magia en el mundo humano.

Sin embargo, me atormentaba un sentimiento de culpa hacia Sarah, sus hijas y las demás víctimas de la caza de brujas en Salem, cuyos destinos no habían cambiado a pesar de nuestra aparición en 1692.

Al menos ahora sabemos que podría haber acabado mucho peor sin nuestra intervención.

Había tardado mucho tiempo en darme cuenta de que no era yo la responsable de esta cruel caza de brujas, sino Eris y las propias personas que permitieron los sentimientos de odio, desconfianza y conflicto.

Creé una fundación para contribuir a que las víctimas de aquella época no cayeran en el olvido y a que no volviera a ocurrir. Porque en la historia de la humanidad, la persecución de las brujas fue sinónimo de otros muchos actos racistas que causaron sufrimiento.

El calor corporal de Cade me envolvió por detrás como una manta cálida. Me rodeó el torso con los brazos y me besó el cuello.

—Buenos días. —Me volví hacia él con una sonrisa.

—Buenos días, mi pequeña. ¿Estás disfrutando de la vista por última vez?

—Sí, lo echaré de menos. Pero a partir de mañana podré ver aún más lejos que desde mi ático. No hay nada comparable a las vistas desde las montañas de Aughurn —respondí, sintiendo que la emoción volvía a burbujear en mi interior. Iba a ser una gran aventura. Cade y yo fuimos aceptados para entrenarnos como jinetes de dragones en Brysalia con la ayuda del príncipe y la princesa de Ellyllia. Mañana era nuestro primer día. Una nueva vida nos esperaba y yo no podía esperar.

Cade volvió a besarme el cuello, burlonamente. La lujuria que había sido mi compañera diaria desde nuestro regreso surgió en mi interior.

Sin poder controlarlo, arqueé la espalda, apoyé la cabeza en su pecho y cerré los ojos de placer. Las manos de Cade recorrieron mis muslos desnudos hasta llegar bajo mi camisa, que olía a él y a nuestra última noche juntos.

Sentí su excitación presionando contra mi espalda y mi entrepierna ya estaba húmedo. Cade sabía lo que me gustaba. Siempre lo sabía.

Sus manos recorrieron mi piel desnuda con más urgencia y posesividad. Mi respiración se aceleró y, con el primer gemido, la taza se hizo añicos en el suelo y me di la vuelta. Le rodeé el cuello con los brazos y dejé que me subiera a la encimera.

Su lengua me lamió el cuello hasta la clavícula. Sin prestar atención a los botones que volaban, Cade se abrió la camisa y la tiró al suelo.

Ahora estaba sentada completamente desnuda sobre la encimera y su mirada se deslizó hambrienta por mi cuerpo. Un poco impaciente, presionó mi espalda contra la fría encimera de mármol y apoyó los pies en el borde.

—Mi buffet personal —ronroneó, con los ojos brillantes—. Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Tengo una sugerencia —dije con voz ronca, cogiendo su mano y poniéndola directamente en mi centro.

—No tan rápido, pequeña. Voy a burlarme un poco de ti primero para que grites mi nombre cuando mande a buscarte más tarde.

Un escalofrío de expectación recorrió mi cuerpo. Con Cade, sabía que no era una promesa vacía.

Pasó su áspera lengua por mis sensibles pezones, lamiéndolos y mordisqueándolos hasta que cada roce resonó en lo más profundo de mi vientre. Al mismo tiempo, introdujo dos dedos en mi interior. Al principio empujó muy despacio. Luego cada vez más rápido. Su lengua había llegado a mi ombligo, justo cuando yo había agotado mi paciencia.

—Cade, déjame correrme. Por favor —le supliqué, sin necesidad de ver su sonrisa de satisfacción para saber que la tenía en los labios.

Finalmente se apiadó de mí y dejó que su lengua se deslizara sobre mi clítoris. Al ritmo de sus dedos, chupó la perla que me catapultaría a la perdición. A la ruina de querer siempre más y sentir que nunca era suficiente. Nunca suficiente lujuria, deseo, pasión y, sobre todo, amor.

Con un grito ronco, alcancé un orgasmo que hizo que me rompiera en mil pedazos, que poco

a poco volvieron a juntarse.

Temblando, me dejé caer, y cuando Cade me levantó del mostrador, me inmovilizó contra la pared más cercana y se hundió profunda y duramente dentro de mí, me corrí de nuevo. Pero esta vez junto a él.

Nos besamos sin aliento y la felicidad parecía casi excesiva, como si nuestros corazones pudieran explotar.

Nunca habría soñado que mi destino pudiera cambiar así. Ni siquiera mis habilidades clarividentes lo habían visto venir.

Pero aquí estábamos, tras un siglo de soledad, cumpliendo el destino que nos estaba destinado desde el principio.

Cade me sonrió y me apartó un mechón de pelo de la cara.

—Creo que aún no lo hemos hecho en la biblioteca —dijo con una sonrisa traviesa—. ¡Todavía tendremos tiempo de hacer las maletas más tarde!

Ya me había cogido en brazos y me llevaba a la biblioteca para amarme allí una vez más hasta cotas insospechadas.

No, no echaré de menos mi antigua vida, pensé, y abracé la nueva.

EL FIN

¿CONOCES YA la historia de Elena y Lucian? ¿No? Haz clic aquí para leer su historia de amor:

[Luces mágicas \(Libro 1\)](#)

**Como autor independiente,
estaría muy contento de una reseña en Amazon.**

Gracias.

NOTA DE CONTENIDO

Nota de contenido/advertencia de activación:

La historia contiene secuencias que muestran erotismo, violencia y escenas de lucha. Por favor, haga un uso responsable si este contenido no es adecuado para usted.

Todo amor,

Karen